

Alonso Aguilar M.

MERCADO INTERNO y Acumulación de Capital



12133
A252



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

ALONSO AGUILAR M.

Mercado interno y acumulación de capital



**E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.**

Colección: Desarrollo

Primera edición, 1974

Derechos reservados conforme a la ley

© EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

**Avenida Universidad 771,
Despachos 402-403
México 12, D. F.**

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

INDICE

Presentación	7
EL MERCADO Y EL DESARROLLO ECONOMICO	9
Mercado y desarrollo	.9
Mercado y capacidad de consumo	12
Mercado interno y capitalismo	18
El mercado y el desarrollo en México: algunas interrelaciones fundamentales	24
Resumen	44
¿SOBREPOBLACION O SUBDESARROLLO?	47
I. La llamada "explosión demográfica"	47
II. Crecimiento demográfico y subdesarrollo	49
III. Sobre población relativa y acumulación de capital	55
IV. Las soluciones demográficas	60
V. La clave: planificar el desarrollo	64
EL MERCADO INTERNO EN EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO	69
Origen histórico del capitalismo latinoamericano	69
De la acumulación originaria al capitalismo del subdesarrollo	82
La relación mercado interno-mercado mundial en la fase imperialista	89
DESCOMPOSICION DEL CAMPESINADO, MERCADO INTERNO Y SUBDESARROLLO	112
Planteo del problema y encuadramiento teórico	112
Formación del mercado interno en México: de la economía mercantil colonial al capitalismo en la agricultura	123
Descomposición del campesinado mexicano y expansión del mercado interior en los últimos decenios	135

DESEMPLEO, ACUMULACION DE CAPITAL Y MERCADO INTERNO	165
Magnitud y naturaleza del desempleo	165
El diagnóstico oficial del desempleo y la política a seguir	176
En busca de una explicación teórica del desempleo: De los clásicos a los "neo-neoclásicos"	187
¿Ciencia pura o pura ideología?	198
Acumulación de capital, mercado y desempleo	207
"Ejército industrial de reserva" y "marginalidad"	218
La perspectiva mexicana	235

PRESENTACION

Se reitera a menudo que uno de los obstáculos principales con que tropieza el desarrollo de nuestros países consiste en la ausencia de un mercado interno suficientemente vigoroso. A veces se da incluso la impresión de que el mercado es cada vez más débil y de que, en tal virtud, parece abrirse una perspectiva de estancamiento, a menos que la distribución del ingreso se modifique en forma apreciable o surja algún otro estímulo al desarrollo.

Los ensayos que se recogen en este volumen se elaboraron en diversas épocas y no son, en un sentido estricto, partes de un todo. Pese a ello consideramos que el material tiene, en su conjunto, bastante unidad y aun cierta continuidad temática, que justifica la forma en que aquí se presenta.

Los tres primeros ensayos se publican por segunda vez. El primero de ellos, agotado desde hace tiempo y que sin duda da cuenta del viejo interés de su autor en el tema, fue una conferencia dictada hace 22 años en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM. El segundo trabajo se preparó en 1967, como ponencia para una reunión internacional sobre problemas del desarrollo, y el tercero es un fragmento de un estudio sobre El Capitalismo del Subdesarrollo, cuya primera parte se publicó en 1971.

Salvo el primero de dichos materiales, los demás corresponden al trabajo que su autor ha realizado en los últimos años como investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional de México. Los dos últimos textos, que además de ser los más extensos constituyen la parte central del presente volumen, se escribieron en la segunda mitad de 1973, y se publican aquí por vez primera.

EL MERCADO Y EL DESARROLLO ECONOMICO*

Mercado y Desarrollo

Con objeto de que la presente exposición se desenvuelva con la mayor claridad posible y no esté expuesta a múltiples e inconvenientes disgresiones, empezaré haciendo algunas observaciones generales con cuya ayuda podremos delindar el campo que más nos interesa.

La primera cuestión que deseo subrayar es la siguiente: Tal vez todos estemos más o menos de acuerdo en lo que hoy día se entiende por desarrollo económico, en lo que tal tema cubre y aun en mucho de lo que va a decirse esta noche sobre el mismo; en cambio tengo la impresión de que ese consenso puede no existir en lo que se refiere al otro tema de nuestra charla, esto es, al mercado. Son tantas las acepciones de este término, que no sería extraño que algunos de ustedes estén pensando ahora mismo en una noción del mercado que pueda no ser aquella en la que yo reparé; es posible, inclusive, que a todos nos preocupen los mismos fenómenos, pero desde ángulos muy diferentes y hasta opuestos entre sí. Y como a nada conduce una discusión en la que no se establece claramente lo que va a discutirse, y como además, el previo esclarecimiento de diversas

* Conferencia sustentada en los cursos de Invierno de la Escuela de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, el día 12 de febrero de 1952. Publicada en *Investigación Económica*, México, en el primer trimestre del mismo año.

cuestiones generales es fundamental desde el punto de vista del método y alcance de las conclusiones a que lleguemos, examinaré a grandes rasgos la forma en que algunos investigadores han venido enfocando el estudio del mercado interno de México, para en seguida precisar los términos en que nosotros lo abordaremos.

El estudio del mercado, de las condiciones en que se forma y desenvuelve, del modo y la intensidad con que tal proceso se ha desarrollado, es uno de los temas más desatendidos, aun en la reciente y cada vez más amplia literatura surgida en torno del desenvolvimiento industrial del país. En realidad no sólo puede decirse que no contamos con investigaciones debidamente elaboradas en este campo, sino que es necesario reconocerlo. Y es que, aparte de cualquier otro motivo que pudiera explicar tal laguna, ha sido hasta muy recientemente cuando el interés por el problema del mercado se ha ido extendiendo. Esto, naturalmente, no quiere decir que no haya muchas opiniones aisladas y valiosas sobre tal cuestión, o que no se encuentren autores extranjeros, y con más razón nacionales, que se hayan ocupado en diversas épocas del tema. En la literatura económica de principios de siglo, en las obras de Molina Enríquez, por ejemplo, correspondientes a las postrimerías del porfirismo, es frecuente hallar alusiones al problema y aun puntos de vista cuyo interés no ha decrecido en cuarenta años. En algunas investigaciones de historia económica de México, así como en buena parte de la literatura sobre el problema agrario, encuéntranse también datos y opiniones que, sin duda, pueden servir de auxiliares para el estudio del desenvolvimiento del mercado. Pero nos referimos más bien a estudios especiales emprendidos en los últimos años, en la última década; una década en la que el tema más socorrido en ciertos círculos ha sido el del desarrollo económico, en la que el rasgo más saliente de dicho proceso ha sido la inflación, y en la que el *slogan* de moda ha girado casi siempre en torno de la idea de "producir más", sin que se pres-

tara mayor atención al examen de la formación del mercado interno.

El que muy recientemente haya empezado a tomar cuerpo una mayor inquietud en torno a este fenómeno no deja de ser interesante, pues corresponde en cierto modo a las vicisitudes y contradicciones del propio desarrollo económico del país. En efecto, la preocupación de que hablamos se ha exteriorizado precisamente cuando la inflación ha ejercido un impacto más severo sobre las grandes capas del pueblo, perdiendo su carácter de estímulo a la industrialización, para convertirse cada vez más en un factor de creciente inestabilidad y en un medio de enriquecimiento de unos cuantos y de empobrecimiento de la mayoría.

No entraremos a examinar lo que en los últimos meses se ha venido expresando sobre esta cuestión en diversos círculos, pues además de que ello requeriría un tiempo del que no disponemos, estoy seguro que todos han advertido, tanto en la prensa diaria como en publicaciones especializadas, el hincapié que viene haciéndose en el problema de la "insuficiencia del mercado". Tan sólo para ilustrar el tipo de opiniones que más a menudo se escuchan, transcribiré una declaración reciente de la Confederación de Cámaras Industriales, organismo en el que hasta hace poco tiempo lo único que se oía era el estribillo de que la solución a todos los problemas económicos del país consistía en producir más.

"Los excedentes de producción —decía hace unos meses el periódico del organismo de que hablamos— vuelven a aparecer, pero esta vez en el campo industrial. Ya no son excedentes de garbanzo o de otros productos vegetales, sino... de telas de lana y de telas de algodón, de artículos eléctricos, de bonetería, de calzado, etc. El mercado nacional no puede absorber estos excedentes y por lo tanto, la producción amenaza con frenar lentamente su actividad". Y en el mismo número de la publicación a que nos referimos, en otro artículo sobre la falta de poder adquisitivo, se

declaraba que un estudio cuidadoso de la industria mexicana "...ha revelado que en varios ramos existe un claro fenómeno de subconsumo: las ventas son inferiores a la producción y las mercancías se acumulan en las bodegas de las fábricas a pesar de esfuerzos a veces desesperados para estimular el mercado".¹

Las opiniones del tipo de la antes expuesta, repetimos, tienen interés en la medida en que ponen de relieve la existencia de serios desequilibrios en la economía mexicana. Parecería que el efecto crecientemente perjudicial de la inflación sobre el poder de compra de las masas, la mayor competencia de fuera y el desvanecimiento de ilusiones pueriles fincadas en el "auge" de los años de guerra, han sido algunos de los factores más importantes para que el problema del mercado encontrara cabida en la agenda de quienes discuten y se interesan por las cuestiones económicas. Pero el hecho mismo de que se repare casi exclusivamente en la insuficiencia de la capacidad de consumo, y de que este hecho se presente como el mercado mismo, revela, como veremos en seguida, que el concepto que a menudo se tiene de este fenómeno es parcial. Es un poco el concepto que un vendedor se forma de lo que es el mercado. Y creo que nadie negará que un enfoque de ese tipo, independientemente de lo útil que pudiera ser para un análisis de la demanda, ni es el más adecuado para un examen de conjunto del mercado interno, ni tampoco el mejor camino para entender las características de nuestro desarrollo.

Mercado y Capacidad de Consumo

En el conocido libro sobre *La Revolución Industrial en México*,² de Sanford L. Mosk, hay un capítulo dedicado

¹ *Confederación*, México, 15 de noviembre de 1951.

² Traducido por "Problemas Agrícolas e Industriales de México", No 2, volumen III, abril-junio de 1951.

exclusivamente a examinar el mercado interno y el papel de este fenómeno en el desarrollo económico de nuestro país. El capítulo es breve y de carácter general, pero aún así, merece considerarse como una interesante y valiosa contribución al esclarecimiento de los temas fundamentales ligados al proceso de desarrollo. ¿Qué nos dice el profesor Mosk? Sin pretender, desde luego, reproducir literalmente sus observaciones, para los fines de nuestro examen su tesis podría resumirse en la siguiente relación de carácter enunciativo: 1) La limitación del mercado es uno de los problemas más críticos con los que México habrá de enfrentarse, a medida que avance en su desarrollo industrial; 2) la expansión del mercado interno debe ser paralela a la de la capacidad industrial, a fin de evitar serios desajustes; 3) la magnitud del mercado mexicano depende del crecimiento de la población; 4) la característica sobresaliente del mercado rural es su bajo poder de compra, en virtud de la autosuficiencia de la mayor parte de las actividades agrícolas.³ Aunque faltan por consignar algunos puntos importantes de la exposición de Mosk, creo que tenemos ya elementos para abrir un paréntesis y examinar sus apreciaciones fundamentales. Así podremos decidir si emprendemos el estudio del mercado con este instrumental o buscamos otro que nos parezca más adecuado.

Mosk dividió su estudio sobre el desarrollo industrial de México en tres grandes partes: la primera, titulada "Actitudes y Puntos de Vista"; la segunda: "Progreso Industrial" y la tercera, "Problemas". Pues bien ¿dentro de cuál de estas secciones estudió el mercado interno?; ¿acaso en la parte dedicada a dar cuenta del progreso industrial? No; lo hizo en el capítulo de "Problemas". Esto, que podría parecer intrascendente, sutil y ajeno en realidad a nuestro examen, es, sin embargo, digno de consideración porque revela, así sea de manera indirecta, cierta unilateralidad en

³ Cf. Mosk, *ob. cit.*, pp. 159 ss.

la postura del doctor Mosk al estudiar el mercado. En efecto, al considerársele como un “problema”, no en el sentido de un fenómeno, un tema, sino de un obstáculo al desarrollo económico, implica que se piensa en el mercado sobre todo como una limitación y no como un fenómeno a través del cual se expresa y explica el desarrollo mismo. De ahí proviene la opinión de que “la limitación del mercado” es, como dice el autor en sus conclusiones, uno de los “principales obstáculos” al desenvolvimiento del país.

Pero es a medida que se desenvuelve el razonamiento del doctor Mosk cuando surgen mayores dudas acerca de la validez de su planteamiento. “La expansión del mercado interno —nos dice—, debe ser paralela a la de la capacidad industrial, a fin de evitar serios desajustes”. La sola enunciación de estos conceptos vuelve, a nuestro juicio, a poner de relieve que para el profesor Mosk, la capacidad industrial es algo ajeno al mercado, si bien susceptible de un desarrollo paralelo. Tal parece, además, que en esta y otras consideraciones semejantes, como cuando habla de que la “capacidad de producción ha excedido al mercado”, el doctor Mosk se refiere en realidad, no al mercado, como fenómeno general, sino a la demanda de tales o cuales artículos, la que, como bien lo advirtió, no guarda relación en muchos casos con la capacidad de producción. Sobre este problema tendríamos que preguntar al doctor Mosk: ¿es que él sabe de algún país del tipo de México en donde la capacidad productiva se haya desenvuelto paralelamente y con un ritmo más o menos uniforme al de la capacidad de consumo? Claro que sería excelente que hubiese tal paralelismo, que el desarrollo fuese armónico y bien coordinado, perfecto; sin embargo, si examinamos la experiencia a que ha dado lugar el desarrollo económico en los países occidentales, desde Inglaterra hasta Brasil o Canadá, no encontraremos un solo caso en que tan feliz acontecimiento haya tenido realización. Y no lo encontraremos por la sencilla, aunque por otro lado

dramática circunstancia, de que tal paralelismo es imposible en una economía capitalista.

Finalmente, cuando Mosk expresa que “el tamaño del mercado mexicano depende del crecimiento de la población”, y que “la característica sobresaliente del mercado rural es su bajo poder de compra”, vuelve a advertirse la tendencia ya señalada. Se olvida de nuevo que el mercado es una expresión de las relaciones mutuas que se establecen dentro del sistema económico, y no una magnitud susceptible de ser considerada, exclusivamente, a través del volumen del consumo o el nivel de vida de los grupos populares, como Mosk parece suponerlo al decir que “aun si los salarios industriales aumentaran... la fuerza obrera de la industria es demasiado pequeña para proporcionar un amplio mercado a una producción industrial en expansión”. ¡Como si el proceso de formación del mercado interno se agotara en esta cuestión, y no comprendiera, para no ir más lejos, el problema inverso al señalado por Mosk, es decir, el de si esa industria en expansión constituye un mercado adecuado para la fuerza de trabajo!

Podrían señalarse otros puntos cuestionables, como el de que se hacen afirmaciones demasiado simplistas y no se toma debida nota del hecho de que si bien el país atraviesa por una etapa inicial del desarrollo capitalista, y la capacidad de consumo de la mayoría de la población es en efecto bajísima, el mercado, sin embargo, se ha desarrollado en los últimos años, aunque bajo la acción de fuerzas antagónicas, algunas de las cuales tienden a acelerarlo y otras a retardarlo. No sólo no se plantea así el examen del mercado, sino que todo se hace girar en torno de la idea de que la capacidad de consumo de la mayoría de la población es insuficiente, desprendiéndose de tal hecho que el mercado es también insuficiente. Mas si se profundiza un poco se encuentra que el bajo poder de compra —comparado con la capacidad productiva— no corresponde escuetamente, en el caso de México, a que no haya habido desarrollo del

mercado, sino también, como trataremos de demostrarlo en el curso de esta exposición, a lo contrario. Es decir, a que el desarrollo del mercado se ha realizado mediante una explotación creciente de los trabajadores. En otras palabras: la insuficiencia de la capacidad de consumo de las grandes masas ha sido un obstáculo a la vez que una condición para el desarrollo del mercado, y simultáneamente un fenómeno derivado tanto del incipiente desarrollo del país como de una ampliación —cualquiera que haya sido su ritmo— del mercado y del capitalismo. Lo que Mosk parece no haber considerado es que, a medida que ese desarrollo es más intenso, la capacidad de producción crece a un ritmo proporcionalmente más rápido que la capacidad de consumo.

Todo esto tendremos ocasión de aclararlo más adelante, por lo que podemos detenernos brevemente en el examen de otros puntos de vista sobre la cuestión del mercado interior. En su reciente estudio titulado *México, la Lucha por la Paz y por el Pan*,⁴ el conocido investigador, Frank Tannenbaum, se refiere también al mercado interno de México, dentro de la parte de su libro dedicada al estudio de las condiciones del progreso económico.

Aunque Tannenbaum suele expresar opiniones semejantes a las de Mosk, su enfoque del problema es diferente y sus conclusiones más distintas aún. Advierte este autor que está librándose en México una lucha entre el mercado local y el nacional; pero tras un planteamiento tan sugestivo, que se inicia con una interesante consideración acerca del contraste cada vez mayor entre las comunidades rurales y los centros urbanos, entre el campo y la ciudad, inexplicablemente cae en la actitud de considerar que la formación de un mercado nacional es una especie de filosofía o de meta para los gobernantes mexicanos, y no un hecho histórico correspondiente a la etapa actual de nuestro desarrollo económico. Con esta visión del problema, Tannenbaum la-

⁴ *Mexico, The Struggle for Peace and Bread*, New York, 1951.

menta que el desarrollo del mercado esté rompiendo el equilibrio de las comunidades rurales, sobre todo en lo que hace al estado y movimiento de la población, y olvida que el desenvolvimiento del mercado interno sí entraña un progreso real y no un "progreso", como él lo cree, frente a condiciones semifeudales. Solamente con estas ideas, con esa concepción de lo que es el mercado nacional podía llegarse a la conclusión de Tannenbaum: la de que sería infinitamente mejor para México buscar una solución sobre una base local, "parroquial", en miles de pequeñas comunidades, sin necesidad de hacer depender a la pequeña comunidad de un mercado nacional.⁵ Así pues, junto a la tendencia a subestimar el desarrollo del mercado, lo que encontramos en la obra del profesor Tannenbaum es una conclusión que, en el fondo, equivale a recomendar que se renuncie al desarrollo mismo, toda vez que por un lado éste depende de, y trae consigo por el otro la formación de ese mercado nacional que tan poco entusiasmo provoca en el autor de *La Lucha por la Paz y por el Pan*.

Los puntos de vista hasta aquí examinados tan rápidamente no son privativos de investigadores extranjeros. Muchos de ellos se advierten también en nuestro medio, encontrándose en declaraciones de industriales como la transcrita al principio de esta charla, y aun en exposiciones de economistas. Se aprecia a menudo, por ejemplo, la tendencia ya señalada a enfocar el estudio del mercado de una manera unilateral y a asociarlo casi exclusivamente con la capacidad de consumo. Y si bien estas cuestiones son indispensables para el examen del mercado y de las condiciones en que se forma, son solamente algunas de las que hay que considerar. Lamentablemente, las opiniones de nuestros economistas se hallan dispersas, y, sobre todo, su examen sería imposible en una discusión tan esquemática como la presente. Dada esta situación, me limitaré a ilustrar la afirmación anterior

⁵ C. Tannenbaum, *ob. cit.*, p. 242.

valiéndome de un ejemplo que me parece elocuente: Quienes hayan visto el programa del ciclo de conferencias de que esta exposición sobre el mercado forma parte, habrán advertido el hecho de que al organizar dicho ciclo hubo un serio intento de sistematizar el estudio del desarrollo económico. Ello explica que, tras de hacerse referencia a la política fiscal, a la política monetaria y a las perspectivas del desarrollo se pensara en una Mesa Redonda sobre la política económica y el desarrollo económico. Más adelante se examinarían los recursos naturales, humanos, técnicos y económicos, y después vendría una discusión sobre los recursos y el desarrollo económico. Pues bien, al pensarse en una magnitud que pudiera servir de común denominador para las discusiones sobre el nivel de vida y el mercado, se llegó a la conclusión de organizar una Mesa Redonda sobre el consumo y el desarrollo económico. Se vinculó pues, específicamente, el mercado al consumo, y no, como hubiera sido por lo menos de igual interés, a la discusión sobre las perspectivas del desarrollo, de la reforma agraria o inclusive del ingreso nacional.

Mercado Interno y Capitalismo

Lo dicho hasta aquí demuestra, en mi opinión, que junto a cualquier coincidencia en el examen del mercado, hay una diversidad de criterios no sólo respecto a cómo se forma el mercado interno, sino, lo que es más grave, respecto a qué es el mercado. De ahí que acaso convenga precisar el alcance de tal término, aun a riesgo de hacer consideraciones que pueden parecer elementales.

La palabra mercado tiene múltiples acepciones. Garver y Hansen distinguen tres significados: 1) un lugar en que pueden venderse y comprarse mercancías; 2) el conjunto de organismos vinculados entre sí, y cuya función es la de vender, comprar, transportar y almacenar una determinada

mercancía, y 3) la suma de condiciones que influyen y determinan los precios.⁶ Thomsend consigna varias de las acepciones más corrientes del vocablo, señalando que al hablarse del mercado se alude algunas veces al número de consumidores y a la demanda que de ellos proviene; otras se hace referencia a industriales e importadores que actúan como intermediarios en grande escala. Suele decirse, además, que el mercado de tal o cual artículo subió y aun llega a hablarse del mercado de alimentos o de otros productos especializados. Thomsend termina expresando que el economista piensa en el mercado, principalmente en relación con las fuerzas que regulan los precios.⁷

Vemos, pues, que son tantas las maneras como puede definirse el mercado que es imprescindible —aunque de ningún modo fácil— elegir el concepto más apropiado para cada investigación. Y como en nuestro caso, el tema en relación con el cual estamos estudiando el mercado es el desarrollo económico en su conjunto, o sea un fenómeno general, necesitamos trabajar con un concepto igualmente general del mercado. De otra manera, con independencia del innegable interés que pudiera tener el análisis del consumo, de la demanda, de la oferta, de los precios, el mecanismo comercial o cualquier otro tema aislado, lo que haríamos no sería estudiar la formación del mercado interno sino sólo uno de sus aspectos con exclusión de muchos otros y desde luego de las relaciones recíprocas entre todos ellos.

La segunda condición que debe satisfacer el concepto de mercado es que corresponda a la forma en que históricamente aparece y se desenvuelve. Intentemos dentro de esta perspectiva conceptual el mercado.

Lo primero que se necesita para que exista un mercado es que haya un volumen suficiente de mercancías. Esta afirmación, que en principio puede parecer superficial y

⁶ *Principles of Economics*, pág. 51, Ginn and Company, 1947.

⁷ *Agricultural Marketing*, Nueva York, 1951, pp. 86 ss.

hasta obvia, tiene un significado histórico enorme y un valor inapreciable para nuestro análisis. Supone la superación de la etapa en que el hombre produce para satisfacer sus necesidades personales y las de una comunidad más o menos pequeña y aislada, y aunque en esa etapa del desarrollo de la sociedad ya existen mercados, instituciones que como nos dicen los historiadores se remontan a las civilizaciones más antiguas, la formación del mercado interno y su desarrollo cada vez más rápido corresponde al capitalismo,⁸ o sea a una etapa en que la producción no se obtiene como medio directo de subsistencia, sino como una mercancía que ha de pasar a poder de otra persona a través de un proceso de cambio.⁹

Así como la producción de mercancías, o sea la producción mercantil primero y capitalista más tarde, sirve de punto de partida y de condición para el desarrollo del mercado interno, así también, tal forma de producción está condicionada¹⁰ y a la vez trae consigo una división del trabajo cada vez mayor.¹¹ Por eso puede afirmarse que la división social del trabajo, al ser la base del desarrollo económico bajo el capitalismo, es simultáneamente el elemento fundamental en el proceso de creación del mercado interior.¹²

Todavía más: el desarrollo del mercado supone históricamente otras condiciones ligadas a las que ya señalamos, y además, vinculadas entre sí: por un lado la aparición de lo que suele llamarse el mercado de trabajo, y por el otro la creación y desenvolvimiento de un mercado de capi-

⁸ C. Marx, *El Capital*, México, 1946, Tomo I, Vol. I, p. 187. "El mercado es una categoría de la economía mercantil que en su desarrollo se transforma en economía capitalista y que sólo con esta última adquiere pleno dominio y difusión general." (V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 15, Moscú, 1950).

⁹ C. Marx, *ob. cit.*, Vol. I, p. 45.

¹⁰ C. Marx, *ob. cit.*, Vol. I, p. 46.

¹¹ C. Marx, *ob. cit.*, Vol. I, p. 187.

¹² Lenin, *ob. cit.*, p. 16.

tales. El mercado de trabajo surge en el momento en que la capacidad de trabajo empieza a ser objeto de una relación de cambio, hecho que a su vez está condicionado a que un buen sector de la población se libere de muchas de las formas de servidumbre que caracterizan a la producción en la etapa precapitalista, y a que se le prive de los medios de producción. Cuando esto ocurre se dice que la fuerza de trabajo ha entrado al mercado, en donde logra una movilidad que gradualmente va siendo mayor y que, como es bien sabido, constituye uno de los prerequisites para el desarrollo de la producción en gran escala. Simultáneamente a este proceso va formándose el mercado de capitales, a consecuencia de la intensificación del proceso de cambio y de la concentración de los instrumentos productivos.¹³

Visto, pues, en una perspectiva amplia y a la vez de carácter histórico, o sea del único modo como a nuestro juicio puede estudiarse la cuestión del mercado frente al fenómeno del desarrollo económico, el mercado es un mecanismo en el que se expresan las relaciones recíprocas del sistema económico; esto es, no el consumo o la producción o el juego aislado de determinada actividad, sino todos los elementos de la estructura económica y todas las fuerzas de las cuales depende el desarrollo. En donde más claramente se aprecia este proceso de acción recíproca es en el análisis de la composición del mercado. En efecto, lo que ahí encontramos es, junto a un sector de mercancías uno de trabajadores que en el fondo lo que compran y venden son también mercancías, y un sector que corresponde a lo que llamamos mercado de capitales. Esta estructura aparentemente simple del mercado, en el fondo es complicada pues consta de gran diversidad de instituciones, de intermediarios y de formas de operación, cuya técnica es más evolucionada en la medida en que es mayor el grado de desarrollo general.

¹³ C. Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1947, p. 222.

La formación del mercado no es, por tanto, algo esencialmente distinto al propio desarrollo económico; como muchos economistas lo han señalado, es el proceso de acumulación visto desde un ángulo particular.¹⁴ Y es importante que hayamos reparado en este hecho en virtud de que en las opiniones de cuyo examen nos ocupamos al principio de esta exposición se descuida casi totalmente el estudio del papel que la formación de capitales y la realización de los bienes de producción juegan en el desenvolvimiento del mercado interno, a pesar de que la comprensión cabal de este fenómeno no sólo es necesaria desde el punto de vista teórico, sino concretamente para entender las manifestaciones principales del desarrollo económico en México.

Veamos por qué. Todos sabemos que uno de los objetivos fundamentales de la economía capitalista, aquel que la distingue básicamente de todos los sistemas que la precedieron en la historia, es la acumulación de capital, la que se manifiesta en una tendencia hacia la concentración de capital y el aumento de la capacidad productiva.¹⁵ Pero, como la intensificación de la acumulación aparece el enriquecimiento de un pequeño grupo y, correlativamente, la miseria de la gran mayoría, la producción de bienes de capital tiende a crecer más rápidamente que la de bienes de consumo. La importancia de esta cuestión en el análisis del mercado radica en que a ella se debe que, en cierta medida, no sea la compra de artículos de consumo sino la adquisición de bienes de capital el factor que impulsa principalmente el desarrollo del mercado.¹⁶ Dicho en otras palabras, la aceleración del proceso de formación de capitales, sostenido primordialmente en la creciente demanda de bienes de producción, y en el consumo de los grupos altos de la población,

¹⁴ Cf. John Strachey, *The Coming Struggle for Power*, pp. 60 y ss. The Modern Library, New York, 1935.

¹⁵ Cf. John Eaton, *Political Economy*, pp. 73 y ss. International Publishers, New York, 1949.

¹⁶ Cf. V. I. Lenin, *ob. cit.*, pp. 32-33 y ss.

es uno de los estímulos más importantes —y lo ha sido en el caso de México— de la formación del mercado. Esto desde luego, de ningún modo implica que el bajo nivel de vida y la exigua capacidad de consumo de la mayoría de la población no influyan en el proceso de capitalización, o que no tengan relación estrecha con el desarrollo del mercado. Entre todos estos fenómenos existe una íntima vinculación; y no sólo eso sino que tal vinculación y la forma dinámica en que se expresa, explican que la capacidad de consumo no se desarrolle paralelamente a la capacidad productiva, así como también que, *en última instancia*, sea la insuficiencia del consumo y el bajo nivel de vida los factores que vuelven más anárquico e inestable el desarrollo económico.

En resumen, hay varios puntos, aparte de otros que ya hemos señalado, que parecen fundamentales: 1) el crecimiento de la capacidad productiva e incluso el desarrollo económico mismo, tanto en general como en el caso de México, se vuelven inexplicables si el proceso de formación del mercado se pretende examinar tan sólo, o siquiera principalmente en relación con el consumo de los grupos más amplios; 2) la insuficiencia del consumo es un hecho que depende, simultáneamente, de otros dos, que en el desarrollo económico de México se aprecian con toda claridad: por un lado la creciente amplitud e intensidad del desarrollo del capitalismo, y por el otro la subsistencia de condiciones económicas y sociales que tienden a frenar ese desarrollo; 3) la acción recíproca de estos dos factores se expresa no solamente en la insuficiencia relativa del consumo, sino en el aumento de la capacidad productiva y en todo el proceso de formación del mercado interno, o sea en las relaciones mutuas de todas las actividades económicas; 4) por ello el estudio del mercado tiene que emprenderse como un estudio de las características del desarrollo económico en su conjunto.

Con estas ideas, que a nuestro juicio permiten entender en mejor forma el problema a que venimos refiriéndonos,

pasaremos al cuarto punto de nuestro examen, es decir, a señalar los principales hechos a través de los cuales se expresa la formación del mercado interior en México.

*El Mercado y el Desarrollo en México:
algunas interrelaciones fundamentales*

La relativa ausencia de estudios rigurosos acerca de nuestras condiciones económicas y sociales lleva, frecuentemente, a simplificaciones inaceptables. A menudo, por ejemplo, se oye decir que México es un país feudal, y con mayor frecuencia todavía, sobre todo en los últimos años, se ha venido afirmando que nuestro desarrollo económico es extraordinario. Se habla de un México nuevo, cuya solidez es reveladora de un supuesto progreso en todos los órdenes. Entre autores extranjeros existe la tendencia a suponernos con un grado de atraso mayor del que padecemos. Entre los investigadores mexicanos, y más aún, entre funcionarios públicos y hombres de negocios, se advierte por el contrario una marcada propensión a exagerar los progresos, a verlos a través de una lente de aumento, olvidando que muchos de los problemas que se suponen resueltos, apenas si se han tocado hasta ahora, y muchos otros presentan tal vez caracteres más graves que antes.

Por nuestra parte, al examinar los hechos a través de los cuales puede apreciarse el desarrollo del mercado no lo haremos con la idea de precisar concretamente su ritmo, ni menos con la de decidir cuál es, en términos cuantitativos, el grado de desarrollo que hemos alcanzado. Aunque casi todas las consideraciones que siguen están basadas en un examen estadístico, hemos eliminado de esta exposición las ilustraciones numéricas debido a que sólo pretendemos dar cuenta de tendencias generales y de la forma en que entran en contacto unas actividades económicas con otras en el proceso de desarrollo del mercado. A esto sólo deseo

añadir que, al señalar todos estos hechos, no se tratará de jerarquizarlos, pues más que ordenada y en forma claramente sucesiva, su aparición en la realidad es compleja y en cierto modo simultánea.

* * *

La mayor parte de la población económicamente activa de México vive de la agricultura y de otras actividades primarias. Esto, desde luego, no es ninguna novedad, como tampoco lo es que venga ocurriendo un desplazamiento gradual de la población, de la agricultura hacia la industria y los servicios. Pero hay un hecho, sin embargo, cuya conformación sí corresponde a años recientes: el de que el ritmo de desplazamiento, apenas perceptible en épocas anteriores de nuestra historia, se ha acelerado grandemente en los últimos veinte años.

Entre 1930 y 1950, la población de México ascendió de 16.5 a 25.7 millones de habitantes. La población económicamente activa, por su parte, creció en el mismo período de poco más de 5.1 millones a cerca de 7.7 millones de habitantes. Y no obstante que la población rural se elevó de 11 a 16.7 millones de habitantes, la importancia relativa de las actividades primarias como fuente de ocupación declinó de un 71% a 61% en los veinte años considerados.

Para apreciar mejor la velocidad de este desplazamiento habría que tener presente que, entre 1930 y 1950, la extensión de tierras dedicadas al cultivo agrícola se ha ampliado, y que, además, junto al traslado de población dentro de las actividades primarias, y de éstas hacia las otras, se ha operado un desplazamiento en sentido inverso.

Los datos anteriores dan cuenta de varios hechos esenciales para entender las características del proceso de formación del mercado interno en México: 1) por lo que hace a la estructura de la ocupación nuestro país sigue descansando fundamentalmente en una economía rural; 2) el desarrollo de las actividades secundarias y terciarias, sin embargo, ha sido cada vez más rápido, y 3) este desenvol-

vimiento, cuya magnitud y características pueden estimarse a través del monto y la composición del ingreso nacional, sólo ha sido posible gracias al desarrollo importante, por un lado, y cada vez más anárquico y contradictorio, por el otro, del mercado interno.

Pero veamos más de cerca cómo se ha operado el crecimiento del mercado, a través de las interrelaciones de las principales actividades económicas.

¿Qué apreciamos, por ejemplo, en el caso de la agricultura, a cuyo atraso en algunas regiones, y a cuyo desenvolvimiento en otras se debe en parte el desplazamiento demográfico? Si tomamos para nuestro examen el mismo período a que referimos el movimiento de la población, encontramos que: 1) ha habido un aumento de las extensiones sometidas a riego y de la importancia relativa de estas tierras en el total; 2) se ha intensificado la acumulación de capitales en la agricultura, principalmente con posterioridad a la reforma agraria; 3) se ha modificado la estructura de la ocupación y de la producción agrícola, y 4) se ha ido vinculando cada vez más esta actividad a otras, a medida que se ha acentuado su carácter comercial.

Todo esto, como es natural, ha jugado un papel decisivo en la formación del mercado interior. En primer lugar, los campesinos desplazados hacia las ciudades y las zonas rurales menos atrasadas han incrementado las filas de los asalariados y de los braceros, en particular, acelerando así el desarrollo del mercado de trabajo, como lo demuestra el aumento en el número de jornaleros agrícolas y la expansión del movimiento obrero y de la burocracia. Al ampliarse la disponibilidad de mano de obra ha tendido a crecer la demanda de artículos de consumo y de ciertos servicios indispensables, aunque en muchos casos, paralelamente a este fenómeno se ha operado un descenso del nivel de vida de los sectores de que hablamos. En segundo lugar, la mayor movilidad de la población rural y junto a ella el aumento y la diversificación de la producción agrícola, han provocado

una creciente actividad del comercio interregional y de las comunicaciones y transportes, contribuyendo particularmente a intensificar la construcción de caminos, el desarrollo de los autotransportes y el tráfico ferroviario. Las crecientes inversiones en la agricultura se han traducido además en un estímulo de ciertas industrias y del comercio exterior. En el caso de las primeras se ha logrado un mayor abastecimiento de materias primas y se ha facilitado la transformación de productos agrícolas (caña de azúcar, aceites, algodón, legumbres, etc.), y la fabricación y reparación de maquinaria e implementos (arados, motores, camiones, etc.). En cuanto al comercio exterior, la influencia de la agricultura se ha expresado tanto a través de importaciones crecientes de bienes de capital como mediante la exportación de productos agrícolas, en busca de precios más altos que los del mercado mexicano.

La formación de una clase capitalista en la agricultura mexicana —más amplia que la existente en la etapa anterior a la reforma agraria, y desde luego más vinculada al mercado—, ha dado lugar a una creciente demanda de bienes y servicios que van desde artículos de lujo a bienes duraderos de consumo, materiales de construcción y diversas clases de servicios domésticos, comerciales y profesionales. Y por último, a medida que han ido formándose fortunas más o menos grandes en la agricultura, se ha operado un desplazamiento de fondos hacia el crédito privado de tipo usurario, hacia los bancos, el sistema de seguros, el comercio, la construcción de casas para habitación, almacenes y edificios comerciales, la compra de terrenos y la especulación, sobre todo con productos agrícolas.

Simultáneamente a la provocación de los efectos anteriores, dados los sistemas de tenencia de la tierra, la creciente explotación del trabajo rural, la inflación y en general toda la estructura de esta actividad, la agricultura ha sido causa de que el crecimiento del mercado haya sido en muchos casos lento, y en todos desproporcionado y anárquico,

en virtud principalmente de que la capacidad de compra de los campesinos, peones y obreros agrícolas ha continuado siendo muy limitada y se ha desenvuelto a un ritmo muy inferior al de la capacidad de consumo del resto de la población, y con más razón al de la capacidad productiva tanto del país como concretamente de la agricultura.

La ampliación de las zonas de riego junto al proceso de comercialización de la agricultura y a la formación de una burguesía agrícola, han hecho surgir una tendencia hacia la producción de artículos más remunerativos y en buena parte de productos para la exportación, lo que ha provocado una mayor dependencia de nuestra agricultura, y en general de nuestra economía, respecto a Estados Unidos. Así, en tanto el maíz y el frijol se van dejando para los campesinos más pobres, para los ejidatarios y pequeños agricultores, el algodón, la linaza, las legumbres y oleaginosas van volviéndose gradualmente la actividad preferida de los nuevos agricultores. Si no hubiera otros hechos semejantes, éste, por sí solo, habría creado enormes desigualdades en la distribución del ingreso agrícola. Pero hay por desgracia mucho más: las extensiones de tierra en poder de grandes agricultores, de nuevos latifundistas, han venido creciendo casi sin interrupción en los últimos diez años, y sobre todo en los últimos cinco. Y por si todo esto fuese poco, estas tierras están situadas en las mejores zonas y sus propietarios disponen de crédito —aunque sea a corto plazo—, de contactos comerciales, de asociaciones para proteger sus intereses, de maquinaria e implementos cada vez más modernos, de ayuda oficial y hasta de abogados que los defiendan cada vez que violan la Constitución o las leyes agrarias.

Los campesinos, en cambio, carecen de casi todo: su técnica es, en general, atrasada; el crédito que reciben es insuficiente y demasiado oneroso; sus salarios o ingresos cada vez más bajos en términos reales, y sus tierras, cuando las tienen, pequeñas en extensión y pobres en calidad.

Por todo lo anterior, los efectos de la agricultura en la formación del mercado han sido múltiples y muy contradictorios, estando ligados hasta hace unos años a una política basada en el propósito de llevar adelante una reforma agraria democrática, y que pretendía contribuir a la elevación del nivel de vida de las masas rurales; pero que recientemente ha ido modificándose, hasta convertirse en muchos casos en una verdadera contrarreforma, en una política que ya no está destinada a quebrantar y menos a destruir el latifundio, sino en el mejor de los casos a transformarlo, a mecanizarlo y a darle una fisonomía más moderna, tratando por este camino de acelerar el desarrollo de la agricultura.¹⁷

Es casi innecesario decir que a medida que esta nueva política se ha ido arraigando, el problema de la tierra se ha agudizado: por una parte han quedado miles y miles de campesinos sin tierra, y por la otra, los que han dispuesto de ella, contando como ya dijimos con extensiones

¹⁷ La fisonomía que, sobre todo después de la segunda guerra mundial, ha adquirido la política agraria mexicana suele ser presentada como una manifestación típica del desarrollo del capitalismo en nuestro país. Y en efecto, la estructura agraria y el sistema de explotación agrícola de México acusan la presencia de un capitalismo en proceso de desenvolvimiento. De esto, sin embargo, no puede concluirse que México esté destinado a un desarrollo lento y subordinado a diversas trabas semifeudales y a la existencia de grandes propiedades, como las que hoy se encuentran en todas las zonas agrícolas. La política de transformación del latifundio es tan compatible con el desarrollo del capitalismo como una política democrática cuyo objetivo fuese vigorizar y aumentar la productividad de la pequeña propiedad, para lograr así un proceso más rápido de formación del mercado interno y un ritmo más acelerado de desarrollo económico general. En otras palabras, las condiciones en que actualmente se desenvuelve la agricultura en México no son, ni mucho menos, las únicas viables en la etapa actual del desarrollo del país. A nuestro juicio sigue siendo válida la afirmación de que, dentro del marco de una revolución democrática, como la de México, el capitalismo puede implantarse como ocurrió en Alemania o en los Estados Unidos, esto es, bien a través de un desarrollo agrícola de tipo *junker*, o bien mediante uno de tipo *farmer*.

muy pequeñas y careciendo de ayuda eficaz para modernizar sus implementos y elevar su productividad, han quedado subordinados a la creciente fuerza de los nuevos terratenientes.

El solo hecho de que la extensión media de que disponen los campesinos con tierra sea tan pequeña —lo mismo da que sean 3, 5 ó 6 hectáreas—, ha tenido una gran repercusión en el proceso de desarrollo del mercado interno, limitando las posibilidades de división del trabajo, el volumen de producción susceptible de venderse en el mercado y la magnitud del ingreso monetario y del poder de compra de dichos campesinos. Y si a esto se agrega que no se cuenta con una política adecuada para proteger a los ejidatarios y a los pequeños agricultores, los que normalmente son víctimas de la especulación, del acaparamiento, de las “compras al tiempo” y del alza creciente de los precios de los artículos que consumen, ello puede dar una mejor idea de cómo, asentada sobre estas bases, la agricultura ha sido un factor importantísimo de contracción del mercado y de toda nuestra economía, por la gran importancia relativa que todavía tiene en la estructura ocupacional del país.

* * *

Pasemos en seguida a examinar, aunque sea en términos muy generales, la influencia que han ejercido las comunicaciones y transportes y la actividad comercial en el proceso de formación del mercado nacional.

La estructura de las comunicaciones y transportes y la forma en que se han desenvuelto en los últimos años en México, corresponden, por un lado, y condicionan, por otro, nuestro incipiente desarrollo. Ahora bien, en los exámenes que se hacen de estas cuestiones se tiende frecuentemente a exagerar el desenvolvimiento logrado en la rama de carreteras, y simultáneamente a ocultar el hecho de que los transportes se han venido desarrollando de una manera muy

anárquica y de que en los últimos cuarenta años ha habido un estancamiento casi absoluto de la red ferroviaria. Esto es muy importante pues todos sabemos que nuestros ferrocarriles se trazaron con un criterio semicolonial, que cada día entraña obstáculos mayores para un desarrollo nacional autónomo que no se resuelva de modo casi exclusivo en mayores exportaciones de materias primas hacia Estados Unidos y en mayores importaciones de productos manufacturados provenientes de ese país. O sea que estamos todavía frente a la tarea de integrar un sistema ferroviario que ayude eficazmente al desarrollo de la industria pesada y que se extienda por todos aquellos puntos en que las carreteras no podrán jamás suplir al ferrocarril. Es cierto que en los últimos años se han agregado nuevas vías como las que unen a Baja California y Yucatán con el resto del país; es cierto, también, que a medida que la presión del tiempo y del desarrollo económico ha sido mayor sobre los ferrocarriles, se ha prestado mayor atención a rehabilitar el viejo sistema. Todo esto ha tenido que manifestarse en el proceso de formación del mercado, si bien con una intensidad menor a la que proviene del raquitismo del desarrollo ferroviario.

Aun en el caso de las carreteras y caminos vecinales, en donde la influencia en el desarrollo del mercado ha sido posiblemente mayor, el progreso no ha sido extraordinario si se piensa en los miles de comunidades que aún carecen de acceso a las grandes carreteras y a los centros de población más importantes. Por último, menor todavía ha sido el progreso de los servicios telefónicos y telegráficos y de la marina mercante, cuyo atraso sigue siendo un obstáculo para el intercambio comercial con otros países y particularmente para el tráfico a lo largo de nuestros extensos litorales. El desarrollo de las comunicaciones aéreas, en cambio, ha sido relativamente rápido y mucho más importante.

Entre las principales repercusiones del desenvolvimiento que han tenido las comunicaciones y transportes en México,

podrían mencionarse las siguientes: 1) Han contribuido al desplazamiento de la población rural, no sólo en la medida en que sirven de vehículo para dicho traslado sino en virtud de que han creado una nueva fuente de trabajo en diversas zonas del país; 2) han contribuido a intensificar el desarrollo urbano y el tráfico comercial interno; 3) han estimulado el comercio exterior y, sobre todo, las importaciones directas e indirectas; 4) han influido en el turismo; 5) han ejercido un doble efecto sobre la industria, al estimular la demanda y la oferta de una gran variedad de productos, y 6) han sido un factor de demanda de recursos financieros privados y públicos, internos y externos.

No obstante lo anterior, la falta de uniformidad del desarrollo de las comunicaciones y transportes, y las bases en que se ha asentado tal desarrollo, han provocado efectos inversos en el proceso de formación del mercado y contradicciones muy hondas en virtud de que las actividades más favorecidas han sido aquellas de las que no depende directamente el bienestar de los grupos más amplios del pueblo. En general, además, el desarrollo de las comunicaciones y transportes ha sido lento, los servicios siguen siendo muy deficientes, y el congestionamiento de pasajeros y de mercancías es casi permanente.¹⁸ El atraso de los ferrocarriles ha frenado el desarrollo de la industria, y principalmente el de la industria pesada, con cuyo concurso hubiera sido posible intensificar el ritmo de acumulación, elevar el nivel de vida de los trabajadores del campo y la ciudad, e inclusive rehabilitar los propios ferrocarriles.

Por otro lado, la insuficiencia de los caminos vecinales ha frenado la comercialización de la agricultura, obstruyendo la entrada de mercancías, de fuerza de trabajo y de poder de compra al mercado. Finalmente, el desarrollo de las comunicaciones y transportes se ha financiado en parte de manera

¹⁸ En múltiples zonas del país, y particularmente en las pequeñas comunidades rurales, siguen empleándose los medios de transporte más rudimentarios y primitivos.

inflacionaria, y a través de procedimientos defectuosos y de contratistas intermediarios que, en muchos casos, se han vuelto millonarios.

* * *

La actividad comercial, cuyo desarrollo tiende frecuentemente a subestimarse entre nosotros, ha jugado un papel muy importante en la formación del mercado, y ha ahondado las agudas desproporciones que se aprecian en tal proceso. No hay duda de que en los últimos veinte años se ha registrado en México un gran desenvolvimiento comercial que se advierte principalmente en el número cada vez mayor de establecimientos de este tipo, en la diversificación de una gran variedad de servicios y en la composición de la población económicamente activa y del ingreso nacional. Pues bien, el desarrollo de la actividad comercial ha traído consigo modificaciones sustanciales en la estructura institucional del mercado y en los métodos de distribución de la producción. Junto a esto ha sido una fuente importante de formación de capitales, tanto cuantitativa como cualitativamente. O en otras palabras: de la actividad comercial ha surgido buena parte de los recursos financieros con que se ha financiado el desarrollo económico, de ahí que la estructura de la actividad comercial haya venido a condicionar el ritmo y la naturaleza del financiamiento del desarrollo, por un lado, y el crecimiento y la estructura del ingreso nacional por el otro.¹⁹

La influencia del desarrollo comercial en la organización financiera del país se aprecia fácilmente a través del crecimiento que han tenido los bancos de depósito y las operaciones de tipo comercial realizadas por estos bancos y, de hecho, por todas las instituciones de crédito en el país.

¹⁹ En rigor, sin embargo, el ingreso transferido por el comercio hacia otras actividades tiene que haber provenido de las ramas económicas directamente productivas.

Así pues, el comercio no sólo ha servido para acercar a los productores y consumidores de distintas zonas (a través de agentes, radio, prensa, etc.), y para dar ocupación a un número creciente de personas, con lo cual ya habría contribuido al desarrollo del mercado, sino que, dada la importancia que ha tenido como fuente de acumulación, su influencia se ha proyectado hacia múltiples campos que van desde la agricultura hasta la construcción, la industria manufacturera y las finanzas.²⁰

Ahora bien, en la estructura del comercio y en la influencia que esta actividad ha ejercido en el proceso de formación del mercado, se expresa la profunda desigualdad económica existente entre las diversas clases sociales del país. En el caso del pequeño comercio, por ejemplo, encontramos que si bien ha habido algún desarrollo, sigue llevándose a cabo, en lo general, con métodos atrasados y rudimentarios. Carece de crédito, excepto en forma de préstamos usurarios, y se ve afectado por múltiples gravámenes que, junto a la pobreza de la mayor parte de la población, vuelven más difícil su desarrollo. Estas características no sólo se aprecian en el pequeño comercio de las zonas rurales: se observan también en las ciudades y, principalmente, en los barrios obreros de éstas. El comercio de bienes y servicios que requiere la clase media, y sobre todo los grupos acomodados de ésta, ha logrado un mayor desarrollo y una más amplia diversificación, y por último, la actividad comercial ligada a las clases altas y al turismo extranjero se ha transformado notablemente tanto en términos cuantitativos como en sus formas de operación.

²⁰ En estos momentos, por ejemplo, es muy frecuente encontrar comerciantes ricos en las zonas agrícolas más desarrolladas del país, que independientemente de que tengan en el comercio su actividad principal, no les faltan sus 100, 200 ó 500 hectáreas de algodón o de cualquier otro cultivo suficientemente remunerador. En las ciudades, abundan asimismo los comerciantes que obtienen un ingreso adicional de la renta de alguna casa o edificio de apartamentos.

La etapa porque atraviesa México explica que en tanto el mercado de valores se ha desarrollado lentamente, la compraventa de inmuebles se ha convertido, sobre todo a partir de 1940, en una fuente de gran actividad y de fabulosas ganancias para quienes especulan en este sector. De las operaciones estrictamente comerciales del mercado de inmuebles se han desplazado fondos hacia la construcción, actividad cuyo desarrollo ha sido enorme en la ciudad de México y muy importante en los principales centros urbanos de los Estados.

Es interesante señalar, sin embargo, que, vista en una escala general, la organización del comercio en México es pésima. Y es lamentable que a pesar del acuerdo en torno a esta situación del comercio, casi nada se ha hecho para someterlo a disciplinas mínimamente rígidas que fuesen una garantía para productores y consumidores, para las clases bajas del país y para lograr un mayor desarrollo del mercado.²¹ Con independencia de factores cíclicos, de variaciones estacionales y de cualquier otro hecho que pudiera haber contribuido a la inestabilidad de precios, la anarquía que priva en este campo en el comercio mexicano es realmente increíble. Esto se debe en parte a la ausencia de información, al abuso de los propios comerciantes, a la ignorancia, falta de conciencia cívica y organización de los consumidores, a las condiciones de monopolio en que se opera en algunas ramas, al defectuoso funcionamiento de los transportes y a muchas otras causas. Pero, fundamental-

²¹ Como es bien sabido, la parte del producto que queda en poder del comerciante es comparativamente mayor que la que corresponde a otros grupos. Ello se aprecia examinando la estructura de los costos, de múltiples artículos y, en una escala más amplia, en la composición del ingreso nacional. Es interesante esta situación, no porque muestre que las ganancias de los comerciantes son demasiado elevadas, sino porque pone de relieve que dichas ganancias corresponden a una creciente productividad del trabajo en esta rama de la actividad económica, y sobre todo en la industria, la agricultura y las demás actividades de que depende el comercio.

mente, es el resultado de que no se ha pretendido hasta ahora regular de una manera seria la actividad comercial, para que en los casos en que es un obstáculo fuese un estímulo al desarrollo económico del país, y para que en vez de ser una carga más sobre el pueblo fuese un instrumento que ayudara a elevar su nivel de vida.²²

Resumiendo: en la medida en que el comercio ha evolucionado tanto en sus formas de organización como en su funcionamiento, ha contribuido a integrar un mercado nacional basado en centros comerciales locales y de tipo regional. Pero al mismo tiempo el comercio ha sido uno de los factores importantes del encarecimiento de los artículos de que depende el grueso de la población, y por lo tanto del abatimiento del nivel de vida general. Los monopolios, las alcabalas, las "mordidas", las deficiencias de los transportes siguen siendo, además, un obstáculo en la formación del mercado, no sólo porque estorban el desarrollo comercial sino porque afectan a la agricultura, a la industria y a todas las actividades que, a través de la red comercial, alimentan la economía del país.

* * *

La actividad creciente del comercio y de otras ramas de la economía ha estimulado el desarrollo financiero, el que a su vez ha impreso modalidades específicas al mercado de capitales y, en general, al proceso de formación del mercado. Al intensificarse el ritmo de capitalización, la oferta y la demanda de recursos financieros se han ampliado; pero mientras esta última ha tendido a concentrarse en sectores del mercado de capitales, la oferta ni ha crecido con la

²² La falta de estudios adecuados de la actividad comercial en México ha sido, seguramente, uno de los factores determinantes de la ineficacia de la política de precios y de las medidas dictadas para combatir la especulación, el acaparamiento y otras prácticas que entrañan serios obstáculos al desarrollo industrial.

misma rapidez ni se ha localizado en donde más se requería de fondos. La falta de una organización adecuada de los mercados financieros que hubiese permitido sustraer un volumen mayor de recursos de cada zona, de cada actividad y de los grupos sociales con disponibilidades monetarias susceptibles de ser aprovechadas para acelerar el desarrollo económico, ha influido para que el Estado y los particulares usaran expedientes inflacionarios, que si bien han contribuido a impulsar la formación del mercado interno han hecho más contradictorio este desarrollo, por la inestabilidad que el mismo ha traído consigo y por la presión creciente que los precios, cada vez más altos, han ejercido sobre el reducido ingreso de la masa de la población.

En efecto, la influencia del sistema financiero ha sido posiblemente más contradictoria que la de otras actividades, principalmente porque tanto la organización monetaria y bancaria del país como el sistema tributario y las finanzas públicas en general, han tenido en una medida no secundaria efectos regresivos en la distribución del ingreso nacional. En el caso de la política monetaria, el rasgo tal vez más saliente, sobre todo a partir de 1939, ha sido la casi ininterrumpida elevación del volumen de los medios de pago, con el inevitable impacto sobre los precios y el nivel de vida de la mayoría del pueblo. En su aspecto de política antiinflacionaria a través de un control cualitativo del crédito, que pudiese haber contrarrestado las repercusiones del aumento de la circulación, es poco lo que se ha intentado y menos lo que se ha logrado hasta ahora. En el sistema bancario es común encontrarse con situaciones en que, mientras el grueso de los fondos proviene de sectores de la clase media y aun de grupos de ingresos más bajos, los principales renglones del activo están concentrados en unas cuantas operaciones comerciales o industriales —con las que se beneficia a empresas en las que no es extraño que los propios directores de los bancos tengan intereses—, o están destinados a fomentar actividades que ni social ni económicamente

son esenciales para el país. Donde con mayor claridad se advierte esta tendencia es en los bancos capitalizadores y de ahorro, en las compañías de seguros,²³ y en menor escala en las sociedades fiduciarias y en los bancos de depósito.

En cuanto al sistema tributario es bien sabido que, independientemente de que los impuestos directos hayan ido ganando en importancia relativa, la carga fiscal sigue siendo soportada principalmente por el pueblo, el que no sólo paga los impuestos que legalmente le afectan sino aun buena parte del impuesto sobre la renta, el que repercute sobre el consumidor mediante el alza arbitraria de los precios de lo que el empresario vende o produce. Y todavía más, como el desarrollo del mercado de valores es insuficiente y no se emplean medios eficaces para absorber ahorros en valores de la deuda pública, cuando por insuficiencia de ingresos ordinarios el Estado recurre al aumento de su deuda, vuelve de nuevo el pueblo a pagar con menores ingresos reales debido a que gran parte de las emisiones de papel público se colocan inflacionariamente.

Por lo que hace a la influencia de la actividad financiera en la formación del mercado podría decirse lo siguiente: con sus programas de obras públicas y en general con sus inversiones, el Estado ha jugado un papel importante en el proceso de acumulación, a través del fomento directo de las comunicaciones y transportes, de la industria petrolera, de la de energía eléctrica y de la agricultura. En cuanto a los bancos nacionales, sus principales operaciones han beneficiado al Estado, a la banca privada, a diversas empresas industriales nuevas o en proceso de expansión, al comercio exterior y a la construcción.

La banca privada, y en general las instituciones que

²³ Entre los centenares de ejemplos que podrían mencionarse a este respecto están las casas construidas por varios bancos capitalizadores en diversas colonias residenciales de México, una lujosa sala de cine en el Paseo de la Reforma y el "rascacielos" de la Latinoamericana, en la Av. San Juan de Letrán de la propia capital.

rodean a esta sección del sistema bancario, han estimulado principalmente el comercio en las ciudades, la especulación, la construcción y las industrias más asentadas en el país, como la textil, la alimenticia, la molinera, la de jabón, papel, etc. La propia banca privada ha dado impulso al comercio exterior, a ciertas ramas de la agricultura, a las obras públicas y al crédito al consumo, no de los grupos más amplios sino de la clase media urbana, a través del crédito que estos bancos otorgan a los vendedores de refrigeradores, automóviles, radios, muebles y otros artículos que se expenden en abonos.²⁴

Aunque se ha generalizado el sistema bancario de sucursales y subsidiarias, y el empleo de agentes y corresponsales, esto no ha bastado para que los desplazamientos monetarios dentro de cada región o estado, y de una a otra entidad o rama de nuestra economía sean benéficos para el desarrollo del mercado y del país. Es frecuente, por ejemplo, que ciertas instituciones —bancos capitalizadores, compañías de seguros y bancos comerciales—, obtengan gran parte de sus fondos en ciudades de la provincia; pero como sus matrices operan en la capital de la República, es aquí donde hacen sus principales inversiones, privando a otros lugares de fondos que se requieren con urgencia. El propio Banco de México, que en sus veintisiete años de vida ha logrado considerables avances y ha llegado a tener un

²⁴ No obstante el bajo ingreso de la mayor parte de la población, en México no ha llegado a integrarse un sistema de crédito a los consumidores, semejante al que existe en Estados Unidos y en otros muchos países. No sólo no se cuenta con un sistema adecuado en este campo, sino que el crédito que otorgan los comerciantes a través de las ventas en abonos entraña gravámenes especiales debido a que los precios para este tipo de compras se elevan arbitrariamente un 10% y hasta un 15%. Y todavía más, en los momentos en que la inflación ha orillado a las grandes masas a niveles de subconsumo, se ha puesto en marcha un mecanismo para absorber ahorros populares, que en la medida en que se forman contribuyen a reducir una capacidad de consumo de suyo insuficiente.

amplio radio de acción, está muy lejos de ser la institución casi maravillosa que describen los textos de banca central, así como muy lejos, también, de contar con instrumentos eficaces para impedir las irregularidades que se observan en el funcionamiento de los bancos, y para lograr que la circulación y aplicación de los fondos contribuyan a acelerar el desarrollo económico y simultáneamente a mejorar las condiciones de vida de los mexicanos.

En una palabra, la actividad financiera ha abierto nuevas fuentes de ocupación sobre todo en las grandes ciudades; ha sido un gran estímulo al comercio interno e internacional; ha jugado un papel importante en la formación de capitales en la industria manufacturera y la construcción. Pero, como quienes han tenido acceso al crédito han sido en general los grandes empresarios, los comerciantes, inversionistas y políticos influyentes, y no los pequeños agricultores, los campesinos, los obreros, los industriales pequeños y medianos; y como, además, el estímulo financiero ha carecido de uniformidad, todo ello ha agrandado muchas desproporciones, en cuya generación han sido decisivos la inflación y el carácter regresivo del sistema financiero, a que antes hicimos referencia.

* * *

Veamos, por último, cuál ha sido el comportamiento de la industria en el proceso de formación del mercado.

En general, como es sabido, el desarrollo de la industria es uno de los hechos que mayor influencia ejercen en la formación del mercado. Ello es así porque, a partir del momento en que se generaliza la actividad manufacturera, se intensifica la división social del trabajo tanto en un sentido técnico como geográfico y se logran formas de cooperación bajo las cuales la productividad aumenta, y con ella el volumen de producción y de ingreso. La industria, además, vincula estrechamente unas ramas económicas con otras; es condición para el desarrollo en grande escala de la agricultura y de todas las actividades, desde la minería hasta el

comercio, y constituye un factor de influencia decisiva en el desarrollo del mercado de trabajo y del mercado de capitales.

Son varios los hechos a través de los cuales puede señalarse la interacción que ha existido entre la industria y el mercado: 1) su importancia como fuente de trabajo; 2) las tendencias que han caracterizado su capacidad y volumen de producción; 3) el grado de diversificación de la producción industrial; 4) las condiciones en que se ha distribuido, y 5) las variaciones que ha experimentado el consumo de productos industriales.

Procedamos a examinar esos hechos. Dentro del conjunto de actividades secundarias la industria es la principal fuente de ocupación. Sin embargo, es interesante advertir que el ritmo de incremento de la población industrial tal vez sea comparable a la tasa de aumento de la población en su conjunto, y por ende, mucho más lento que el del comercio, actividad cuya importancia relativa como fuente de ocupación se ha elevado notablemente en las últimas dos décadas. Conforme a esta situación podríamos decir que la absorción de mano de obra por parte de la industria no ha sido tan importante en la formación del mercado, como a primera vista podría suponerse. La relación más interesante para nuestro examen se encuentra en el hecho de que el rápido aumento de la población, y de la población urbana, en particular, ha sido una de las condiciones para el desarrollo de la industria, la que ha contado con mayores disponibilidades de mano de obra barata.²⁵

Por lo que hace al volumen y a la capacidad de producción de la industria es bien sabido que en ambos casos se

²⁵ Aunque el desarrollo industrial de México ha sido en los últimos años más rápido que en etapas anteriores, su ritmo no ha llegado a ser suficiente para absorber el desplazamiento de población. En estos momentos se habla de que en las temporadas de cosechas se trasladan a Estados Unidos entre 500,000 y 600,000 braceros, tanto contratados como ilegales. O sea que una alta pro-

ha logrado un aumento. Entre las actividades en que mayor ha sido el incremento de la producción a partir de 1939, podrían consignarse las industrias de fierro y acero, cemento, petróleo, diversas ramas de la química y mecánica, de artefactos de hule, etc. O sea que en donde más se ha elevado el volumen de producción es en las industrias de bienes de capital. Las de bienes de consumo, cuyo crecimiento ha sido lento en lo general, muestran un desarrollo considerable en el caso de la azucarera y la de conservas alimenticias, y más lento en la producción de hilados y tejidos de lana y algodón, de harina, jabón, etc.

El aumento de la capacidad productiva deja ver una tendencia similar a la señalada antes: mayor en las industrias de bienes de producción que en las de bienes de consumo, advirtiéndose en muchos casos que la capacidad instalada no se aprovecha adecuadamente, bien porque el consumo es limitado o debido a la escasez de materias primas y combustible, y deficiencias de transportes, falta de coordinación o de mano de obra calificada.

Aunque el grado de diversificación de la industria mexicana es incipiente, ha contribuido a la ampliación del mercado, como puede verse examinando la estructura de la industria química, de la mecánica y metalúrgica, en las que no sólo ha aumentado grandemente el número de establecimientos sino que han empezado a explotarse campos hasta hace poco tiempo desconocidos o inexplorados.

Como acontece con el volumen y la capacidad de producción, el consumo de bienes de capital es el que ha creci-

porción de la población agrícola mexicana se ve lanzada al mercado de trabajo de Estados Unidos, por falta de oportunidades para vivir en el país. Varias condiciones agravan a nuestro juicio este problema: 1) el rápido crecimiento de la población; 2) el incipiente desarrollo de la industria pesada, y 3) la gran importancia del comercio y los servicios, actividades que, aun necesitando mano de obra, no pueden dar empleo, por razones obvias, a la masa de hombres que hoy día congestionan los centros de contratación de braceros.

do más; el de bienes de consumo se ha elevado lentamente, pese al mayor desarrollo industrial y a la influencia que el aumento del ingreso ha ejercido en ciertos grupos de la clase media y alta. La razón de este desequilibrio no obedece tanto a que la inversión haya representado una proporción creciente del ingreso nacional, disminuyendo la importancia relativa del consumo, sino al hecho de que, de la parte del ingreso destinada al consumo, una porción cada vez menor ha correspondido a las grandes masas.

Sería difícil extendernos en otras consideraciones, por lo que podemos desahogar este punto diciendo que la industria ha ampliado el mercado para todas las demás actividades, desde la agricultura y la ganadería hasta el comercio, la explotación del petróleo y la generación de energía eléctrica. Pero así como las características de la estructura económica del país en su conjunto se han manifestado en el desarrollo industrial, éste las ha proyectado al resto del sistema. La agricultura, por ejemplo, por su escaso desarrollo y por su dependencia respecto al comercio exterior, no ha podido proporcionar a la industria el volumen necesario y la suficiente diversidad de productos para un desarrollo mayor. La industria, a su vez, influida fuertemente por intereses extranjeros, dependiendo de una minería cuya estructura está destinada a satisfacer las exigencias del mercado norteamericano; con una producción escasa de energía eléctrica, en gran parte también en manos extranjeras; sin crédito adecuado para una expansión a largo plazo, no ha podido desarrollar ramas fundamentales en las que debió haber descansado un ritmo más rápido de capitalización en la agricultura, en los transportes y en muchas otras actividades. Así pues, aunque la industria ha absorbido materias primas agrícolas para la producción textil, de aceites, etc.; ganado para las empacadoras; diversas especies marinas y legumbres para la industria alimenticia, y así, sucesivamente, no ha podido proporcionar a la agricultura la maquinaria y los implementos modernos que necesita, ni

tampoco dotar a la pesca de embarcaciones adecuadas, ni a los ferrocarriles de equipo, ni al Gobierno de la maquinaria para sus obras públicas.

En síntesis, en la industria se encuentran, como en todas las demás actividades de la economía mexicana, hechos que muestran de manera irrefutable la coexistencia de tendencias antagónicas bien definidas: unas que han jugado un papel positivo en la ampliación del mercado; y otras que han influido en sentido contrario, limitando y haciendo más inestable dicho proceso.

Resumen

Si hacemos ahora un resumen general llegamos a la conclusión de que la creciente interdependencia de las actividades económicas y la mayor diversificación de cada una de ellas han sido factores de enorme importancia en la formación del mercado interior. Y si el volumen de la demanda no ha sido en general insuficiente, ello se debe al impulso dado a la formación de capitales, y a que el decaimiento en el nivel de vida de la mayoría del pueblo ha tenido como contrapartida la concentración de una parte creciente del ingreso en manos de un sector insignificante, que de hecho es el que ha disfrutado del aumento de la renta nacional y del incremento de productividad de los trabajadores. La transferencia de ingreso de las clases bajas de la población a las más altas —efecto y al mismo tiempo causa de la inflación—, ha provocado además cambios de importancia en la estructura de la demanda y en la composición de la inversión nacional, desplazando una y otra hacia actividades más o menos ajenas a la suerte de la mayoría de la población

A nadie escapa que esta situación no puede mantenerse indefinidamente. Si el desarrollo del mercado sigue operándose mediante el empobrecimiento de los sectores más

amplios del pueblo, la actividad tenderá a decrecer, los signos de crisis que ya empiezan a advertirse en la economía mexicana se agudizarán y los márgenes ya no de progreso, sino aun de crecimiento simplemente cuantitativo, serán cada vez más estrechos.

Hasta ahora, la concentración creciente del ingreso nacional en poder de un pequeño grupo de personas pudo dar salida a la producción de bienes de capital y aun de muchos bienes de consumo y servicios. Pero a medida que la acumulación se ha ido manifestando en un incremento de la capacidad productiva y en un aumento de la producción, condiciones ambas imprescindibles para el desarrollo ulterior del proceso de formación de capitales, el bajo nivel de vida de la mayoría se ha vuelto un creciente obstáculo para acelerar el ritmo de desarrollo, como fácilmente puede apreciarse a través de las tendencias deflacionarias, paradójicamente generadas por una inflación desenfadada. La situación ha llegado a ser tan grave que no hay semana en que la prensa no informe sobre la baja de las ventas en tal o cual rama de actividad. Y no deja de ser interesante que muchos de los abanderados de la tesis de que el país debe desarrollarse a través del "ahorro forzoso", término que en palabras más claras no es otra cosa que la creciente explotación del pueblo, empiezan a darse cuenta de que el ingreso nacional está mal distribuido y de que los trabajadores no sólo son vendedores de fuerza de trabajo, sino también compradores de bienes y servicios.

Y en efecto, se requiere cada día con mayor urgencia redistribuir el ingreso nacional, no sólo por razones de orden social y humano, sino porque aun desde un punto de vista estrictamente económico, México está aproximándose a un callejón sin salida. Pero ¿cómo ha de lograrse la redistribución del ingreso nacional? ¿Acaso esperando a que los 10,000 millonarios de que la prensa habla a menudo renuncien a una parte de sus espurias fortunas? ¿Acaso poniendo en juego expedientes monetarios y fiscales cuya eficacia

sería muy limitada en nuestro medio? No; independientemente de lo que pudiera hacerse en este último campo, la redistribución del ingreso y de la riqueza habría que buscarla, a nuestro juicio, modificando las condiciones sociales, económicas y políticas del país en un sentido democrático.²⁶

Aparte de muchas otras tareas igualmente inaplazables, lo que se necesita es: 1) extirpar las supervivencias de feudalismo que todavía se aprecian en la estructura agraria y en la explotación agrícola del país; 2) pugnar por una política de desarrollo acorde con la necesidad apremiante de mejorar el nivel de vida popular, y 3) defender a nuestro país contra el imperialismo norteamericano, cuya política tanto ha contribuido para que México siga siendo un país atrasado.

La lucha contra todos estos elementos adversos no librará a nuestra economía de las contradicciones esenciales que hoy la afectan. Pero si esa lucha tiene éxito —y la participación del pueblo en ella es una garantía para que lo tenga—, el desarrollo del país será más rápido, el mercado nacional más amplio, y mayor la parte del ingreso dedicado a quienes trabajan.

²⁶ “Se dice que cuando los primeros discípulos de Adam Smith empezaron a enseñar Economía Política en la universidad, su referencia a cosas vulgares como “trigo” o “rebajas de impuestos” era considerada como una “profanación” de la tradición académica, en tanto que el mero título de Economía Política se hacía sospechoso de ‘proposiciones peligrosas’. En nuestros días la reacción tiende a ser muy semejante cuando un economista se refiere explícitamente a los acontecimientos políticos actuales. Y, sin embargo, hoy día la economía y la política se hallan entrelazadas más íntimamente que en los días de Smith y de Ricardo: los acontecimientos políticos tienen causas económicas manifestadas, y la prognosis económica gira en la órbita de los movimientos políticos. Para comprender bien a fondo lo que es posible hacer y lo que está aconteciendo, ni el economista puede excluir las conexiones políticas de los acontecimientos económicos, ni el político puede pasar por alto las conexiones económicas”. Cf. Maurice Dobb, *Economía Política y capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 248.

¿SOBREPOBLACION O SUBDESARROLLO?*

1. La llamada "explosión demográfica"

Entre los estudiosos de la problemática del desarrollo, sobre todo en Estados Unidos y Europa Occidental, hay una clara tendencia a subrayar la gravedad del problema demográfico en los países subdesarrollados. A cada momento se reitera que la "explosión demográfica" vuelve prácticamente imposible a las naciones económicamente más pobres librarse de la miseria y el atraso en que viven. Hasta hace poco tiempo la opinión pública en dichas naciones no mostraba mayor conciencia en torno al fenómeno demográfico; pero a últimas fechas el problema de la población ha pasado al primer plano y funcionarios públicos y empresarios privados, economistas, médicos y desde luego demógrafos, lo consideran un asunto que reclama la mayor atención.

Lo primero que debe precisarse es si existe o no tal explosión demográfica. Y ello, por cierto, no implica mayor esfuerzo, pues las cifras disponibles son concluyentes. Veamos:

* Este texto se preparó para la conferencia sobre Problemas del Desarrollo, organizada por la *Colorado State University* y celebrada en Estes Park, Colorado, entre el 27 de agosto y el 1º de septiembre de 1967. El documento se leyó parcialmente y se recogió en las memorias de la Conferencia, no habiéndolo presentado personalmente el autor debido a que, pese a contar con una invitación especial para concurrir como delegado, no le fue concedida la visa norteamericana.—Publicado en *Problemas estructurales del subdesarrollo*. UNAM, México, 1971. El autor agradece a la Dirección de Publicaciones de la UNAM, la autorización para reproducir este ensayo en el presente volumen.

En 1750, el mundo tenía aproximadamente 750 millones de habitantes. En los siguientes cien años llegó a unos 1 200, y en 1960 a 3 000 millones. Se estima que para lograr esta última cifra se requirieron de 9 000 a 10 000 años, y que para doblarla y acercarse a los 6 000 millones de habitantes sólo se necesitarán treinta y tantos; lo que quiere decir que en poco más de tres décadas la población crecerá, en términos absolutos, tanto como en los nueve milenios anteriores.¹ La situación de América Latina, en particular, es aún más reveladora: en 1940 su población era de 131 millones; en 1950, de 162, en 1960 de 210 y, para 1980, se calcula que alcanzará 370 millones de habitantes.²

¿A qué obedece ese aumento sin precedentes de la población latinoamericana y en general de los países subdesarrollados? Esencialmente, como se sabe, a que las tasas de natalidad siguen siendo altas —de aproximadamente 40 a 45 por millar— y las de mortalidad han sufrido, sobre todo en las últimas dos décadas, un drástico descenso —algo así como 50% al reducirse más o menos de 20 a 10, o sea de 2 a 1%. Frente a esa tendencia y la perspectiva de que, hacia fines del presente siglo, Latinoamérica tendrá más de 500 millones de habitantes, no parece exagerado hablar de que estamos, en efecto, ante un crecimiento explosivo de la población.

Mas si bien ello es indiscutible, resulta a nuestro juicio desmedido el pesimismo que algunas personas exhiben. Es tal el desasosiego y tan grandes los temores que el problema demográfico provoca, que aun los sombríos pronósticos del reverendo Thomas Robert Malthus parecerían a estas horas prudentes y discretos. El presidente de Estados Unidos, Lyndon Johnson, ha llegado por ejemplo a decir que si el

¹ Véase: Carlo M. Cipolla, *Historia económica de la población mundial*, Buenos Aires, 1964.

² Gilberto Loyo, "Algunos problemas demográficos de México y América Latina", *Cuadernos Americanos*, México, enero-febrero de 1967.

crecimiento de la población no logra contenerse en los países pobres, la próxima década será la década del hambre; algunos exaltados científicos han expresado inclusive que si Estados Unidos no da de comer a los propios británicos, el mundo ofrecerá un panorama desolador;³ y otros, en un intento de reivindicar la ley de los rendimientos decrecientes y toda la base teórica de la doctrina malthusiana, anuncian con frecuencia que pronto tendrá que lanzarse el hombre sobre sus recursos de menor calidad para poder sobrevivir; y en actitud comparable a aquella con que sus progenitores proclamaron alguna vez que “el mejor indio es un indio muerto”, no faltan los neomalthusianos que, no conformes con imponer un rígido control de la natalidad, recomiendan el aborto como eficaz regulador, y aun llegan a insinuar que el equilibrio demográfico debiera buscarse incluso por el camino de no reducir demasiado de prisa la tasa de mortalidad, es decir, por el trágico camino de dejar que año por año mueran miles de seres humanos, en su mayor parte niños y ancianos, por falta de atención médica oportuna. Conforme a tal estrategia no sería sorprendente que, en un momento dado, quienes hoy defienden la política de armarse hasta los dientes como manera de evitar o por lo menos contrarrestar las crisis económicas, mañana postulen, en una nueva y más siniestra “escalada”, el empleo masivo de esas armas para reducir la presión demográfica. Y conforme a la filosofía de aquel viejo proverbio según el cual “un clavo saca otro clavo”, aleguen que la explosión demográfica sólo podrá superarse mediante nada menos que otra explosión: una explosión atómica.

II. Crecimiento demográfico y subdesarrollo

Ahora bien, ¿por qué y cómo afecta el crecimiento de la población al desarrollo económico? “...una población creciente —señala una autora al referirse a quienes consi-

³ Véase: William Vogt, *Road to Survival*, Nueva York, 1948.

deran desfavorable la influencia del fenómeno demográfico— significa un aumento en el consumo y un menor coeficiente de ahorro —porque la pirámide de edades concentra la mayor proporción... en los niños y jóvenes— y el proceso de desarrollo requiere, precisamente, frenar el consumo a favor de un mayor ahorro e inversión...”.⁴

Otro economista comenta que, generalmente, se acepta que el rápido aumento de la población latinoamericana plantea los siguientes problemas:

- a) “...la necesidad de hacer mayor esfuerzo de inversión para dotar a la población ocupada del acervo de capital...”;
- b) “...la aceleración del incremento eleva durante un periodo largo la proporción de población joven no apta para el trabajo y obliga a la comunidad a destinar mayor proporción de sus recursos a inversiones cuya productividad no es directa o tiene efectos retardados...”;
- c) “...se acentúa la gravedad de los problemas estructurales que caracterizan a una economía subdesarrollada, en especial la sobrepoblación rural en áreas de muy baja capacidad técnica... y se intensifican las migraciones de zonas rurales a urbanas...”, y
- d) “...como consecuencia de lo anterior, surge la necesidad de incrementar la tasa de industrialización a fin de absorber la migración interna, el incremento natural de la población urbana y la reserva de población subocupada...”.⁵

En fin, a menudo se indica que un rápido crecimiento demográfico significa una reducción inevitable en el incremento del bienestar de la población, pues si la tasa de cre-

⁴ Ifigenia M. de Navarrete, *Sobrepoblación y desarrollo económico* (folleto), México, 1967, pp. 11-12.

⁵ Víctor L. Urquidí, “El crecimiento demográfico y el desarrollo económico latinoamericano”, en *Demografía y Economía*, México, 1967, p. 3.

cimiento económico es, digamos, de 5%, y la de crecimiento demográfico de 3%, el producto por habitante sólo aumentará a razón de 2%, contra 5% en que lo haría de ser estacionaria la población.

¿Hasta dónde es admisible que un aumento del consumo resultante del crecimiento de la población deba traducirse en un descenso del coeficiente de ahorro? De inmediato, parecería que ello es inevitable pues, por definición, si el consumo aumenta disminuye el ahorro, y viceversa. Pero el problema no es tan sencillo en el marco real del proceso económico. En una economía estacionaria o incluso en una en que la tasa de crecimiento del ingreso no supere a la de la población, el consumo sólo puede crecer y aun mantenerse al nivel previo, a costa de la formación de capital. Es decir, si no hay progreso técnico y todo el incremento del producto deriva de una mayor ocupación y no de una creciente productividad, el aumento de la población absorberá totalmente el producto adicional.

Pero, ¿es ése el caso de América Latina? Si se repara en lo ocurrido en los últimos años se advierte que, aun en aquellos países en que el crecimiento económico fue más modesto, hubo un aumento del producto por habitante susceptible en principio de destinarse, en parte a elevar el nivel de consumo y en parte a acelerar el proceso de acumulación de capital.

En la práctica, es cierto, el crecimiento económico no ha derivado en una tasa de inversión cada vez más alta sino más bien en lo contrario, esto es, en un significativo descenso de la misma, pero debido a otros factores. En 1960-65, en efecto, a pesar de que el producto global latinoamericano (excluyendo a Cuba) aumentó a razón de 4.6% al año, la tasa de inversión bruta declinó de 16.8% a 15.5%, o sea casi 8%.⁶

⁶ CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1965, Nueva York, 1966.

Lo que quiere decir que al menos en el lapso anterior, el consumo creció más de prisa que la inversión e incluso que el ingreso en su conjunto, mas no porque la presión demográfica así lo exigiera, sino porque, no obstante el bajo nivel de vida de las masas populares y su significativa contribución al aumento del potencial de ahorro, éste se desaprovecha y dilapida de múltiples maneras en manos de la pequeña, y en verdad privilegiada minoría que concentra una alta proporción del ingreso nacional. En consecuencia es este pequeñísimo sector, en el que conforme a las prácticas modernas se controla la natalidad y cuyo crecimiento demográfico es sensiblemente más lento que el de la población total, el que ejerce en la práctica mayor presión sobre el mercado de bienes de consumo y el que, a la postre, contribuye decisivamente a frenar el proceso de formación de capital.

En otras palabras, el problema no consiste en que, por crecer la mayoría de la población, digamos a razón de 3% al año, demande un volumen de bienes de consumo y de servicios sociales que vuelva imposible mantener un alto coeficiente de inversión. Lo que impide en Latinoamérica una acumulación de capital satisfactoria es esencialmente el patrón de gasto y en particular el enorme consumo suntuario de los ricos, y en un sentido más amplio del sector de altos ingresos, así como la constante succión de recursos financieros que acompaña a una situación de dependencia respecto al exterior.

Abundan los datos que demuestran que, aun con las altas tasas presentes de crecimiento demográfico, si tan sólo se comprimiase levemente el gasto improductivo, sería fácil dar un sensible impulso al desarrollo. Según recientes estimaciones hechas para México y Chile, podría incluso pensarse en doblar la actual tasa de inversión.⁷ Y por lo que hace

⁷ Véase: Sofía Méndez Villarreal, *Financiamiento interno y desarrollo económico*, tesis profesional, México, 1966, pp. 83-84, y

a la economía latinoamericana en su conjunto, el doctor Prebisch ha llegado a calcular que si el consumo del sector de más altos ingresos, que actualmente se estima 15 veces mayor que el de los estratos inferiores, se redujera por ejemplo a 9 veces, la tasa de crecimiento del producto por habitante podría elevarse del nivel actual de 1 al 4% al año, es decir, cuadruplicarse.⁸ Lo que claramente muestra que el efecto desfavorable de la concentración del ingreso sobre el desarrollo económico es mucho mayor de lo que parecen creer quienes buscan la solución a los problemas de los países subdesarrollados, en planos esencialmente demográficos.

Ni siquiera puede sostenerse con fundamento que la presión demográfica afecta el nivel de la inversión productiva porque entraña una creciente demanda de servicios educativos, de salud, etcétera, que en última instancia sustraen recursos que podrían destinarse a actividades directamente ligadas al proceso de desarrollo. La verdad es que la inversión social en casi todos los países latinoamericanos es bien baja y que, incluso la educación, que sin duda es uno de sus principales componentes, en general no absorbe más del 2 al 3% del producto nacional, mientras en los países industriales representa a menudo el 4 y 5%, y todavía deja un buen margen para la inversión productiva que, a propósito, también excede apreciablemente a la que es común en los países económicamente atrasados.

Pero —podría aducirse—, ¿no es por sí sola una severa y a veces intolerable carga la que resulta del rápido aumento de la población no apta para trabajar? En principio, parecería lógico suponer que un ascenso de la relación entre los que no trabajan y los que sí lo hacen, debiera significar una presión creciente sobre estos últimos. Mas aquí tam-

Nathan Novic y Jorge Barba, *Un ensayo de medición del excedente económico potencial*, Santiago de Chile, 1964, pp. 54 y 55.

⁸ *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, 1963, p. 5.

bién, lo esencial no es la forma en que esa relación evolucione, sino el ritmo con que aumente la productividad.

Algunas cifras sobre México, país cuyo crecimiento económico en los últimos 20 a 25 años ha ocupado un nivel intermedio y cuya tasa de aumento de la población ha sido de las más altas en América Latina, pueden ser ilustrativas:

CUADRO 1
POBLACION Y PRODUCTIVIDAD
Base 1940 = 100

<i>Año</i>	<i>No apta (1)</i>	<i>Fuerza de trabajo (2)</i>	<i>Producto global (3)</i>	<i>Producto por persona no apta (4) (3/1)</i>
1940	100.0	100.0	100.0	100.0
1950	132.8	136.6	179.6	135.2
1960	202.3	187.2	325.2	160.8
1965	245.4	221.8	434.5	177.1

FUENTE: Dirección General de Estadística.

Se advertirá en el cuadro anterior que si bien la población no apta para trabajar creció más de prisa que la fuerza de trabajo, el producto por habitante lo hizo aún con mayor rapidez que aquélla, lo que permite concluir que la creciente productividad de los que trabajan determinó, no un aumento sino una sensible disminución de la *carga por persona*. Dicho en otros términos, si suponemos que en 1940 la relación entre fuerza de trabajo y población no apta para trabajar hubiera sido de 1, para 1965 cada persona ocupada habría tenido que soportar un 10% más de población no apta, o sea 1.1. Pero como el producto por persona ocupada aumentó mucho más, podría estimarse que en el propio año de 1965 cada miembro de la fuerza de trabajo en México podría sostener, no una persona, como en 1940, sino 1.77,

o sea cerca de un 80% más. Lo que, por otra parte, demuestra también que, en tales condiciones, resulta más fácil o menos difícil dotar a la población ocupada del capital necesario, aunque en términos absolutos sea mayor, que asegurar una inversión comparativamente más pequeña, pero a un nivel de productividad e ingreso por habitante más bajos.

¿Y qué decir del argumento según el cual el rápido ascenso demográfico acentúa la gravedad de problemas tales como el de la sobrepoblación rural y la migración del campo a la ciudad? En un momento dado y aun en periodos cortos podrían tal vez producirse tales consecuencias; pero el problema de la sobrepoblación rural, más que un rasgo característico de la estructura demográfica de los países subdesarrollados, es una expresión de la manera como se desenvuelve el proceso de acumulación de capital.⁹

III. Sobrepoblación relativa y acumulación de capital

Atribuir los altos coeficientes de subempleo comunes en las áreas rurales de los países económicamente atrasados a que la población crece demasiado de prisa, llevaría a posiciones totalmente divorciadas de la realidad. El subempleo rural es en Latinoamérica un fenómeno crónico. Cuando la población ha aumentado con rapidez, cuando lo ha hecho lentamente y aun en largas etapas en que, por diversas razones, fue estacionaria, la subutilización de la mano de obra rural ha estado presente y nada ha podido reducirla en forma sustancial, estimándose a menudo que, en muchos países, acaso no sea inferior al 30 y aun al 40% de la fuerza de trabajo. Ahora bien, el exceso de población rural no es, desde luego, absoluto. Ni siquiera lo es respecto al territorio

⁹ A quienes tengan especial interés en este aspecto del problema, les recomendamos leer o, en su caso, releer el capítulo XXIII de *El Capital* y especialmente las secciones 3 y 4. (Tomo I, Vol. II.)

o los recursos naturales disponibles. En prácticamente todos los países subdesarrollados en que la mano de obra se subemplea masivamente, hay a la vez vastos recursos naturales que no sólo se desaprovechan sino que no se explotan en absoluto. La sobrepoblación es entonces relativa y sólo se da en comparación con las posibilidades concretas, más o menos inmediatas, de aprovechamiento del potencial humano.

En todo país capitalista, salvo en coyunturas excepcionales como son los breves momentos de auge cíclico y sobre todo las guerras —aunque a últimas fechas ni en tales coyunturas—, existe una buena dosis de desocupación abierta e inclusive “disfrazada”. En un país subdesarrollado, en particular, se dan simultáneamente las tres formas que Marx atribuía a la sobrepoblación, a saber: la flotante, la latente y la intermitente.¹⁰ Y a nuestro juicio, el que una proporción de la fuerza de trabajo permanezca siempre más o menos ociosa no sólo expresa como Marx decía, “...una ley de población peculiar del régimen de producción capitalista...”,¹¹ sino la forma específica aún más desfavorable, en que tal ley opera bajo el *capitalismo del subdesarrollo*. En los países hoy industrializados de occidente, la posibilidad de acumular capital a un ritmo más acelerado absorbió durante periodos largos buena parte de la mano de obra disponible, la que por cierto crecía menos de prisa que como hoy acontece en los países subdesarrollados; en éstos, en cambio, el proceso de acumulación se desenvuelve en un marco diferente, pues a la vez que la población, y por consiguiente la oferta de mano de obra se expanden con mayor rapidez, el impulso del desarrollo económico es incomparablemente menor que en los mejores momentos del sistema, debido a que dejan de estar presentes y cuando lo están no actúan con el mismo vigor, los factores del crecimiento. En efecto, el *stock* de capital es comparativamente más pe-

¹⁰ Carlos Marx, *El capital*, México, 1946, tomo I, vol. II, p. 723.

¹¹ *Ibid.*, p. 713.

queño, el nivel de utilización de la capacidad productiva instalada tiende a ser más bajo, la tasa de inversión es insuficiente y muy inferior siempre al potencial de ahorro, el avance tecnológico es más lento, la inestabilidad del proceso de acumulación es mucho más acentuada, la inversión improductiva suele absorber una parte sustancial del ingreso nacional, y el consumo suntuario y el drenaje constante del ahorro interno hacia el exterior sustituyen a la relativa frugalidad de que en otra etapa hizo gala la burguesía y a la afluencia de recursos del exterior que las viejas metrópolis siempre lograron a costa de sus colonias.

La presión demográfica, por otro lado, además de ser más fuerte por virtud de la mayor celeridad del crecimiento, opera en un marco de subempleo general y casi permanente de los recursos productivos, lo que limita en forma muy severa tanto la demanda de mano de obra como, en última instancia, el nivel de los salarios y la participación del factor trabajo en el ingreso nacional.

CUADRO 2

FUERZA DE TRABAJO Y OCUPACION EN LA INDUSTRIA
Miles

Año	Fza. de Trab. (1)	Pobl. Urbana (2)	Oc. Industrial (3)	%	
				(4) = (3)/(1)	(5) = (3)/(2)
1940	6 055	6 897	909	15.0	13.2
1950	8 272	10 983	1 319	15.9	12.0
1960	11 332	17 705	2 147	18.9	12.1
1965	13 427	23 602	2 853	21.2	12.1
Incrementos (1940-65)	7 372	16 705	1 944	27.0	11.9

FUENTE: Datos censales, Dirección General de Estadística.

Tomando, de nuevo, algunas cifras sobre México como punto de referencia, se observa que, aun en un país que

crece a un ritmo relativamente satisfactorio —entre 5 y 6% al año— la capacidad de absorción de la fuerza de trabajo a cierto nivel técnico y de remuneración es realmente muy pequeña.

Los datos consignados en el Cuadro 2 son muy ilustrativos. Muestran, entre otras cosas, que: 1) a pesar de la expansión sin precedente de la fuerza de trabajo, la que incluso aumentó a más del doble en los últimos 25 años, en términos relativos respecto a la población total es casi estacionaria entre 1940 y 1965, representando 30.8 y 31.5%, respectivamente; 2) desde luego, la población urbana crece con mayor rapidez que la población total; 3) aunque la ocupación industrial (manufacturas, industrias extractivas, energéticas y de la construcción) aumenta con celeridad, sólo absorbe el 27% del incremento de la fuerza de trabajo correspondiente al periodo 1940-65, y apenas el 21.2% de la población trabajadora en el último año mencionado; 4) pero como mejor se aprecia el insuficiente dinamismo del desarrollo industrial es cuando se repara en que la industria, tomada en su más amplia acepción, mientras en 1940 ocupaba el 13.2% de la población urbana, en 1965 solamente absorbía el 12.1%. Y si se toma únicamente la industria de transformación, resultan entonces proporciones de 9.3 y 8.7%, respectivamente, lo que quiere decir que, de los 16.7 millones de habitantes en que aumentó la población urbana de México en el último cuarto de siglo, la industria manufacturera únicamente pudo absorber 1.4 millones, que representan el 19.1% del incremento de la fuerza de trabajo y el 8.4% del correspondiente a la población urbana.

El desequilibrio entre la población y la producción, y para el caso el nivel de ocupación, no estriba, en consecuencia, en que aquélla crezca demasiado de prisa sino en que la producción y el nivel de empleo no aumenten, en un caso respecto a la población total y en el otro frente a la fuerza de trabajo, con suficiente rapidez. De allí la justeza del punto de vista de Engels, según el cual, “la presión

de la población no se ejerce sobre los medios de subsistencia, sino sobre los medios de empleo".¹²

Y éste es, nada menos, el aspecto del problema que escapa a la atención de los neomalthusianos. La incapacidad del sistema económico para asegurar un empleo satisfactorio de los recursos existentes, incluyendo desde luego la mano de obra, así crezca la población al 3% al año, 2.5%, 2% o inclusive menos, vuelve imposible liquidar la desocupación y elevar sustancialmente el nivel de ingreso y de vida de las grandes masas. Y ésta no es una mera especulación sino un hecho comprobable. La historia reciente de América Latina permite observar que si bien millones de personas viven hoy en la miseria, y muchos aun al borde de la desesperación, lo mismo ocurría antes de 1940, cuando la tasa de crecimiento demográfico era apenas de 1.5% al año, o ligeramente superior. O sea que, aun aceptando que la intensidad de la presión demográfica se ha agravado en los últimos años, el bajo nivel de ingreso, y en particular de inversión por habitante no parece haber sido el fruto de que el crecimiento de la población se acelerara en 1%, sino más bien de que el sistema productivo no sea capaz de hacer frente al reto insoslayable que entraña una población que crece rápidamente. Por ello, cuando se recuerda que, sin grandes dificultades, pudo reducirse en Latinoamérica la tasa de mortalidad, pero en cambio no ha podido elevarse a un nivel satisfactorio la tasa de crecimiento del ingreso, se comprueba, como ha dicho un autor que, después de todo, "...es más fácil combatir la muerte que la pobreza".¹³

¹² Carta a F. A. Lange, del 29 de marzo de 1865, citada por P. A. Baran en *La Economía Política del crecimiento*, México, 1959, p. 273.

¹³ Pierre Moussa, *Las naciones proletarias*, 2a. ed., Madrid, 1965, p. 59.

IV. Las soluciones demográficas

Pero es precisamente por ello, nos dirían los economistas que buscan la solución de los problemas del subdesarrollo en planos esencialmente demográficos, por lo que resulta indispensable reducir cuanto antes la tasa de crecimiento de la población; y como no es viable, o por lo menos no es humano hacerlo manteniendo altos coeficientes de mortalidad, la única posibilidad práctica de que puede echarse mano es el control de la natalidad.

CUADRO 3

NECESIDADES DE INVERSIÓN PARA UN RAPIDO CRECIMIENTO

<i>Tasa de inversión</i>	<i>Tasa de Crec Econ.</i>	<i>Tasa de Inc. del Prod. por Hab.</i>
10.5	3	0
14.0	4	1
17.5	5	2
21.0	6	3
24.5	7	4

NOTA. En esta ilustración se supone una relación marginal capital-producto constante de 3.5, que por cierto es muy similar a la correspondiente a Latinoamérica en 1960-65, pues en este lapso el producto (excluyendo a Cuba) creció a razón de 4.6% y la inversión media anual fue de 16.2%.

El razonamiento básico en que tal estrategia descansa es bien conocido. Aun quienes expresamente rechazan las formulaciones propiamente malthusianas, piensan que sólo reduciendo el ritmo de crecimiento de la población es posible lograr una tasa de inversión satisfactoria. Supongamos, dicen, que la población crece 3% cada año; pues bien, si la relación capital-producto es de 3.5, ello querría decir

que tan sólo para mantener un nivel de ingreso dado —que de antemano se sabe es muy bajo en un país subdesarrollado—, sería necesaria una tasa de inversión de 10.5%. Pero si se aspira a que el producto por habitante crezca, se produciría la situación descrita en el Cuadro anterior.

O sea, pues, que para lograr un ritmo satisfactorio de crecimiento del ingreso por habitante —digamos del 4% al año— habría que hacer inversiones que exceden con mucho —según los autores a que nos referimos— la capacidad de ahorro y de acumulación de capital de un país pobre. En cambio, si la tasa a que aumenta la población se redujera, por ejemplo de 3 a 1%, para incrementar el producto por habitante en 4% al año sólo se requeriría una inversión bruta de 17.5% —en vez del 24%—, que sin duda sería más viable.

¿Cómo lograr que la población crezca más lentamente? Olvidando los factores que históricamente modificaron la curva de la población en los países hoy industrializados, los defensores de la tesis que examinamos recomiendan abatir la tasa de natalidad, usar para ello los más variados medios: desde la publicidad y la higiene hasta la educación sexual y el abaratamiento y producción en grande escala de anticonceptivos, y aun recurrir, si éstos fallan, al aborto.

Naturalmente, el control de la natalidad tropieza con toda clase de obstáculos: incomprensión, prejuicios religiosos, desorganización institucional, bajos niveles culturales, etcétera, que en general son típicos de un bajo nivel de ingreso y de desarrollo, y que a la postre vuelven muy difícil, cuando no imposible, suavizar el crecimiento demográfico. En el mejor de los casos, el objetivo de una menor tasa de natalidad sólo se alcanza en el pequeño sector de más altos ingresos, en el que, sin embargo, una familia de tres o cuatro miembros suele gastar más que cien familias rurales, mientras los que nada tienen compensan en cierto modo su miseria *teniendo* cada vez más hijos. Entretanto, en consecuencia, ni se reduce sustancialmente la tasa

de crecimiento de la población, ni se presta la atención debida a cómo incrementar la producción.

Ante las obvias limitaciones de una política elemental de control de la natalidad, recientemente ha empezado a cobrar importancia una variante, según la cual, lo que se requiere es la “planificación de la familia”.

¿En qué consiste esta planificación? La verdad es que no es fácil saberlo. A veces se confunde con la mera restricción de la fertilidad, a veces se asocia a la necesidad de orientar a los padres y de prestar servicios de salud, y en ocasiones se relaciona con categorías como la de un nivel de “población óptima” y de maximización del bienestar, en un esquema unilateral y simplista, en el que las variables son los datos demográficos y los parámetros los niveles de inversión, ingreso y ahorro, y en el cual, por ende, la posibilidad de un mayor bienestar social depende fundamentalmente de la medida en que se logre reducir la tasa de crecimiento de la población.

Los defensores de la planificación familiar no son, sin embargo, explícitos, y a menudo hablan de ella en planos especulativos o desde posiciones del todo irracionales. Creer, por ejemplo, como algunos lo sugieren, que la mera diseminación de dispositivos intrauterinos a precios económicos es una forma de planificar el crecimiento de la familia, equivale a considerar que la planificación agrícola, por ejemplo, consiste simplemente en no sembrar y en dejar las tierras ociosas —que, a propósito, es lo que ha tendido a hacer el llamado “banco del suelo” en Estados Unidos—, y a confundir la esterilidad con la felicidad. Lo mismo podría decirse de quienes suponen que la reducción de la población no sólo haría posible una tasa de inversión o de crecimiento del ingreso más alta, sino mayores satisfacciones y más altos niveles de consumo, pues si una familia pobre se conformara con cuatro hijos, en vez de tener ocho, podría en cambio poseer dos televisores, tres radios de transistores y quizás dos automóviles. Cuando la verdad es que las familias ricas

de ocho hijos tienen todo eso y mucho más, y las pobres carecen prácticamente de todo, cualquiera que sea el número de sus miembros.

Otra cuestión que los “planificadores” de la familia dejan siempre en el aire es la de cómo funcionaría tal sistema de planificación. Supongamos que, con base en una serie de proyecciones de largo alcance se estableciera el ritmo óptimo de crecimiento de la población en las próximas dos o tres décadas, y que de allí resultaran coeficientes de 1 en un país, de 2 en otro, 4 en un tercero, y así sucesivamente. ¿Cómo se trataría de alcanzar la meta prevista? ¿Habría algún órgano encargado de que cada familia cumpliera su parte del mejor modo posible? ¿Cómo se coordinarían las decisiones? ¿O sería cada familia la que pondría en marcha su propio plan? ¿De ser este el caso, cuáles serían la racionalidad y la armonía de un sistema en el que, 8 millones de familias en un país, 12 en otro, 15 digamos en Brasil y 80 millones en la India, se convirtieran en otras tantas unidades “planificadoras”? ¿Y al cabo de todo ello, a qué conduciría el que en tan peculiar sistema de planificación, una pareja decidiera tener sólo un hijo, los vecinos cuatro y la familia de enfrente seis o nueve? ¿No sería todo ello la misma vieja anarquía, ahora con el nuevo y más atractivo nombre de “planificación”?

En el futuro, seguramente el hombre llegará a racionalizar la procreación y la sociedad podrá contar con un potencial humano cuyo número y calidad sean los más convenientes para la prosperidad de todos, y a la vez satisfacer las necesidades de todos. Pero las formas iniciales de planificación familiar que varios países socialistas han empezado a desarrollar, siendo sin duda alentadoras son también demostrativas de que tal planificación se halla en una fase muy incipiente y es aún más difícil que la planificación económica. A medida que los niveles de ingreso, de vida, de educación y cultura se eleven en los países subdesarrollados, se modificarán los patrones de conducta y, casi segu-

ramente, se reducirán en forma sustancial las tasas de natalidad, como ha ocurrido en los países que hoy disfrutan de un alto *standard* de vida. Mas sin perjuicio de que, en ciertos casos, se logre a corto plazo aliviar la presión demográfica mediante el control voluntario de la natalidad en ciertos sectores sociales, el problema fundamental a que se enfrentan los países aparentemente superpoblados no es el de reducir la tasa de crecimiento demográfico del 3% al 2 o al 1.5%, sino el de elevar la de crecimiento económico al 7, 8, 9% o más.

V. La clave: planificar el desarrollo

Suponer que ciertos países están destinados a vivir en la miseria solamente porque su población crece de prisa, significa en realidad desentenderse del hecho de que aun las naciones más pobres cuentan con recursos para producir más, y olvidar que el desarrollo es un proceso dinámico, en el que lo fundamental es crear condiciones estructurales propicias para incrementar, movilizar y utilizar mejor el potencial productivo.

Y aquí es donde el desarrollo y la planificación —la planificación no de la familia sino del proceso económico—, abren toda una nueva perspectiva. “El desarrollo económico... —como bien dice Baran— puede resolver los dos aspectos del llamado problema de sobrepoblación: aumenta la oferta de alimentos y al mismo tiempo reduce el crecimiento de la población.”¹⁴ El problema, entonces, es acelerar el desarrollo, al margen de la posibilidad de que la presión demográfica pueda aligerarse con la contribución voluntaria de quienes, principalmente en sectores intermedios y altos, por diversas razones decidan restringir la natalidad.

¿Y cómo ha de acelerarse el desarrollo? A riesgo de

¹⁴ Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, México, 1959, p. 274.

responder de una manera demasiado simplista, pero a la vez sin el ánimo de subestimar otros factores del crecimiento, para lograr un desarrollo más satisfactorio sería indispensable elevar sustancialmente la tasa de inversión y modificar su distribución a fin de lograr un más alto nivel de eficiencia. El caso latinoamericano es bien ilustrativo. En 1965, la tasa bruta de inversión fue en promedio de poco más de 15%, lo que quizás equivale a un 8 o 9% de inversión neta. Para romper el cuadro del subdesarrollo, como se señala con frecuencia en los propios grandes países capitalistas, la formación neta de capital debería ser del orden del 15%, o sea algo así como 75 a 90% superior a la actual.

Mas, ¿cómo incrementar en tal medida la acumulación de capital? ¿Cómo elevar las tasas de ahorro o, en su caso, obtener suficientes recursos financieros del exterior? ¿Bastará dejar el proceso económico a su suerte, o sea al móvil de lucro y a la influencia de una competencia cada vez más imperfecta, de monopolios y oligopolios, si acaso atemperada por una débil, burocrática y a menudo rutinaria intervención estatal? Aun hoy día, hay personas que consideran que sería suficiente estimular el desarrollo capitalista para conseguir tasas cada vez más altas de ahorro, inversión y crecimiento. En un conocido artículo, el economista Arthur Lewis llega, por ejemplo, a la conclusión de que:

La razón en virtud de la cual son bajos los ahorros en una economía subdesarrollada, relativamente al ingreso nacional, no es que la gente sea pobre, sino que las utilidades capitalistas son bajas relativamente al ingreso nacional. A medida que se expande el sector capitalista, crecen las utilidades... y se reinvierte una proporción creciente del ingreso nacional.¹⁵

¹⁵ "Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra", *El Trimestre Económico*, núm. 108, México, octubre-diciembre, 1960, p. 674.

¿Será cierto que si sólo se alienta el desarrollo a la manera tradicional y se deja concentrar el ingreso en los capitalistas, ello bastará para imprimirle al proceso el vigor de que ahora carece? ¿No es eso, en esencia, lo que sostenían hace unos años los propios capitalistas en Latinoamérica, y lo que sólo llevó en la práctica a volver más ricos a los ricos, y a crecientes tasas de explotación del trabajo, por un lado, y de desperdicio y dilapidación del potencial de ahorro por el otro? Cada día hay más economistas convencidos de que, en los países económicamente atrasados, el mecanismo del mercado no es capaz —en rigor no lo ha sido nunca— de asignar adecuadamente los recursos productivos, lo que no significa que, bajo el incentivo de la ganancia, no sea posible ningún crecimiento. La realidad latinoamericana deja ver que se puede crecer, y en ciertos momentos inclusive hacerlo a buen ritmo. Lo que no se puede, en cambio, es lograr un desarrollo acelerado, aprovechar al máximo el ahorro disponible, racionalizar el empleo de los recursos productivos, afirmar la independencia económica respecto al imperialismo y asegurar que los frutos del desarrollo no se concentren sólo o principalmente en el seno de una minoría privilegiada. Tan no se puede, siquiera, elevar satisfactoriamente el nivel de inversión, que en el quinquenio posterior a la puesta en marcha de la Alianza para el Progreso, con todo y los intentos de programación, incluso se registró un descenso del mismo.

La atención nacional sobre los problemas derivados del crecimiento acelerado de la población —como bien dice el profesor Gilberto Loyo— no debe distraer la atención de nuestros pueblos... de las reformas sociales y económicas básicas que las repúblicas de América Latina deben realizar...¹⁶

Tales reformas son necesarias para liberar el potencial

¹⁶ *Ob. cit.*, p. 35.

de crecimiento de Latinoamérica, y para hacer posible cierto grado de planificación económica. En efecto, la planificación supone transformar la estructura socioeconómica, afectar desde el régimen de propiedad y explotación de la tierra hasta el control de los medios de producción fundamentales en toda la economía; lograr un reparto medianamente equitativo de la riqueza social y del ingreso nacional, desplazar de la dirección económica a la empresa privada y que el pueblo conquiste el poder político, pues ningún sector de la nueva burguesía —y mucho menos aún de la vieja oligarquía—, ni siquiera la llamada “burguesía nacional”, está en condiciones de luchar con decisión para romper el *statu quo* y modificar la estructura que, en el orden interno e internacional, es responsable del subdesarrollo.

* * *

Tales son, en nuestro concepto, los términos en que a estas horas se plantea el problema de la población, cuyo rápido aumento está contribuyendo a agudizar, en cada país y en la comunidad internacional en su conjunto, el profundo desequilibrio económico y social de nuestros días.

Las clases dominantes parecen empeñadas en convencer a las masas de que son ellas mismas las responsables de su pobreza, y no el régimen social; y más que preocuparles que la miseria y el hambre se extiendan, lo que en verdad las inquieta es que, en la medida en que ello sea así, “. . .será más seductora la tentación a que estén expuestos los políticos en los próximos decenios de embarcar a masas hambrientas y miserables en aventuras políticas nacionalistas”.¹⁷

Es pueril, desde luego, creer que serán ciertos políticos sin escrúpulos quienes voluptuosamente seduzcan a las masas para “embarcarlas” en “aventuras políticas nacionalistas”. Pero lo que es indiscutible es que el pesimismo de quienes

¹⁷ *Universitas*, Stuttgart, verano de 1967.

recomiendan, ante todo, reducir drásticamente el crecimiento de la población, no logra ocultar su temor a la acción, su temor a que los pueblos, cansados de tanto esperar, se lancen de lleno a una lucha revolucionaria que desenlace en una transformación social profunda, ésta sí indispensable para acabar definitivamente con la pobreza y el subempleo del potencial humano en el llamado Tercer Mundo.

EL MERCADO INTERNO EN EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO*

Origen histórico del capitalismo latinoamericano

[...] El capitalismo latinoamericano no surge, como algunos parecen creerlo, inopinada, súbitamente. Con frecuencia se sugiere que al desarrollarse el sistema en otros países los nuestros adoptan de inmediato, en forma mecánica, la nueva estructura socioeconómica, como si el capitalismo del subdesarrollo se configurara, *pari passu*, con la expansión del capitalismo en su conjunto y como mero reflejo o función de éste. Conforme a tal esquema el sistema resulta, por un lado, no un fenómeno que se produzca de manera dialéctica sino derivada, pasiva, funcional, y por el otro, lejos de ser un proceso anárquico y profundamente contradictorio y desigual, aparece como algo que se desenvuelve con singular, extraña uniformidad. Es decir, a partir del hecho cierto de que el capitalismo se expande en varios países y aun en conjunto como un nuevo sistema social, y no como expresión de cambios secundarios de alcance meramente nacional, se cae en una identidad simplista y peligrosa, se menosprecia el estudio del proceso como éste se da en el interior de cada uno de los países subdesarrollados y, sin tomarse siquiera el trabajo de comprobarlo, se sugiere que al generalizarse el nuevo modo de producción en dichos

* El presente texto es parte del ensayo "El capitalismo del subdesarrollo," publicado en el número 8 de la revista *Problemas del Desarrollo*, UNAM, julio-septiembre 1971. Al reproducirla aquí, con autorización de dicho Instituto. Se ha conservado la numeración original de las notas de pie.

países, adopta una fisonomía análoga a la de la metrópoli. Incluso llega a insinuarse, en una posición dualista similar a la que se ofrece en el esquema del "enclave", que lo único capitalista en los países dependientes suele ser el contacto con el exterior, lo que equivale a postular que el capitalismo no es un fenómeno histórico que surja a consecuencia de un complejo desarrollo en el que se entrelazan, se funden y a menudo, confunden, los factores internos y externos, sino una situación externa, artificial y en el fondo extraña e impuesta desde arriba al país que la sufre.²³

En otros esquemas se procede en cierto modo a la inversa: se desconoce o al menos se subestima la importancia del fenómeno capitalista en ascenso, o bien, arbitrariamente, se tiende a divorciar lo que acontece en los centros metropolitanos y en general en los países económicamente más avanzados, de lo que ocurre en la periferia del sistema, a la que se supone feudal, semifeudal o simplemente rezagada, en un sentido histórico, respecto de aquéllos.

El capitalismo europeo y más tarde el norteamericano ejercen sin duda una influencia decisiva en la configuración del capitalismo latinoamericano; empero éste tiene su propia historia, su manera de ser particular, una calidad específica que, en última instancia, resulta de las condiciones peculiares en que se produjo su desarrollo y en que las relaciones capitalistas llegaron a ser las dominantes. Esto es, así como los países hoy subdesarrollados no podían quedar al margen del fenómeno capitalista en los últimos siglos, sino que serían incorporados y aun convertidos en víctimas

²³ Tal sugiere, por ejemplo, la siguiente opinión de Henry Sée: "No hay duda que el capitalismo moderno ha ido invadiendo gradualmente una gran parte del campo de la producción; pero dicha invasión no ha sido completa. En las mismas regiones en que el capitalismo se ha desarrollado más, la pequeña industria no ha desaparecido del todo... ¡Y cuántos son los países donde el contacto con el capitalismo está limitado a las relaciones con el exterior!" *Orígenes del capitalismo moderno*, México, 1961, p. 140.

inocentes de ese desarrollo, no podría aceptarse que Latinoamérica se haya vuelto capitalista como por encanto, de la noche a la mañana y por obra del mero contacto con el capitalismo extranjero. El capitalismo latinoamericano no nació incruentamente ni, menos todavía, mágicamente. Lo hizo en un alumbramiento doloroso en el que culminó un largo proceso de explotación y de violencia; a ello obedece que, para explicarlo teóricamente, sea esencial comprender la forma en que nace y los factores históricos que condicionan su aparición.

Hasta ahora poco se ha estudiado, en tratándose de América Latina, el contexto histórico y los mecanismos a través de los cuales las relaciones mercantiles, imperantes desde la época colonial, devienen relaciones propiamente capitalistas. Los autores no marxistas no prestan, en general, atención a tal fenómeno, y aun los marxistas parecen interesarse, preferentemente, en demostrar cómo y por qué la explotación colonial contribuyó a impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas y del capitalismo en los países metropolitanos, a la vez que a frustrarlo en las naciones sometidas. En un reciente artículo sobre el tema, el profesor Ernest Mandel hace notar que:

Los países hoy subdesarrollados contribuyeron sin duda grandemente a la acumulación originaria de capital en los países industrializados... y desde luego, de la de ellos mismos. De unos cuantos países hoy atrasados (la India, Indonesia, América Latina) ...resultan más de 1 000 millones de libras de oro (extraídas por los europeos) o sea, más que el valor de todo el capital invertido en todas las industrias europeas por el año 1800...²⁴

²⁴ E. Mandel, "La teoría marxista de la acumulación primitiva y la industrialización del tercer mundo." *Pensamiento Crítico*, no. 36, La Habana, Cuba.

Lo anterior es innegable, y a estas horas bien conocido sobre todo en el llamado "Tercer Mundo". Independientemente de otras fuerzas que, desde antes del siglo XVI, empujaban el desarrollo de varios países de Europa hacia el capitalismo, es indudable que la explotación mercantil de otros pueblos contribuyó a acelerar ese proceso. Pero, ¿qué ocurrió en la economía de éstos? ¿surgió o no allí un mercado interior? ¿cómo funcionó este mercado, o por qué, en su caso, no apareció?²⁵

Abundan los datos que comprueban que a lo largo de siglos, Latinoamérica, al igual que Asia y Africa, fue despojada de gran parte del excedente comercial que, pese a todos sus tropiezos y vicisitudes, fue capaz de generar. La succión del potencial de ahorro de los países coloniales contribuyó, pues, en forma no desdeñable, a hacer más ricas a las naciones ricas y a acelerar en ellas el desarrollo capitalista; pero tal fenómeno condicionó también, e incluso deformó profunda y gravemente el desarrollo de aquéllos.²⁶

Se reitera, a menudo, que el capitalismo supone un mercado exterior y aun una red de relaciones económicas internacionales en que participe un número de países cada vez mayor; lo que, efectivamente, es así.²⁷ Pero se olvida

²⁵ "El papel del colonialismo en la supresión de la actividad empresarial nativa, rara vez es objeto de la consideración cuidadosa que merece." Robert I. Rhodes, "The disguised conservatism in evolutionary development theory", *Science and Society*, Nueva York, otoño de 1968, p. 394.

²⁶ El profesor Baran, en un bien conocido pasaje de su *La Economía Política del crecimiento*, señala que: "La irrupción del capitalismo occidental en los hoy países subdesarrollados, al precipitar con irresistible energía la maduración de algunas de las condiciones básicas para el desarrollo de un sistema capitalista, bloqueó con igual fuerza el crecimiento de las otras..."; su desarrollo —añade— "fue violentamente desviado de su curso normal, fue deformado y mutilado para que se adaptase a los objetivos del imperialismo occidental." pp. 168-69.

²⁷ "...no es posible imaginarse una nación capitalista sin co-

que lo esencial para que surja y se desenvuelva tal modo de producción en un país determinado es el mercado interior. Sin mercado interior no hay, no puede haber, capitalismo.²⁸ Cuando más, se daría una u otra forma de vinculación con una economía capitalista puramente exterior, y especialmente con aquellas que operan como economías hegemónicas, cuya influencia podría ser innegable, pero cuyo modo de funcionamiento y cuya estructura misma no podrían adoptarse caprichosamente, y sin que en el país que los hace suyos se realicen ciertos cambios decisivos.

Cierto es que algunos autores parecen pensar que el capitalismo, concretamente en los países hoy subdesarrollados, es un fenómeno meramente externo, algo que viene de fuera, que irrumpe incluso inesperadamente, a la manera en que, a través de la conquista y con la cruz y la espada por delante penetró en Latinoamérica a principios del siglo xvi, el capital comercial. De haber sido ello así parecería que el curso del subdesarrollo ha sido, simplemente, inverso al del desarrollo. En éste es la creación y expansión del mercado interior el centro del proceso y lo que hace posible el advenimiento del nuevo modo de producción capitalista; en aquél, en cambio, resultaría que es la irrupción de una economía capitalista extraña, la que al penetrar al seno del país atrasado crea o si se prefiere, impide, la formación del mercado interior. Mas, sin poner en duda la influencia que el contacto y la penetración de economías capitalistas más avanzadas ejercen sobre el subdesarrollo no creemos

mercio exterior, además de que no existe." V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, p. 43.

²⁸ Es tan íntima y de tal naturaleza la relación entre mercado interno y capitalismo que Lenin, por ejemplo, dice al respecto: "...la cuestión del mercado interior no existe en modo alguno como problema separado e independiente, no supeditado al grado de desarrollo del capitalismo... El «mercado interior» para el capitalismo se crea por el propio capitalismo en desarrollo..." O en otras palabras: "El grado de desarrollo del mercado interior es el grado de desarrollo del capitalismo en el país." V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 47.

que, en el caso específico de Latinoamérica, pueda ignorarse o menospreciarse su propia historia, es decir, la forma peculiar en que su economía mercantil se desenvuelve a lo largo de más de 300 años.

Las formaciones sociales no se diseminan como las enfermedades contagiosas: surgen a consecuencia de un desarrollo previo; y así se forma, concretamente, el mercado, que como se sabe es una categoría histórica. De aquí nuestra insistencia en cuanto a que para ahondar en el estudio del subdesarrollo es menester examinar la forma en que se desenvuelve el capitalismo; y para comprender esto último es necesario seguir de cerca el desarrollo del mercado y, específicamente, la fase que va desde el momento en que el producto del trabajo se convierte en objeto de cambio, en mercancía, hasta aquel en que adquiere tal carácter la fuerza misma de trabajo. El estudio de la acumulación originaria del capital no sólo no es, por tanto, una cuestión especulativa o secundaria, sino algo fundamental para entender cómo se origina el subdesarrollo y toman cuerpo las más graves deformaciones de nuestras economías.

El proceso de que hablamos no aparece, desde luego, en el mismo momento ni adopta idénticas modalidades en todas partes, o siquiera en el escenario latinoamericano. Cuando en Inglaterra, por ejemplo, está a punto de concluir, apenas se inicia en otras naciones europeas; y cuando en Holanda, Francia y los Estados Unidos se ha instaurado en definitiva el capitalismo, en México y en general en América Latina, el mercado recorre todavía la fase propiamente mercantil y el capital sigue siendo, en gran medida, un capital fundamentalmente comercial.

¿Y no podría afirmarse, debido a que gran parte del excedente se sustrae y envía año por año a la metrópoli, que el régimen colonial volvió imposible o al menos retrasó grandemente la acumulación primitiva del capital en Latinoamérica? La explotación colonial fue, es innegable, un factor decisivo del accidentado y lento desarrollo de nues-

tros países, sin el cual las cosas habrían, seguramente, marchado mejor. A consecuencia de ella la dirección del proceso económico fue inadecuada, el monto del excedente a disposición de las colonias fue pequeño e insuficiente para impulsar un desarrollo interno vigoroso, y muy grande la proporción del mismo que por diversos canales se hizo llegar a España o que a través de ésta contribuyó a enriquecer a Inglaterra, Holanda y otros países en los que el capitalismo maduró en una época temprana.²⁹ Pero ello no bastaría para sostener que no haya habido, en América Latina, una etapa de acumulación primitiva. En un sentido estricto, el propio hecho de que buena parte de la modesta riqueza de entonces se fugara al extranjero, el que nuestros países fueran —como lo fueron en realidad— literalmente saqueados, demuestra que no solamente se dio esa etapa de acumulación precapitalista, sino que en su seno y a consecuencia de ella se formó y a la vez deformó el mercado interno que, siglos después, acabaría por convertirse en un mercado capitalista.

Acaso no sea ocioso recordar, pues a menudo se cae en graves confusiones al respecto, qué es lo esencial del proceso de acumulación originaria y cuál es su relación fundamental con el desarrollo del mercado y, por tanto, del capitalismo.

La acumulación originaria del capital no consiste, únicamente, en la concentración paulatina de una cada vez mayor riqueza mercantil, o sea de una masa de mercancías o de dinero derivada del comercio, de la compraventa de los más diversos productos; consiste sobre todo en un desarrollo del mercado que cumple, entre otras funciones, la de convertir el dinero en capital: en una “polarización” que

²⁹ Como dice Baran: “La remoción de una gran parte del excedente corrientemente generado y previamente acumulado por los países afectados, no podía sino causar un serio retroceso de su acumulación primaria de capital.” *Ob. cit.*, p. 168.

altera las relaciones productivas básicas, que “crea” a los capitalistas, de un lado, y a los trabajadores asalariados, del otro, dejando en manos de aquéllos los medios de producción y en poder de éstos la energía, la capacidad productiva, la fuerza de trabajo.

“La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción...³⁰ Y por otro lado, no es “...fruto del régimen capitalista, sino punto de partida de él”.³¹ O como dice Dobb: “El «capitalismo mercantil» no es una fase del capitalismo; es más bien un prerequisite, una fase previa...”³²

Hay, aquí, varias cuestiones que debieran quedar bien claras: 1) Lo esencial de la acumulación originaria del capital no es, como su nombre pudiera sugerirlo, la acumulación misma de capital; es más bien la separación, la disociación, el divorcio casi siempre violento y aun brutal, del productor y sus medios de producción. 2) En segundo lugar no se trata, como suelen decirlo quienes aún hoy pretenden justificar la existencia de ricos y pobres bajo el capitalismo, de un fenómeno natural, y por ello fatal e inexorable,³³ sino de un proceso social, histórico, que en una fase de su desarrollo acompaña a la producción mercantil. Acumulación originaria y producción mercantil no son, por tanto, sinónimos. Aquélla es una modalidad específica de ésta, un fenómeno particular que se da en el con-

³⁰ “Con esta polarización del mercado de mercancías —señala Marx— se dan las dos condiciones fundamentales de la producción capitalista... El proceso que engendra el capitalismo sólo puede ser uno: el de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo, proceso que de una parte convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en obreros asalariados...” C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 802.

³¹ *Ibid.*, p. 80.

³² Maurice Dobb. *Ob. cit.*, p. 17.

³³ *Ibid.*, p. 163.

texto de una economía mercantil, por cierto bastante avanzada ya en su desarrollo. Por ello no es casual que Marx señale:

La circulación de mercancías es el punto de donde arranca el capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman *las condiciones históricas previas* bajo las que surge el capital. La biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales.³⁴

La acumulación originaria no es tampoco, por consiguiente, como algunos parecen creerlo, un invento más o menos ingenioso de Marx, o tan sólo un rasgo característico del desarrollo del capitalismo inglés al que dicho autor tomara como modelo en sus estudios teóricos: es una fase históricamente necesaria del desarrollo del capital y del capitalismo, precisamente aquella en la que, bajo la acción combinada de múltiples fuerzas, las relaciones mercantiles se desenvuelven y empiezan a convertirse en relaciones capitalistas de producción.

La significación histórica de esa etapa, su importancia para el desarrollo del capitalismo es, pues, enorme ya que “la expropiación y el desahucio de una parte de la población rural, no sólo deja a los obreros sus medios de vida y sus materiales de trabajo disponibles para que el capital industrial los utilice, sino que además *crea el mercado interior...*”³⁵ Es decir: “La acumulación originaria acaba con la propiedad privada basada en el propio trabajo y refuerza la propiedad privada basada en la explotación del trabajo ajeno.”³⁶

³⁴ C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. II (cursivas nuestras).

³⁵ *Ibid.*, p. 851.

³⁶ *Ibid.*

En México, en particular, podría sostenerse que el capitalismo —y por consiguiente el subdesarrollo— se gesta entre la segunda mitad del siglo XVI y fines del XIX. En ese largo periodo no sólo se vincula la economía mexicana —hasta integrarse plenamente— con el mercado internacional, sino que surge el mercado interior, se desenvuelve como un mecanismo que influye cada vez más en el proceso económico, y se convierte, a la postre, en un mercado capitalista en que la explotación del trabajo asalariado, pese a no abarcar todavía ciertos sectores de actividad, tiene ya suficiente amplitud e importancia como expresión del desarrollo de las nuevas relaciones de producción.

En parte, el fenómeno a que nos referimos se desenvuelve en forma análoga a la de otros países. Aquí también el tránsito hacia el capitalismo supone un largo proceso en el que surge y cobra impulso la pequeña producción mercantil, primero, y empieza, después, a separarse al productor de sus medios de trabajo como condición histórica para que éstos se concentren en una clase parasitaria y la mano de obra “libre” afluya al mercado. Pero ahí concluye la semejanza; y a ello obedece que el capitalismo del subdesarrollo no sea una mera repetición del modelo clásico capitalista.

En México y, en general en América Latina, el proceso de desarrollo no es independiente. Por el contrario, bajo el régimen colonial se subordina en su totalidad a los intereses de la metrópoli, y aún después de conquistarse la emancipación política sigue siendo económicamente dependiente. España y Portugal mismas, tras un breve lapso de auge mercantil en que su fuerza económica y su prestigio político llegan a ser innegables, quedan a la zaga de Holanda e Inglaterra como potencias de segundo orden, y su atraso influye, en no pequeña medida, sobre las colonias.

Pero acaso lo más grave, a la vez que lo más característico del régimen colonial, consiste en que si bien la conquista marca el punto de partida de una nueva economía

en que las relaciones mercantiles acabarán por imponerse a través de medios tan variados como la encomienda, los repartimientos, el tributo, la hacienda, las plantaciones tropicales, los ranchos ganaderos, el empleo del dinero, la piratería, el contrabando, la explotación de las minas, los talleres artesanales y los obrajes, el comercio interior y exterior, las comunicaciones, la política del gobierno y de la iglesia coloniales, el robo, el fraude y el despojo masivo y sistemático de las comunidades indígenas. Si bien todo ello, repetimos, contribuye a acelerar el proceso mercantil en la dirección en que otros países habían logrado ya significativos avances, es la propia metrópoli la que, en mayor medida, obstaculiza su desarrollo; la que detiene y desvía el curso natural del proceso y la que, paradójicamente, contribuye a crear y a agudizar las contradicciones que, en última instancia, acabarían por destruir su otrora vasto y poderoso imperio. España y Portugal no se conforman con extraer, retener y aun aislar físicamente del proceso productivo una parte sustancial del excedente generado por sus colonias. Prohíben, además, la creación y ampliación de sus manufacturas, impidiendo así la única forma de utilización del pequeño potencial de crecimiento que queda en ellas, capaz de acelerar su desarrollo y de impulsar, adecuadamente, el mercado interior.

Són bien conocidas las prohibiciones destinadas a impedir el desarrollo de la industria en la Nueva España como condición para asegurar el monopolio metropolitano en la producción y el comercio de ciertos géneros. Y la técnica no es, desde luego, exclusivamente ibérica. Inglaterra la emplea en la India e incluso en Irlanda, y Francia y Holanda la utilizan también en sus dominios afroasiáticos.³⁷

³⁷ "Los diversos países se jactaban cínicamente de todas las infamias que podían servir de medios de acumulación de capital". "En los países secundarios sometidos a otros se exterminó violentamente toda industria, como hizo por ejemplo Inglaterra con las manufacturas laneras en Irlanda". G. Marx. *El Capital* [...]. Vol. II, pp.

Pero veamos más de cerca la forma en que la política colonial española frena el desarrollo en las colonias y condiciona todo el proceso de formación y desarrollo del mercado interno, pues no basta subrayar que tal política fue funesta.

El impulso de las manufacturas en la etapa propiamente mercantil tiene una significación que difícilmente puede exagerarse. De ellas no sólo depende que la producción se diversifique sino que las formas de organización económica se modernicen, la productividad aumente y, sobre todo, se amplíe la división del trabajo y crezca con ella el mercado interior. La técnica de la manufactura es, pues, necesaria para que el capital comercial se desenvuelva.³⁸

Las manufacturas, sin embargo, no surgen caprichosamente. Aparecen cuando los pequeños talleres artesanales han cobrado cierta importancia y cuando se han formado capitales mercantiles de alguna consideración y se dispone ya de un número suficiente de trabajadores. Pues bien, España nunca deja concentrar —y por tanto reinvertir y hacer crecer— el capital comercial en sus colonias y, de

849 y 847. Y no sólo eso: la propia Inglaterra "...destrozó todo el entramado de la sociedad hindú... Esta pérdida de su viejo mundo, sin conquistar otro nuevo, imprime un sello de particular abatimiento a la miseria del hindú y desvincula al Indostán gobernado por la Gran Bretaña de todas sus viejas tradiciones y de toda su historia pasada". C. Marx, "La Dominación Británica en la India", en Marx y Engels, *Acerca del colonialismo*, Moscú, p. 34. En el mismo sentido, otro autor, dice: "El estudio serio de la historia colonial demuestra la falsedad de la idea optimista de que el contacto entre los sectores tradicionales y los modernos conduce al desarrollo económico". "La penetración de la economía de mercado destruyó viejas civilizaciones, las manufacturas y la agricultura; pero no trajo consigo la modernización". Robert I. Rhodes, *Ob. cit.*, pp. 401 y 402.

³⁸ "...el volumen mínimo progresivo del capital concentrado en manos de cada capitalista, o sea, la transformación progresiva de los medios de vida y de los medios de producción de la sociedad en capital es una ley que brota del carácter técnico de la manufactura". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, vol. 1, p. 399.

paso, tampoco lo transforma en capital industrial en su propio territorio. El excedente mercantil convertido casi siempre en dinero o metales preciosos, en lugar de ser la base de un naciente capital se fuga al extranjero y en buena parte se dilapida sin provecho siquiera para España, y el exiguo remanente que queda en la colonia y que a pesar de todo crece poco a poco, casi nunca se invierte en la industria y menos en aquellas que otros países reclaman para sí. En realidad no sólo fueron prohibidas las manufacturas sino incluso violentamente destruidas por el gobierno colonial. Y cuando, entrado ya el siglo XVIII la metrópoli empieza a ser incapaz de hacer respetar sus prohibiciones y ciertas industrias logran —así sea clandestinamente— un mínimo desarrollo, el capitalismo británico-holandés —cuyas variadas y baratas manufacturas saltarían todas las barreras— y el naciente mercado mundial se encargan, por medios más indirectos pero no menos eficaces, de impedir la creación y expansión de la industria.

La ausencia de un desarrollo manufacturero-mercantil cuando ya había condiciones objetivas propicias para lograrlo tuvo gran significación histórica, pues aunque la producción de mercancías llegó a tener bastante importancia, la expansión del mercado fue lenta y nunca pudo autosostenerse. En efecto, la producción siempre fue relativamente pequeña y poco diversificada, costosa, y con frecuencia de baja calidad. La demanda de mano de obra no creció al ritmo a que podía haberlo hecho bajo la influencia de una industria manufacturera doméstica y la propia oferta no se vio engrosada con los nuevos brazos y los nuevos oficios que, de haberse contado con una industria en desarrollo, habrían surgido a consecuencia de una cada vez mayor división del trabajo y del desplazamiento que, seguramente, se habría operado desde el campo a las ciudades al elevarse la productividad rural y comercializarse la agricultura. En cuanto al incipiente mercado de capitales, o más estrictamente de dinero, el éxodo constante del potencial de ahorro

hacia la metrópoli y la dilapidación, el atesoramiento y el gasto improductivo internos de lo que quedaba en el virreinato determinaron una crónica escasez de fondos que, no pocas veces, contribuyó a que ciertas actividades dejaran de crearse o se vieran postergadas por falta de recursos financieros.

*De la acumulación originaria al
capitalismo del subdesarrollo*

Al concluir, en lo fundamental, la fase de acumulación primitiva y crearse las condiciones históricas que harían posible el predominio de la producción capitalista, Inglaterra y otros países recorrieron una etapa de rápida industrialización, que a la vez que contribuyó grandemente a expandir el mercado interno —a través de la explotación de la mano de obra expulsada del campo y los talleres artesanales urbanos— robusteció el nuevo sistema y consolidó la independencia de esas naciones que, al industrializarse, se convirtieron en las nuevas potencias dominantes. El desarrollo industrial adoptó modalidades y ritmos diferentes en cada país; pero, con todas sus variantes, pronto pudo advertirse que rebasaba las fronteras nacionales, y aun llegó a asociarse, mecánicamente, al advenimiento del capitalismo como si la sola instauración de tal sistema debiera, per se, significar la liberación del atraso y el rápido, aun inmediato y espectacular crecimiento de las fuerzas productivas.

El error era, en verdad, comprensible; las relaciones económicas se internacionalizaban de prisa, y ante el auge manifiesto de unos cuantos países, fácilmente podía pensarse que su afluencia, más que obedecer a una situación privilegiada, era reflejo y signo general del ascenso capitalista. Como a menudo habría de ocurrir en adelante, se confundía lo característico del sistema como tal con lo que

eran rasgos o elementos privativos del modelo británico u otras economías hegemónicas.³⁹

³⁹ Aun Marx y Engels, convencidos de que "...la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales..."; conscientes de que esa burguesía creó, en solamente un siglo "...las fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas...", y de que "merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras..." conscientes en fin, del innegable potencial renovador del capitalismo y de su clase dominante, en una época pensaron, como lo revelan las afirmaciones anteriores (procedentes de *El Manifiesto comunista*, C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, 1951, tomo I, pp. 25 y 26), y muchas otras similares presentes en sus escritos, que al instaurarse el nuevo sistema en cada país, su desarrollo económico se aceleraría de inmediato, agudizándose las contradicciones que le son inherentes y empezándose a crear, a la vez, las condiciones históricas de su derrocamiento. Acaso por no haberse iniciado todavía la fase propiamente imperialista no repararon en que los países dependientes serían explotados como nunca antes y que ello alteraría todo el curso de su desenvolvimiento capitalista y lanzaría a sus pueblos —más que a los obreros de las naciones industriales— a una lucha antiimperialista, verdaderamente revolucionaria.

Su pensamiento, sin embargo, se modificó apreciablemente años más tarde. En varios pasajes de *El Capital*, Marx se refiere, por ejemplo, al problema de Irlanda. "Inglaterra, país capitalista y predominantemente industrial —escribe— habría quedado exangüe si la hubieran sometido a una sangría como la que ha sufrido la población irlandesa..." Y en una carta a Engels, dice: "Cuando más ahondo en el tema, tanto más claro veo que la invasión inglesa ha impedido totalmente a Irlanda desarrollarse y la ha lanzado varios siglos atrás..." "He creído durante mucho tiempo —añade— que la ascendencia de la clase obrera inglesa permitiría derrocar el régimen irlandés... Un estudio más serio me ha convencido de lo contrario... En Irlanda es en donde se debe poner la palanca. Por eso la cuestión irlandesa tiene tanta importancia para el movimiento social en general". C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. y *Acerca del colonialismo*.

De haber surgido, en el último tercio del siglo XIX, una pujante industria nacional en Latinoamérica, una industria moderna y diversificada como la que se establece en los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, en Alemania desde los años cincuenta, y sobre todo después de 1871, o en Japón, a partir de la llamada "Restauración Meiji", la fase de acumulación primaria del capital se habría eslabonado con la siguiente etapa del proceso, o sea con aquella en que el advenimiento del capitalismo, como nuevo modo de producción, impulsa, y sobre todo, transforma en otros países la acumulación de capital comercial en acumulación de capital industrial. Pero el capitalismo del subdesarrollo funciona, desde su nacimiento, de manera diferente. Y cuando sólo una expansión interna acelerada y un rápido incremento de la producción de bienes de producción habría sido capaz de absorber el grueso de la mano de obra y canalizar la creciente fuerza de trabajo que el propio proceso económico lanzaba al mercado, lo que se dio fue una nueva ruptura: si antes se había frustrado en gran medida el desarrollo propiamente manufacturero, ahora no se produciría el tránsito de las pequeñas y medianas empresas a la gran industria. En lugar de ello se realizaría un ajuste, un reacomodo fundamentalmente pasivo y desfavorable a las nuevas exigencias creadas por el mercado mundial y el naciente imperialismo.

Pero podría objetarse: ¿Y no sería más justo decir que, en tal virtud, la economía mexicana y de otros países latinoamericanos siguió siendo entonces fundamentalmente mercantil, más que capitalista? ¿No acaso la sola ausencia de una industria propia y de una rápida industrialización indica que el proceso capitalista se frustra o al menos retrasa respecto a otras naciones? Ya vimos que, indudablemente, el crecimiento económico se vuelve más lento y accidentado en la fase propiamente mercantil, lo que por fuerza debe haber afectado las condiciones del tránsito hacia la nueva formación capitalista. Pero si algo se frustra no es el capi-

talismo: es más bien la acción de éste y no por casualidad, lo que a partir de entonces impedirá un genuino desarrollo, un progreso independiente análogo al que otros países habían logrado años atrás.

En la economía mexicana del porfiriato, como seguramente en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Cuba y otros países latinoamericanos abundan los signos que comprueban que, hacia fines del XIX, las relaciones capitalistas de producción han logrado extenderse en los más variados campos. En toda la agricultura moderna, surgida en buena parte de la demanda de alimentos y materias primas de los países que por entonces se industrializan, y aun en muchas de las explotaciones agropecuarias menos avanzadas, la producción descanza ya, en buena medida, en el trabajo de centenares de miles de peones y jornaleros; en las industrias más importantes —como la textil, molinera, cigarrera, azucarera, de cerveza, jabón y muchas otras, y aun en numerosos modestos talleres e industrias artesanales, el trabajo asalariado tiene ya también gran importancia; y lo mismo acontece en la minería, en la construcción ferroviaria, en las empresas navieras, en los servicios de transporte urbano, en el comercio, la banca y el gobierno. ¿Que, no obstante todo ello, quedan supervivencias precapitalistas y que el desarrollo de la economía propiamente moderna es, en general, desarticulado y modesto? Ciertamente. Pero ello no significa que la nueva economía no sea capitalista. Por lejana, por diferente que se antoje respecto al modelo, digamos británico; cualesquiera que sean sus deformidades y sus obvias limitaciones, eso es también capitalismo; un capitalismo peculiar, carente, desde luego, del *glamour* propio del capitalismo anglo-francés y de la pujanza del alemán o el norteamericano.

El capitalismo es una formación social que tiene, naturalmente, ciertas características que le son privativas. Pero a la vez es un fenómeno histórico, un proceso cambiante que en sus fases iniciales difiere de lo que es en plena ma-

durez. El capitalismo latinoamericano de fines del siglo XIX no es un sistema ortodoxo, maduro y, menos todavía, cabalmente integrado. Junto a las relaciones propiamente capitalistas que por entonces son ya las dominantes, hay todavía relaciones precapitalistas y formas primitivas de acumulación de capital que se entrelazan con las nuevas y que, estrictamente hablando, subsistirán por mucho tiempo. Aún quedan numerosos productos que no se comercializan plenamente, y frente al nuevo y todavía desorganizado ejército de trabajadores asalariados, que a veces más bien parece una chusma informe y miserable, hay muchos pequeños productores que, consciente o inconscientemente, oponen resistencia al nuevo sistema y, lejos de considerarse proletarios se sienten y aspiran a ser propietarios. En fin, la movilidad de la mano de obra y en general de los recursos productivos es insuficiente y nunca comparable a la de los textos de economía clásica o siquiera a la lograda en otros países en la época de la libre concurrencia, tanto porque faltan ciertos mecanismos institucionales como, sobre todo, porque el capitalismo del subdesarrollo nace, podría decirse, con un grado de monopolio más alto de lo que comúnmente se cree.

Mas el que la fisonomía del capitalismo en sus fases iniciales sea todavía relativamente imprecisa porque algunos de sus rasgos empiezan apenas a configurarse, y el que el nuevo sistema no ostente progresos espectaculares, no es sólo característico de lo que ocurre en Latinoamérica. En la propia Europa, años después de que el capitalismo se había impuesto en definitiva, seguían advirtiéndose múltiples hechos que parecían más bien típicos de formaciones históricas previas.⁴⁰

⁴⁰ "Aunque todas las características del régimen capitalista —escribe Henri Sée— eran evidentes en Inglaterra hacia 1815, prevalecía, sin embargo, la antigua organización del trabajo, por lo menos desde un punto de vista cuantitativo. Como lo observa Hobson, la especialización geográfica no era todavía completa, la exportación

Engels recuerda que a principios del siglo XIX, en Inglaterra, "...el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se habían desarrollado todavía muy poco..."⁴¹ Pero aun en aquellos casos en que tal antagonismo no aflora abiertamente, el proceso de disociación de que depende el mercado capitalista y los cambios en la estructura de clases que le son inherentes, no dejan de producirse. Por eso nos desconcierta la afirmación del profesor Baran en la que, al referirse a la separación del productor de sus medios de producción, sostiene que: "es evidente que esta disolución de la economía precapitalista no ha ocurrido en la mayoría de los países subdesarrollados". ¿A qué atribuir tal opinión y cómo conciliarla con lo que parece ser una tesis general en su obra? ¿Querría decir Baran que, en plena mitad del siglo XX, no se había realizado en dichos países ni siquiera la fase de acumulación primaria del capital, o sea que seguían siendo precapitalistas, cuando en otro pasaje del mismo ensayo, al recordar lo que ocurría a fines del siglo XIX, señala nada menos que los pueblos sometidos "...se encontraban en el capitalismo pero no había acumulación de capital..."? ¿O habrá querido decir que llegaron al capitalismo sin que aquella disociación fundamental se produjera de algún modo, lo que equivaldría a postular que en rigor no se dio la fase de acumulación originaria, o sea que el mercado capitalista no fue el corolario, la culminación de un largo proceso previo de desarrollo propiamente mercantil?

Baran sostiene y aun reitera que en las economías subdesarrolladas el sistema tendió a prolongarse y en cierto modo a mantenerse, podríamos decir a congelarse, en su fase mercantil; ello, a causa de la ausencia de una industria

era relativamente pobre y el capital y el trabajo no estaban representados por cifras elevadas". *Orígenes del capitalismo moderno*. p. 11. Sin mencionar las numerosas supervivencias precapitalistas.

⁴¹ F. Engels, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, tomo II, p. 111.

moderna que volvió imposible el desarrollo de un genuino mercado interior. En sus palabras: los países subdesarrollados "...perdieron sus medios tradicionales de vida, sus artes y sus oficios, pero no había una industria moderna que les proporcionase otros nuevos en su lugar".⁴²

Estando en general de acuerdo con las posiciones de Baran en su *Economía Política del crecimiento*, y en particular con el acento puesto en cómo las economías de los pueblos coloniales fueron desgarradas y explotadas, creemos que no obstante la penetración de su análisis se tiende en él a subestimar la descomposición que sin duda se opera en la producción mercantil y el hecho de que, a pesar de todo, el pequeño productor va siendo poco a poco privado de la posibilidad de trabajar por cuenta propia, hasta convertirse en simple trabajador. Inclusive en el campo, donde la presencia de millones de campesinos pobres de aspecto tradicional podría hacer pensar que no llega a realizarse la "descampesinización", se da sin duda el fenómeno, comentado por Lenin, de que muchos de los pequeños productores que legalmente siguen siendo propietarios, de hecho son ya proletarios que no podrían sobrevivir sin vender su fuerza de trabajo.⁴³

⁴² Paul Baran, *La Economía Política del crecimiento*, México, 1964, pp. 200 y 168. El propio autor, al examinar el papel de la industria monopolística hace notar que ésta "...amplía la fase mercantil del capitalismo, al obstaculizar la transición del capital y de la gente de la esfera de la circulación a la de la producción industrial. Por otra parte, al no proporcionar un mercado a la producción agrícola, ni una salida al excedente de mano de obra rural y al no abastecer a la agricultura con bienes de consumo manufacturados y aperos de labranza baratos, obliga a éstos a volver a la autosuficiencia, perpetúa la ociosidad de los desocupados estructurales y favorece una mayor proliferación de pequeños mercaderes, de industrias domésticas, etcétera". (*Ob. cit.*, p. 203).

⁴³ "Entre el proletariado rural deben incluirse, por lo menos, la mitad de todas las haciendas campesinas..." "Al incluir los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo..., sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del

La influencia de la empresa monopolista sobre el subdesarrollo no se expresa, en nuestra opinión, de manera unilateral, y acaso ni siquiera consiste, esencialmente, en la “ampliación” de la fase mercantil señalada por Baran. Si bien ejerce tal efecto —en el sentido de alargar el proceso de acumulación primaria y obstaculizar, como hemos visto, su desarrollo *natural*— su papel es mucho más complejo y contradictorio, pues al mismo tiempo acelera la descomposición de la economía mercantil, propiamente precapitalista, y acorta el tránsito hacia el nuevo modo de producción, naturalmente sin que ello signifique que, a mayor capitalismo, corresponda mayor bienestar general.⁴⁴

La relación mercado interno-mercado mundial en la fase imperialista

La clave del problema parece más bien estar en la forma en que en los países subdesarrollados se desenvuelve el mercado interior. Veamos qué es lo que ocurre al respecto y por qué las cosas son así y no de otra manera:

...Aunque es cierto... —comenta el profesor Baran— que la «división del trabajo depende en gran parte de la propia división del trabajo», en las regiones atrasadas de hoy, esta secuela no se desenvolvió

campesinado en general, como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los «campesinos» ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema de la producción capitalista, precisamente el lugar de obreros asalariados...” V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, pp. 163 y 164-65.

⁴⁴ “Es notorio hasta qué punto el capital monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo... Esta agudización de las contradicciones es la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capitalismo financiero mundial”. V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Obras completas*, tomo XXII, p. 315.

«de acuerdo con el plan». Tomó un curso distinto, es decir, la división del trabajo, tal como surgió, se parecía más a la distribución de funciones entre un jinete y un caballo. Todo mercado que aparecía en los países coloniales y dependientes no se convertía en el «mercado interno» de estos países, sino que, a través de la colonización y los tratados injustos, se transformaba en un apéndice del «mercado interior» del capitalismo occidental.⁴⁵

Parece innegable, como dice Baran, que el mercado interior en los países hoy subdesarrollados toma “un curso distinto” y que no es, en realidad, un mercado genuinamente interno. Pero si con base en la afirmación anterior se sostiene que, dado el nuevo carácter de la división social del trabajo (entendida como una división de funciones entre el jinete y el caballo), el mercado, y sobre todo el de manufacturas, “...no se convertía en el «mercado interno» de esos países. . .”, creemos que se incurre en un error.

Bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado interno siempre es, además de interno, un mercado internacional, esto es, abierto al exterior, una parte integrante, podría decirse, del mercado mundial.⁴⁶ Ello es así por una razón fundamental: porque careciendo los países económicamente atrasados de las industrias estratégicas que en cada etapa del desarrollo del sistema proveen los medios de producción más modernos, y necesitando, a su vez, esas industrias, de materias primas, alimentos, fuerza de trabajo y mercado de destino para su cada vez mayor producción, el desarrollo económico capitalista sólo podrá darse en adelante —incluso en el modelo de “crecimiento hacia adentro”— a través

⁴⁵ P. Baran, *Ob. cit.*, pp. 200-201.

⁴⁶ “...bajo el capitalismo —indica Lenin— el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior”. V. I. Lenin, *Ob. cit.*, tomo XXII, p. 258.

de un proceso en el que, al mismo tiempo que el naciente capitalismo en dichos países se abre al movimiento internacional de mercancías y capitales, el también naciente capital monopolista penetra, como nunca antes, en su economía. Es decir, mientras el mercado interno se *internacionaliza*, el capital internacional se *interna* o *internaliza* en el corazón de las economías atrasadas.

El problema fundamental, en consecuencia, no parece ser el de que al privarse a las economías subdesarrolladas de una industria moderna haya tenido que congelarse en ellas la fase mercantil. Quizá esto habría ocurrido si al quedar tales naciones sin una industria propia, no hubiera aparecido una ajena, poderosa y en rápido crecimiento, dispuesta a llenar la laguna.

Pero a falta de una industria nacional, que evidentemente no pudieron crear a la manera tradicional, los países atrasados tuvieron que depender de una industria fundamentalmente extranjera —en un principio generalmente lejana y más tarde enquistada en lo más íntimo de su economía— y, además, fundamentalmente monopolista, que no sólo alteraría el viejo mecanismo de la competencia en cada país, sino que crearía un nuevo tipo de dependencia en las relaciones internacionales y en el funcionamiento todo del sistema, es decir, una dependencia propiamente monopolista.

Generalmente no se repara, en los estudios sobre el subdesarrollo, en la relación *competencia-dependencia*, e incluso llega a pensarse en esta última como si se tratara de una constante que, a lo largo de siglos, sólo sufre cambios de forma. Se olvida que lo esencial del imperialismo es el desplazamiento de la libre competencia por el monopolio y, sobre todo, que al concentrarse la producción y el capital no sólo se modifica la dinámica interna del proceso económico sino que se acentúa, a escala nacional e internacional, la falta de uniformidad característica del

desarrollo capitalista; y se agudiza y cambia profundamente el carácter de la dependencia.⁴⁷

Podría inclusive decirse que, en cierto sentido, la competencia engendra la dependencia no sólo porque, en general, supone el enfrentamiento del fuerte con el débil, que usualmente acaba eliminando o al menos subordinando a éste respecto de aquél, sino porque en el proceso capitalista el imperialismo y la creciente explotación de los países subdesarrollados son la resultante dialéctica del desarrollo del sistema y, en particular, del creciente antagonismo que acompaña a la intensificación de esa competencia. La dependencia, por consiguiente, no es algo circunstancial ni, menos aún, ajeno a la forma en que se desenvuelve la producción misma en una economía capitalista: es más bien su resultado, pues en un sistema en que la profunda desigualdad de las fuerzas contendientes es uno de sus rasgos más característicos, la competencia entre ellas es al propio tiempo una compleja interdependencia que, en el momento mismo en que una de las fuerzas en pugna se muestra inferior a la otra, se convierte inevitablemente en dependencia. Esto no es una especulación. El examen objetivo del proceso capitalista deja ver una secuela en la que claramente se observa que la libre competencia, o sea una de las libertades burguesas que se gesta desde mucho tiempo atrás y que en su versión clásica supone la igualdad de los competidores, lleva a la concentración de la producción y el capital, ésta al monopolio, el monopolio al imperialismo, la fase imperialista a la agudización de las crisis y a la acentuación de toda clase de desequilibrios, tensiones y rivalidades, y, finalmente, a una dependencia cada vez más estricta y severa. Pero al intensificarse la dependencia adquiere también un impulso nunca antes alcanzado la lu-

⁴⁷ "El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan la diferencia entre el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial". V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 288.

cha por la independencia de los pueblos sometidos. Tal es la dialéctica del proceso.

Como veremos en la segunda parte de este ensayo, la dependencia, por otra parte, no se hereda del pasado como algo inerte. Ella misma es una categoría histórica que influye y, sobre todo, en la que se expresan los cambios estructurales del proceso económico. La dependencia colonial anterior a la expansión mundial del capitalismo difiere, en muchos aspectos, de la que corresponde a una fase posterior, propiamente capitalista; el tipo de dependencia que se configura en la etapa premonopolista no es igual, ni en su alcance ni en su contenido ni, desde luego, en sus formas de manifestación, a la que surge y se desenvuelve en la época del imperialismo.⁴⁸

Por todo ello, volviendo al problema de cómo se desarrolla el mercado interno en las economías subdesarrolladas, el que la división del trabajo adopte la forma de una relación del tipo de la existente entre el jinete y su caballo no demuestra que el mercado interno deje de desarrollarse. Antes al contrario, cualesquiera que sean su ritmo de expansión y los obstáculos a que se enfrente, crece el mercado, crece incluso más de prisa que antes, pero, como dice el propio Baran, a través de una carrera “particularmente torcida”. Aun podría afirmarse que al menos por lo que hace a las ventajas en favor del primero, la relación entre el capitalista y el trabajador siempre es similar a la del jinete y su caballo, y en el fondo así tiene que ser en una sociedad en la que las clases propietarias, por el solo

⁴⁸ “...los razonamientos «generales» sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en trivialidades vacuas o en jactancias, tales como la de comparar la «Gran Roma» con la «Gran Bretaña». Incluso la política colonial capitalista de las fases anteriores del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero”. V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 274.

hecho de serlo, sustraen y se reservan el control y el destino de la mayor parte del excedente producido por los trabajadores. Pero al margen de ello, lo que parece innegable es que, cuando el mercado y el capitalismo son ya entidades mundiales, el mercado interno y el mercado internacional se vuelven un mismo gran escenario en el que, con velocidades y modalidades diferentes, la explotación capitalista se desenvuelve en un nuevo marco histórico y en una nueva dimensión geográfica en que la división del trabajo y por tanto la expansión del mercado siguen adelante, aunque ahora en un plano rebasante de las viejas fronteras nacionales. La relación básica en el proceso económico sigue siendo la existente entre el trabajador y el capitalista, pero ya no dentro de un mercado nacional determinado, sino en él, y simultáneamente, en el resto del sistema. En otras palabras: la disociación del productor y sus medios de producción, que desde los albores del capitalismo, como ya vimos, es un proceso *histórico* que se da de manera distinta en cada país, al imponerse el nuevo sistema se ve acompañado de un desgarramiento *geográfico*: ahora ya no sólo se trata de separar, económica y socialmente, en un país determinado, al productor de sus condiciones de trabajo, para que el capitalista pueda explotarlo a sus anchas a través del régimen de trabajo asalariado; el nuevo elemento consiste en que el grueso de la mano de obra disponible, de la fuerza de trabajo, tenderá a concentrarse en los países pobres mientras los más poderosos acaparan el capital y la riqueza.

En resumen, bajo el capitalismo del subdesarrollo nada hay genuinamente nacional; acaso lo único propio, realmente exclusivo de tal régimen sea la subordinación a lo ajeno, la alienación creciente de las clases dominantes y la lenta, pero firme decisión de los sectores más conscientes del pueblo, de abrir al desarrollo nacional un cauce independiente.

Bajo tal sistema el mecanismo del mercado en su conjunto y cada uno de sus principales elementos, el mercado

—valga la expresión— de mercancías, el de trabajo y el de capital, no operarán ya en la forma en que lo hicieron en otros países. El ritmo a que se extienda la producción de mercancías será más lento; la ausencia de una industria propia, medianamente articulada, de bienes de producción, restará siempre dinamismo al proceso económico; el traslado del excedente de mano de obra rural y, sobre todo, la absorción de la fuerza laboral se llevarán al cabo en condiciones más difíciles e irregulares. Y si bien la libertad de contratación será consagrada y aun convertida en las leyes en garantía individual inviolable, en la práctica, que en última instancia es la que realmente importa, persistirán viejas trabas e interferencias y formas de trabajo en apariencia feudales, residuo en parte del largo pasado precapitalista y en parte derivadas de la escasez de mano de obra en ciertas actividades y lugares, o que aparecerán como expresión de la influencia restrictiva de los monopolios.

Incluso podría decirse que bajo el capitalismo del subdesarrollo no existe o deja de operar el “mercado libre”, o sea el mecanismo autorregulador característico de los buenos, viejos tiempos de la libre concurrencia. Y ello, tanto porque ésta nunca se da plenamente en la fase de tránsito hacia el capitalismo como porque, en general, éste aparece en Latinoamérica, como nueva formación social, cuando en los países más avanzados y en el sistema de conjunto está por concluir o se ha liquidado ya la etapa propiamente competitiva. En consecuencia, aun en aquellos casos en que la forma externa de las relaciones contractuales muestra una apariencia, digamos, clásicamente liberal —como si la libre voluntad de las partes fuera en cada caso lo decisivo—, se restringe, de hecho, la libertad del obrero, la libertad de quien, en la relación esencial del proceso capitalista está llamado a jugar —como diría Marx— “el papel del otro hombre obligado a venderse voluntariamente”.⁴⁹

⁴⁹ “...en nuestras obras se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero

Por otra parte, si bien en su aspecto puramente alimentador de mano de obra asalariada susceptible de explotarse en forma masiva, el naciente mercado capitalista demuestra, en la economía del subdesarrollo, ser un mecanismo bastante eficaz para asegurar a los empresarios una oferta de brazos cada vez mayor, en lo que atañe a la posibilidad de lograr un oportuno y —conforme a patrones capitalistas— más o menos alto nivel de empleo de esa mano de obra, resulta del todo ineficaz; en parte porque la dependencia colonial y el agotante drenaje de siglos impidieron una gran acumulación de dinero que, ahora sí, en un nuevo marco estructural, podía haberse convertido en capital en Latinoamérica; y en parte, ante todo, porque en el momento mismo en que el desarrollo del mercado interno culmina en el nacimiento del nuevo sistema, éste evoluciona, a escala mundial, de la fase competitiva a la monopolística. O sea que en ese momento nace también el imperialismo y se configura un patrón de relaciones económicas internacionales que no sólo frustra en definitiva el desarrollo capitalista autónomo, sino que refuerza la dependencia de los países coloniales y ex coloniales, los que ahora quedarán aún más estrechamente subordinados a través de un sistema que, a partir de entonces, operará por primera vez a escala realmente mundial.

El imperialismo ejerce una influencia aún mayor: altera las bases mismas del sistema y condiciona el propio desarrollo del mercado interior y, por ende, del proceso económico en cada país. Con el advenimiento y la rápida expansión de los monopolios cambian el módulo y el papel de la competencia, la que, en materia de precios, prácticamente desaparece, y éstos, al divorciarse crecientemente de sus

libre, sin tierra. Eso es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas". V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 164.

valores dejan de ser una guía para la asignación de los recursos, lo que hace que la vieja racionalidad capitalista, que en la etapa competitiva pareció expresar incluso una ley natural, devenga ahora una cada vez mayor irracionalidad imperialista. El desarrollo del sistema reclama, de las semicolonias latinoamericanas, una ininterrumpida afluencia de mano de obra. Y si bien el mercado interno se encarga, como antes dijimos, de proveerla, lo que no hace es generar, en la forma en que el capitalismo lo había hecho hasta entonces, una demanda capaz de absorberla. El capitalismo del subdesarrollo es, por tanto, desde su nacimiento, un capitalismo cojo, sin motor propio, sin capacidad orgánica para utilizar en forma medianamente aceptable el potencial productivo creado por él mismo; es un capitalismo contrahecho y subordinado, que a partir de entonces se desenvolverá en el marco, como parte integrante y a la vez a la zaga de un mercado mundial inestable, anárquico, sometido permanentemente a la rivalidad y el insaciable afán de lucro de las grandes potencias, y que descansa en una división internacional del trabajo que —al amparo de la teoría clásica del comercio y de una falsa apariencia de objetividad y rigor científico— sospechosamente siempre deja lo mejor de cada actividad a los países dominantes y lo peor a las naciones dependientes.

Esto no significa, empero, que al frustrarse la posibilidad de un desarrollo autónomo en donde el capitalismo se instaure en el momento en que el sistema está a punto de iniciar su fase imperialista, la mano de obra asalariada que afluye al mercado de trabajo permanezca ociosa y sin posibilidad de explotarse. Como en el modelo clásico, en la versión neoclásica de las postrimerías del siglo XIX se da también una aceleración del desarrollo económico e incluso una segunda revolución industrial que requiere una vasta red de comunicaciones y transportes, instalaciones mineras modernas, una oferta adecuada de alimentos, y por encima de todo una abundante y fluida provisión de mano de obra

barata. Pero en el modelo que se configura a partir del capitalismo del subdesarrollo, el patrón conforme al cual se desenvuelve el mercado interior cambia, como hemos visto, sustancialmente. Ahora no es la industrialización interna, propiamente nacional, el principal agente dinamizador del proceso económico. En vez de una rápida diversificación de la economía latinoamericana lo que se realiza es una innecesaria, excesiva, perjudicial y sumamente onerosa especialización en uno o dos productos primarios. Las manufacturas, pese a todo, logran cierto desarrollo, y el *capital industrial*, tomado en la amplia acepción en que, por ejemplo, lo hace Marx —o sea como producción capitalista—, desplaza y en gran medida suplanta al viejo capital mercantil.⁵⁰

La proyección del sistema económico en su conjunto y de casi cada actividad, en particular, no es una sin embargo en la que, a la manera de una matriz algebraica de múltiples entradas se entrelacen, combinen, integren y apoyen recíprocamente, como en una estrecha y vasta red, desde la agricultura y la ganadería hasta la industria, el comercio y los servicios. Es más bien una proyección hacia afuera, hacia el exterior, hacia el mercado mundial. Y de ello resulta, por un lado, que el tránsito —digamos *natural*— de la manufactura a la gran industria decisivo para que el capitalismo impulse eficazmente el crecimiento de las fuerzas productivas y la expansión del mercado interior, se frustre en gran medida;⁵¹ y por otro, que en vez

⁵⁰ "...la minería, la agricultura, la ganadería, la manufactura, la industria del transporte, etcétera, constituyen ramificaciones impuestas por la división social del trabajo y, por tanto, esferas especiales de inversión del capital industrial..." C. Marx, *El Capital*, tomo III, vol. I, p. 390.

⁵¹ "...sólo la gran industria aporta con la maquinaria, la base constante de la agricultura capitalista, expropia radicalmente a la inmensa mayoría de la población del campo y remata el divorcio entre la agricultura y la industria... Sólo ella conquista por tanto el capital industrial que necesita el mercado interior íntegro". C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 839. Y en otro pasaje sobre

de que el nuevo sistema se desenvuelva esencialmente dentro de ese mercado y en torno a una industria nacional en rápido desarrollo, lo haga en el seno del mercado mundial, en condiciones obviamente desfavorables, y alrededor de una industria ajena y casi siempre distante, o sea de un mecanismo inestable, anárquico, y para colmo incontrolable, que a partir de entonces será, a la vez que el principal factor dinámico del sistema, el más grave y persistente obstáculo a un genuino desarrollo.

Si bien en México, Chile, Brasil, Argentina y otros países latinoamericanos la economía se diversifica y crece con mayor celeridad que en etapas anteriores, los nuevos grandes centros industriales, los mayores polos de crecimiento o focos de atracción del sistema no se hallan en cada uno de ellos: México, Santiago, Río o Buenos Aires. Están en Alemania, en Estados Unidos, en Japón, en Inglaterra y Francia, y en menor escala en Rusia, Bélgica, Suiza, Suecia y otros países. El capitalismo ha madurado; se ha extendido grandemente y está a punto de convertirse en un sistema verdaderamente universal. En adelante ya no podrá Inglaterra, al amparo de su engañoso y hábil librecambismo, imponer unilateralmente sus condiciones en los mares, en el comercio internacional y aun en los debates parlamentarios, la ciencia económica y los salones de moda. La economía mundial, cada vez en mayor medida, operará conforme a nuevas condiciones, así como con nuevas y más profundas contradicciones que a su vez responden a una distinta constelación de fuerzas. Y si el carácter anárquico de la producción capitalista genera siempre desproporciones y desajustes que vuelven muy difícil mantener cierta

el mismo tema, escribe el autor: "Tan pronto como la manufactura se fortalece en cierto modo, y más aún la gran industria, se crea a su vez el mercado, y lo conquista con sus mercancías. Ahora el comercio se convierte en servidor de la producción industrial para la cual es condición de vida la expansión constante del mercado..." *Ibid.*, tomo III, vol. 1, p. 405.

complementariedad en el sistema, en la economía del subdesarrollo será todavía más difícil lograr la menor armonía, pues al convertirse la gran industria monopolista extranjera, a veces directamente y a veces a través del complejo mecanismo del mercado mundial, en uno de los factores condicionantes de la marcha del mercado interior y, por ende, del desarrollo en esos países, las relaciones e interrelaciones básicas de su economía serán profundamente alteradas por decisiones ajenas, extrañas y a menudo contrarias a su política económica interna, que incluso se adoptan fuera de su territorio y aun llegan a imponerse, cuando ello se estima necesario, por la fuerza.

Mas, ¿no estaremos atribuyendo demasiada importancia al mercado mundial y a la influencia que sobre el fenómeno del subdesarrollo ejerce el desenvolvimiento de la gran industria capitalista? ¿No estaremos, inclusive, confundiendo la época en que aparece el mercado mundial e incurriendo en el error de situar en la segunda mitad del siglo XIX un hecho que, en rigor, se registra a principios del XVI? El capitalismo, ciertamente, tiende a internacionalizarse desde siglos atrás. Aún en sus albores, cuando apenas empieza a gestarse en el seno de un feudalismo en plena descomposición, se proyecta hacia afuera, hacia el mercado exterior. Pero entonces está muy lejos todavía de ser un sistema y, sobre todo, un sistema mundial. Durante una larga fase sólo uno, y después dos, tres países serán, estrictamente hablando, capitalistas. Y aunque sus relaciones se desenvuelvan en el marco de una nueva comunidad internacional y la influencia que ejerzan sobre el resto del mundo sea cada vez mayor, ello no significa que el sistema, como nuevo modo de producción, se haya vuelto en todas partes la estructura socioeconómica dominante. El capitalismo no es posible en ningún país, hemos dicho líneas arriba, si el mercado interior no se desarrolla apreciablemente, a menos que lo supongamos como un "enclave", o sea como un fenómeno aislado, restringido y artificial que, al modo de un quiste

extraño —como puede ser una gran empresa extranjera— surja y se desenvuelva al margen del contexto social que lo rodea. Y ni siquiera una economía de enclave podría desenvolverse sin un mercado interior en desarrollo. Pues bien, el capitalismo mundial, o sea el sistema capitalista, tampoco es posible sin un mercado verdaderamente mundial, el que a su vez es un hecho histórico que se produce no en el siglo XVII o el XVIII, sino en la segunda mitad, y particularmente, en el último cuarto del siglo XIX.⁵²

La aparición del mercado, como se sabe, es muy anterior al capitalismo, pero el mercado mundial es un fenómeno netamente capitalista, un fenómeno que habría sido imposible en una etapa histórica anterior, y que, como tal, supone que las nuevas relaciones de producción hayan llegado a ser las dominantes en un gran número de los países que lo integran. O sea que si bien en él se expresa y culmina un largo proceso de desarrollo y generalización de las relaciones mercantiles, su dimensión propiamente mundial —el pleno dominio del mercado como mecanismo en el que fundamentalmente se produce a partir de la explotación de trabajo asalariado—, supone cambios cualitativos profundos como son los que acompañan a la instauración y el desarrollo inicial del capitalismo, de un lado, y del otro, a la consolidación definitiva y al tránsito del sistema a su fase propiamente monopolística.

Lo que quiere decir que así como en el plano interno las relaciones mercantiles no devienen relaciones capitalistas a consecuencia de un mero proceso evolutivo, simplemente gradual, sino de una transformación dialéctica, en buena medida revolucionaria y que a su vez resulta de con-

⁵² “La verdadera misión de la sociedad burguesa —escribe Marx en una carta a Engels— es la de crear el mercado mundial, al menos a grandes rasgos, así como una producción basada en éste. Como el mundo es redondo —agrega— esta misión parece acabada después de la colonización de California y Australia y de la apertura del Japón y China”. *Acerca del colonialismo*, p. 309.

tradicciones cada vez más profundas, en el orden internacional el mercado no se convierte en mercado mundial mediante el solo incremento y la extensión geográfica de las relaciones comerciales, sino a virtud de cambios de gran envergadura histórica,⁵³ de cambios que se gestan desde siglos atrás pero a los que el capitalismo imprime gran celeridad y asigna una importancia cada vez mayor. O sea que, aun hechos que en la fase precapitalista están ya presentes y apuntan claramente en cierta dirección, al instaurarse el capitalismo sufren profundas modificaciones. Tan ello es así que, en las tres o cuatro décadas posteriores a 1870 la economía mundial registra, probablemente, cambios de mayor envergadura que los realizados en varios siglos previos. En efecto, si hacia 1800 ó 1850 es ya manifiesta la delantera que varios países han tomado a otros, para 1900 ó 1910, la desigualdad en el desarrollo se ha acentuado hasta volverse realmente abismal e inzanjable bajo el régimen capitalista.

Desbordaría el marco de este trabajo examinar los múltiples hechos que condicionan o acompañan la aparición de ese mercado mundial; pero al menos conviene mencionar en un párrafo, algunos de ellos: las revoluciones europeas de 1848, la integración de Alemania e Italia como estados nacionales modernos, la rápida industrialización de los Estados Unidos, Alemania y Japón, la creciente penetración y el reparto de África y buena parte de Asia, el trazo de una red ferroviaria que no sólo cubriría regiones antes incomunicadas de Europa y los Estados Unidos sino que se extendería por las principales rutas comerciales del mundo en-

⁵³ Los descubrimientos, los viajes, las aventuras coloniales, la importación de ciertos productos —señala el propio Marx, en *La ideología alemana*— “...y ante todo la ampliación de los mercados, que se convierten en un mercado mundial, cosa *ahora posible* [cursivas nuestras] y que se está operando en mayor volumen cada día, todo ello dio comienzo a una nueva etapa del desarrollo histórico...”

tero, la apertura del Canal de Suez, el desarrollo de las comunicaciones por cable submarino, telégrafo y teléfono, la guerra de Crimea, las guerras contra China, que acaban por incorporarla a la economía de Occidente; el auge del liberalismo y de los tratados comerciales y el rápido incremento del comercio internacional, la internacionalización de la banca moderna, la expansión territorial de Norteamérica y el desarrollo espectacular de la agricultura en California, y, más o menos al mismo tiempo, en Australia, Nueva Zelandia, Argentina, etcétera. Sin estos hechos y, concretamente, sin la industrialización de una decena de los principales países de entonces —lo que equivale a decir sin la previa o simultánea instauración en ellos del capitalismo como nuevo sistema—, sin la creciente competencia interna e internacional entre ellos, sin la concentración y centralización de la producción y el capital, y sin la iniciación de la etapa imperialista —que fundamentalmente implica una cada vez mayor socialización de la producción y el establecimiento de un nuevo patrón en la división internacional del trabajo—, habría sido imposible un mercado verdaderamente mundial.

Lo que —añadiremos con fines de ilustración y de síntesis—, significa en otras palabras que, habida cuenta del carácter dialéctico y por tanto de la constante interacción de los factores que condicionan el proceso social, el mercado mundial se desenvuelve conforme a una secuela que en el fondo es la misma del capitalismo —y por tanto en general, del subdesarrollo— en la que se entrelazan y suceden hechos como los siguientes:

Descomposición de las formaciones precapitalistas → mayor división social del trabajo y generalización de las relaciones mercantiles → creciente disociación, generalmente por medios violentos, del productor y sus medios de producción → ramificación de las comunicaciones y expansión del comercio internacional a par-

tir de los grandes descubrimientos de fines del siglo xv y principios del xvi → conquista de numerosos pueblos antes independientes y desarrollo del colonialismo → debilitamiento de los gremios artesanales y auge de las manufacturas en los países más avanzados → revoluciones económicas y políticas burguesas → instauración, en varios países, del capitalismo como nuevo modo de producción (de fines del xvii a principios del xix) → tránsito de la industria manufacturera a la gran industria moderna → generalización del trabajo asalariado y extensión del mercado propiamente capitalista → industrialización, a diversos niveles, de los países capitalistas independientes → modernización y ampliación de las comunicaciones y transportes → conformación de un nuevo patrón de relaciones económicas y políticas internacionales, agudización de la dependencia e incorporación de numerosos países al sistema capitalista → conversión del mercado internacional en un verdadero mercado mundial → internacionalización del mercado de trabajo y de dinero y capitales → concentración de la creciente producción y el capital → agudización de las crisis de sobreproducción → aparición de los monopolios y advenimiento del imperialismo → modificación profunda del régimen de competencia y del régimen de dependencia tradicionales → intensificación de la lucha revolucionaria y de liberación nacional → crisis general del capitalismo, y advenimiento del socialismo como nuevo modo de producción.

Ahora, estamos seguros, podrá comprenderse mejor nuestra insistencia en torno a la necesidad de advertir el cambio cualitativo que implica la aparición del mercado mundial, el que, específicamente, supone el desarrollo de una gran industria en por lo menos varios países y la rápi-

da incorporación al capitalismo, o sea al régimen de esa gran industria y a la nueva división internacional del trabajo que habrá de acompañarla, de muchas otras naciones hasta entonces relativamente autosuficientes y en buena medida desvinculadas o sólo parcialmente integradas al mercado internacional.⁵⁴

Es tal la importancia de la gran industria al respecto, que Marx y Engels llegan a decir:

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial —añaden— aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó a su vez en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía...

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino... venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se con-

⁵⁴ A propósito del papel del mercado mundial, Marx y Engels escriben: "En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual". *El manifiesto comunista*, p. 26.

sumen en el propio país, sino en todas partes del globo.⁵⁵

Varios hechos fundamentales dignos de subrayarse afloran, a nuestro juicio, en la tesis anterior. En primer lugar que la industria, y en particular la gran industria capitalista, fue decisiva en la creación del mercado mundial; en segundo, que el desarrollo de ese mercado y del capitalismo como sistema desnacionalizó a la industria, o en las palabras de Marx: le “quitó” “su base nacional”. Y se la quitó, en nuestra opinión, en un doble sentido y de manera irreversible: internacionalizando, por un lado, a la industria, hasta entonces todavía fundamentalmente nacional, y volviendo, por el otro, históricamente imposible, en aquellos países que a partir de ahí iniciaran su desarrollo capitalista, el nacimiento y sobre todo la expansión de una industria genuinamente nacional.

De hecho en ese momento se cerrará, en nuestro concepto, el ciclo histórico del capitalismo nacional independiente.⁵⁶ Y ello fue así porque, precisamente entonces:

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 24 y 26. “...la gran industria... destruye el reduto de la sociedad antigua, el «campesino», sustituyéndose por el *obrero asalariado*...” “...la ruptura del primitivo vínculo familiar entre la agricultura y la manufactura, que rodeaba las manifestaciones incipientes de ambas, se consuma con el régimen capitalista de producción”. C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 553.

⁵⁶ En otro pasaje, especialmente interesante para comprender el funcionamiento del régimen técnico-económico de la gran industria, así como la problemática que, a partir de él, deberán encarar los países económicamente más débiles, escribe Marx:

“...tan pronto como el régimen fabril adquiere cierta extensión y un cierto grado de madurez, sobre todo tan pronto como su base técnica, la maquinaria, es producida a su vez por máquinas; tan pronto como se revolucionan la extracción de carbón y de hierro, la elaboración de los metales y el transporte, y se crean todas las condiciones generales de producción que corresponden a la gran industria, este tipo de explotación cobra una *elasticidad*, una *capacidad súbita e intensiva de expansión* que sólo se detiene ante las tra-

Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria maquinista, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada preferentemente como campo de producción industrial...⁵⁷

El que unos países hagan de la agricultura y otras actividades primarias el centro de su nueva economía mientras otras giran alrededor de la industria no significa, necesariamente, que aquéllos sean precapitalistas y éstos capitalistas. Sin perjuicio de que en ciertos casos ello sea así, en tratándose de México y otras naciones latinoamericanas, y seguramente también de no pocas de Asia y África, lo que se da es más bien un nuevo patrón de relaciones entre países más y menos capitalistas, entre países capitalistas viejos y nuevos, poderosos y débiles, independientes y dependientes.⁵⁸

bas que le oponen las primeras materias y el mercado. La maquinaria determina, de una parte, un incremento directo de las primeras materias; así por ejemplo, el *cotton gin* (la despepitadora) hace que aumente la producción algodonera. De otra parte, el abaratamiento de los artículos producidos a máquina y la transformación operada en los medios de comunicación y de transporte, son otras tantas armas para la conquista de los mercados extranjeros. Arruinando sus productos manuales, la industria maquinizada los convierte, quieran o no, en campos de producción de sus materias primas..."

"La constante «eliminación» de obreros en los países de gran industria, fomenta como planta de estufa la emigración y la colonización de países extranjeros, convirtiéndolos en viveros de materias primas para la metrópoli, como se convirtió, por ejemplo Australia, en un vivero de lana para Inglaterra..." C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, pp. 496-97.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 497.

⁵⁸ El determinar el carácter de la estructura dominante y de las relaciones entre los países que forman la comunidad internacional es, en verdad, una cuestión tan compleja que, aun una autora tan penetrante como Rosa Luxemburgo, todavía en 1913 considera que sigue

Los rápidos avances industriales de los principales países cambiarán el panorama; acentuarán viejas rivalidades e impulsarán, como nunca antes, la concentración de la riqueza y la formación de grandes monopolios en continua lucha por obtener las mayores ventajas económicas y políticas. Ante las exigencias de ese nuevo gran mercado caerán una a una las viejas barreras defensivas; se saltarán las fronteras nacionales; se comunicarán sitios antes apartados y se enlazarán las redes ferroviarias y marítimas de un país a otro; se incrementará el tráfico de mercancías, el movimiento internacional de capitales e incluso el mercado de trabajo, y empezará a desplazarse en migraciones sin precedente, a menudo realmente dramáticas, la mano de obra de los países económicamente atrasados —convertida en un segundo gran ejército de reserva— hacia aquellos en que el auge y la creciente demanda de trabajo amenacen con llevar los salarios a niveles peligrosos para las ganancias de los capitalistas y, por ende, para todo el proceso de desarrollo.⁵⁹

habiendo vastas zonas precapitalistas que, por cierto, son las que —según ella— sirven de mecanismo para la absorción de la plusvalía que no es posible realizar bajo el capitalismo. Dada esa función, la autora sostiene que el imperialismo no es sino "...la expresión política de la acumulación de capital en su lucha por apoderarse de lo que todavía queda abierto del medio no capitalista". R. Luxemburgo, *The accumulation of capital*, p. 446. En otro estudio hemos señalado que, en nuestra opinión, R. Luxemburgo "considera precapitalistas numerosas situaciones y relaciones de producción que sin duda eran ya fundamentalmente capitalistas...; confundió el precapitalismo con el atraso y la explotación de que eran víctimas los países coloniales y semicolonias, y limitó el alcance histórico del imperialismo a una mera «expresión política» del proceso de acumulación de capital, sin reparar, como lo haría Lenin en esos propios años, en que era un fenómeno mucho más profundo y complejo, que afectaba la estructura misma del sistema". *Economía Política y lucha social*, pp. 90-91.

⁵⁹ Con frecuencia se subraya el importante papel que la extensión y modernización de los transportes y las comunicaciones juegan, en la segunda mitad del siglo XIX, en la integración del mercado mundial. A menudo, sin embargo, no se repara en que tal proceso

Los cambios a que nos referimos no son simples modificaciones de grado: son transformaciones profundas que al-

habría sido imposible sin un gran desarrollo industrial, y sobre todo en que éste, a su vez, no se habría realizado sin un cambio estructural profundo consistente en que el modo de producción capitalista, confinado hasta poco antes a unos pocos países y a un intercambio internacional de mercancías todavía de escaso volumen y valor, se convirtiera, a partir de entonces, en un sistema verdaderamente mundial en rápido tránsito hacia el imperialismo.

Al reiterar la significación de estos hechos no olvidamos, naturalmente, que están precedidos de otros y que el proceso histórico tiene una continuidad que no puede romperse arbitrariamente; pero si tratamos de poner énfasis en que tales cambios no se producen en forma gradual sino propiamente dialéctica y en que, precisamente por ello, la magnitud de los mismos rebasa con mucho el ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas logrado hasta entonces. Algunos datos y ciertas opiniones al respecto, nos ayudarán a comprender mejor lo que esas magnitudes significan.

“La nueva forma de explotación colonial se hizo posible y se vio favorecida por las formas mecánicas de producción, ... lo que contribuyó a que la demanda de materias primas baratas y de mercados de venta se elevara bruscamente. Al mismo tiempo se ampliaron las posibilidades de comercio exterior mediante la mejora de los medios de transporte..., de modo que pudo formarse un «mercado mundial».” Peter Gäng y Reimut Reiche, *Modelos de la revolución colonial*, México, 1970, p. 16.

“A mediados del siglo pasado —recuerda N. Bujarin— la longitud de las redes ferroviarias era de 38 600 kilómetros; en 1880 esta cifra había alcanzado 372 000 kilómetros...” En 1890 subió a 617 285 y en 1911 a 1 057 809 kilómetros. *La economía mundial y el imperialismo*. París, 1969, pp. 25 y 26.

“También los transportes marítimos se desarrollaron rápidamente, sobre todo desde que los cascos de los buques se construyeron de hierro y acero... y que la hélice de espiral comenzó a sustituir a la rueda de paletas lateral... (a partir de 1860)”. Shepard B. Clough, *La evolución económica de la civilización occidental*, Barcelona, 1962, pp. 430-432. Entre 1830 y 1913, la producción industrial mundial aumentó más de 9 veces y el tráfico de ultramar más de 18 (p. 51).

En lo que hace a la inmigración, de 1851 a 1930 se desplazaron, principalmente hacia América, cerca de 50 millones de hombres y mujeres, sin contar a quienes, en calidad de esclavos, se engan-

teran el funcionamiento del proceso y del sistema económico en su conjunto. El que la instauración del capitalismo como nuevo modo de producción en los hoy países subdesarrollados, coincida con, o se produzca después del momento histórico en que surge el mercado mundial y en que se abre la fase monopolista del sistema no es un mero accidente o una curiosa coincidencia sin importancia. Es una confluencia histórica singular, y singularmente compleja, una encrucijada o coyuntura que condiciona todo el proceso del subdesarrollo capitalista en Latinoamérica.

A ella obedece, en última instancia, que “nuestro” capitalismo no sea ya lo que en otras naciones y otras épocas. Aquí ya no será un agente capaz de imprimir gran celeridad al proceso económico ni, menos aún, de colocar a los países en que se vuelva el sistema dominante, a la vanguardia del progreso; ni siquiera será un capitalismo de segunda clase, más o menos dependiente, como puede serlo hoy el de muchos —acaso la mayoría— de los países europeos, en los que no obstante su creciente dependencia se opera un sensible crecimiento y se logran niveles de ingreso y de vida más o menos satisfactorios. En vez de alentar la competencia de precios estimulará la concentración y el monopolio; en vez de contribuir al logro de la plena independencia de los países del subcontinente ya entonces atrasados, agudizará su dependencia; en vez de liberar las fuerzas productivas y generar el desarrollo acentuará el subdesarrollo, mas no el estancamiento sino el crecimiento desigual, inestable, deforme y siempre insuficiente, anárquico

chaban principalmente en África. (Véase W. S. Voitinsky y E. S. Voitinsky, *World population and production*, Nueva York, 1953, pp. 72 y ss. Con razón comenta Bujarin: “El inmenso depósito de reserva del nuevo mundo capitalista aspira al excedente de población de Europa y Asia, desde los campesinos empobrecidos y arrojados de la economía rural hasta el ejército de reserva de los parados de la industria urbana. Es así como en el mundo entero se establece una concordancia entre la oferta y la demanda de la «mano de obra», en la proporción deseada por el capital”. *Ob. cit.*, p. 31.

y subordinado. Por eso podríamos denominarlo, con toda propiedad, "capitalismo del subdesarrollo", tanto más cuanto que el subdesarrollo latinoamericano, si bien empieza a gestarse desde los albores del capitalismo, no es, como ciertos autores parecen creerlo, una situación dada, un estado de cosas inmóvil que se herede del pasado y que, una vez que toma cuerpo, no cambie o sólo sufra modificaciones sin importancia.

Si la iniciación, en el siglo XVI, de la época en que apenas se anuncia el nacimiento del capitalismo, altera el carácter de las relaciones productivas internas y el patrón de las relaciones económicas internacionales, la instauración del nuevo sistema, su desarrollo y diseminación, impulsan a un ritmo sin precedente la expansión de las fuerzas productivas y modifican, cualitativamente, el marco estructural en que se desenvuelve el proceso económico y la forma en que operan ciertas leyes. De ahí que si aun en un contexto histórico esencialmente precapitalista la generalización de las relaciones mercantiles empieza —al amparo del pillaje, la explotación de los pueblos conquistados y la dinámica propia de una sociedad de clases— a generar el subdesarrollo y a crear un mundo desigual, dividido en países de primera, de segunda y de tercera, la expansión del capitalismo como fenómeno interno y a la vez internacional, lo afirma y agudiza como nunca antes, le imprime una nueva fisonomía y aun una nueva y más irracional dinámica, y lo vuelve, en rigor, un elemento orgánico, una parte esencial y permanente, una especie de lado oscuro y pobre del sistema. El subdesarrollo no es, en consecuencia, un fenómeno precapitalista. Tanto en un sentido interno como internacional es fundamentalmente capitalista; y aun podría decirse que no sólo supone la existencia del capitalismo, sino que éste sea ya un sistema realmente mundial, que empiece a recorrer su fase imperialista.

DESCOMPOSICIÓN DEL CAMPESINADO MERCADO INTERNO Y SUBDESARROLLO*

Planteo del problema y encuadramiento teórico

En la literatura económica, sociológica y política de México y en general de —y sobre— América Latina, se advierte a menudo la tendencia a considerar que el campesinado y especialmente el sector más pobre de la población rural juegan un papel secundario, pasivo, incluso entrañan un obstáculo a la formación del mercado interno y, por ende, al desarrollo económico. La tesis, aunque se expresa a través de posiciones que exhiben rasgos y modalidades diferentes, parece caracterizarse por ciertos planteamientos en torno al mercado interior y a su relación con el comportamiento del sector rural, en los que con frecuencia se plantean cuestiones como éstas:

- 1) La insuficiencia del mercado interno ha sido y es uno de los más serios obstáculos al desarrollo latinoamericano;
- 2) El atraso, el aislamiento y la persistencia de relaciones precapitalistas en el campo contribuyen decisivamente a agravar el problema del mercado;
- 3) El bajo nivel de productividad y concretamente el

* El presente texto se elaboró a partir de una conferencia dictada por su autor en el Seminario sobre Problemas del Desarrollo de América Latina, organizado por el *Institute for Development Research*, en Copenhague, Dinamarca, en mayo de 1973.

bajo ingreso rural, así como el exiguo poder de compra en poder del campesinado incluso en la economía agrícola moderna, influyen poderosamente en la misma dirección;

- 4) Los altos niveles de subempleo y desempleo en las zonas rurales y la población expulsada del campo que no encuentra ocupación productiva en las ciudades, determinan que una masa creciente de población se vuelva, en rigor, "marginal", tanto por la irregularidad del empleo y su casi nula productividad como por lo raquítico de su ingreso y de su capacidad de consumo;
- 5) Complementariamente, y a veces apoyándose en tales opiniones, algunos sugieren que el campesinado en nuestros países es por naturaleza tradicionalista y aun refractario al progreso, que prefiere vivir aislado y que, en buena parte gracias a ello, ha podido preservar su identidad cultural, sus costumbres y formas de vida.

A cada momento se señala que la pobreza del sector rural frena el desarrollo del mercado latinoamericano. Se insiste en ello cuando se habla de la reforma agraria, de la industrialización, de la integración regional y de la necesidad de fomentar las exportaciones a fin de compensar las limitaciones de mercado interior; y, desde los diarios y revistas de mayor circulación hasta la cátedra universitaria, aun suele sostenerse que una parte sustancial de la población rural se halla *fuera* del mercado.

Considerando que el subdesarrollo no puede explicarse adecuadamente si no se comprende la dinámica interna del capitalismo y que esto, a su vez, supone entender las condiciones en que surge y se desenvuelve el mercado interior en los países atrasados, así como el papel que en tal proceso juega la población rural, en el presente texto se intenta, a partir principalmente de un examen de la experiencia me-

xicana, evaluar las posiciones anteriores y ofrecer una explicación diferente con la ayuda de ciertas tesis e hipótesis que, en la mayor parte de los casos requerirían, desde luego, de una presentación más amplia y una fundamentación más rigurosa.

Las tesis —algunas propiamente hipótesis— que proponemos son las siguientes:

- 1) La estrechez del mercado interno no ha sido históricamente ni es en la actualidad uno de los principales obstáculos al desarrollo latinoamericano;
- 2) La persistencia de relaciones precapitalistas en el campo, si bien limita el desarrollo del mercado, no tiene, en general, desde hace mucho tiempo, la significación que algunos le atribuyen;
- 3) La productividad de los campesinos y sobre todo de los trabajadores rurales es, por un lado, mayor de lo que se supone habitualmente y, por el otro, el bajo ingreso y la pequeña capacidad de consumo de la población rural, si bien restringen su poder de compra, estimulan el de otros y contribuyen, directa e indirectamente, al desarrollo del mercado;
- 4) Lo mismo acontece, en particular, con la masa creciente de desocupados y subocupados que lejos de ser una población “marginal” o simplemente una traba, constituyen una condición y a la vez una consecuencia del desarrollo capitalista y en tal virtud no un fenómeno “marginal” al proceso económico sino un hecho indisolublemente ligado a la dinámica central del sistema, o sea a la acumulación de capital;
- 5) Aunque el campesinado ha sido en ciertas épocas y en algunas regiones todavía sigue siendo víctima del aislamiento, su atraso y su actitud hacia ciertas formas del “progreso” occidental, más que

expresar su peculiar idiosincrasia, constituyen mecanismos de defensa y de rechazo de un sistema que los ha despojado de todo y con frecuencia reducido a una miseria deplorable.

Aun a riesgo de repetir lo que para muchos debe ser, seguramente, bien claro, conviene plantear ciertas cuestiones sin las cuales sería imposible evaluar con objetividad el desarrollo del mercado interno, concretamente en el caso de México.

El mercado no es una entidad o mecanismo propio de las economías modernas y menos, todavía, un atributo privativo de lo que algunos gustan llamar la "sociedad de consumo". Tampoco es un mero concepto formal del tipo de los que se proponen y manejan en ciertos esquemas teóricos, ni un aparato institucional en el que sólo se expresen relaciones de cambio y no, propiamente, de producción. El mercado es una categoría histórica compleja, un fenómeno que surge con la economía mercantil y la acompaña a lo largo de su desarrollo; que bajo el capitalismo se extiende, ramifica y desenvuelve con mayor celeridad que nunca antes, y que incluso subsiste en la fase de transición al socialismo y aun en las etapas iniciales de esta formación, aunque a partir de entonces sin tener ya el carácter de regulador central del proceso económico.

Al hablar de una economía mercantil nos referimos a aquella que, aun en su fase precapitalista produce crecientemente para el mercado y descansa en un régimen de pequeña producción, individual o familiar, que ya en sus inicios supone cierta especialización o división social del trabajo.¹ En un sentido amplio el capitalismo es también,

¹ En palabras de Marx, la división social del trabajo es la "base general de toda producción mercantil". El mercado, por tanto "...aparece en el momento y lugar en que surgen la división social del trabajo y la producción mercantil. La magnitud del mercado está estrechamente ligada al grado de especialización

desde luego, un sistema o modo de producción mercantil; pero apareciendo en una fase muy avanzada de este régimen de producción, lo que lo caracteriza no es solamente que los productos del trabajo humano se vuelvan mercancías sino que la propia fuerza de trabajo se convierta en mercancía y tenga que ser vendida en el mercado a cambio de un salario, ello a consecuencia de un largo y penoso proceso en que el pequeño productor rural y urbano es despojado de sus medios de producción, los que a su vez se van concentrando en un número cada vez menor de grandes empresarios capitalistas.

El mercado y el desarrollo no son dos cuestiones diferentes; son en rigor un mismo fenómeno visto desde dos ángulos distintos. Así como no puede haber desarrollo capitalista sin mercado, éste no podría expandirse sin la influencia decisiva del proceso de acumulación de capital. Con frecuencia se ha dicho que tal es la razón por la cual, a lo largo de *El Capital*, Marx nunca trata por separado el problema del mercado.²

El mercado, entendido como un régimen en que la producción de mercancías tiende a cobrar cada vez mayor importancia, se desenvuelve en un proceso histórico que se remonta a un pasado muy lejano; el “mercado interior para el capitalismo”, sin embargo, aparece en Europa a partir del siglo xvi, precisamente al ser gran parte de los campesinos expropiados de su tierra y de sus medios de producción. Esta situación que sin duda conduce a grandes masas campesinas a la ruina, lejos de ser un obstáculo in-

del trabajo social”. V. I. Lenin, “El llamado problema de los mercados”, *Obras completas*, T. I, p. 110.

² “El ‘mercado interior’ para el capitalismo —escribe Lenin— se crea por el propio capitalismo en desarrollo, que profundiza la división social del trabajo y descompone a los productores directos en capitalistas y obreros. El grado de desarrollo del mercado interior es el grado de desarrollo del capitalismo en el país...” V. I. Lenin, *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*. México, 1971, p. 47.

superable para la producción capitalista es una condición histórica de la misma.³

¿A qué obedece que el empobrecimiento del campesinado juegue ese papel y no, como parecería más lógico, el inverso? Esencialmente a que los medios de producción de que es despojado no se destruyen o desaparecen: quedan en manos de una burguesía rural en formación que los empleará como capital, que los incrementará considerablemente, ampliando su capacidad de consumo, y que al concentrarlos podrá incluso enriquecerse como nunca antes. Incapacitado para producir con sus viejos instrumentos, el campesinado, por su parte, tendrá que *vender* como mercancía no ya el producto de su actividad sino su propia fuerza de trabajo; y, no siendo ya un productor independiente sus necesidades tendrán que satisfacerse, cada vez más, mediante la compra de bienes y servicios en el mercado, todo lo cual traerá consigo una creciente división del trabajo y una mayor diferenciación de la industria y la agricultura.⁴

O sea que el despojo de los campesinos no es un hecho simple que se registre aisladamente; es más bien un aspecto, uno de los polos de un complejo y contradictorio proceso histórico de descomposición del campesinado, que el desarrollo capitalista acelera y del que, además de una masa de productores empobrecidos, resultan cambios profundos

³ "La expropiación y el desahucio de una parte de la población rural, no sólo deja a los obreros sus *medios de vida y sus materiales de trabajo disponibles para que el capital industrial los utilice*, sino que además, crea el mercado interior." C. Marx. *El Capital*. México, 1946, T. I. Vol. II, p. 837. En términos muy similares, Lenin señala: "El apartamiento del productor directo de los medios de producción, es decir, su expropiación, que marca el paso de la producción mercantil simple a la capitalista (y que es condición necesaria de ese paso) *crea el mercado interior*". *Ob. cit.*, pp. 45-46.

⁴ "Comparado con el campesino medio, el proletariado rural *consume menos* —y además emplea artículos de peor calidad, patatas en vez de pan, etc.— *pero compra más*." V. I. Lenin, *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia...*, p. 167.

en la estructura de la población, y a la postre dos clases bien diferenciadas y antagónicas: un proletariado agrícola y una burguesía rural.⁵ Y aunque ésta suele ser pequeña, tanto por su creciente capacidad de producción como por su cada vez mayor poder de compra estimula el desarrollo del mercado como jamás habrían podido hacerlo los viejos mercados y terratenientes.

El proceso de que hablamos no sólo impone un nuevo modo de producción y una diferente estructura de clases: también provoca y a la vez resulta de crecientes movimientos migratorios que multiplican el bracerismo y dan a la mano de obra rural, antes relativamente sedentaria, una movilidad cada vez mayor, condición que asegura la disponibilidad de la fuerza de trabajo donde los capitalistas requieren de ella.⁶

El hecho de que una parte a veces sustancial de la mano de obra permanezca desocupada o sólo se utilice a medias y sea, propiamente, subempleada, tampoco entraña una “reducción” del mercado interior. Con independencia de la irracionalidad que indudablemente exhiben tales fenómenos, los altibajos en el nivel de empleo y la sobreoferta de mano de obra resultan de la anarquía con que se desenvuelve el proceso de acumulación capitalista, y, en lo que

⁵ “El conjunto de todas las contradicciones económicas existentes en el seno de los campesinos constituye lo que nosotros llamamos descomposición de éstos. Los mismos campesinos definen este proceso con un término extraordinariamente certero y expresivo: ‘descampesinización’.” “Se opera, pues, una limpieza de los miembros medios y un reforzamiento de los extremos: La ‘Descampesinización’, fenómeno específico de la economía capitalista.” *Ibid.*, pp. 158-59 y 167.

⁶ “La ‘migración’ representa la formación de una población móvil. Constituye uno de los más importantes factores que impiden a los campesinos ‘cubrirse de musgo’, que la historia ha acumulado ya con exceso sobre ellos. Sin llegar a la movilidad de la población no puede existir su desarrollo...” Y en otro pasaje: “...el desarrollo del movimiento migratorio da un enorme impulso a la descomposición de los campesinos...” *Ibid.*, pp. 235 y 168.

toca especialmente al subempleo crónico y la desocupación estacional, de la incapacidad del propio sistema, sobre todo en fases incipientes de su desarrollo y en lo que es la economía del subdesarrollo, para absorber en mayor medida la fuerza de trabajo disponible, a partir de una demanda de mano de obra creciente, que a su vez sólo puede resultar de un proceso de desarrollo acelerado y de un alto grado de expansión de las fuerzas productivas.⁷

Lo anterior no significa que el desarrollo del mercado no tropiece con obstáculos y trabas de diversa naturaleza ni tampoco que se desenvuelva armoniosa y suavemente, sin sufrir desajustes y aun fuertes desequilibrios y profundas contradicciones. Los restos de precapitalismo —la usura, ciertas formas de servidumbre, la comunidad indígena tradicional, la tienda de raya, los sistemas de pago en trabajo o en especie, la pequeña producción de tipo individual y familiar, el monopolio comercial e industrial como expresión de privilegio y no de desarrollo del proceso de acumulación de capital, y aun la ilusión de querer preservar formas de producción anacrónicas que el propio capitalismo tiende a relegar y a destruir, constituyen obstáculos que frenan el desarrollo del mercado capitalista, sobre todo en los países subdesarrollados. En efecto, la forma en que éstos se insertan —como proveedores de productos primarios—, en el mercado mundial en la etapa imperialista, el carácter que adopta el proceso de acumulación en el marco de la

⁷ "El paro forzoso de nuestros campesinos en invierno —decía Lenin— no depende tanto del capitalismo como del insuficiente desarrollo del capitalismo." *Ibid.*, p. 311. El desempleo estacional y el subempleo crónico, sobre todo en el campo, se advierte en la Inglaterra anterior a la revolución industrial. (Véase: Christopher Hill, *Reformation to Industrial Revolution*. Londres, 1969, p. 216.) Está presente, además, con diferentes modalidades y grados de intensidad en la economía latinoamericana. En Cuba, en particular, dada la falta de diversificación agrícola y el carácter marcadamente estacional del cultivo de la caña y la producción azucarera, fue un grave problema hasta antes de la revolución.

dependencia y la imposibilidad de desarrollar con rapidez una industria propia, rompen el paralelismo histórico en el crecimiento de la agricultura y la industria e impiden el apoyo mutuo que, incluso en medio de la anarquía y la desigualdad, contribuyó grandemente al desarrollo del mercado en las diversas variantes del capitalismo independiente. Aun en el contexto del subdesarrollo, sin embargo, las fuerzas productivas se expanden y las relaciones capitalistas se propagan de múltiples maneras, hasta llegar a prevalecer sobre las viejas relaciones mercantiles. Incluso en aquellos casos en que dominan el latifundio y otras formas tradicionales de tenencia de la tierra, la renta mercantil cede ante la influencia cada vez mayor de la propiamente capitalista y las nuevas relaciones se introducen aun en los tipos de explotación aparentemente más cerrados y refractarios al progreso.⁸

Al subrayar la significación histórica del papel que juega en el desarrollo del mercado interior la descomposición, y en particular la proletarianización del campesinado y de muchos pequeños productores antes independientes —porque la mercancía más importante en el mercado capitalista no es el maíz ni el trigo ni el carbón o el acero, sino la fuerza de trabajo— no debiera, naturalmente, pensarse que en la economía mexicana de nuestros días todo el campesinado se ha convertido en una masa homogénea y organizada de trabajadores asalariados, en cuyo creciente poder de compra descansa el crecimiento del mercado. El capitalismo del subdesarrollo nunca se desenvuelve gradual ni armoniosamente: lo hace siempre con fuertes altibajos, tomando

⁸ “En general, es equivocado pensar que se requiere una forma especial de posesión de la tierra para que aparezca el capitalismo agrícola... ninguna particularidad de la posesión de la tierra puede, atendida la esencia misma de la cuestión, representar un obstáculo insuperable para el capitalismo, que adopta formas diversas de acuerdo con las distintas condiciones agrícolas, jurídicas y los usos particulares.” V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia...*, pp. 311-312.

caminos realmente sinuosos y saliendo penosamente de una crisis para caer poco después en otra más grave. El hecho de que bajo esta forma de capitalismo no exista una genuina burguesía nacional, o sea una clase dominante capaz de dirigir un desarrollo independiente, entraña obstáculos insuperables que, en un sentido histórico, condicionan desfavorablemente la expansión de las fuerzas productivas y la posibilidad de absorber en empleos más o menos estables y remunerativos el excedente de mano de obra que el campo lanza hacia las ciudades. Y en parte a consecuencia de ello la fuerza laboral, tanto en el medio rural como en el urbano, es heterogénea, vende su fuerza de trabajo en formas muy diversas y ni en las coyunturas más propicias puede librarse de la desocupación y, sobre todo, del subempleo.

La acumulación capitalista, como se sabe, no sólo permite sino que requiere de una sobrepoblación relativa, de una sobreoferta de mano de obra para poder desenvolverse. De ella y de sus oscilaciones en relación a la fuerza de trabajo ocupada depende en buena medida el nivel de los salarios, la tasa de explotación y de ganancia y por lo tanto la distribución social del ingreso.⁹ Pero cualquiera que sea la magnitud de esas oscilaciones, y —podría añadirse, aun la influencia que el optar por unos u otros métodos de producción ejerza sobre el nivel de empleo— “...la población obrera crece siempre más rápidamente que la necesidad de explotación del capital.”¹⁰

Del otro lado, el hecho de que bajo el capitalismo del subdesarrollo el trabajo asalariado no se universalice, el que no se extienda con la celeridad lograda, en general, en los países capitalistas hoy industrializados, vuelve el proceso

⁹ “...si la existencia de una superpoblación obrera es producto necesario de la acumulación o del incremento de la riqueza dentro del régimen capitalista, esta superpoblación se convierte a su vez en palanca de la acumulación de capital, más aún, *en una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción...*” C. Marx, *El Capital*, T. I, Vol. II, pp. 713-14.

¹⁰ *Ibid.*, p. 728.

de desarrollo y por tanto de expansión del mercado mucho más lento, inestable y difícil, pero no menos capitalista.

A menudo se tiende a no reparar en que el capitalismo no es un sistema que se imponga súbitamente; que nazca perfecta, plena, definitivamente configurado, sino un proceso histórico que empieza a desenvolverse en el seno de una sociedad precapitalista, y que expresa y a la vez agudiza sus más graves contradicciones. Ello explica que, cuando las relaciones capitalistas empiezan a ser las dominantes, el trabajo asalariado —y con mayor razón el trabajo obrero calificado en las fábricas modernas— no abarque, naturalmente, todo el sistema. Pero lo que más importa en esa fase inicial del desarrollo capitalista no es el número o siquiera la importancia relativa de la población asalariada respecto a la total: es más bien el hecho de que la vieja estructura productiva está siendo minada, cualitativamente transformada y aun parcialmente destruida por el nuevo sistema de producción, el que en adelante será, sin duda, el centro del proceso, aunque por mucho tiempo queden en pie supervivencias precapitalistas. Y cuando en una fase subsecuente el capitalismo se impone como el nuevo modo de producción y empieza a desarrollarse como tal, lo esencial no es tampoco el número o la proporción en que participen, ahora específicamente los obreros de las grandes industrias —aunque desde otros ángulos el desarrollo de la industria moderna es importantísimo—, sino la medida en que se extienda y profundice el régimen de trabajo asalariado, cualquiera que sea la forma, el nivel o las condiciones en que se venda la fuerza de trabajo.”¹¹ Vale la pena subrayar especial-

¹¹ “...las formas del trabajo asalariado, son diversas en el más alto grado en la sociedad capitalista, envuelta por todos lados por los restos y las instituciones del régimen precapitalista. Sería un error profundo pasar por alto esta diversidad; sin embargo, en este error caen quienes razonan... que el capitalismo ‘se ha encerrado en un rincón de un millón o un millón y medio de obreros y no sale de él’. En lugar del capitalismo, aquí se presenta sólo la gran industria maquinizada... ¡qué arbitraria y artificialmente se deli-

mente esta última cuestión porque en Latinoamérica se tiende, con frecuencia —y sobre todo se tendía erróneamente hasta hace unos años— a identificar el capitalismo con ciertas formas supuestamente aisladas de producción moderna, en vez de comprender que la base de tal régimen de producción es la compraventa de fuerza de trabajo, en las múltiples formas que ésta adopta, particularmente bajo el capitalismo del subdesarrollo.

*Formación del mercado interno en México:
de la economía mercantil colonial
al capitalismo en la agricultura*

El mercado interior de México empieza a formarse incipientemente desde los años de la conquista española, a principios del siglo XVI. Empero, es en el curso de este siglo y sobre todo en su segunda mitad cuando, a partir de la iniciación del régimen colonial, comienza a cobrar impulso el desarrollo de una economía mercantil.

No cabe aquí discutir si la encomienda y más tarde los repartimientos fueron o no mecanismos en los que estuviesen presentes rasgos feudales más o menos definidos. Pero dos hechos parecen bien claros: 1) que la economía precortesiana fue rota y destruida en sus bases mismas por el coloniaje y, 2) que el desarrollo de la producción mercantil, por precario que fuese, descansó desde el primer momento en un mercado en expansión y en la explotación masiva del trabajo indígena.

El proceso a través del cual los campesinos perdieron sus tierras y su capacidad para trabajar independientemente en diversos oficios fue lento, accidentado y siempre contradictorio; pero tanto la minería, en la rama industrial,

mita aquí a este millón y medio de obreros en un 'rincón' especial, que supuestamente no está ligado por nada a los demás dominios del trabajo asalariado!" V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 576.

como la hacienda en la agricultura y ganadería llegaron a menudo a convertirse, sobre todo en el siglo XVIII, en prósperos centros de actividad basados en la propiedad privada de los medios de producción, que dependían en la obtención de sus insumos y producían, fundamentalmente, para el mercado.

El proceso de acumulación originaria fue largo y una de sus principales contradicciones consistió en que, en el contexto de un régimen de dependencia y explotación colonial la acumulación de capital comercial se vio siempre frenada, incluso podría decirse cancelada por un drenaje del potencial de crecimiento, que llegó a ser todo un proceso paralelo de *desacumulación* originaria que habitualmente tomaba la forma de un oneroso tributo a la metrópoli, constantes envíos de fondos de los ricos españoles, sustracciones de dinero y metales preciosos por parte de diversos tipos de mercaderes y rígidas prohibiciones para promover nuevas actividades, y, sobre todo, para impulsar la industria en la Nueva España. Con todo, en el seno mismo de la economía colonial fueron surgiendo poco a poco y no sin tropezar con grandes obstáculos relaciones propiamente capitalistas. Los campesinos y en menor medida los pequeños artesanos despojados de sus medios de producción por la clase dominante se fueron convirtiendo en jornaleros y peones dentro de un sistema en el que, a pesar de todo, el capital comercial empezaba a acumularse; y lo que primero fueron relaciones esporádicas y necesariamente subordinadas a un orden social precapitalista, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII empezaron a multiplicarse y a entrelazarse en una red que anunciaba el advenimiento de un nuevo y más complejo modo de producción.

Hacia fines del siglo XVIII y durante toda la primera mitad del XIX la Iglesia se apoderó, por diversos caminos, de buena parte de los predios rurales y aun de muchos urbanos, inmovilizándose así la riqueza territorial y obstruyéndose el desarrollo del mercado. Pero tanto antes como después

de la guerra de independencia (1810-1821) aumentó la producción agrícola, se expandieron el comercio y la industria y rápidamente fueron agudizándose las contradicciones que habrían de provocar el movimiento y la guerra de Reforma, pues si bien la Independencia no logró emancipar económicamente al país, al romper los lazos coloniales abrió la posibilidad de una relación más estrecha y directa con naciones que, como Inglaterra, habían tomado la delantera en el proceso capitalista y que naturalmente tratarían de incorporar, al nuevo sistema, a otros países.

La Constitución Política de 1857 consagró definitivamente los principios liberales en boga, estableció la separación del Estado y la Iglesia, desamortizó los bienes en poder del clero, y, tanto a través de ésta y otras medidas como, sobre todo, del despojo de las comunidades indígenas que después de tres siglos de luchas seguían en muchos casos en poder de sus tierras, México creó las condiciones históricas para el advenimiento del capitalismo.

En efecto, las mejores tierras del país se reintegraron plenamente al mercado, y tras una cruenta guerra de tres años empezó a configurarse una nueva situación en la que en forma cada vez más clara los propietarios de la tierra se convertirían en una burguesía latifundista y quienes trabajaban en ella en peones, jornaleros, campesinos miserables y, en general, proletarios a disposición del naciente mercado capitalista. Poco tiempo después (1875-1890) la economía nacional empezaría, además, a insertarse en un mercado mundial ya fundamentalmente capitalista, que demandaba crecientes volúmenes de alimentos y materias primas que el capital extranjero ayudaría a producir en México y otros países dependientes de América Latina.

Todo ello hizo posible que en los veinte a treinta años anteriores a 1910 se produjera una rápida expansión del mercado capitalista, que sin el aporte de las masas campesinas habría sido imposible pues ellas proporcionaron mano de obra barata para la agricultura, la minería, la construc-

ción ferroviaria y la incipiente industria, y contribuyeron con una creciente producción y aun una cada vez mayor demanda de artículos de consumo de los que antes carecían o que producían directamente para satisfacer sus necesidades. Indirectamente, además, los campesinos y jornaleros pobres del campo, y en menor medida los artesanos arruinados en las ciudades coadyuvaron a formar una burguesía que a su vez reclamó e hizo posible el desarrollo del comercio, la banca, los seguros, las finanzas públicas y otros servicios.

Lo que no pudo hacer esa burguesía al fin y al cabo incipiente y débil fue liquidar de golpe, a la manera como lo había hecho la de otros países, los numerosos residuos precapitalistas que, desde la base misma del sistema, o sea desde planos propiamente estructurales y en ocasiones a un nivel más bien institucional o superestructural —prejuicios religiosos y gran influencia del clero en la educación y en la vida familiar, prácticas profundamente antidemocráticas en la conducción de la vida pública, represión militar, mantenimiento de las tiendas de raya en muchas haciendas, alcabalas, trabas a la libre movilidad y a la organización sindical de los trabajadores, etc.—, estorbarían el desarrollo capitalista.

En cuanto a la burguesía extranjera, que al iniciarse la fase monopolista afluiría al país en busca de materias primas, alimentos y mercados para su creciente producción, si bien en parte y a corto plazo contribuyó a impulsar el crecimiento del mercado capitalista, con frecuencia, también, utilizó en su beneficio y aun trató de fortalecer instituciones y prácticas tradicionales, frenando así y volviendo más deforme el desarrollo económico nacional. Y lo que tampoco pudo hacer la burguesía nacional ni la extranjera fue evitar que las contradicciones de un desarrollo anárquico, desigual, dependiente, del todo antidemocrático e incapaz de satisfacer incluso las necesidades más ingentes que creaba el proceso capitalista, desembocaran en una

inconformidad popular creciente y en un estallido revolucionario como el de noviembre de 1910.

La Revolución Mexicana dio un innegable impulso al capitalismo, aunque tampoco fue capaz —como en rigor no lo fueron, en su turno, la Independencia y la Reforma— de abrir el cauce de un desarrollo económico independiente. De nuevo el campesinado volvió a jugar un papel de primer orden en la expansión del mercado interior y aun en la consolidación institucional que habría de lograrse en el marco de la Constitución Política de 1917; y si ya los ferrocarriles, las obras portuarias, la minería y el desarrollo de la agricultura habían arrancado centenares de miles de campesinos pobres de sus lugares de origen, la Revolución fue otra etapa del mismo proceso histórico, que contribuyó a desarraigar aún más a las masas campesinas y a movilizar crecientemente la mano de obra disponible. Una vez más los campesinos tomaron las armas y se desplazaron de norte a sur, de sur a oriente y a menudo de un extremo al otro del vasto territorio nacional. Empleados y pequeños productores de provincia se trasladaron a la capital de la República, y aun antes de que la reforma agraria cobrara su mayor ímpetu no pocas viejas haciendas empezaron a cambiar de dueño, a modernizarse y a ocupar trabajadores agrícolas precisamente en las zonas rurales en que la revolución había derrotado, en toda la línea, a los viejos terratenientes.

Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, en los años treinta (1934-40), el proceso cobró un vigor inusitado, y bajo el impulso de la reforma agraria —ahora sí realizada con celeridad—, el rescate nacional de ciertos recursos naturales y otras medidas renovadoras, la expansión del mercado y el aporte de la población rural se intensificaron grandemente. En unos cuantos años —principalmente entre 1936-38— la vieja estructura agraria que hasta entonces sólo había sido parcialmente afectada por la Revolución sufrió profundos cambios. Los latifundios porfiristas y aun

los que a la sombra del movimiento revolucionario se habían rehecho en los años veinte fueron en parte liquidados, surgiendo en su lugar millares de nuevas propiedades privadas y ejidales. Y aunque el ejido quedó como una forma *sui géneris* de tenencia o afectación que no permitía la compraventa ni el arriendo de la tierra, y los minifundios particulares parecían ser la base de una agricultura de pequeños productores individuales, en que éstos trabajaran directamente —si acaso ayudados por los miembros más cercanos de su familia—, la comercialización de la agricultura fue acentuándose cada vez más y el proceso capitalista se abrió paso, a menudo sin respetar las prohibiciones que las leyes escritas establecían.

Tras un breve período en que la reforma pareció realizarse en respuesta a las consignas de ¡La tierra para quien la trabaja! y ¡Tierra y Libertad!, las cosas empezaron a tomar otro rumbo, y aun los campesinos que apenas la víspera habían adquirido o recuperado la titularidad legal de sus tierras comenzaron de nuevo a ser despojados de ellas, a veces abierta y aun violentamente, y más a menudo a través de sutiles e ingeniosos mecanismos para violar la ley. Como contrapartida de tal situación, la burguesía rural, que hasta entonces había venido expandiéndose a consecuencia de la Revolución y la reforma agraria, comenzó de nuevo a concentrar rápidamente los mejores predios y, en general, los medios de producción.

Desde los años de la segunda guerra mundial y sobre todo a partir de la terminación de la misma, la necesidad de impulsar el desarrollo industrial planteó nuevas exigencias a la agricultura y nuevas formas de integración al mercado. Lo que el proceso industrial requería esencialmente era una elástica y cada vez mayor oferta de mano de obra, y el mercado de trabajo encargado de proveerla entraría en acción gracias a los cambios estructurales que habían acompañado y hecho posible el advenimiento del capitalismo desde los últimos decenios del siglo XIX. El

campo debía cumplir varias tareas esenciales. Entre otras: proveer a la propia agricultura y en especial al sector no agrícola de mano de obra abundante y barata; alimentar a una población que en adelante crecería con mayor rapidez que en cualquier etapa previa, y que merced al desarrollo del mercado demandaría más y más bienes y servicios; abastecer de materias primas a la industria de algodón, aceites y grasas, tabaco, frutas y legumbres, etc., y contribuir al necesario aumento de las exportaciones, que deberían ayudar a financiar la compra de bienes de consumo y especialmente de bienes de capital y productos intermedios reclamados por una industrialización sustitutiva de importaciones, e incluso trasladar una parte del excedente agrícola al resto de la economía, a fin de facilitar el desarrollo de la industria, el comercio y los servicios.

Para alcanzar tales metas se optó por una política de fomento que promovió el rápido crecimiento de la población, el control y aun el rechazo a la organización de los trabajadores del campo y las ciudades, a fin de asegurar un movimiento de masas dócil y fácilmente manejable; la mecanización y la modernización técnica de las principales zonas agrícolas, la construcción de obras y la prestación de servicios públicos y privados tendientes a aprovechar mejor los recursos naturales disponibles y a elevar los rendimientos de la agricultura, el estímulo a los productores y en particular a los grandes neolatifundistas e intermediarios mediante el otorgamiento de créditos, ayuda técnica, precios y fondos de garantía, seguros, transportes baratos, subsidios y otras formas de protección fiscal; la complacencia ante las violaciones a las leyes agrarias, y, sobre todo, el mantenimiento de una política de bajos salarios y miserables condiciones de vida para las grandes masas de la población rural —que sin embargo no extremaron el descontento social—, como condición para asegurar altas tasas de explotación y de ganancia que permitieran acele-

rar la concentración y centralización de capital tanto en el campo como en las ciudades.

Podría decirse que, en términos generales, tal política cumplió su cometido, contribuyendo a hacer posible un crecimiento agrícola que, sin ser especialmente dinámico, mantuvo a lo largo de dos decenios (1940-1960) un ritmo satisfactorio y no fue una traba a la expansión del resto del sistema. Es en la última década cuando el desarrollo agrícola empieza a tropezar con escollos más serios, que en parte son el fruto de las condiciones en que tal desarrollo se produjo y de los problemas y contradicciones que contribuyó a agudizar.

En un bosquejo que sólo tiende a ofrecer al lector una burda imagen de lo que es hoy la agricultura mexicana, que nos ayude a apreciar en conjunto su papel y el de la población rural en el proceso de desarrollo del mercado, podría afirmarse que, entre sus rasgos más salientes, destacan los que siguen:

- Las actividades agropecuarias absorben alrededor del 40% de la población económicamente activa, c sea unos 5.1 millones de hombres y mujeres, y concurren con el 11.6% del producto interno bruto;
- En términos generales la tasa de crecimiento del producto agrícola ha sido en las últimas décadas del orden del 3% al 4%, aunque, como ya se dijo, en años recientes declina a menos del 2.5%, o sea a un ritmo inferior a aquel con que crece la población, y en 1971-72, incluso hay faltantes de trigo, maíz y otros productos básicos que se creían definitivamente superados;
- La agricultura mexicana no se sustenta en altas, y menos aún crecientes tasas de acumulación de capital, manteniéndose éstas, en general, a niveles inferiores a los de la inversión nacional en su con-

junto; burdamente: entre el 12% y el 15 del producto agrícola bruto;

- No obstante, debido al crecimiento agrícola y a la proyección de la política de fomento así como al inequitativo reparto de la riqueza y el ingreso que deriva de ambos, el capital no sólo ha tendido a aumentar sino que se ha concentrado y centralizado en unos cuantos centenares de grandes propietarios, que probablemente representan no más del 2% de la población activa total en el campo;
- La tierra, en particular, y con ella otros recursos naturales indispensables para la agricultura se han concentrado en manos de un poderoso sector neolatifundista, que, más que constituir una burguesía rural aislada, acusa estrechas relaciones con otros sectores de la clase dominante, con los que a menudo se ha fundido indisolublemente, y dispone de una fuerza social y política no menor a la que en el pasado tuvieron los viejos terratenientes;
- La influencia del capital extranjero en la agricultura mexicana es, a primera vista, pequeña y en ciertos sectores hasta insignificante. Si bien en la ganadería fronteriza del norte quedan aún algunas grandes fincas en poder de norteamericanos, desde la reforma agraria realizada en la segunda mitad de los años treinta no ha sido la explotación directa de la tierra lo que interesa a los extranjeros. Su influencia se expresa a través de la tecnología, el manejo comercial de los productos de exportación, la fabricación y venta de maquinaria e implementos, el financiamiento público y privado y, acaso sobre todo, el control de parte de la producción que algunas grandes empresas extranjeras han beneficiado y vendido al mercado exterior (como ha ocurrido, por ejemplo, con el algodón) o que destinan al mercado interno, co-

- mo es el caso de múltiples productos manejados por la industria alimenticia extranjera;
- Aunque en condiciones que siguen siendo inestables y que exhiben el carácter aleatorio que todavía tiene la agricultura, la producción se ha diversificado y se han logrado además sensibles avances en la integración interna de la actividad agropecuaria y de ésta con la industria y otras ramas;
 - En los períodos en que se construyeron las principales presas y sistemas de riego se ampliaron rápidamente las extensiones bajo cultivo, aumentando la población asalariada y la productividad del trabajo bajo el estímulo de la mecanización y en general del logro de más altos niveles de eficiencia en el proceso productivo y de la organización del crédito y otros servicios;
 - Dado el carácter, sin embargo, profundamente desigual del desarrollo agrícola, de unas ramas y regiones a otras han seguido presentes y aun se han agudizado graves disparidades, rearticulándose las viejas zonas agrícolas a la zaga de los nuevos centros que, impulsados por la demanda interna o externa, actúan como factores dinámicos; aunque estos mismos casi siempre subordinados a otros;
 - Pese al gran crecimiento de la población en la agricultura y a la creciente movilidad y calificación de la mano de obra, la que en las últimas décadas ha emigrado continuamente de las zonas más pobladas a las nuevas de agricultura moderna y a los grandes centros urbanos, y desde diversas entidades del país hacia Estados Unidos, la organización de los trabajadores del campo es casi inexistente, cuando no consiste en mecanismos —controlados por el gobierno o los propios gran-

des agricultores—, que en general son inadecuados para defender los intereses de aquéllos.

- Las fallas de organización se extienden prácticamente a todo el campo y afectan a los sectores populares de la población rural: pequeños y aun medianos productores, ejidatarios, colonos y comuneros, consistiendo en organizaciones políticas y de servicios que, más que contribuir a mejorar la producción y las condiciones de sus agremiados, son instrumentos que, a diversos niveles, forman parte de la estructura de poder y se utilizan por la burguesía para mantener a las masas campesinas bajo su dominio ideológico y material.
- En fin, en lo que hace a la estructura social resultante del desarrollo antes descrito, el panorama agrícola no sólo exhibe una clara y creciente diferenciación entre los diversos estratos que componen la población rural, sino una profunda descomposición, que no menos nítidamente deja ver que el proceso de transformación iniciado hace alrededor de un siglo e impulsado fuertemente, primero por la reforma agraria y después por lo que de hecho ha sido una verdadera contrarreforma, configura una estructura de clases en la que destacan los siguientes elementos:
 - a) Una gran burguesía propiamente oligárquica, que en general mantiene estrechas relaciones con otros sectores de la burguesía, con el Estado y el capital extranjero, y cuya esfera de actividad y de influencia rebasa el sector agrícola y se entrelaza con el comercio, la industria, la banca, el gobierno y otros servicios;
 - b) Una alta burguesía, propia o principalmente agrícola, que aun cuando tiene también intereses y relaciones en otros campos de actividad,

deriva su principal fuerza de la agricultura y de la explotación directa de grandes neolatifundios;

- c) Una burguesía media y aun baja, formada por millares de agricultores y ganaderos, que sin ser grandes terratenientes explotan directamente decenas de miles de trabajadores asalariados;
- d) Un sector intermedio, realmente pequeño-burgués, de productores más o menos independientes, propietarios o arrendatarios privados y ejidales, que a manera de un puente o zona de transición entre las dos clases antagónicas trabajan en forma directa y a la vez contratan mano de obra asalariada, y que en parte tienden a convertirse en propietarios burgueses y más a menudo y en mayor proporción, en proletarios rurales o urbanos.
- e) Una gran masa proletaria que en la actualidad se estima en alrededor de cuatro y medio millones de trabajadores, de la que forman parte jornaleros y peones, obreros agrícolas de mediana y aun relativamente alto grado de calificación, ejidatarios y comuneros pobres, que, independientemente de su condición legal y aun de su aparente carácter de propietarios, en realidad sólo cuentan con un patrimonio: sus brazos, o sea la fuerza de trabajo que como asalariados eventuales o permanentes, fijos o migratorios, ofrecen en venta dentro y fuera del país.

*Descomposición del campesinado mexicano
y expansión del mercado interior
en los últimos decenios.*

Sería un error suponer al campesinado una masa de población homogénea, indiferenciada e incapaz, por su bajo nivel de ingresos y de vida, de impulsar el desarrollo del mercado interior. Pero de lo dicho en líneas precedentes tampoco podría deducirse, simplista y mecánicamente, que en el campo mexicano sólo haya en la actualidad una burguesía rural perfectamente configurada y un proletariado moderno, no menos bien definido. Aunque es innegable que el proceso capitalista se desenvuelve en esa dirección y que el trabajo asalariado es, desde hace mucho tiempo, el tipo de relación *dominante* en la estructura productiva, ello no significa que no estén presentes —e incluso que no hayan de seguirlo estando—, ciertos rasgos precapitalistas que bajo el capitalismo del subdesarrollo son especialmente difíciles de eliminar. Mas aun admitiendo la supervivencia de tales rasgos —algunos de los cuales son más o menos obvios— y con mayor razón la presencia de *muy diversos* grados de desarrollo del capitalismo en la agricultura, en el México de nuestros días difícilmente podría hablarse, a la manera en que suele hacerse en ciertos modelos bisectoriales, de que la actividad rural se descomponga en un sector precapitalista y uno capitalista.¹²

Hasta hace, probablemente, tres cuartos de siglo o incluso hasta los años veinte podría haberse aceptado tal tipo de análisis, aunque no el diagnóstico a que conduce y que,

¹² Véase, por ejemplo, el conocido ensayo de W. A. Lewis (“Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra”), que relaciona al sector capitalista con uno tradicional de “subsistencia”, así como el esquema análogo que, a partir de una base teórica diferente y desde otra perspectiva analítica, propone Ignacy Sachs, en *Obstáculos al desarrollo y planificación*. México, 1967, pp. 104 y ss.

en cierto modo, sirve a la vez de punto de partida a posiciones teóricas erróneas. El desarrollo agrícola de México se realiza, ciertamente, como ya hemos señalado, con lentitud y en el marco de una profunda y aun dramática desigualdad, que por lo demás no es privativa de América Latina.¹³ Y si parece inaceptable distinguir y enfrentar dos grandes sectores asociados a dos modos de producción diferentes, con mayor razón lo es en nuestro concepto, postular, como suele hacerse en las versiones dualistas más superficiales, que lo que caracteriza a nuestra agricultura es la coexistencia de un sector “moderno” y uno “tradicional”, o, si se prefiere, uno “desarrollado” y otro “subdesarrollado”. Esta explicación repara más en las apariencias que en el fondo del problema; disocia y vuelve dos fenómenos distintos lo que en rigor son dos manifestaciones contradictorias pero indisolublemente ligadas entre sí, de un mismo proceso histórico; y aun si fuere en principio aceptable para otros países, creemos que no expresaría la realidad agrícola de México, pues salvo fracciones aisladas y en general pequeñas y de escasa importancia, de agricultura propiamente precapitalista (en la que el grueso de la producción se destina al autoconsumo, no hay trabajo asalariado y, por tanto, no hay plusvalía ni acumulación de capital), la producción se obtiene y realiza en un mercado capitalista cuyo desarrollo ha dependido, en buena medida, de la descomposición del campesinado, entendiendo por ésta —conviene subrayarlo— una creciente división del trabajo que entraña una diferenciación o estratificación más compleja, y sobre todo un cambio profundo y una cada vez mayor polarización en la estructura social y las relaciones de clase.

Veamos cómo se expresa en lo fundamental ese fenó-

¹³ “El régimen capitalista de producción sólo se hace extensivo en la agricultura de un modo lento y desigual, como puede verse en Inglaterra, que es el país clásico del régimen capitalista de producción en la agricultura...” C. Marx, *El Capital*, tomo III, p. 927.

meno en el caso de México, y qué influencia ejerce en la formación del mercado.

Lo primero que debe quedarnos claro es que, cualesquiera que sean los indicadores que se empleen, en el agro mexicano hay una masa de campesinos miserables, de comuneros, ejidatarios y pequeños propietarios que literalmente viven en condiciones de subsistencia y aun de infra-subsistencia, y cuyas explotaciones, jurídicamente distintas, tienen en común lo siguiente: son predios generalmente minúsculos, dispersos en grandes extensiones y mal comunicados entre sí y con otros centros, topográficamente irregulares y aun sujetos a fuertes pendientes que vuelven imposible el cultivo, y que cuentan con suelos pobres y erosionados que casi nunca se fertilizan, que carecen de riego y se trabajan con implementos rudimentarios y muy deficientes formas de organización, que no disponen de recursos financieros propios ni ajenos —salvo los que proceden de préstamos onerosos y aun usurarios— y cuyos rendimientos físicos y económicos son, en consecuencia, muy bajos.¹⁴

Según el Centro de Investigaciones Agrarias, en 1960 había alrededor de un millón de pequeñísimos agricultores

¹⁴ Otras características que a menudo se atribuyen a la llamada agricultura de subsistencia son: ausencia de tierras de labor, predominio de las explotaciones comunales, incapacidad de producir un excedente, extrema ignorancia del campesino, aislamiento y abandono de las comunidades, carácter familiar del trabajo, alta densidad demográfica, importancia decisiva de la economía natural y mínima diversificación de la producción, la que de hecho se limita a lo que el campesino consume.

Numerosos autores se han ocupado de estudiar diferentes aspectos de la agricultura "tradicional". Entre los nacionales podría mencionarse a González Roa, Molina Enríquez, Robles, Mesa, Moisés T. de la Peña, Fabila, Caso, Aguirre Beltrán, Stavenhagen, Palerm, Fernández y Fernández, Durán, Fernando Paz, Reyes Osorio y Aguilera. Entre los extranjeros podríamos recordar a Whetten, Sympton, Wolf, Oscar Lewis, Feder, Schultz, Redfield, Fromm, Darcy Ribeiro, Gunder Frank y Caio Prado, Jr.

de ese tipo que concurrían con cerca de la mitad del número de predios, el 13% de la superficie de labor y alrededor del 4% de la producción agropecuaria total, y el 2.8% de la propiamente agrícola.¹⁵

Dadas la extrema fragmentación y evidente pobreza de esas explotaciones podría pensarse que se trata, en efecto, de una agricultura “tradicional”, estrictamente hablando de autoconsumo, o sea que permanece al margen del mercado como herencia inerte de viejos modos precapitalistas de producción o que al menos es un tipo de actividad realmente marginal, de la que el sistema podría prescindir sin mayores tropiezos.¹⁶ Pero cuando se le atribuye este último carácter no se repara en que la aparente “no participación” y el rol supuestamente pasivo e irrelevante que se asigna a los productores más pobres no son, por una parte, reales, ni están, por la otra, desconectados o al margen del proceso de acumulación de capital; tales productores son necesarios, aun indispensables al sistema y especialmente al mercado de trabajo, y no constituyen una estructura económica aparte que se desenvuelva con su propia inercia. El solo hecho de que se le suponga un “polo”, así sea “marginal”, frente a un “núcleo central o hegemónico”

¹⁵ *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, autores varios. México, 1970, Tomo I, pp. 282 y ss.

¹⁶ Véase, Jorge Martínez Ríos, “Los Campesinos Mexicanos: perspectivas en el proceso de marginalización”, en *El perfil de México en 1980*. México, 1972, tomo 3, pp. 18 y ss. “En nuestro esquema de trabajo —señala este autor— la marginalidad... se caracteriza por la participación de un sector importante de la población económicamente activa en ocupaciones económicas no relevantes al funcionamiento del sistema económico y generadoras de una franja de actividad a la que se ha dado el nombre de ‘polo marginal’ de la estructura respecto de un ‘núcleo central o hegemónico’...” Unas líneas más adelante, el autor añade: “...la población marginal agrícola mexicana lo es tanto porque está impedida de ocupar las funciones de mayor productividad del sistema como porque está forzada a refugiarse en una estructura económica que, como tal, está marginalizada.”

descubre ya una relación, incluso un vínculo permanente que en el fondo excluye la idea de marginalidad.

Todavía más. Contra lo que a menudo se sostiene, aun la agricultura más pobre en los ejidos y las más pequeñas propiedades privadas produce en lo fundamental para el mercado y no para el autoconsumo o la subsistencia de los campesinos.¹⁷ Incluso en tratándose de las fincas de “infrsubsistencia”, según una encuesta del Centro de Investigaciones Agrarias, “...por lo menos el 61%... son ‘comerciales’ en un sentido técnico, es decir, venden parte de su producción, y sólo 39% o menos son de ‘subsistencia’ pura.”¹⁸ Lo que da base para pensar —si se tiene en cuenta que las explotaciones más importantes son las “comerciales” y se recuerda que en conjunto aportan el 2.8% de la producción agrícola—, que el autoconsumo de dichas fincas seguramente representa menos del 1%, y una proporción acaso no mayor del 0.05% del producto agrícola nacional.

Ni siquiera los predios comunales están al margen del mercado. Si bien la descomposición del campesinado es más lenta en estas comunidades, la producción mercantil las ha desgarrado desde hace mucho tiempo y el capitalismo no sólo las domina sino que penetra en ellas cada vez más.¹⁹

¹⁷ “...los ejidos son mucho más ‘comerciales’ de lo que generalmente se cree: 96% en 1960 (en 1973 la proporción debe ser, seguramente, más alta)... son comerciales en el sentido que venden por lo menos parte de sus productos, frente al 92% de los predios mayores y el 45% de los menores.” CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 281|

¹⁸ *Ibid.*, p. 283.

¹⁹ “Contrariamente a las teorías reinantes en nuestro país durante el último medio siglo —escribe Lenin en un pasaje con el que podría responderse a los prejuicios e idealizaciones neopopulistas de ciertos autores latinoamericanos— el campesino comunal ruso no es antagónico con respecto al capitalismo: es, al contrario, su base más profunda y más sólida... porque precisamente aquí, lejos de toda clase de influjos ‘artificiales’ y pese a las instituciones que traban el desarrollo del capitalismo, vemos una constante formación de elementos del capitalismo dentro de la ‘comunidad misma’. V. I. Lenin. *El Desarrollo del Capitalismo...*, p. 158.

El Centro de Investigaciones Agrarias aporta datos interesantes al respecto.²⁰ Pero quizá lo más significativo es que, obteniendo los campesinos de que hablamos ingresos medios que no alcanzan siquiera a mil pesos anuales, y no pudiendo ofrecer tal tipo de agricultura sino un empleo eventual y transitorio, que generalmente no se extiende más allá de dos a tres meses al año, la mayor parte de los productores se ven obligados a combinar el cultivo de la tierra con un salario, que, pese a su bajo nivel y a las condiciones precarias e inestables en que suele obtenerse, convierte de hecho a numerosos campesinos pobres en trabajadores asalariados, lo que sin duda modifica las relaciones de producción e impulsa grandemente el desarrollo del mercado interior.²¹

²⁰ "Refiriéndose a una comunidad indígena de Guerrero, señala: "En el mercado de Tlacoatepec hay un total de 30 establecimientos. Con la construcción del camino de terracería, el comercio ha recibido un fuerte impulso, sobre todo por la llegada de comerciantes fuereños que han introducido nuevos elementos tales como estufas de gas, camas de resortes, productos farmacéuticos y más variedades de cervezas y refrescos. A Tlacoatepec, además, acuden los compradores, intermediarios de la principal producción de semillas y frutas, así como de ganado, que colocan estos productos en el mercado." Y más adelante, en otro pasaje que exhibe la estrecha relación de las comunidades "primitivas" con el mercado, se comenta: "No hay razón alguna para que la mayor parte de los beneficios derivados de la explotación forestal... sea retenida por grandes empresas privadas, a veces extranjeras, mientras que los legítimos dueños del bosque siguen manteniéndose casi a niveles de subsistencia." *Ibid.*, pp. 334-35 y 343-44.

²¹ "...en nuestras obras —escribe Lenin— se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero libre, sin tierra. Eso es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas..." "Al incluir los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo... sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del campesinado en general, como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los 'campesinos' ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema general de la producción capitalista, precisamente el

Y así es como las comunidades rurales más atrasadas se convierten en fuentes de mano de obra barata, en centros de los cuales proceden muchos de los trabajadores que emigran como braceros a Estados Unidos, que afluyen masiva y anárquicamente a las concentraciones aluvionales y los cordones periféricos de la ciudad de México y otros grandes centros, que alimentan el mercado de trabajo rural y urbano con una sobre oferta permanente de brazos, en buena parte desocupados o subempleados, pero no por ello menos necesarios para que el proceso de acumulación de capital se desenvuelva con fluidez y en las condiciones más propicias para los capitalistas.

La imagen que ofrecen las explotaciones hasta aquí consideradas sería más precisa y justa si a ellas añadiéramos la agricultura a la que frecuentemente se asigna el carácter de "subfamiliar", (ver el estudio ya citado del CDIA), que en la mayor parte de los casos se realiza también en predios pequeños —en muy alta proporción inferiores a cuatro hectáreas—, en tierras de temporal prácticamente carentes de maquinaria e implementos modernos, y que en general sufren también de una organización deficiente, empleo estacional, escasez de recursos productivos de todo orden y, en última instancia, bajos rendimientos. Entre las variantes más significativas de uno y otro tipo de explotación cabría sin embargo, recordar que el aporte a la producción de las fincas "subfamiliares" supera con mucho al correspondiente a las de "infraestructura"; que su capacidad de consumo es, por consiguiente, también mayor, y que si bien sus estratos inferiores son fuentes de mano de obra barata para la agricultura y otras actividades, los predios "subfamiliares" de más alto ingreso requieren, por el contrario, trabajadores asalariados.

Las explotaciones "familiares", que en 1960 producían entre 5,000 y 25,000 pesos (a precios de ese año), consti-

lugar de obreros asalariados agrícolas e industriales." V. I. Lenin, *Ibid.*, pp. 163-64 y 164-65.

tuyen socioeconómicamente y desde el punto de vista de su influencia sobre el mercado un segmento intermedio en el que la descomposición del campesinado y el desarrollo capitalista de la agricultura se aprecian con mayor claridad. Con el 16.6% de los predios dichas explotaciones ocupan el 20% de las superficies de labor (cultivables) y aportan el 24.6% del valor de la producción propiamente agrícola, lo que en parte obedece a que disponen del 17% de la maquinaria y equipo y de la cuarta parte de la tierra de riego.

Contra lo que pudiera pensarse, casi dos tercios de los predios "familiares" no son pequeñas propiedades tradicionales sino ejidos que, fundamentalmente, producen para el mercado. Pese al régimen legal que prohíbe comprar, vender, arrendar e hipotecar las tierras ejidales (aunque en la última ley agraria expedida bajo el actual gobierno se permite ya el arrendamiento en diversos casos); a que dicho régimen restringe las posibilidades de comerciar y especular con esas tierras, a la manera y con la intensidad con que ello se hace en las de propiedad privada, lo cierto es que la prohibición se supera y aun burla a través de mecanismos como las permutas, expropiaciones, traspasos ilegales, operaciones de crédito simuladas y, especialmente, la renta capitalista de la tierra, que adopta formas peculiares que hacen posible violar la ley. Es tal la importancia de estos arrendamientos que en algunas de las regiones agrícolas más ricas, como son las de Sonora y Sinaloa, ha llegado a estimarse que entre el 50% y el 80% de los ejidos se rentan, sobre todo, a grandes terratenientes. En realidad los predios "familiares" son quizá, en mayor medida que otros, una zona de transición en la que claramente se advierte la forma en que se escinde el campesinado, pues mientras muchos ejidatarios abandonan sus predios o sólo trabajan en ellos temporalmente, y en rigor se convierten cada vez más en proletarios rurales y aun urbanos, los más afortunados se vuelven, por su parte —sin dejar formal-

mente de ser ejidatarios—, propietarios de tierras trabajadas por asalariados que se contratan entre los miembros del ejido o en los centros de trabajo de la región.

Naturalmente, el consumo de las explotaciones “familiares” es mayor y más diversificado que el de los estratos inferiores, pues además de los alimentos más socorridos (maíz, frijol, arroz, azúcar, café y otros), de ciertas prendas de ropa y de artículos tales como cigarrillos, cervezas y refrescos, aguardientes, velas, etc., en las zonas más prósperas es fácil advertir la significación que va adquiriendo la compra de otros bienes: muebles corrientes, estufas de diferentes tipos, máquinas de coser, planchas eléctricas, bicicletas, radios y aun refrigeradores, televisores, automóviles usados, camiones, tractores e implementos agrícolas, así como la demanda de servicios de diversa naturaleza (electricidad, agua potable, escuelas, centros de salud, etc.)

A partir de lo que el Centro de Investigaciones Agrarias llama predios “multifamiliares” medianos y grandes, las relaciones capitalistas en la agricultura son aún más evidentes y su interconexión con el mercado, más compleja.

Lo primero que respecto a tales predios conviene destacar es su significación económica decisiva. Con una producción media de 48,000 pesos anuales, en tratándose de los “medianos” y de 385,000 por lo que hace a los “grandes”, pese a que sólo representan el 3.5% del total de los predios existentes, absorben el 45% de la superficie laborable y el 57% del valor de la producción y utilizan el 62% de la tierra de riego y el 85% de la maquinaria y equipo empleados en la agricultura mexicana. Todavía más: según estimaciones del CDIA, entre 1950 y 1960 contribuyeron con el 80% del incremento global de la producción,²² lo que por sí solo revela su dinamismo e importancia.

¿Qué es lo más característico de las relaciones de producción dominantes en estas explotaciones y a qué obedece

²² *Ob. cit.*, Tomo I, p. 287.

que un tan pequeño número de agricultores “genere” —como suele decirse convencionalmente a menudo— una producción tan alta en volumen y valor? Al tratar de responder a esta cuestión debemos tener presente que entre las fincas medianas de menor importancia y los extensos y bien equipados neolatifundios en que de hecho consisten las explotaciones que eufemísticamente llama el CDIA “multifamiliares grandes”, hay sensibles diferencias en cuanto a la magnitud y aun calidad de los recursos a su disposición, que sería erróneo ignorar o menospreciar. Pero también hay ciertos rasgos comunes, de los que podemos partir para comprender mejor su relación con el mercado. Veamos:

- 1) Generalmente son propiedades privadas, aunque no pocas de las grandes explotaciones suelen incluir centenares de hectáreas ejidales rentadas u obtenidas, como ya dijimos en otro apartado, a través de diversos mecanismos que se utilizan para burlar la ley;
- 2) Producen casi totalmente para el mercado, reteniendo sólo pequeñas partes de la producción por razones de conveniencia y no, desde luego, porque se trate de una agricultura de autoconsumo;
- 3) Operan a base de la explotación de trabajadores asalariados —en las fincas más pequeñas con frecuencia son miembros de la familia— que contratan directa o indirectamente a través de empresas de servicios: jornaleros de campo no calificados, regadores, tractoristas, choferes, mecánicos, cargadores; hombres, mujeres y a menudo niños en las faenas de recolección, mayordomos y empleados administrativos, etc. Los dueños y sus familiares suelen hacer ciertos trabajos productivos en los predios de menor importancia; pero en los neolatifundios más prósperos se limitan a actuar como patrones y se ocupan solamente de la dirección, cuando no la delegan o comparten con administra-

dores o empleados cuyos sueldos superan con mucho a los salarios de los trabajadores más calificados.

- 4) Las tierras de que disponen son de buena calidad, se fertilizan regularmente y, en una alta proporción, son de riego;
- 5) Se dedican en buena parte a cultivos y plantaciones de trigo, algodón, cártamo, frijol soya, sorgo, tomate y otras verduras y frutas de exportación, café y caña de azúcar;
- 6) Disponen habitualmente de recursos financieros propios y de crédito bancario y otros financiamientos a corto plazo, siendo todavía insuficiente e inadecuado el financiamiento a medio y largo plazo;
- 7) Se trata de explotaciones mecanizadas en que las labores de preparación de tierras, siembras, cultivos, fertilización y aplicación de insecticidas, recolección, transporte y almacenamiento se realizan fundamentalmente a base del empleo de maquinaria y equipos modernos, todo lo cual facilita la obtención de altos rendimientos;
- 8) Sus formas y niveles de organización y cooperación, aunque todavía en muchos aspectos deficientes en comparación con los de otros países, superan sensiblemente a las características de la agricultura más pobre, ejidal y privada.

Para entender el papel de las explotaciones medianas y grandes en el proceso de expansión del mercado, lo fundamental es tener presente que, salvo casos excepcionales o al menos muy secundarios, dichas explotaciones descansan en el empleo de trabajo asalariado, en el uso de maquinaria y técnicas modernas que elevan la productividad del trabajo, y por tanto en la producción, retención y concentración de un excedente que en parte queda en

manos de la burguesía propiamente agrícola y en parte es transferido al resto del sistema, en donde lo retienen otras fracciones o sectores de la burguesía nacional y extranjera. En otras palabras, si las explotaciones de que hablamos se toman global, unitariamente, tan sólo como el símbolo institucional de una agricultura “moderna”, o sea sin reparar en su estructura, en su contenido de clase y en el carácter de las relaciones y contradicciones que les son propias, inevitablemente se corre el riesgo de no advertir los aspectos principales y aun de *invertir* los términos del problema, cayendo en un tecnocratismo superficial —aparte de profundamente desorientador—, que, con extraña “objetividad” atribuye el mayor impulso productivo a los grandes agricultores, en tanto que los trabajadores son relegados a un segundo plano y vistos esencialmente como consumidores pobres, cuyo escaso, casi nulo poder de compra “impide” una rápida expansión del mercado.

Empecemos, tratando de no caer en el fetichismo de quienes suelen ver en las máquinas, en la técnica, el dinero, la capacidad de sacrificio de los capitalistas o en inmanentes leyes del desarrollo las fuentes de la riqueza social, por ubicar a los grandes terratenientes en sus múltiples relaciones con el mercado.

Se estima que, en 1960, las fincas “multifamiliares” medianas y grandes se repartían en cerca de 80,000 predios, de los que 12,000 correspondían a estas últimas. Es probable que el número de las mismas se haya reducido en 1970, pero aún así, seguramente excedería con mucho lo que debe ser el grueso de las principales explotaciones. Si sólo se consideran las más grandes e importantes acaso no pasarían de uno o dos millares, controladas por unas 500 familias.²³ Y aun si se incluyeran muchas otras que, pese a su menor significación podrían tomarse como representativas de lo

²³ Véase, del autor de este ensayo: “El Proceso de Acumulación de capital”, en *México: Riqueza y Miseria*. México, 1973, 6a. edición.

que es la burguesía agrícola alta y media del país, quizás sólo llegarían a quince o veinte mil.

Pues bien, ¿cómo influye ese segmento de la clase dominante sobre el mercado? De muy diversas maneras: vía oferta, demanda de bienes de consumo, inversión y exportaciones, ahorro y transferencias de excedente, creciente peso en la política económica, etc.

Del lado de la oferta, de los predios en poder de lo que *grosso modo* podríamos considerar la burguesía agrícola, procede, como ya hemos visto, la mayor parte de la producción en 1972, probablemente no menos de 22 mil millones de pesos de 1960, de los que cerca de 13 mil corresponderían, burdamente, a la agricultura propiamente dicha. Pero como el concurso directo de la burguesía al trabajo productivo es insignificante o nulo, acaso sea preferible reservar el examen de este tema para la parte final del presente ensayo, en que haremos referencia a la contribución de los trabajadores e intentaremos evaluar en conjunto el aporte de la agricultura y de la población rural, centrandó por ahora nuestra atención en torno a la influencia que la burguesía ejerce en el mercado a través de la demanda de bienes de consumo y de producción, así como de múltiples servicios.

Abundan en México los agricultores que explotan grandes extensiones de tierra, digamos más de 100 ó 200 hectáreas de riego, y aun predios mayores de 300 e incluso 500 hectáreas. En las regiones más importantes, concretamente de Sonora y Sinaloa en el Noroeste, pero también en otras entidades, no es infrecuente encontrar explotaciones de 1,000 y más hectáreas de riego, o sea verdaderos neolatifundios en los que unos cuantos centenares de familias obtienen ingresos anuales muy cuantiosos. Considerando que 300 hectáreas de riego que se utilicen en diversos cultivos de los más comunes, pueden proporcionar una utilidad media por hectárea de 1,500 a 1,800 pesos, conservadoramente resultaría una *ganancia* (no un ingreso bruto,

que desde luego es mucho mayor) de alrededor de medio millón de pesos, de ahí que para una explotación de 600 hectáreas podría estimarse una utilidad aproximada de un millón de pesos al año, cifra que superaría, aunque parezca increíble, en unas *mil veces* o más al ingreso total de muchos de los campesinos llamados de infrasubsistencia, lo que exhibe la dramática desigualdad que se observa en el campo mexicano.

Aun considerando, en conjunto, a la burguesía agropecuaria y no sólo a sus estratos más altos, de manera muy tosca y meramente enunciativa podría decirse que el monto de su ingreso y la composición de sus gastos exhiben modalidades como las siguientes:

- 1) El ingreso es en general elevado, debido entre otras causas a la productividad del trabajo en las fincas, la extensión de éstas, las altas tasas de plusvalía y de ganancia, los bajos impuestos y, en general, la protección que el Estado otorga especialmente a los grandes agricultores, que a su vez son los que sufren en menor medida y aun suelen estar en condiciones de contrarrestar parcialmente los efectos de un intercambio desigual.
- 2) Aunque los coeficientes de ahorro e inversión de la burguesía agrícola superan, naturalmente, a los de la actividad en su conjunto, fundamentalmente puede afirmarse que son bajos y que dejan, por ende, una alta proporción del ingreso susceptible de destinarse al consumo.
- 3) El nivel y los patrones de consumo de un estrato a otro muestran, como es obvio, diferencias significativas, a la vez que ciertos rasgos más o menos comunes. Por ejemplo:
 - a) La demanda de alimentos excede con mucho a la de niveles inferiores e incluye, en general, productos tales como carne, pescado, huevos, conservas, leche y frutas;

- b) Las bebidas de mayor consumo no se limitan a los refrescos embotellados o al tequila y mezcales corrientes, sino que aparte de un mayor consumo de cerveza incluyen a menudo vinos y licores procedentes del extranjero; lo que también ocurre en tratándose de los cigarillos;
- c) El consumo de ropa, en vez de reducirse a las prendas más indispensables consiste en una mayor cantidad de las mismas y, desde luego, de calidades y precios más altos; que muchos de los agricultores del norte importan desde Estados Unidos e introducen al país de contrabando, o sea ilegalmente;
- d) Aun en los casos de familias que viven en el campo —pero sobre todo de la burguesía agrícola radicada en ciudades cercanas a las principales fincas—, la demanda de materiales de construcción se ha multiplicado a medida que mejoran los tipos de habitación.²⁴
- e) Algo similar podría decirse respecto a ciertos bienes duraderos de consumo, entre los que probablemente destaquen los automóviles, refrigeradores, radio-consolas y televisores, abanicos eléctricos y aparatos de acondicionamiento de aire, estufas de gas y mobiliario doméstico

²⁴ Tan sólo por lo que se refiere a unos cuantos millares de grandes agricultores y ganaderos radicados en Mexicali, y en menor medida en Tijuana, Baja California; en los principales centros agrícolas de Sonora (Hermosillo, Guaymas, Ciudad Obregón, Navjoa y Huatabampo), Los Mochis, Culiacán y Mazatlán, en Sinaloa; Ciudad Juárez, Delicias y Chihuahua, en el estado de este nombre; Torreón, en La Laguna; Matamoros, Reynosa y Tampico, en Tamaulipas; Celaya e Irapuato, en el Centro, y varias ciudades de Veracruz, Tabasco y Chiapas, la construcción residencial ha creado en años recientes una gran demanda de cemento, tabique, varilla, mosaicos y azulejos, madera, vidrio, muebles de baño, etc.

- (juegos de sala, comedor, recámara y otros).
- f) En fin, la demanda de servicios proveniente de la burguesía agrícola se ha incrementado notablemente, quizá sobre todo en lo que hace a electricidad y gas, agua potable, escuelas primarias e intermedias, restaurantes, actividades profesionales, comunicaciones y transportes, servicios de hospedaje, hospitales y clínicas, salas de cine, espectáculos deportivos y otras diversiones, seguros de diversas clases, facilidades bancarias y prestación de múltiples servicios públicos.

Por lo que hace, en particular, a los agricultores ricos, o sea lo que podríamos considerar la alta burguesía, parece indudable que su capacidad de consumo de bienes y servicios es grande y que si bien se trata de un número relativamente pequeño de familias privilegiadas, no por ello puede menospreciarse su poder de dilapidación, como lo demuestran las lujosas residencias y los millares de automóviles que dichos agricultores poseen, así como los desmedidos gastos y frecuentes viajes, casi siempre de placer, que realizan dentro y fuera del país.

Carecemos de datos y de elementos para estimar la inversión de la burguesía agrícola —o sea su influencia sobre el componente más dinámico de la demanda global— tanto en la actividad agropecuaria como en otras ramas a las que, sobre todo los grandes agricultores, tienden a vincularse estrechamente. Se sabe, sin embargo, que el grueso de la demanda de maquinaria e implementos modernos —tractores, camiones, arados de fierro, rastras, niveladoras, sembradoras, equipo de fertilización, trilladoras y desgranadoras mecánicas, motores y bombas, así como ciertos materiales de construcción para almacenes y bodegas y otros usos pro-

piamente agrícolas, procede de los terratenientes medianos y grandes. Y en cuanto a la contribución de éstos al desarrollo de otras actividades —en su carácter de empresarios o inversionistas—, acaso podría mencionarse como la principal, sus intereses en ciertas industrias agrícolas (despites de algodón, fábricas de aceites y grasas, molinos de trigo y arroz, empacadoras y enlatadoras de frutas y legumbres, empacadoras de carne, frigoríficos, plantas pesqueras, industrias madereras, etc.), así como sus inversiones en diversos ramos del comercio y servicios tales como la distribución y representación de maquinaria e implementos agrícolas, automóviles y camiones, fertilizantes e insecticidas y equipos varios de fabricantes nacionales y extranjeros.

Al llegar a esta parte de nuestro ensayo podría aducirse, incluso aparentemente con razón, que es obvio que los empresarios agrícolas contribuyen de múltiples maneras a la expansión del mercado y que ello no tiene siquiera por qué recordarse cuando se postula que son los campesinos pobres y los trabajadores del campo quienes, por el contrario, inhiben y frenan ese proceso debido a que carecen de poder de compra.²⁵ No repetiremos aquí las explicaciones teóricas

²⁵ A propósito de la forma en que a partir de un enfoque parcial, teóricamente inaceptable y en el fondo apologético se tiende a ver en la demanda y aun en la capacidad de consumo de ciertos estratos medios y altos de la burguesía el centro del mercado y del proceso de desarrollo, en el estudio del CDIA a que hemos hecho frecuente referencia, abundan expresiones tan reveladoras como éstas: "...gran parte de la demanda efectiva total, y por ende del desarrollo económico general, descansa sobre una parte relativamente pequeña de la población; "...el desarrollo descansa sobre aquella mitad de la población que, con un consumo medio familiar de \$2,100 mensuales, realmente 'alimenta' el desarrollo." (*Ob. cit.*, Tomo I, p. 441. "...prácticamente, como ya señalamos arriba... el desarrollo económico de todo el país descansa sobre la mitad restante de la población, mientras la contribución de la primera mitad al mismo es mínima." (*Ibid.*, p. 454. Lo que claramente demuestra que, para ciertos investigadores, lo esencial en el

generales hechas en la primera parte de este texto. Nos limitaremos a hacer esta breve reflexión: si los prósperos empresarios agrícolas nada tuvieran, en efecto, que ver con los campesinos pobres y los trabajadores del campo; si su envidiable bienestar fuera el fruto de su esfuerzo, de su iniciativa, de su talento o al menos de su buena estrella, parecería cierto que son los pobres, es decir quienes no pueden gastar ni comprar más de lo que compran, y no los ricos, que pese a tener de todo no dejan de adquirir más y más, los que realmente frenan y aun vuelven imposible la expansión del mercado. Pero el papel principal de los trabajadores en el mercado capitalista —debemos subrayarlo— no es comprar lo que producen —que por otra parte compran cada vez más— sino vender su fuerza de trabajo y producir para quien la contrata; y además, la burguesía rural mexicana, concretamente, no se distingue por su laboriosidad o espíritu de empresa, sino por ser un sector de la clase dominante capaz de hacer trabajar en su beneficio a millones de hombres y mujeres que, en última instancia, son los que generan la plusvalía de que los ricos se apropian.

Ya hemos señalado —y el hecho es, por lo demás, bien conocido— que generalmente se explota de múltiples maneras a los pequeños productores que trabajan por su cuenta y aportan, directamente, parte del producto agropecuario. Si tales productores viven casi siempre en la miseria, ello obedece a que sus predios son pequeñas unidades con muy escasa capacidad de producción, y a que alrededor de cada pequeño agricultor o humilde ejidatario hay una cauda de intermediarios que los extorsionan, de funcionarios deshonestos, de comerciantes y especuladores que les compran a menos de lo que debieran y venden a precios prohibitivos,

proceso de desarrollo no es quien trabaja y crea la riqueza que circula en el mercado, sino quién la consume en mayor proporción, sin siquiera reparar en el origen de la capacidad de consumo de los ricos,

de agiotistas y usureros que, a veces por unos cuantos pesos, se quedan en poder de buena parte de las cosechas, y aun de falsos dirigentes que utilizan su autoridad y su influencia sobre los campesinos, para enriquecerse. Pero la explotación de los pequeños productores más o menos independientes, con todo y ser social y económicamente grave, no tiene las proporciones, al menos por lo que hace a la dinámica del mercado capitalista, de lo que acontece a los trabajadores asalariados.

No se sabe, con precisión, cuántos jornaleros y trabajadores asalariados hay en el campo mexicano. El Centro de Investigaciones Agrarias, a partir de cifras censales, los estimaba entre 3.2 y 3.6 millones, en 1960.²⁶ Algunos investigadores los hacen llegar, diez años después, a más de cuatro millones,²⁷ y no sería exagerado pensar que a la fecha asciendan a 4 y medio, aunque los datos del último censo agropecuario son inferiores. Con base en tales cifras podría afirmarse que, en 1960, los trabajadores asalariados constituían alrededor del 55% de la población económicamente activa en la agricultura, proporción que, aun sin tomar en cuenta a un buen número de desocupados y subempleados, debe ser bastante mayor —quizás no inferior a tres cuartas partes— en la actualidad.

Pues bien, ¿cómo y por qué los asalariados rurales ejercen una influencia decisiva sobre el mercado interior, en la presente etapa del desarrollo capitalista mexicano? Veamos:

- 1) En primer lugar no sólo generan el 57% de la producción agrícola que corresponde a las explotaciones “multifamiliares” medianas y grandes sino, casi seguramente, la mayor parte de la que proviene de los predios “familiares”, lo que permite estimar que no menos del 70% y aun quizás

²⁶ CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 589.

²⁷ Jorge Martínez Ríos, *Ob. cit.*, p. 12,

tres cuartas partes del producto total, descansa en el empleo de trabajo asalariado, o sea que los jornaleros del campo son quienes realmente proveen al país de alimentos y sobre todo de materias primas fundamentales para la industria. De ellos procede, en efecto, el grueso de la producción de trigo, arroz, caña de azúcar, legumbres y frutas, café, carne, leche y productos lácteos, así como de algodón y otras fibras, aceites y grasas, tabaco, maderas, etc.

- 2) A ellos se debe, asimismo, la mayor parte de las exportaciones agropecuarias e indirectamente, por tanto, una buena porción de las importaciones de múltiples bienes de consumo y de producción que el país adquiere en el exterior.
- 3) Con todo y ser muy bajo el nivel de vida de los trabajadores agrícolas es indudable que, aun su contribución directa a la demanda de bienes y servicios no debiera subestimarse, y que si bien es cierto que en otras condiciones podría ser considerablemente mayor, lo importante es que supera con mucho a la de etapas anteriores y que a la vez tiene como contrapartida un poder de compra creciente en manos de otros sectores, y especialmente, de la burguesía rural y urbana;
- 4) Para apreciar mejor lo que esto último significa conviene recordar, así sea muy brevemente, las condiciones en que la descomposición del campesinado lanza al proceso capitalista la fuerza de trabajo. Hemos dicho, líneas arriba, que en la agricultura mexicana hay actualmente unos 4.5 millones de asalariados; ahora conviene conocer sus principales características:
 - a) La mayor parte de los trabajadores son jornaleros no calificados que realizan tareas relativamente sencillas: cultivos, limpieas, riegos y

diversos tipos de recolección durante lapsos cortos y, a menudo, eventuales. En las fincas medianas y particularmente en las grandes, sin embargo, se utilizan también trabajadores más calificados: tractoristas, operadores de trilladoras y combinadas, mecánicos, choferes, capataces, etc., cuya ocupación es más estable y, en algunos casos, incluso permanente.²⁸

- b) En términos generales, los jornaleros rurales son más jóvenes y probablemente más productivos que quienes trabajan por su cuenta,²⁹ y aunque en su mayor parte radican en las regiones en que prestan sus servicios, en las épocas de recolección, sobre todo de productos

²⁸ Según estimaciones para 1960, la proporción de trabajo asalariado en los ejidos, medida en días-hombre, sólo representaba el 13% del total, contra el 41% en los predios privados menores de 5 hectáreas y el 66% de los mayores de esa superficie. (CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 585.) Aunque no disponemos de datos precisos al respecto, con base en informes recientes (1971-72) obtenidos directamente en los valles del Yaqui y Mayo en Sonora, y en menor escala en la región del Fuerte, Sinaloa, podría pensarse que la participación del trabajo asalariado es quizá muy superior a la antes señalada, probablemente no inferior a un 25% a 30%, y el porcentaje de ejidatarios que trabajan como asalariados quizás también mucho más alto que el 25.4% estimado en el estudio antes mencionado. (P. 587).

“El salario real de los jornaleros es más bajo que el de hace 20 años... Constituyen el estrato más desvalido de la sociedad rural, se encuentran desorganizados y no sólo carecen de tierra sino de instrumentos de lucha.” Juan Ballesteros Porta, *El Perfil de México en 1980*, Tomo 3, p. 40. Al respecto, el CDIA estima que si bien los salarios mínimos rurales subieron entre 1948-49 y 1958-59, no llegaron al nivel que tenían veinte años atrás, lo que en nuestro concepto, erróneamente, se atribuye “a la paulatina sustitución de la mano de obra por la maquinaria agrícola...” (*Ob. cit.*, Tomo I, pp. 605 y 606) cuando en realidad es fruto de la creciente explotación del trabajo asalariado.

²⁹ Véase: CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 559.

que absorben gran cantidad de mano de obra, proceden en una alta proporción de otras entidades.

- c) Las corrientes migratorias se inician, con frecuencia, en varios estados del centro y centro-norte del país (Hidalgo, Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, etc.), en donde las posibilidades de trabajo son escasas y se dirigen hacia las principales regiones del norte y, especialmente, del Noroeste (Chihuahua, Sinaloa, Sonora y Baja California). Cuando terminan las cosechas en estas zonas o no se encuentra en ellas trabajo suficiente, millares de trabajadores prosiguen hacia el sur de Estados Unidos.³⁰
- d) El campesinado, sin embargo, no sólo estimula el desarrollo del mercado interno al desplazarse de unas zonas rurales a otras. La mayor parte del excedente demográfico se transfiere del campo hacia las ciudades, creando en éstas una sobreoferta de mano de obra barata. Entre 1940 y 1960, las actividades agropecuarias abastecieron al resto del sistema con 1,068.000, trabajadores asalariados, que para 1970 deben haber sobrepasado en conjunto la cifra acumulada de 1,600.000, de los que más de una mitad son absorbidos por la capital de la República, Guadalajara, Monterrey, Puebla, León y Ciudad Juárez.

³⁰ En decenios pasados llegaron a emigrar hacia Norteamérica, legal e ilegalmente, hasta un millón de personas en un solo año. A fines de los años cincuenta la contratación anual fue de alrededor de 400 000, y después de 1963, en que el convenio sobre braceros dejó de tener vigencia, un número cada vez mayor de mexicanos se ha internado en el país vecino con miras a radicar permanentemente en él, y 200 000 braceros y aun más han seguido entrando ilegalmente cada año.

- c) Aunque recientemente ha empezado el gobierno a reconocer el derecho de los trabajadores del campo a organizarse sindicalmente, los intentos de organización han tropezado hasta ahora con obstáculos insuperables, y los trabajadores rurales nunca han gozado de la protección que les otorgan la Constitución y las leyes laborales. Incluso se persigue y aun reprime a quienes se interesan en organizar a pequeños grupos de jornaleros.
- f) El alto ritmo de crecimiento económico y demográfico en el sector no agrícola y la creciente demanda de productos agropecuarios procedentes del mismo, parecería haber traído consigo una cada vez mayor demanda de mano de obra en el campo y un sustancial aumento de los salarios rurales. Empero, la disponibilidad casi ilimitada de mano de obra, el bajo nivel de preparación de los jornaleros, la ausencia de organización gremial y, desde luego, de organización política —pues los trabajadores y campesinos pobres siempre se ven obligados a apoyar al partido oficial—, determinan condiciones de vida muy precarias. No es difícil comprobar que los salarios son inferiores a los mínimos legales, en muchas zonas en 20% y 25% y a veces hasta 40% y 50%. Las jornadas diarias, que debieran no exceder de ocho horas suelen extenderse hasta doce y catorce, incluyendo el tiempo destinado a trasladar a los trabajadores de los puntos de concentración (ya en el campo) a los sitios en que deben laborar, y, viceversa. En fin, la mayor parte de los jornaleros no cuentan con seguro social ni disponen de otras prestaciones y servicios esenciales, y el problema de la ha-

bitación en el campo es realmente grave.³¹

- g) El que la oferta exceda generalmente a la demanda en el mercado de trabajo no es un hecho casual ni tan sólo un aspecto de la política económica. Lo que a él subyace es un rápido crecimiento demográfico, que en rigor constituye una ley del desarrollo propia de ciertas etapas del proceso capitalista. A ella obedece en el fondo que por un lado la oferta de brazos exceda a la demanda, y por el otro que la relación entre trabajadores ocupados y subocupados y aquellos en activo, tienda inclusive a aumentar, garantizando así que el mercado y, en un sentido más específico, el proceso de acumulación de capital se desarrolle con base en un bajo nivel de salarios, y por tanto en las condiciones más favorables para los capitalistas.

Desde el punto de vista del desarrollo del mercado y de la economía capitalista en general, por consiguiente, el papel del campesinado y de los trabajadores rurales es *producir lo más posible* dentro de ciertas condiciones técnicas y sociales, y *consumir lo menos posible* tanto en el campo como al emigrar a los barrios bajos de la ciudad o sea

³¹ Según datos censales, entre 1940 y 1960 la proporción del producto total que absorben los salarios en los predios mayores de cinco hectáreas descende del 22.3% al 7.2%, aumentando, en cambio, la parte correspondiente a la depreciación y mantenimiento de maquinaria y equipo, del 6.3% al 10.5%. Véase CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 606. Con base en otros estudios realizados por el autor de este ensayo, podría estimarse que el coeficiente medio de costos, o sea la relación costos-ingresos rurales, a mediados de los años cincuenta, era en México de 73%, lo que parecía indicar que los salarios apenas alcanzaban poco menos del 10% del costo total, o sea una proporción muy inferior a la utilidad del agricultor y, sobre todo, del gran terrateniente, lo que sugiere una tasa de plusvalía sumamente alta.

generar un excedente que permita acelerar la formación de capital en la agricultura y en el resto del sistema, y sobre todo la concentración del mismo y en un sentido más amplio del ingreso, en poder de las fracciones más poderosas de la burguesía nacional y extranjera. Y como el sistema de precios —y cuando este mecanismo falla, la acción del Estado— se encarga de que tal función se cumpla, la clase en el poder se asegura así de que a través de mecanismos crediticios, fiscales, laborales, tecnológicos, etc., se combinen las más diversas formas de extracción de plusvalía absoluta y relativa, y de que ésta sea puesto a disposición del pequeño sector que, por uno u otro camino, se apropia del fruto del esfuerzo de los trabajadores.³²

Lo que claramente comprueba que el bajo nivel de consumo de las masas y en particular de los trabajadores rurales y de los campesinos recién llegados a las ciudades, *crea* la creciente capacidad de compra de la burguesía, o sea contribuye decisivamente a aumentar la demanda global tanto a través de la inversión pública y privada, como de la exportación y el consumo de los estratos privilegiados. Gracias a ello, en efecto, el Estado mexicano ha podido en los últimos años mantener un coeficiente de inversión relativamente alto (de alrededor de un tercio de la inversión total), pese a que la carga fiscal sólo absorbe entre el 8% y el

³² Dos hechos que sin duda favorecen grandemente a la burguesía rural mexicana son, además, los siguientes: el control que por vías legales e ilegales ejerce de la tierra le asegura una alta renta absoluta y diferencial. La primera permite que la tasa de ganancia de los grandes capitalistas supere al promedio, ya que la concentración de la tierra opera como una prima en su favor y como un obstáculo monopolista a la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia. La segunda, o sea la renta diferencial, resulta de que los grandes agricultores explotan las mejores tierras en un sentido natural o económico— por lo que obtienen una mayor productividad y una ganancia extraordinaria respecto a quienes operan en condiciones medias y, naturalmente, en comparación con los más pequeños productores que a menudo tienen que vender sus productos por abajo de su valor.

9% del producto interno bruto; la empresa privada ha invertido, por su parte, los otros dos tercios, y además ha mantenido un nivel de gasto improductivo enorme, como lo revela el hecho de que mientras en algunos años la proporción del ingreso nacional que se distribuye a través de utilidades ha llegado a ser superior al 40%, la inversión privada bruta sólo ha alcanzado entre el 10% y el 13% de dicho ingreso.

La situación de que hablamos ha permitido, además, aumentar las exportaciones, o sea un sector de la demanda que en ciertos momentos ha jugado incluso un papel más dinámico que el de la inversión doméstica, y coadyuvado, en consecuencia, a elevar la capacidad de importación.³³

La agricultura ha contribuido, asimismo, a acelerar el proceso de sustitución de importaciones e incluso a abastecer directamente a decenas de industrias agrícolas y variadas manufacturas en las que operan millares de establecimientos, que ocupan a aproximadamente 250,000 trabajadores y producen cerca de 25,000 millones de pesos al año, (cifras censales de 1970).

Es tan importante el concurso de los trabajadores rurales, y en general de la agricultura al desarrollo del mercado, que, contra lo que pudiera suponerse, o sea que el sector rural entrañe una carga para el resto de la economía, se estima que entre 1942 y 1960, tan sólo a través del sistema fiscal, el sistema bancario y la relación interna de precios, dicho sector contribuyó con una transferencia neta de alre-

Pero lo que debe quedar bien claro es que "toda renta del suelo es plusvalía, producto del trabajo sobrante." Véase: V. I. Lenin, *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución Rusa de 1905-07*. Moscú, 1949, p. 100 y "El problema agrario y los 'críticos de Marx'", *Obras completas*, tomo IV, así como C. Marx, *El Capital*, tomo III, Vol. II, p. 747 y las cartas de Marx a Engels incluidas en el apéndice, pp. 1 025 a 1 034.

³³ Aunque en años recientes ha descendido la importancia relativa de las exportaciones agropecuarias respecto a las ventas totales, en 1970 todavía representaron poco más del 54%, destacando prin-

dedor de 3,100 millones de pesos;³⁴ pero como no se consideraron otros canales (impacto favorable sobre la balanza comercial y de pagos, créditos no bancarios, diferencias salariales entre el campo y la ciudad, éxodo de trabajadores rurales, etc., a través de los que también se transfieren recursos reales hacia los sectores no agrícolas, seguramente el aporte conjunto debe haber excedido con mucho a la cifra antes mencionada.

En resumen podría decirse que la población rural y el desarrollo agrícola que fundamentalmente ella promueve, directa e indirectamente estimulan la expansión del mercado capitalista, sobre todo a través de los mecanismos siguientes:

- 1) Destrucción cada vez mayor de las viejas comunidades y de las supervivencias económicas y culturales de tipo precapitalista que, en mayor o menor medida, siguen presentes en ellas;
- 2) Abastecimiento de mano de obra barata a las actividades agropecuarias y, aun en mayor escala, al resto del sistema económico;
- 3) Creciente movilidad de esa mano de obra, a fin de que pueda disponerse de ella en las condiciones más oportunas y favorables, en los sitios en que se requiera;
- 4) Mantenimiento de una sobreoferta de trabajo tanto en el campo como en las ciudades, que inevitablemente se traduce en un alto volumen de desempleo y subempleo, que vuelve sumamente difícil elevar los salarios rurales, sobre todo en la agricultura, y que permite altas tasas de explotación;

principalmente las de algodón, legumbres, café, ganado vacuno, azúcar, diversas frutas y productos pesqueros.

³⁴ Véase: CDIA, *Ob. cit.* Tomo I, p. 227.

- 5) Sostenimiento de una tasa de crecimiento de la producción agrícola que permita alimentar a una población que crece de prisa (en los sectores de más bajo ingreso en forma realmente explosiva), así como aprovisionar a la industria de múltiples materias primas y estimular el proceso de industrialización sustitutivo de importaciones;
- 6) Fomento de la exportación para satisfacer la demanda externa de ciertos productos y para contribuir a generar una parte sustancial de las divisas en que a su vez descansa la capacidad de importación de bienes de capital y productos intermedios;
- 7) Aumento general del poder de compra y aun de la necesidad de la población rural de bienes de consumo y producción de parte de los agricultores propiamente capitalistas y, especialmente, de los grandes terratenientes;
- 8) Demanda cada vez mayor de múltiples servicios públicos y privados;
- 9) Traslado de una parte considerable del excedente agropecuario hacia la industria, el comercio y los servicios, que en parte se convierte en ahorro e inversiones públicas y privadas, y en parte incrementa el consumo de los sectores no agrícolas.

El énfasis con que hemos tratado de demostrar que los productores y asalariados rurales, en particular los más pobres, contribuyen decisivamente a la expansión del mercado interior, no debiera confundirnos y hacernos pensar que dicho mercado se desenvuelve sin tropiezos, y guiado por una sabia "mano invisible" al impulso de una creciente división del trabajo, que en el mundo moderno parece no encontrar obstáculos insalvables. Nada de eso. Si bajo el capitalismo avanzado el proceso económico es anárquico, inestable y sujeto a fuertes altibajos y profundas contradicciones, bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado

interno nunca se desenvuelve en condiciones siquiera medianamente racionales, nunca lo hace en forma que pudiera comprobar la armonía y los mecanismos de ajuste automáticos previstos en la famosa Ley de los mercados de Say o en el modelo de crecimiento equilibrado sugerido por el profesor Nurkse.

La economía del subdesarrollo es una economía coja, dependiente, orgánicamente desarticulada y cuya estructura global nunca opera como un todo cuyas partes funcionen armónicamente como tales. A causa de la dependencia y de los factores históricos que condicionan la acumulación de capital, en las economías atrasadas el mercado descansa en un sistema deforme y siempre incompleto, en el que se pierden o reducen al mínimo los efectos favorables (*linkage effects*) de la interconexión e interdependencia de un proceso económico independiente y que responda, en lo fundamental, a intereses y necesidades propios. La tenaz persistencia de ciertas formas y relaciones de producción anacrónicas, el enorme peso de la producción primaria en la estructura ocupacional, el ingreso y el comercio exterior; la ausencia de una industria pesada nacional cuyo desarrollo histórico se hubiese articulado desde un principio al del resto de la economía; la hipertrofia del sector terciario y la forma ilógica en que la inserción en el mercado exterior (o sea el carácter tributario de las economías de que hablamos) impide integrar y complementar, en el ámbito del mercado interno y aun a nivel regional latinoamericano, las actividades que constituyen el centro de la estructura productiva, todo ello afecta desde luego la división del trabajo, el crecimiento económico y la expansión del mercado.

Incluso podría decirse que aun los factores que a primera vista más influyen en el proceso de desarrollo lo hacen de manera contradictoria, o sea, actuando a la vez como palancas y frenos. El bajo nivel de los salarios rurales, por ejemplo, si bien abarata la mano de obra y permite obte-

ner altas tasas de explotación, limita sin embargo el poder de compra de las masas rurales y en buena parte deprime el nivel de salarios en los sectores no agrícolas y, de nuevo, la capacidad de consumo de los mismos. El capital extranjero, por su parte, si bien suele introducir nuevas técnicas y mejores métodos que elevan la productividad y la producción, concretamente en el sector agropecuario, sustrae y drena, al propio tiempo, una parte sustancial del excedente, con lo que resta impulso y vuelve más difícil la acumulación de capital. En fin, el hecho de que las altas tasas de plusvalía en el sector agropecuario no se traduzcan, como en el modelo clásico, en una rápida acumulación de capital sino más bien en la combinación de consumo suntuario y capacidad productiva ociosa, aunque por un lado eleva y diversifica la demanda, alentando a corto plazo el crecimiento de múltiples actividades, simultáneamente distorsiona los patrones de consumo, distrae y malutiliza recursos productivos escasos y, a largo plazo, implica una dilapidación del potencial productivo que obstaculiza gravemente el proceso de desarrollo. Pero el que la expansión del mercado se vuelva más inestable y contradictoria y el subdesarrollo se agudice fundamentalmente a consecuencia de la explotación desmedida de los trabajadores rurales y urbanos, de la extrema concentración de la riqueza y de la dependencia y la incapacidad de la clase dominante para conducir un desarrollo nacional realmente autónomo, es algo muy distinto a la ausencia de mercado interno y a la supuesta incapacidad de los asalariados para contribuir a su crecimiento, y, en general, al desarrollo capitalista.

DESEMPLEO, ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y MERCADO INTERNO

Magnitud y naturaleza del desempleo

El desempleo es objeto de creciente inquietud en América Latina. Hasta los años cuarenta y aun cincuenta, pese a que en los países capitalistas industrializados empezaba a trazarse una estrategia de "ocupación plena", ésta no fue motivo de especial interés y menos aún el objetivo más importante de la política de desarrollo latinoamericano. Incluso en la década anterior, cuando a consecuencia de la crisis y la depresión subsiguiente se extendió como nunca antes el desempleo, los gobiernos latinoamericanos parecían más interesados en restablecer el precario equilibrio de lo que eufemísticamente suele llamarse la etapa de "crecimiento hacia afuera" y en promover una industrialización sustitutiva de importaciones, que en afrontar, directa y resueltamente, el problema del desempleo. A últimas fechas, en cambio, se ha vuelto un lugar común reiterar en círculos académicos, en la prensa, en el movimiento obrero y en las más diversas organizaciones políticas, que es impostergable eliminar la desocupación o al menor reducirla sustancialmente si se han de evitar situaciones críticas que, incluso en los países institucionalmente más estables, estallen en cualquier momento.

Podría pensarse que si bien el problema de que hablamos es obviamente grave, la industrialización de los últimos decenios contribuyó a mitigarlo y aun a contrarrestar la acción de ciertos factores desfavorables al absorber cada vez más

trabajadores en las nuevas empresas creadas, principalmente, por el capital privado. Hasta hace unos cuantos años tal fue la opinión dominante entre muchos empresarios, técnicos y funcionarios públicos, quienes de manera simplista tendieron a creer que el solo fomento de la industria traería consigo rápidos aumentos en el nivel de empleo, así como una creciente y cada vez más fluida transferencia de ocupaciones del sector primario al secundario. Como en otros aspectos del análisis económico y del trazo de una política de desarrollo, el peso de ciertos esquemas teóricos neoclásicos se dejó sentir decisivamente y el desempleo no fue visto como un complejo fenómeno social o siquiera como una cuestión económica difícil de resolverse, sino más bien como un asunto técnico cuya solución dependería de un sencillo, casi automático y armonioso juego de relaciones cuantitativas entre unas cuantas variables: el ahorro, la inversión, la relación capital-producto y capital-trabajo y la tasa global de crecimiento del producto nacional. Más lo ocurrido en los últimos decenios, como comprobaremos enseguida, fue bien diferente.

No es fácil determinar la magnitud ni comparar los rasgos más característicos del desempleo.¹ Para tener un marco inicial de referencia, sin embargo, podríamos recordar que, en 1960, organismos de las Naciones Unidas estimaron que alrededor del 40% de la fuerza de trabajo latinoamericana estaba desocupada y subocupada, lo que en términos de desempleo total correspondería al 23% de la

¹ Como es bien sabido la información estadística y en particular la censal, en América Latina, es muy defectuosa y suele apartarse grandemente de la realidad. Con frecuencia es objeto de censura y de ajustes más o menos arbitrarios que entrañan una "evidente manipulación". Incluso ciertas "informaciones importantes se ocultan al público o los datos se modifican para satisfacer fines políticos..." Ernest Feder, *Recent trends affecting unemployment and poverty*, ponencia presentada a la Segunda Conferencia Escandinava de Investigación sobre América Latina, Copenhague, mayo de 1973, pp. 5-6.

fuerza laboral. En números absolutos y hechos ciertos ajustes para estimar el equivalente de desempleo que implica el subempleo, la propia ONU calculó que entre aquel año y 1970 el número de desocupados aumentó de 18 a 25.4 millones, proporción que a su vez representa el 30% de la población económicamente activa.

Entre 1925 y 1960, las actividades industriales en su conjunto sólo pudieron emplear a 5 de los 23 millones de personas en que se incrementó la fuerza de trabajo urbana, lo que significó que el sector secundario, que ya en 1925 absorbía el 35.4% de dicha fuerza de trabajo, en 1950 sólo ocupara al 30%, y diez años después al 27.1%.² Esta situación hace temer que, en la actualidad, menos de una cuarta parte de la fuerza laboral sea absorbida por la industria, incluyendo en ella tanto las instalaciones modernas como los numerosos talleres, propiamente artesanales, en que todavía trabajan alrededor de cinco millones de personas. Según cifras recientes las manufacturas, en particular, solamente emplean al 14% de la fuerza de trabajo.

El hecho de que la capacidad de la industria para absorber el excedente de mano de obra sea relativamente cada vez menor plantea graves problemas en una etapa como la presente, en que la población y la fuerza de trabajo crecen con especial celeridad —aproximadamente a razón de 3% al año— e imprime caracteres muy singulares a la estructura ocupacional. Aun en aquellos países en que la población ocupada en actividades primarias continúa creciendo en números absolutos —aunque descienda en términos relativos—, hay un sobrante demográfico que se vuelca sobre las ciudades. Y ante la imposibilidad de que lo absorba la industria se multiplican los oficios y actividades más o menos improductivos y poco calificados en el comercio y los servicios, aumenta el desempleo y, sobre todo, el sub-

² "El proceso de industrialización en América Latina", cit. por la CEPAL, en *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*. Nueva York, 1969, p. 118.

empleo urbano y crecen las ocupaciones “marginales” y los cordones de miseria que hoy rodean a las grandes ciudades latinoamericanas.³

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL EN AMÉRICA LATINA

	Distribución porcentual				Tasas de crecim.	
	1950	1960	1965	1969*	1950-60	1960-69
Agricultura	53.4	47.2	44.5	42.2	1.3	1.5
Bienes y servicios						
no agrícolas	23.5	24.6	24.2	24.8	3.1	2.8
a) Minería	1.1	1.0	1.0	1.0	2.0	2.2
b) Manufacturas	14.4	14.0	14.0	13.8	2.6	2.3
Fabriles	6.9	7.6	7.6	7.7	3.7	2.9
Artesanales	7.5	6.8	6.4	6.1	1.5	1.6
c) Construcción	3.8	4.1	3.9	4.5	3.2	4.0
Servicios						
a) Comercio y finanzas	7.8	9.0	9.5	10.1	4.1	4.1
b) Otros servicios	13.0	15.6	16.6	17.3	4.5	4.0
c) Actividades no especificadas	2.3	3.6	5.2	5.6	7.3	8.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

* Estimaciones preliminares.

FUENTE: Comisión Económica para América Latina: *Estudio Económico de América Latina*, 1958. Nueva York, 1969, pp. 27 y 28.

³ Como dice el profesor Sergio Bagú, “...ya no hay en el continente ciudad de mediano dinamismo económico que no tenga su propio cinturón de miseria. La variedad de la nomenclatura traduce su omnipresencia: villas miseria, pueblos de ratas, cantegriles, callampas, favelas, rancheríos, cerros, etcétera, etcétera.” “Las clases sociales del subdesarrollo”, *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*. México, 1973, p. 47.

El cuadro anterior muestra varios hechos dignos de subrayarse: 1) las actividades agropecuarias, debido en buena parte a su baja productividad media y marginal, ocupan todavía una alta proporción de la fuerza de trabajo; 2) la industria y, concretamente, las manufacturas apenas crecen al ritmo del empleo global, y el artesanado sigue siendo muy importante como fuente de ocupación, 3) los servicios básicos, entre los que destacan los transportes y la producción de energéticos, aunque en lo que hace a absorción de empleo exhiben tasas de crecimiento considerablemente superiores a la media, dejan ver una tendencia declinante en el último decenio y no parecen, por sí solos, capaces de modificar sensiblemente la estructura ocupacional, pues en casi veinte años sólo aumentaron su participación relativa en 1.3% del empleo total; y lo mismo podría decirse de la construcción, cuya participación en la estructura ocupacional aumentó del 3.8% al 4.5%, o sea solamente 0.7% en el lapso indicado. 4) En fin, el mayor incremento sectorial corresponde en conjunto al comercio y los servicios, pero lo más significativo es que no son el comercio moderno, la banca, los seguros y otros servicios análogos los que aumentan más rápidamente su participación en el empleo, sino las actividades "misceláneas" o "no especificadas", que junto a haber logrado las tasas anuales de crecimiento más altas elevan su capacidad de empleo del 15.3% al 22.9%, lo que en otro sentido da cuenta de la claridad con que en el lapso considerado creció, más que el empleo urbano, el subempleo.

Es esta una cuestión tan importante para comprender los cambios recientes en la estructura ocupacional y las perspectivas de absorción de la fuerza de trabajo en los próximos años, que vale la pena recordar brevemente lo ocurrido al respecto en los principales países latinoamericanos.

Aunque con velocidades diferentes —más de prisa, por ejemplo, en Venezuela, México y Perú que en Argentina o

Uruguay— en todos se aprecia que en la última década (1960-69) la agricultura perdió importancia relativa como fuente de ocupación. Pero, lejos de que la industria y los “servicios básicos” pudieran absorber el excedente de mano de obra rural, de ocho países considerados solamente en cuatro de ellos fue posible expandir el nivel de empleo tanto en términos absolutos como relativos, reduciéndose, inclusive, en los restantes. En Brasil el incremento en tales actividades fue de 0.3%, en Perú de 1%, en México de 1.8% y en Venezuela de 3.2% al año. En Brasil y México, sin embargo, la ocupación en la industria y los “servicios básicos” sólo absorbía, en 1969, al 23.3% de la población económicamente activa, o sea poco menos de la mitad de la empleada en la agricultura, y en Venezuela, donde como hemos visto el ritmo de absorción de empleo fue bastante más rápido, el sector a que nos referimos sólo empleaba en 1970 al 27.2% de la población activa total y apenas pudo dar ocupación al 42% del incremento en la fuerza de trabajo. Lo que confirma que, aun en los países económicamente más importantes, el crecimiento hipertrófico y fundamentalmente improductivo del sector terciario fue lo que hizo posible dar trabajo —en rigor sería más correcto decir: subemplear— al grueso de la fuerza laboral, pues en el comercio y los servicios (excluidos los básicos) el empleo creció, en el mismo lapso, en 7.4% en Venezuela, 5.8% en Chile, 5.5% en Uruguay, 5.3% en Brasil y México, 5% en Perú, 4.6% en Argentina y 4.4% en Colombia.⁴

Lo que en otras palabras permite comprobar que, como a menudo se ha señalado, el rápido proceso de urbanización no ha correspondido a un desarrollo industrial que reclame crecientes volúmenes de mano de obra, sino más bien al traslado masivo de una población rural depauperada que, pese a la miseria que comúnmente le espera en

⁴ Las cifras proceden de la CEPAL, *Tendencias y estructuras de la economía latinoamericana*. Santiago de Chile, 1971.

las ciudades prefiere radicar en ellas a seguir vegetando en el campo, sin ninguna perspectiva de mejoramiento.

El desempleo y el subempleo no sólo afectan a los países más atrasados o siquiera, únicamente, a los más avanzados. Por encima de matices y aun de diferencias significativas observables de una nación a otra está presente en todo Latinoamérica y aun parece agravarse cada vez más. Se le advierte en los países menos industrializados cuyas economías dependen esencialmente de la producción y exportación de dos o tres productos primarios; se observa en donde la sustitución de importaciones de bienes de consumo ha hecho ya avances considerables e incluso en los países que como Brasil, México, Perú, Puerto Rico, Venezuela y otros registran tasas de crecimiento económico más altas en años recientes o que ganan terreno en la sustitución de bienes de producción y en donde la industria es, desde hace tiempo, la actividad económica de mayor dinamismo.⁵

En México, en particular, se estima que el desempleo total y parcial alcanza al 30-40% y aun hay quien lo haga llegar al 40-45% de la fuerza de trabajo. Según cálculos oficiales el desempleo afecta al 3.8% -4% de ella, o sea alrededor de 500 000 personas, en tanto que el subempleo

⁵ Véase, al respecto: Carlos Lessa y Tomás Vasconi, *Hacia una crítica de las interpretaciones del desarrollo latinoamericano*, edición en mimeógrafo del CENDES, Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1969; Aníbal Quijano, *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*, edición en mimeógrafo del CESO, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, Santiago, 1970; Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo*, México, 1970; Paul I. Singer, *Fuerza de trabajo y empleo en Brasil: 1920-1969*, editado por el Centro Brasileiro de Analise e Planejamento. Sao Paulo, 1971; Gloria González Salazar, *Problemas de la mano de obra en México*. UNAM. México, 1971; David Turnham y I. Jaeger, *The Employment Problem in the Less Developed Countries: A Review of Evidence*. OECD, Development Centre. París, 1971 y D. F. Masa Zavala, "Consideraciones sobre la economía venezolana", artículo publicado en *Problemas del Desarrollo* (Núm. 6), México, enero-marzo de 1971.

involucra a 5.8- 6 millones de trabajadores —2.8 a 3 millones en términos de desempleo total— o sea algo así como el 23% al 25% de la población económicamente activa. El subempleo en el Distrito Federal es aún más alto que el promedio: se calcula en 33%-35% de la fuerza laboral, correspondiendo al desempleo abierto el 4.9%, o sea una tasa superior a la media nacional, y que, en la realidad, casi seguramente debe exceder de ese nivel.⁶

El examen de la distribución sectorial y regional del subempleo y el desempleo revela que del total de aquél, el 60%, o sea aproximadamente 3.5 millones de personas pertenecen al sector agropecuario, el 21% al comercio y los servicios, cerca del 14.5% a la industria manufacturera y el resto a otras actividades. Por regiones, en tanto que las cifras absolutas más altas de subocupación corresponden claramente a varias entidades del Centro, Centro Sur y Sureste, las tasas más elevadas pertenecen a esta última así como al Golfo y Centro Norte, fluctuando entre el 61.5% y el 56.4%, en comparación con una tasa media nacional de 44.8%. Por lo que atañe, específicamente, al desempleo, mientras el mayor número de desocupados se encuentra en el Centro y en el Centro Sur, las tasas más altas tocan a la primera de estas regiones y al Noroeste.

De la cifra muy cercana a 1.2 millones en que se estiman los subocupados urbanos, cerca de 787 mil corresponden al Distrito Federal, o sea propiamente a la ciudad de México. Le siguen Guadalajara, con poco más de 81 mil, Mexicali con casi 40, Monterrey con 39 y Ciudad Juárez con cerca de 28 mil. En cuanto al desempleo urbano, que según el último censo de población asciende a unas 174 mil personas la ciudad más afectada es también la capital

⁶ Los datos proceden, principalmente, del IX Censo de Población de 1970, y se recogen, entre otros estudios oficiales en "El Problema Ocupacional de México", (versión preliminar para discusión), edición en Mimeógrafo, México, 1973, y en dos recientes seminarios del PRI (IEPES), sobre el problema del empleo.

de la República, tras de la cual vienen, en orden decreciente: Guadalajara, Monterrey, Ciudad Netzahualcóyotl y Ciudad Juárez, aunque las tasas más altas de desempleo son las de estas dos últimas y Mexicali.

A diferencia de lo que era común oír hasta hace pocos años, abundan hoy las opiniones según las cuales la perspectiva latinoamericana en materia de empleo no es, ni con mucho, prometedora. A nivel de toda la región la CEPAL estima que la fuerza de trabajo crecerá en el decenio de los setenta a razón de 3% al año —frente a 1% en los países industriales—, o sea ligeramente más de prisa que la población en su conjunto. Pero mientras las ciudades se expanden al rápido ritmo de 5%, los cinturones de miseria lo hacen conforme a la increíble tasa de 15% anual.⁷ En México, concretamente, se calcula que la población y la fuerza de trabajo continuarán creciendo con rapidez y que en 1970-80 la ocupación pasará de poco más de 12 a unos 17 millones de personas (500 mil nuevos empleos cada año), lo que podrá lograrse si la oferta se incrementa al ritmo anual de 3.5%, contra 2.3% en la década previa. Mientras la ocupación en el sector agropecuario sólo se espera aumentar 1.5% al año, se proyectan incrementos de 5% en la industria, excluida la construcción, y de 4.1% en el comercio y los servicios. De alcanzarse estas metas se considera que se eliminaría en gran parte el desempleo abierto y que podría reducirse apreciablemente —acaso en 10%-12%— el subempleo. Incluida la construcción, de estos cálculos resulta que el sector industrial en conjunto abrirá 2 de cada 4.8 nuevas plazas que se creen en el decenio, lo que de ser así arrojaría una contribución mucho más alta que la lograda hasta 1970.⁸ En los propios

⁷ William C. Thiesenhusen, "Latin America's Employment Problem, *Science*, Vol. 171, p. 870.

⁸ Los datos anteriores proceden de *Lineamientos para el programa de desarrollo económico y social 1974-80*. (Materiales elaborados por las Secretarías de la Presidencia, Hacienda y Crédito Público y Patrimonio, con la cooperación del Consejo de Ciencia

círculos gubernamentales algunas personas difieren de la opinión antes resumida y piensan que las posibilidades de absorción de mano de obra por parte del sector industrial son mucho menores, es decir, no del 40% sino apenas del 12.5% del total de nuevas plazas —una de cada ocho—, las que a su vez se hacen llegar a 600 mil anuales.⁹ Y según otras fuentes, al parecer más conservadoras, tan sólo para absorber el incremento neto de la fuerza laboral sería preciso crear “un mínimo de 610 000 empleos nuevos al año”. “Si se deseara resolver los problemas del desempleo y subempleo para 1990, habría que crear... 760 000 plazas anuales durante la presente década y 980 000 durante la próxima.”¹⁰

y Tecnología, la Comisión Económica para América Latina y el Fondo de Cultura Económica. México, 1973.

Se estima que entre 1930 y 1965 la agricultura absorbió el 39.6% del incremento de la ocupación, en tanto que las actividades no agrícolas participaron con el 60.4%. La industria, incluyendo bajo este rubro las manufacturas, la producción de energéticos y la minería, respondió en conjunto del 20.7% del incremento de empleo, y el 24.9% si a ella se agregan los transportes; la construcción lo hizo con el 5.5% y el comercio y servicios restantes con el 30%. Acaso lo más interesante de estas cifras es que, al menos hasta 1965, la agricultura siguió siendo la principal fuente de empleo, seguida de cerca por el comercio y una variedad de servicios más o menos improductivos. Véase: Gloria González Salazar, *ob. cit.*, p. 47.

⁹ “...las posibilidades de generación de nuevos empleos como resultado del desarrollo industrial urbano no son muy prometedoras. Aun con base en supuestos optimistas acerca del crecimiento de la producción industrial durante este decenio, parece que sólo la octava parte de los seis millones de trabajadores en que se incrementará la población económicamente activa podrá encontrar ocupación en el sector industrial.” Saúl Trejo R., *Segundo Seminario de Estudio de los Problemas del Empleo en México*, Partido Revolucionario Institucional, México, diciembre de 1972, pp. 5-6.

¹⁰ *El Problema Ocupacional en México...* p. 121. El economista Víctor L. Urquidi afirma que incluso en la década 1970-80 deberán emplearse anualmente unas 800,000 personas, pues sólo así podrá resolverse el problema de la desocupación. *El Día*, México, 7 de noviembre de 1973.

En resumen, la posición oficial acerca de las perspectivas de ocupación en México parece ser ésta: si el curso del proceso económico se deja a su suerte lo más probable es que el problema de la desocupación y la subocupación se agrave en el próximo decenio; pero si el Estado coordina una política tendiente a aumentar al máximo el nivel de empleo y la tasa de crecimiento del producto nacional, es razonable esperar no sólo un aumento significativo de la ocupación sino un descenso apreciable del desempleo.

En cuanto al alcance económico y social del problema, en círculos privados y gubernamentales parece haber una amplia base de acuerdo. Se conviene, por ejemplo, en que el desempleo entraña un injustificable desperdicio de recursos, un motivo de frustración para millares de hombres y mujeres, una causa y a la vez una consecuencia de la pobreza de amplios sectores sociales, un hecho ligado al bajo nivel educativo, especialmente de los trabajadores del campo, una fuente de intranquilidad social y, eventualmente, de inestabilidad política, y un serio obstáculo al desarrollo porque, aparte de todo lo anterior, contribuye decisivamente a estrechar el mercado interno.¹¹

A fin de poder evaluar con mayor objetividad la proyección y perspectivas de la política de empleo así como la validez de las concepciones teóricas en que descansa, en las páginas que siguen recordaremos los hechos que a menudo se señalan como las principales causas de la desocupación.

¹¹ Sobre este aspecto, en el Seminario del PRI ya mencionado decía el doctor Luis de Pablo: "...un elevado índice de desempleo representa una baja capacidad adquisitiva para importantes sectores de la población y, por tanto, un mercado interno débil..." Y al explicar la forma en que el desempleo obstaculiza el desarrollo, volvía sobre el tema de "...la estrechez del mercado que resulta de la gran parte de la población que no obtiene de su trabajo ingresos bastantes para satisfacer sus necesidades más urgentes..." *Primer Seminario...* pp. 10 y 11-12.

*El Diagnóstico oficial del desempleo
y la política a seguir*

Las causas a que más frecuentemente se alude en las explicaciones del desempleo son demográficas, culturales y económicas. Entre las primeras se subraya que la población y la fuerza de trabajo crecen con demasiada rapidez; entre las segundas suele relacionarse los bajos niveles de vida y de educación con el desempleo, y entre las propiamente económicas se mencionan ciertos rasgos del proceso y de la política de desarrollo, como los hechos que más influyen sobre el bajo nivel de empleo.

Es indudable que la población de Latinoamérica se expande aceleradamente; más de prisa, desde luego, que en los países industrializados e incluso con más rapidez que en la época en que éstos sentaron las bases de sus hoy poderosas economías. En México, por ejemplo, la población ha venido aumentando al ritmo de aproximadamente 3.5% al año, lo que implica doblarla en prácticamente dos décadas y aumentar también con rapidez —pese al cambio en la composición por edades y al incremento relativo de los menores de 15 años— la población apta para trabajar. Podría decirse que de una población total de 50 millones de habitantes en 1970, casi 25 eran hombres y mujeres susceptibles de incorporarse a la fuerza de trabajo, no obstante lo cual la población económicamente activa apenas era de poco más de 13 millones de personas. A partir de estos datos no es lógico pensar que el desempleo sea un mero efecto de la llamada explosión demográfica. Las causas deben ser otras, pues si bien es cierto que una tasa de crecimiento del 3.5% es indudablemente alta y hace crecer velozmente la fuerza de trabajo, el origen del desequilibrio y por tanto el problema central consiste, no en que la población apta para trabajar y en consecuencia la demanda de mano de obra crezca con demasiada rapidez, sino en que la oferta de empleos, o sea la población económicamente activa

lo haga muy lentamente, como con claridad lo comprueba la experiencia mexicana del último decenio. El hecho inquietante es que los 13 millones de personas ocupadas —entre las que, como hemos visto, hay una fuerte proporción de subempleo— sólo representen poco más del 53% de la población en condiciones de trabajar, y apenas el 27% de la población total. En otras palabras, mientras la economía mexicana sólo provea de empleo a la creciente fuerza de trabajo a razón de 2.3% al año, como ocurrió en 1960-70, aun si la población creciera lentamente sería imposible atacar con éxito el problema y elevar en un plazo razonable el coeficiente de ocupación, del bajísimo nivel actual de 27% digamos a uno de alrededor de 40%, o sea comparable al de los países industriales.

El segundo tipo de explicaciones sobre el desempleo, que hemos asociado a algunos fenómenos socioculturales, se reduce a menudo a subrayar la presencia de ciertos círculos viciosos que impiden la elevación del nivel de empleo en los sectores más depauperados. El primero de esos círculos es una variante del de la pobreza: cuando alguien tiene muy bajo nivel de vida carece de salud y de energía para trabajar; pero su incapacidad para el trabajo se vuelve, a la vez, la causa principal de que persista su miseria. Otra variante del mismo argumento es la que introduce el problema de la educación: la mayor parte de los desocupados, se nos dice, carecen de instrucción o sólo la han adquirido a niveles elementales. De esta correlación se pasa a una explicación causal, y el bajo nivel educativo se convierte en la principal razón de ser del desempleo el que, a su vez, resulta el causante de aquél.

Como en tratándose de ciertos fenómenos demográficos, no cabe duda que tales hechos están presentes; pero tampoco parecen ser los determinantes del desempleo. En todo caso podría aducirse que son algunas de sus consecuencias, aunque esta explicación sería también parcial e inadecuada. En efecto ¿a qué atribuir el desempleo y el subempleo de

miles de jornaleros del campo, que independientemente de su bajo nivel cultural o educativo conocen su oficio y lo realizan con eficiencia, o cómo explicar el de millares de trabajadores urbanos mediana y aun altamente calificados e incluso de no pocos profesionistas, que después de haber pasado largos años en universidades y centros de educación superior se ven obligados a abandonar sus especialidades o sólo las practican en trabajos esporádicos y mal remunerados?, ¿A qué obedece, entonces, que en un país capaz en principio de absorber rápidamente el potencial de mano de obra, vastos sectores de la población queden siempre rezagados y no lleguen siquiera a adquirir la modesta instrucción que ofrecen las escuelas secundarias y vocacionales? ¿Se trata, acaso, de que millones de hombres y mujeres son simplemente incapaces para trabajar, o es que hay determinados hechos socioeconómicos que crean tal estado de cosas y aun cierran a buena parte de la población las puertas del mercado de trabajo? ¿Cómo explicar, en fin, que mientras el proceso productivo crea una demanda cada vez mayor de ciertas ocupaciones mediana y altamente calificadas, una alta proporción de la fuerza de trabajo carezca de preparación o incluso no pueda adquirirla en las presentes condiciones?

Una versión que se repite frecuentemente en México, sostiene, de manera simplista, que el desempleo que padecemos es el fruto natural de la ausencia de una política de pleno empleo. Carecemos —se dice— de una política que deliberada, global, permanentemente se encargue de encontrar ocupación a quien la busque. No hay metas bien definidas, falta coordinación entre las múltiples medidas que adoptan diversos organismos; falta, asimismo, integrar la política de empleo y la de desarrollo en un solo esfuerzo coherente y bien articulado; se requieren mecanismos eficaces para promover la elevación del nivel de empleo o los que hay no reciben el apoyo necesario; todo lo cual obedece, a su vez, a que no hay planificación ni, por

tanto, objetivos precisos y medios eficaces para alcanzarlos. Todo esto parece razonable y no valdría la pena discutir y menos aún especular acerca de si están o no presentes todas y cada una de tales limitaciones y fallas. Entre las muchas cosas que nos faltan una de ellas es, efectivamente, la planificación. Pero explicar las causas de un fenómeno cualquiera no a consecuencia de lo que se hace y en general de la forma en que se desenvuelve la realidad, sino más bien de lo que deja de hacerse, de lo que falta, de la ausencia de situaciones que, de estar presentes, cambiarían supuestamente las cosas, en el mejor de los casos nos deja donde mismo y no nos permite avanzar un solo paso en el intento de saber a qué obedece el desempleo. Sugerir que si viviéramos en una economía planificada no padeceríamos la desocupación que padecemos, puede ser todo lo sugerente que se quiera y aun constituir un justo reclamo en favor del socialismo, pero conduce a evadir el problema que trata de explicarse e incluso lleva a un razonamiento tautológico, que perogrullescamente pretende en realidad convencernos de que si no hubiera desempleo... no habría desempleo. Y esto al margen de otra falla no menos grave consistente en que, quienes atribuyen la desocupación a la ausencia de una política adecuada se colocan en la cómoda posición de dar por supuesta, primero la viabilidad de tal política y luego su eficacia incuestionable para lograr el racional aprovechamiento de la fuerza de trabajo.

La explicación del desempleo parece más bien encontrarse en el proceso económico y las fuerzas que lo condicionan, de ahí la conveniencia de recordar algunas de las tesis que más a menudo se esgrimen entre quienes parecen empeñados en trazar, al menos en el papel, una nueva estrategia del desarrollo capitalista en México, y, con posiciones muy similares, de hecho en toda América Latina.

Sin pretender que en tales posiciones haya un acuerdo absoluto podría decirse que, en general, los aspectos que

más parecen destacar en el caso de México entre los determinantes del desempleo, son los siguientes:

- 1) El hecho de que el proceso de desarrollo ha perdido impulso por haberse prácticamente agotado la fase más sencilla de la sustitución de importaciones, que suponía producir principalmente bienes de consumo;
- 2) El lento crecimiento del sector agrícola —incluso considerablemente inferior al de la población— y el descenso, en particular, de la tasa de incremento de las exportaciones agropecuarias;
- 3) La insuficiencia de las exportaciones, las que en años recientes quedaron, en general, a la zaga de las importaciones, lo que determinó un fuerte aumento en el saldo desfavorable de la balanza comercial, que a diferencia de lo ocurrido en etapas previas no pudo ser compensado por el turismo y otras fuentes de divisas, lo que trajo consigo un creciente déficit en la cuenta corriente y, en última instancia, un endeudamiento cada vez mayor con el exterior;
- 4) El debilitamiento del sector público frente al privado y la insuficiente capacidad financiera del mismo para elevar el nivel del gasto y la inversión, debido a la incapacidad del sistema fiscal para proveerlo de recursos no inflacionarios y a la inadecuada política de precios de los bienes y servicios producidos por las empresas estatales;
- 5) El mantenimiento de una política industrial ya inaceptable, que fundamentalmente se ha caracterizado por una excesiva protección arancelaria, generosos subsidios, costosas obras de infraestructura, traslado de buena parte del excedente agrícola, a precios favorables a la industria; facilidades de financiamiento y mantenimiento de un

tipo de cambio sobrevaluado, que en la práctica ha sido un constante estímulo a la importación de productos intermedios y bienes de capital. Todo lo cual, sin embargo, ha determinado a la vez bajos niveles de eficiencia, costos y precios altos, debilitamiento de la posición competitiva de la industria mexicana en el mercado interno y frente a la de otros países, con el consiguiente impacto desfavorable sobre la balanza de pagos;

- 6) Tendencia bien definida a optar por, e incluso a favorecer, en casi todas las actividades económicas, variantes de inversión y selección de técnicas de alta intensidad de capital, que deprimen la demanda de mano de obra y contribuyen a agravar el problema del desempleo.¹²
- 7) En fin, adopción de una política “desarrollista”, que en cierto modo ha caído en el fetichismo del crecimiento por el crecimiento mismo, no ha logrado distribuir equitativamente el ingreso y ha contribuido a estrechar el mercado interno.¹³

¹² “...la asignación de recursos en el país se ha visto distorsionada en favor del capital, del recurso más escaso en la producción nacional.” La política del Estado ha hecho que “el precio de mercado de la maquinaria y equipo sea más bajo que el que determina su escasez real, su costo social.” *Primer Seminario del PRI sobre los problemas del empleo*, ya mencionado, pp. 13 y 14.

En el mismo sentido, en otra publicación oficial se señala: “Todos los principales instrumentos de la política de fomento del desarrollo se orientaron a abaratar el costo del capital y elevar su tasa de crecimiento, en contra del empleo...” *El problema ocupacional en México*, p. 120.

“...la industria, como el resto de las actividades del país, ha perdido capacidad de generar empleos, como resultado del uso de técnicas de producción importadas de países desarrollados donde el factor escaso es la mano de obra.” *Lineamientos para el programa de desarrollo económico y social, 1974-1980*, p. 34.

¹³ Opiniones como las anteriores se encuentran en numerosas publicaciones nacionales y extranjeras aparecidas en años recientes.

Si tales son las causas principales del desempleo, es lógico que se proponga una política de desarrollo que las ataque directa y resueltamente. Y tal política es, se nos recuerda a menudo, precisamente la seguida por el gobierno del presidente Echeverría a partir de 1970, y la que con base en ella se proyecta, en los propios círculos gubernamentales, poner en marcha a partir de ahora. Veamos cuáles son sus metas y medios de acción más importantes en lo que hace al problema del desempleo.

Lo primero que se advierte es que a partir del reconocimiento de que el derecho al trabajo es esencial y merece, por tanto, la mayor protección, el objetivo del empleo se convierte en el centro de la “nueva estrategia” del desarrollo. Pero lo que no deja de ser revelador y aun desconcertante es que, tras de atribuirse el más alto rango social y humano a ese derecho, que en principio debiera garantizarse con nada menos que el pleno empleo, el Partido Revolucionario Institucional y el gobierno se limiten, modestamente —acaso por lo tenaz que hasta ahora ha sido la desocupación—, a postular una política que se conforma con el “máximo empleo”.

En efecto, cuando el PRI repite la divisa: “Ni hombres sin trabajo ni capitales sin empleo”, ésta no debiera tomarse literalmente como la expresión formal de una política de

Se advierten, por ejemplo, en los Seminarios del PRI sobre el problema del empleo, en múltiples documentos y estudios de la CEPAL y en menor escala, aunque también, de la OEA; en varios trabajos de Raúl Prebisch; en la colección de ensayos dominada “¿Crecimiento o desarrollo económico?” dirigida por Miguel S. Wionczek y publicada por la Secretaría de Educación Pública de México, en 1971; en los estudios económicos recogidos en el primer volumen de *El perfil de México* en 1980, México, 1970; en el estudio mencionado en este texto, sobre *El problema ocupacional en México*, en los documentos correspondientes a las resoluciones de la VII Asamblea Nacional del Partido Revolucionario Institucional, celebrada en octubre de 1973, en muchos documentos e informes, así como en frecuentes artículos en la prensa diaria y en revistas y boletines ligados a agrupaciones de empresarios privados.

ocupación, pues desde una posición que podría calificarse de neokeynesiana, en su recién revisada Declaración de Principios, el partido postula: "Somos partidarios de una política de máximo empleo..." El pleno empleo —explica su presidente, licenciado Jesús Reyes Heróles— no es viable debido al subempleo." "Con un nivel máximo y estable de ocupación —agrega— se puede acelerar el crecimiento del mercado, la formación de capital, la sustitución de importaciones y el aumento de exportaciones." Y tras delimitar el alcance de la política oficial el funcionario reitera el slogan de su partido: "Ni hombres sin trabajo ni capitales sin empleo."¹⁴

Si bien la política de máximo empleo no entusiasma a los empresarios privados —quizá porque temen que los prive de las ventajas que para ellos derivan de un desempleo masivo y más o menos crónico—, el PRI reitera sus consignas de "trabajo para todos" y afirma que: "Para el logro de esta meta, el partido sostiene la necesidad de que entre las funciones sociales del derecho de propiedad se incluya el derecho al trabajo." "Que el derecho de propiedad no estorbe el derecho al trabajo. Debe establecerse, como una modalidad impuesta por el interés público a la propiedad privada, su subordinación al derecho al trabajo."¹⁵

Aunque hasta ahora tal derecho no se ha incorporado formalmente al régimen constitucional ni se ha establecido el mecanismo jurídico a través del cual deberá subordinarse el derecho de propiedad al del trabajo, tal es el marco conceptual, todavía fundamentalmente declarativo y en buena medida demagógico, en que el gobierno ha ubicado su política de empleo.

Para alcanzar en la práctica la meta del "máximo em-

¹⁴ *Primer Seminario Sobre Problemas del Empleo en México.* Partido Revolucionario Institucional. México, octubre de 1972, p. 6.

¹⁵ Declaración de Principios aprobada en la VII Asamblea Nacional del PRI, México, octubre de 1972.

pleo", que por ahora se hace corresponder, como ya vimos en páginas previas, a un crecimiento del nivel de ocupación del 3.4% al año en el próximo sexenio, será menester poner en marcha un vasto programa económico en el que se entrelazarán los siguientes objetivos y medios de acción:

- Lograr una tasa de crecimiento anual de 8% del producto interno bruto, en vez de la de 6-7% conseguida en los últimos años, lo que supone que el producto agrícola deberá crecer mucho más de prisa que hasta ahora: de inmediato el 4.8% y en la segunda mitad del sexenio a razón de 5% al año, y que la industria sostendrá una tasa de crecimiento de 10%, en términos reales, que fundamentalmente habrá de apoyarse en un aumento sustancial de las exportaciones de manufacturas;
- Para obtener tales tasas de crecimiento, la formación bruta de capital absorberá, a su vez, entre el 24% y el 25% del producto interno bruto. El aumento desde el nivel actual de 18-20% lo cubrirá la inversión pública, toda vez que la privada no crecerá en términos relativos:
- El fuerte aumento de la inversión pública —de aproximadamente un tercio a dos quintas partes de la inversión total, o sea de poco más del 6% a alrededor del 9.5% del producto interno bruto— se logrará a partir de un rápido crecimiento del gasto público —10% al año en términos reales— y una elevación aún más acelerada de los ingresos del gobierno, que haga posible el aumento del ahorro público, pues el endeudamiento total, interno y externo, debiera incluso reducirse y no exceder, en el próximo sexenio, de 3.5% del producto interno bruto. Lo que en otras palabras significa que para financiar por vías no inflacionarias el creciente gasto público, sin afectar desfavorablemente el ahorro y la inversión privada,

sería preciso aumentar los ingresos fiscales y reducir, en general, los gastos suntuarios. (Esto al margen de que el nivel general de los precios no se elevaría en más de 6% al año);

- Para estimular el crecimiento de la demanda global y contar con las divisas que reclama el proceso de sustitución de importaciones y, en general, el desarrollo industrial y económico del país, se considera que sería necesario, entre otras cosas: a) lograr que las exportaciones crezcan a razón de 15% al año, a precios corrientes, lo que se estima viable si las exportaciones de manufacturas aumentan, a su vez, a una tasa cercana al 20% al año, y las de productos agrícolas y minerales se elevan también sustancialmente; b) hacer crecer al ritmo de 21% al año los ingresos provenientes de las empresas maquiladoras extranjeras que operan en la frontera norte y otras regiones; c) conseguir que los ingresos del turismo del exterior aumenten entre 18% y 20%, y d) desalentar y aun gravar las importaciones de ciertos tipos de maquinaria y equipo a fin de estimular el empleo de más mano de obra. De lograrse lo anterior, el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos no debiera, en ningún caso, exceder de 1 000 millones de dólares;

- En fin, junto a medidas de las que se ha venido hablando desde hace años, como la necesidad de descentralizar la actividad económica, reorientar el crédito público y privado, revisar y modificar la política de precios de las empresas estatales con objeto de sanear su economía, reestructurar los aranceles en vigor y reducir y hacer más selectiva la protección a la industria, intensificar la ayuda al campo y en particular a la "agricultura de subsistencia", combatir la evasión fiscal y reorganizar

la administración pública, y llevar adelante la reforma educativa, el PRI, en particular, ha anunciado que "...luchará por crear una conciencia social que condene el dispendio y haga comprender que la austeridad de los pocos puede ayudar a liberar a los muchos de la miseria."

Y en lo que hace, específicamente, a la necesidad de combatir el desempleo, el propio Partido oficial propone, en su Programa de Acción:

"Que la política de inversión del sector público apoye en mayor medida la realización de aquellas obras públicas que contribuyan directamente a crear más empleo a trabajadores permanentes o temporales, mediante la participación colectiva y el trabajo en equipo de campesinos y desempleados.

"Que se ocupe la mano de obra desempleada o subempleada en trabajos de infraestructura que se realicen en el campo o en las ciudades. . . Caminos de mano de obra, brechas, presas, bordos, jagüeyes, bodegas, escuelas, obras de electrificación, viviendas urbanas y rurales, pueden y deben tener un alto consumo de mano de obra y realizarse aprovechando el tiempo libre en el campo. . .¹⁶

¿Cuáles son las posibilidades de que, con base en tal política, se logre eliminar o al menos reducir apreciable-

¹⁶ En otros documentos se afirma que "se recurrirá a instrumentos para intensificar, con la selectividad necesaria, el uso de métodos de producción que elevan la demanda de mano de obra en cada uno de los sectores productivos y muy especialmente en la agricultura, la construcción, los servicios y ciertas ramas manufactureras. Se pretende combinar programas directos de promoción con medidas que incidan indirectamente tanto sobre la formación de los costos y los precios relativos de los factores, como sobre la localización geográfica de las inversiones. Se procurará acrecentar deliberadamente los multiplicadores de empleo por unidad de demanda final. . ." *Lineamientos para el Programa de Desarrollo Económico y Social*, 1974-80..., p. 18.

mente el desempleo y el subempleo? ¿Qué se ha conseguido, concretamente, a partir de 1970, y hasta dónde podría decirse que el problema es hoy menos grave que entonces? Con los elementos reunidos hasta aquí sería posible intentar una evaluación crítica de la forma y condiciones en que la política de empleo se ha llevado a la práctica, hasta ahora, en nuestro país; pero proceder así supondría aceptar que las causas fundamentales del desempleo son, en efecto, las señaladas en la estrategia oficial, así como limitar nuestro examen a un simple cotejo entre las metas que se postulan como centrales y la medida en que se están o no alcanzando, en realidad, tales objetivos. O en otras palabras, dentro de tal perspectiva sólo podríamos sugerir ciertos factores no considerados o proponer medidas complementarias que, en todo caso, no modificarían el cuadro ya esbozado en cuanto a problemas básicos y a los medios con que se les pretende resolver. Pero como el fenómeno del desempleo debiera examinarse de otra manera e incluso en un marco teórico diferente, antes de considerar las posibilidades que parece ofrecer la política de referencia conviene revisar, así sea en forma breve, las explicaciones teóricas de que históricamente ha sido objeto el desempleo, pues ello nos ayudará a determinar las causas fundamentales del mismo y nos permitirá apreciar mejor si la política con la que intenta combatírsele es o no la más adecuada.

*En busca de una explicación
teórica del desempleo:*

De los clásicos a los "neo-neoclásicos"

El fenómeno del desempleo no fue, en un sentido estricto, estudiado por los economistas clásicos, porque implicaba un tipo de desajuste o desequilibrio que según su esquema teórico no podía producirse o solamente podía aparecer en situaciones excepcionales, de corta duración y sin llegar a manifestarse como un problema de sobrepro-

ducción general. Como es sabido, el mecanismo de la competencia se encargaba en dicho esquema de hacer funcionar racionalmente a un mercado que, a través del sistema de precios, mantenía generalmente en equilibrio a la oferta y la demanda gracias a la libre movilidad de los recursos productivos y a una creciente división del trabajo, que por un lado determinaba la necesidad de un continuo intercambio de productos, y por el otro, al amparo de un régimen de *laissez-faire laissez-passer* hacía posible la mejor asignación del potencial productivo y, como solía decirse entonces, concretamente que cada quien tuviera "su talento bien empleado."¹⁷

La Ley de Say, que en rigor debió haberse conocido como Ley de Mill, pues fue éste quien primero la enunció en Inglaterra, postulaba:

"La producción de mercancías es la causa universal y única que crea un mercado para las mercancías producidas. El poder de compra de una nación se mide exactamente por su producción anual. Cuanto más se aumenta la producción anual, más se amplía, por ese mismo hecho, el mercado nacional... La demanda de una nación siempre es igual a la producción de esa nación."¹⁸

O, en las palabras de Say:

"Tan pronto como se produce un artículo, se abre un mercado para otros con una amplitud igual al propio valor de aquél. De ese modo la mera circunstancia de la producción de un artículo abre inmediatamente una salida para otros productos."¹⁹

¹⁷ Véase, John Strachey, *Contemporary Capitalism*, New York, 1956, p. 43.

¹⁸ James Mill, *Commerce Defended*, Londres, 1808. Cit. por Maurice Dobb, en *Economía Política y Capitalismo*, México, 1945, p. 48.

¹⁹ *Ibid.* p. 48.

Inclusive Ricardo, cuya penetración analítica le permitió reparar en más de un aspecto fundamental del funcionamiento del proceso económico, en su teoría del mercado aceptó esencialmente la llamada Ley de Say y sólo admitió la posibilidad de sobreproducción parcial.

“Nadie produce —decía en un bien conocido pasaje de sus *Principios*—, como no sea para consumir o vender lo producido, y nadie vende, como no sea con el propósito de adquirir otra mercancía que pueda serle inmediatamente útil o contribuir a la futura producción. Al producir, el producto se convierte, por tanto, necesariamente, en el consumidor de sus propios productos o en comprador y consumidor de los productos de otro... no es probable, por tanto, que se dedique a producir continuamente una mercancía para la que no existe demanda.”²⁰

El hecho de que algunos economistas postriricardianos reconocieran la posibilidad y aun el peligro de una eventual sobreproducción de capital, pero no de mercancías —sin advertir que en una economía capitalista una y otra eran en rigor la misma cosa—, y el que John Stuart Mill, en particular —aun cuando aceptando también la Ley de Say—,²¹ advirtiera que al desdoblarse el intercambio de las mercancías en compras y ventas podía producirse una crisis, no fueron suficientes para explicar adecuadamente el des-

²⁰ Cit. por Carlos Marx, *Historia Crítica de las teorías de la plusvalía*. Tomo II, pp. 493-94.

²¹ “Los medios de que dispone una persona para pagar las producciones de otras consisten en aquellas que él mismo posee. Todos los vendedores son de manera inevitable y *ex vi termini* compradores. Si pudiéramos duplicar de pronto las fuerzas productivas de un país, duplicaríamos la oferta de mercancías en todos los mercados; pero al mismo tiempo duplicaríamos la capacidad para comprar...” John Stuart Mill, *Principios de Economía Política*, Libro III, Cap. XIV, p. 484-85, México, 1951.

empleo, como tampoco lo serían las posiciones que, en cierto modo desde un ángulo opuesto adoptarían Malthus y Sismondi, el primero al advertir que la reducción del consumo podría afectar el proceso de acumulación y aun provocar una sobreproducción general, y el segundo al pensar que la sobreproducción sería, inclusive, inevitable.

La corriente teórica que a partir de Jevons y la Escuela Austriaca se desenvuelve en el cuerpo doctrinal que culmina en la economía neoclásica, no aporta nada fundamental para el estudio del desempleo. Antes al contrario, implica un sensible retroceso y un creciente divorcio de la teoría y la realidad, que trae consigo que los problemas socio-económicos más importantes queden al margen del radio de preocupaciones de los economistas burgueses, como meras variables “exógenas”. Los neoclásicos abandonan el estudio de la problemática del desarrollo así como el intento de construir una teoría de la distribución ligada estrechamente al funcionamiento del proceso productivo, y desplazan su interés hacia un mercado casi siempre perfecto y entendido como un mero mecanismo de cambio, a través del cual los precios mantienen al sistema en equilibrio. De los problemas reales del desarrollo pasan a especular sobre las complicaciones artificiales del equilibrio estático —que supone el pleno empleo— y del intento de explicar en planos macroeconómicos, y a partir de una teoría objetiva del valor-trabajo las leyes de la producción y la distribución, caen en una economía a la que esencialmente interesan las “abstinencias” y “esperas” de los capitalistas y que, preocupada ahora especialmente por los deseos, caprichos, “placeres” y “penas” de los consumidores y su grado subjetivo de satisfacción, se manejará tan sólo con una teoría en gran parte psicológica de la utilidad —y las desutilidades marginales— y con una noción del capital que apologeticamente convierta a éste, de excedente producido por el trabajo, en fruto del sacrificio y la productividad de los capitalistas.

Es tal el divorcio entre dichas posiciones y la realidad

que las rodea, que, en vísperas del colapso de 1929, mientras algunos economistas niegan el peligro de crisis y sólo ven estabilidad y progreso en su bola de cristal, otros, como el profesor Pigou —incluso en el momento más dramático de la depresión— escriben sobre el desempleo como si se tratara de un accidente pasajero y sin importancia, que seguramente podría resolverse tan pronto volvieran los salarios a su nivel “normal”.

Refiriéndose precisamente a su obra, Keynes comenta que:

“El profesor Pigou concluye que la desocupación se debe primordialmente a una política de salarios que no se ajusta lo bastante por sí misma a los cambios en la función de demanda real de mano de obra.”²²

Lo que en palabras más llanas significa que, para tal autor, y en general para los economistas neoclásicos de su época, la causa del desempleo es, generalmente, el mantenimiento de un alto nivel de salarios, y el remedio, en consecuencia, la baja de los mismos.

Cuando, en 1936, Keynes publica su *Teoría General*, es imposible negar la “desocupación involuntaria”. La crisis

²² Y tras subrayar que Pigou sustenta precariamente la ocupación plena en el constante ajuste de la tasa de interés y la eficacia marginal del capital, sin tomar en cuenta en absoluto las variaciones del nivel de inversión debidas a cambios en la tasa de interés o en el “estado de confianza”, añade: “El Título *Theory of Unemployment* es, por tanto, algo impropio. Su libro no se ocupa en realidad de este tema. Es un estudio de cuánta ocupación habrá, dada la función de oferta de mano de obra, cuando se satisfacen las condiciones de la ocupación completa... (P)odemos considerar este libro como una investigación no causal de las relaciones funcionales determinantes del nivel de salarios reales que corresponderá a cualquier volumen dado de ocupación. Pero no es capaz de ilustrarnos sobre lo que determina el nivel de ésta; y no tiene relación directa con el problema de la desocupación involuntaria.” J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México, 1943, apéndice al capítulo 19, pp. 267 y 264.

sin precedente de 1929; la aguda depresión de los años 30-34; los millones de hombres y mujeres sin trabajo en todas partes, las miles de fábricas cerradas y la destrucción criminal de múltiples mercancías que resulta imposible vender con alguna ganancia, hacen añicos el microanálisis económico tradicional y la ideología burguesa en que se sustenta. Los economistas académicos no se atreven ya a negar los graves hechos que, por lo demás, denuncian los trabajadores y reconocen los gobiernos y los empresarios. Y ante el peligro de que el descontento de las masas se convierta en una lucha social y política que amenace la existencia misma del sistema, Keynes irrumpe con una nueva teoría sobre el desempleo llamada a tener enorme importancia práctica, entre otras cosas porque legitima y racionaliza lo que, precisamente entonces, hacían los principales gobiernos capitalistas, y porque ofrece una salida que, lejos de reclamar un cambio estructural, se limita a proponer unas cuantas reformas que si bien de momento provocan fricciones y aun ciertos desacuerdos, a la postre beneficiarán grandemente a los capitalistas.

Comparando la situación de la economía de entonces a la de los inicios de la geometría no euclidiana al rechazar el axioma de las paralelas, Keynes abandona varios de los supuestos de lo que él llama "economía clásica" y admite que la desocupación involuntaria, sí es posible.²³ Lo excepcional para él es la ocupación plena, pues ésta sólo se da en condiciones especiales y no como la forma normal de funcionamiento del sistema.²⁴ Lo más característico de éste

²³ "...necesitamos —dice— desechar el segundo postulado de la economía clásica y elaborar la teoría del comportamiento de un sistema en el cual sea posible la desocupación involuntaria, en sentido estricto." *Ibid.* p. 29.

²⁴ "La demanda efectiva que trae consigo la ocupación completa es un caso especial que sólo se realiza cuando la propensión a consumir y el incentivo para invertir se encuentra en una relación mutua particular...; es, en cierto sentido, una relación óptima..." *Ibid.*, p. 39.

es un tipo de inestabilidad “no violenta”, que se expresa en el mantenimiento de “condiciones crónicas de actividad subnormal durante periodos considerables, sin tendencia marcada a la recuperación o el derrumbamiento.”²⁵ ¿A qué obedece tal situación de subequilibrio crónico? A la forma en que operan ciertas variables claves. Veamos:

Keynes considera que el volumen de ocupación y el monto del ingreso son dos variables dependientes que resultan, a su vez, de tres independientes, a saber: la propensión a consumir, la eficacia marginal del capital y la tasa de interés. Admite que sobre estas últimas pueden influir —aunque no determinarlas— ciertos factores como el capital disponible y otros (el estado de la técnica, la magnitud de la fuerza de trabajo, la competencia, la estructura social, la medida en que éstos y otros hechos afecten el reparto del ingreso, etc.), no obstante lo cual los da por supuestos y en tal virtud no los introduce en su teoría del empleo. En cambio, dada la mayor influencia que sobre aquéllos ejercen ciertos “factores psicológicos”: (“la propensión psicológica a consumir, la actitud psicológica respecto a la liquidez y la esperanza psicológica de rendimiento futuro de los bienes de capital”), “la unidad de salarios” y la “cantidad de dinero”, puede decirse que, en rigor, estas son las “variables independientes finales.”²⁶

¿Cómo se determina el volumen de empleo y, en su caso, a qué obedece el desempleo? Mediante la combinación de la propensión a consumir y el coeficiente de inversión. Si éstos mantienen una relación adecuada —aquellos que tiendan a igualar la eficacia marginal del capital y la tasa de interés—, habrá suficiente demanda efectiva y, por tanto, un alto nivel de empleo. Si no es así, “el volumen real de ocupación se reducirá hasta quedar por debajo de la oferta

²⁵ *Ibidem*, p. 239.

²⁶ *Ibidem*, p. 236.

de mano de obra potencialmente disponible al salario real existente...²⁷

Al aumentar la inversión debiera hacerlo, también, el consumo, aunque éste a un ritmo más lento que el ingreso en su conjunto. La proporción en que crezca el consumo dependerá de la propensión marginal a consumir, en tanto que la del ingreso será resultado del multiplicador de inversión. Al aumentar la ocupación tenderá, asimismo, a hacerlo la preferencia por la liquidez, debido a una creciente demanda de dinero determinada por el mayor valor del producto que acompaña a un más alto nivel de empleo, aun si los precios y salarios permanecen invariables; estos últimos, sin embargo, tenderán a elevarse a medida que aumente el empleo y el incremento en la producción “irá acompañado por un alza de precios...”²⁸

En consecuencia, la estabilidad del sistema económico, o sea el nivel de ocupación en que se equilibren el precio de la oferta y la demanda globales, dependerá, dada cierta propensión a consumir de la comunidad —que según Keynes se rige por una característica psicológica propia de la naturaleza humana—, de la magnitud de la inversión y, por ende, del incentivo para invertir que a su vez resulte de la relación entre la eficacia marginal del capital y las tasas de interés a corto y largo plazo.²⁹

Keynes considera que, en la operación práctica del sistema, será posible mantener la estabilidad “alrededor de una posición intermedia, apreciablemente por debajo de la

²⁷ *Ibidem*, pp. 41 y 237.

²⁸ *Ibidem*, pp. 238.

²⁹ Si bien podría pensarse que al aludir a estas últimas Keynes sustrae su explicación del plano de las variables psicológicas, al hablar de la tasa de interés declara expresamente que “es evidente... que... es un fenómeno altamente psicológico...”; aunque unas líneas más adelante agrega: “Quizá fuera más exacto decir que la tasa de interés es un fenómeno muy convencional, más que muy psicológico...” *Ibidem*, pp. 196 y 197.

ocupación completa y por encima del mínimo”,³⁰ debido fundamentalmente a que el multiplicador no sea muy elevado, a que no ocurran cambios bruscos en la tasa de inversión ni grandes alteraciones en los salarios y a que, aun si la tasa de inversión sube o baja “más allá de cierto límite”, el solo transcurso del tiempo ajuste la eficiencia marginal al nivel que permita frenar o estimular aquélla.

A primera vista, o si sólo se repara en ciertas expresiones usadas por el autor, acaso con la idea de sugerir una ruptura fundamental con los “clásicos”, la teoría keynesiana del empleo parecería, en efecto, no tener relación con las posiciones tradicionales. Empero, en aspectos importantes es indudable que Keynes se aleja mucho más de los verdaderos clásicos que de los neoclásicos. Con éstos conserva lazos muy estrechos que no dejan de ser reveladores, como su concepto mismo de la ocupación plena y su explicación acerca de la forma en que se ajustan la demanda y la oferta de trabajo.³¹ Y algo similar podría decirse sobre su desdén hacia la teoría objetiva del valor, su tendencia a explicar aspectos fundamentales del proceso económico a través de reacciones psicológicas y, acaso sobre todo, su posición sobre el capital, la ganancia y el papel de los salarios en una política de “pleno empleo”. Respecto al capital, en particular, aunque a primera vista podría parecer que al reiterar que es la inversión la que determina —a través de los cambios en el monto del ingreso— el ahorro y no éste a aquélla, y poner en duda las supuestas ventajas de la abstinencia de los capitalistas, abandona la apologética neoclásica

³⁰ *Ibidem*, p. 243.

³¹ “Tenemos ocupación completa —aclara— cuando la producción ha subido a un nivel tal que el rendimiento marginal de una unidad representativa de los factores de la producción ha bajado a la cifra mínima con la cual hay disponible una cantidad suficiente de factores para lograr esta producción.” Y en otro pasaje, escribe: “...el volumen de ocupación se fija donde la utilidad marginal del producto equilibra la desutilidad de la ocupación marginal.” *Ibidem*, pp. 290-91 y 20.

tradicional de la “productividad” del capital, lo cierto es que al no rebasar el marco de la teoría subjetiva del valor, lo que hace en cierto modo es simplemente sustituir la “espera” marshaliana por la “escasez” del capital como fuente de valor y, por tanto, de legítimos beneficios para el capitalista.³²

En cuanto a los salarios, si bien Keynes objeta la reducción del salario nominal como un expediente para estimular la ocupación, la verdad es que nunca estuvo en contra del descenso de los salarios reales. Antes al contrario, pensaba que una baja de aquéllos podría incluso traer consigo un alza del salario real, y, en consecuencia, resultar contraproducente; de ahí que él prefiera conseguir su objetivo por vías más sutiles, impersonales y eficaces como la inflación.³³

En resumen, Keynes atribuye el desempleo a una “demanda efectiva insuficiente”³⁴ que resulta, como hemos visto, de la forma en que se combinan, en un momento dado, la propensión a consumir y la tasa de inversión, y a la tendencia a reducir la “eficiencia marginal del capital” a consecuencia de la elevación del tipo de interés, en que se expresa la “preferencia por la liquidez”. O en otras palabras; los responsables son unas veces los “rentistas” que cobran demasiado por su dinero, y otras los trabajadores, que pretenden salarios reales excesivos.

¿El antídoto? Comprender que el problema no es el capitalismo sino los extremos individualistas propios del

³² Keynes alude al “...poder de opresión acumulativo del capitalista para explotar el valor de la *escasez* del capital.” (Subrayado nuestro) *Ibidem*, p. 360.

³³ “De hecho, —decía— un movimiento de parte de los patrones para revisar los contratos sobre salarios monetarios con el fin de rebajarlos, encontrará una resistencia mucho mayor que un descenso gradual y automático de los salarios reales como resultado del alza de los precios.” *Ibidem*, pp. 253-54.

³⁴ Lo que, como dice el economista Y. Varga “...es completamente cierto, pero no explica el desempleo.” *Politic-Economic Problems of Capitalism*, Moscú, 1968, p. 312.

laissez-faire, o en todo caso "...el aspecto rentista del capitalismo como una fase transitoria que desaparecerá tan pronto haya cumplido su destino..."³⁵ Lo que quiere decir que, conforme a la terapéutica keynesiana, todo lo que se requiere es una acción sistemática de parte del Estado, destinada a mantener un alto nivel de "demanda efectiva" a través de una política deficitaria de gasto público, bajas tasas de interés y un constante estímulo al consumo improductivo. "No es la propiedad de los medios de producción —afirma expresamente el autor— la que conviene al Estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde."³⁶

"Si damos por sentado el volumen de la producción... —añade— no hay objeción que oponer (a la doctrina) de que el interés personal determinará lo que se produce, en qué proporciones se combinarán los factores con tal fin y cómo se distribuirá entre ellos el producto final."

"...De una manera concreta, no veo razón para suponer que el sistema existente emplee mal los factores de producción que se utilizan."³⁷

Keynes no oculta su mayor preocupación. Como economista inglés le inquieta, especialmente, la perspectiva de desarrollo de su país, el que, según él, "no necesitará de un movimiento revolucionario" para resolver sus problemas."³⁸ En lo que el autor, obviamente, no repara, es en que al proponer como principal remedio el gasto improductivo para curar el desempleo y otros graves males del capitalismo, si

³⁵ *Ibidem*, p. 361.

³⁶ *Ibidem*, p. 362.

³⁷ *Ibidem*, p. 363.

³⁸ *Ibidem*, p. 361.

bien ciertos pueblos como el inglés o el norteamericano aceptarán la “prosperidad” al alto precio a que el capitalismo monopolista se las entrega, otros, como los de China e Indochina, tomarán, precisamente, el camino de la revolución.

¿Ciencia pura o pura ideología?

Después de la cruzada keynesiana contra la Ley de Say nadie volvió a postular en los círculos académicos que la oferta creara, necesariamente, su propia demanda, y aun el ortodoxo y en un primer momento hostil a las formulaciones revisionistas, profesor Pigou, acabó en cierto modo pasándose al bando de Keynes y reconociendo que sus críticas iniciales a la *Teoría General* habían sido excesivas.³⁹

A partir del esquema teórico keynesiano era razonable suponer que si por cualquier motivo la inversión no lograba mantenerse al nivel necesario para asegurar un volumen suficiente de demanda efectiva reaparecería el peligro de desempleo. Y en las nada propicias condiciones de los años treinta era comprensible que ciertos economistas, como Alvin Hansen, desembocaran en una teoría del estancamiento o del desempleo “estructural” o “secular”, que en su opinión debía producirse a consecuencia del menor crecimiento de la población y la imposibilidad de abrir nuevos territorios en un momento en el que, simultáneamente, el volumen del ahorro aumentaba y los avances técnicos determinaban una menor absorción de capital en algunos procesos productivos.⁴⁰ Schumpeter, por su parte, desde una perspectiva analítica diferente, incluso unos años antes haría notar, en el mismo sentido, que “el defectuoso funcionamiento del mer-

³⁹ Véase: *Keynes' General Theory*, A Retrospective View.

⁴⁰ Véase al respecto: A. H. Hansen, *Full Recovery or Stagnation?* Nueva York, 1938.

cado podría traer consigo "...independientemente de la evolución del proceso cíclico, recursos no utilizados..."⁴¹ Y en una dirección análoga, aunque en cierto modo bajo la influencia de Rosa Luxemburgo y mucho más cerca del análisis marxista, el profesor Kalecki, quien con anterioridad a la publicación de la *Teoría General* había criticado las posiciones neoclásicas, advirtió que las fases de auge del ciclo serían muy cortas, debido a que un incremento de la tasa de inversión apoyado en buenas expectativas de ganancia, tendería a incrementar el acervo de capital. Al crecer éste la mayor capacidad productiva traería consigo una reducción de la demanda de nuevas inversiones, las que en un momento dado llegarían a ser insuficientes incluso para cubrir el desgaste del capital, culminando todo ello en la depresión y el desempleo, del que sólo se saldría cuando la tasa de ganancia empezara a recuperarse. Kalecki, empero, a diferencia de Keynes comprendió muy bien el porqué de tales altibajos en la actividad económica. "La tragedia de la inversión —decía— consiste en que provoca la crisis porque es útil. Sin duda, muchos consideran esto como algo paradójico. Pero no es la teoría la paradójica sino su objeto, es decir: la economía capitalista."⁴²

Y a diferencia, también, de Hansen, quien pensaba que la tendencia al estancamiento podría corregirse con una política de ocupación plena que los grandes estados capitalistas pusieran en marcha, en un interesante artículo escrito durante la guerra, o sea cuando el problema de la desocupación estaba en cierto modo transitoriamente resuelto, expresaba:

"El supuesto de que el gobierno mantendrá el pleno empleo en una economía capitalista, si solamente sabe

⁴¹ *Business Cycles*, Vol. 1, p. 16.

⁴² *Essays in the Theory of Economic Fluctuations*, Londres, 1939. Cit. por Maurice Dobb en *Theories of Value and Distribution since Adam Smith*, Londres, 1973, p. 222.

cómo hacerlo, es falaz...” “...todo lo que afecte el estado de confianza (de los capitalistas) debe evitarse cuidadosamente porque puede provocar una crisis económica...” “La función social de la doctrina de las ‘finanzas sanas’ hará depender el volumen de empleo del ‘estado de confianza’.”

“Es cierto que las ganancias serían mayores en un régimen de ocupación plena que lo que son en promedio bajo el *laissez-faire*. . . Pero la ‘disciplina en las fábricas’ y la ‘estabilidad política’ son más apreciadas por los dirigentes de los negocios que las ganancias. Su instinto de clase les dice que un empleo pleno prolongado es indeseable desde su punto de vista y que el desempleo es parte integrante del funcionamiento normal del sistema capitalista.”⁴³

Unos años más tarde, desde una perspectiva similar a la de Kalecki, el economista Josef Steindl, acaso también bajo la influencia de Rosa Luxemburgo, destacó el hecho de que si bien la tasa de explotación tiende a elevarse en un régimen dominado por el oligopolio, el problema principal no es producir la plusvalía sino realizarla, y que, dada la tendencia del capitalismo al subconsumo, el problema de realización se iría agravando y expresando en una creciente capacidad ociosa, que a su vez tendería, a partir de un momento dado, a desalentar las nuevas inversiones y a hacer crecer el desempleo,⁴⁴ aunque probablemente el autor no tomó debidamente en cuenta el papel del cambio tecnológico y, en general, de los factores que tienden a contrarrestar la tendencia al estancamiento y a acentuar la inestabilidad.

⁴³ Michal Kalecki, “Political Aspects of Full Employment,” (1943), *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*. Nueva York, 1972.

⁴⁴ Véase: J. Steindl, *Maturity and Stagnation in the American Economy*. Oxford, 1952, Cap. xix.

Mientras ciertos autores subrayaban el peligro de una caída secular de la inversión y la perspectiva de desempleo que podía acompañarlo, otros, más cercanos a las posiciones keynesianas, a partir de una situación teórica de ocupación plena tendieron a elaborar modelos de crecimiento destinados a mostrar el tipo de relaciones que serían necesarias para mantener el equilibrio. Tal fue el caso del inglés Roy Harrod y del norteamericano Evsey Domar, de quienes sólo recordaremos aquí la forma en que, de acuerdo con su análisis, puede perturbarse el equilibrio y surgir, concretamente, el desempleo.

A diferencia de los teóricos del equilibrio estático, para quienes los desajustes en el funcionamiento del sistema son perturbaciones ocasionales y de corto alcance que pronto permiten el restablecimiento automático de la armonía, Harrod considera que el logro de lo que en su ecuación del crecimiento es la *warranted rate of growth* (G_w), o sea la tasa que teóricamente asegura un ritmo de crecimiento económico estable,⁴⁵ no es fácil de mantenerse ya que fuerzas de diferente naturaleza determinan que la tasa real, y concretamente lo que él denomina "tasa natural de crecimiento", se mueva a un nivel superior o inferior al de aquélla. Pues bien, cuando la tasa "natural", o sea la máxima posible de acuerdo con la combinación de población, acumulación de capital y progreso técnico no alcance el nivel de la necesaria para lograr el equilibrio, porque la inversión resulte inferior al ahorro, habrá depresión y desempleo. Y cuando ocurra lo contrario, o sea que la tasa real supere a la de equilibrio, los precios subirán hasta culminar en una inflación generalizada.⁴⁶ Domar, por su parte, tras subrayar que la inversión ejerce el doble papel

⁴⁵ Según John Robinson, dicha tasa es "un concepto metafísico", que no tiene que ver con el logro de la estabilidad en la práctica. Véase: *Economic Heresies*, 1972, p. 11.

⁴⁶ Véase: Roy F. Harrod, *Towards a Dynamic Economics*, Lon-

de generar ingresos y ampliar la capacidad de producción, señala que el equilibrio sólo puede mantenerse en una economía en constante expansión. Pero como la relación producto-capital no cambia fácilmente, el crecimiento tiene que depender de una inversión cada vez mayor, y en caso de no aumentar ésta al ritmo necesario hay declinación y desempleo.⁴⁷ Aunque él admite que la tendencia al desequilibrio está presente y no puede dejar de considerarse, a la manera de Keynes y de Hansen cree que si bien una política económica inadecuada puede llevar a la frustración y el desempleo, una buena política puede a su vez asegurar la constante expansión que requiere el equilibrio.

En una dirección semejante aunque poniendo énfasis en diferentes aspectos del problema, otros destacados economistas han hecho notar en años recientes que el capitalismo no tiende al equilibrio y que este sólo puede resultar de esfuerzos deliberados y a menudo no fáciles de desplegar. en tal sentido. Joan Robinson, por ejemplo, conciente de que "las reglas capitalistas del juego" obstaculizan el logro de lo que ella ha llamado las condiciones de "la edad de oro", sugiere la posibilidad de que ciertas variaciones en el nivel de los salarios reales provoquen cambios en "el espectro tecnológico", que a su vez reduzcan el costo de reproducción del capital y estimulen la inversión.⁴⁸ Y el profesor Kaldor, sin dejar de considerar la influencia de la tasa de ganancia, afirma que son las variaciones de la relación capital-producto, que respectivamente depende de las innovaciones técnicas que elevan la productividad y del au-

dres, 1948-1952, así como M. Dobb, *Theories of Value and Distribution*..., pp. 226-28.

⁴⁷ "...Por lo que atañe al desempleo, —la inversión es al mismo tiempo un remedio para la enfermedad y la causa de males aún mayores en el futuro..." E. D. Domar, *Essays in the Theory of Growth*, Cit. por M. Dobb, *Theories*..., p. 229.

⁴⁸ Véase: Joan Robinson, *The Accumulation of Capital*. Londres, 1956, p. 197, y *The Economic Journal*, Marzo de 1952.

mento del acervo de capital, las que determinan que la inversión tienda a crecer o a rezagarse, aunque según él las dos tasas manejadas en el modelo de Harrod, es decir la teórica (*warranted*) y la máxima real (*natural*), tienden, a largo plazo, a coincidir.⁴⁹

Las críticas de Kalecki, Joan Robinson, Dobb y otros a la teoría neoclásica del capital, de los años cincuenta, culminan en 1960 en el discutido y ya clásico ensayo de Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities*, en el que el concepto del capital como magnitud medible, —desvinculada de la tasa de ganancia y supuestamente productiva—, y la función de producción utilizada en la teoría tradicional de los precios serían objeto de nuevos embates, incluso en los círculos académicos tradicionales.⁵⁰

Sin criticar, expresamente, los planteos marginalistas sobre el valor y la distribución —aunque admitiendo que sus formulaciones estaban destinadas a servir de base para una crítica de los mismos—, Sraffa pone gravemente en entredicho la bien conocida tesis neoclásica, según la cual, los cambios relativos en los precios de los factores —dada cierta función de producción— implican cambios inversos en la selección de técnicas, es decir: un alza relativa de los salarios frente a las utilidades trae consigo un mayor empleo de técnicas que absorben más capital y menos trabajo.

Al examinar el problema de otra manera, viendo en la producción un proceso que recorre etapas sucesivas y se desenvuelve verticalmente en el tiempo, y no una situación estática en la que sólo importen los precios relativos de los insumos corrientes de trabajo y capital que, directa e inmediatamente entren en la producción, el autor planteó la posibilidad, por lo demás perfectamente lógica y realista,

⁴⁹ Véase: N. Kaldor "A Model of Economic Growth", *The Economic Journal*, Londres, diciembre de 1957.

⁵⁰ Véase los interesantes comentarios en torno al ensayo de Sraffa, de Joan Robinson y Maurice Dobb: "Prelude to a Critique

de que al indagar sobre las “proporciones” de trabajo y medios de producción en fases previas podía resultar que “los precios relativos de dos productos se muevan, al bajar los salarios, en la dirección opuesta a la que podríamos haber esperado sobre la base de sus respectivas ‘proporciones’...”⁵¹

La posibilidad de una selección de técnicas diferente y aun inversa a la prevista dogmáticamente en el análisis marginalista —en que la técnica elegida varía directamente con el “factor” de menor precio— planteada al considerarse periodos previos o capas anteriores de la producción con relaciones diferentes de trabajo y capital —lo que ha dado en llamarse *reswitching of techniques*—, volvió imposible *sumar* cada uno de dichos periodos y convertir las combinaciones correspondientes en una cantidad dada de insumos de capital,⁵² y puso de manifiesto la inconsistencia de la teoría neoclásica que supone al capital un “factor” independiente que, combinado con el trabajo, determina la producción, así como de la teoría de la productividad marginal de los factores como base, a su vez, de las ganancias de los capitalistas y los salarios de los trabajadores.⁵³

of Economic Theory” y “The Sraffa System and Critique of the Neo-Classical Theory of Distribution”, en *A Critique of Economic Theory*, Ed. por E. K. Hunt y Jesse G. Schwartz, Londres, 1972.

⁵¹ Sraffa, *ob. cit.*, p. 15.

⁵² En el análisis tradicional, la función de producción “es una *relación física* entre la producción y varios insumos...” Dicha función “...nos dice cuánta producción podemos esperar conseguir...” (si sólo consideramos capital y trabajo) por cada forma de combinación de ambos... Conforme a este análisis el capital es una cantidad que se mide en unidades determinadas, y la combinación óptima de insumos supone, esencialmente, determinar el producto marginal del capital.” Véase: Paul A. Samuelson, *Economics, an Introductory Analysis*, New York, 1948, pp. 519-529.

⁵³ Véase: M. Dobb, *The Sraffa System...*, pp. 209-10. En las palabras del profesor Sraffa “...el rumbo opuesto (‘reversals’) en la dirección del movimiento de los precios relativos (cuando subían los salarios), frente a los mismos métodos de producción, no puede

Como en los clásicos y en Marx, en el análisis de Sraffa el beneficio del capitalista vuelve a ser un residuo, un excedente producido por el trabajo y ya no el fruto de la “escasez” del capital o de la “espera” de los ricos y las propias relaciones de precios —como observa Dobb— vuelven a depender en gran parte de la distribución del ingreso y cambian en tanto cambie la relación salarios-beneficios.⁵⁴

Podría pensarse que tras recibir críticas tan severas como las anteriores, los economistas ortodoxos debieran haberse vuelto más discretos al postular lo que, pese a su frecuente ropaje matemático y a su engañosa apariencia de objetividad, a menudo son trivialidades de escaso o nulo valor científico, carentes casi siempre de contenido, pero cargadas, casi siempre también, de ideología burguesa. Pero como comenta la señora Robinson, los “neo-neoclásicos no se dieron por enterados: siguieron, como de costumbre, trazando funciones de producción en términos de ‘capital’ y trabajo, y diseminando la teoría de la distribución basada en la productividad marginal...”⁵⁵ En su empeño por invalidar el análisis de Sraffa, y comprendiendo a la vez que las bases teóricas en que tradicionalmente se había sustentado el derecho de los capitalistas a la ganancia habían sido seriamente minadas, primero sostuvieron que el problema de si el capital era o no una cantidad susceptible de medirse, era en el fondo irrelevante; y poco después, ante las nuevas críticas de Joan Robinson y otros economistas que señalaban que al considerar el capital como factor de producción tal cuestión era esencial, incluso para comprender su relación con el producto, el profesor Samuelson introdujo una función de producción alternativa o sustitutiva

reconciliarse con *ninguna* noción de capital como una cantidad medible e independiente de la distribución y los precios.” Sraffa, *ob. cit.*, p. 38.

⁵⁴ M. Dobb, *Theories...*, p. 252.

⁵⁵ Joan Robinson, “Capital Theory Up to Date”, *A critique...*, p. 234.

de la tradicional —su *surrogate production function*—, la que sin embargo fue vista como un expediente poco realista e inaplicable al caso en que los cambios relativos de los precios hacían posible el desplazamiento de técnicas (*reswitching*), que había dado lugar a las críticas iniciales a la teoría de la productividad marginal, y que no ofrecía ni una teoría de la ganancia ni una explicación de sus variaciones.⁵⁶

A partir de ahí, los “neo-neoclásicos más empeñados en defender su vieja apologética sobre el funcionamiento del capitalismo tendrían que olvidarse de la realidad, refugiarse una vez más en su torre de marfil y recurrir a los lugares comunes, verdades a medias, mitos y formulaciones anacrónicas y estáticas, que Galbraith ha llamado “sabiduría convencional”, acaso sinceramente convencidos de que, si no el de los demás, el suyo sí era el mejor de los mundos posibles, pues, en caso necesario —como su propia actitud lo demostraba—, aun los más graves problemas podrían resolverse divorciándose de la realidad.

En efecto, el tono y los términos empleados por el profesor Ferguson, difícilmente podrían ser más elocuentes al respecto. Después de reconocer la justeza de las críticas de Cambridge a la economía neoclásica, reafirmaría públicamente su intransigencia ideológica y diría:

En tanto los econométristas no dan la respuesta, la adhesión a la teoría económica neoclásica queda como una cuestión de fe. Yo personalmente —añadía— tengo fe; pero por ahora lo más que puedo hacer para convencer a otros es invocar el peso de la autoridad de Samuelson.⁵⁷

⁵⁶ Véase G. C. Harcourt, “Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital”, *Journal of Economic Literature*, Londres, 1969, Vol. 7, así como *A Critique of Economic Theory...*, parte tercera.

⁵⁷ C. E. Ferguson, *The Neoclassical Theory of Production and Distribution*, Cit. por D. M. Nuti, en “‘Vulgar Economy in the Theory of Income Distribution’, *A Critique...*”, p. 225.

Tras un largo y penoso recorrido, los orgullosos teóricos de la ciencia “pura” terminaban convertidos en dogmáticos defensores de una nueva religión que, en vez de explicar racional y objetivamente hechos y problemas económicos fundamentales como el desempleo y las crisis, invoca ante ellos la fe y sólo puede apelar a la “autoridad” del profesor Samuelson y su “sabiduría convencional.”

Acumulación de capital, mercado y desempleo

Más de medio siglo antes de que la “revolución” keynesiana sacudiera, con su rechazo de la Ley de Say, a los círculos académicos más conservadores de occidente, Marx había puesto en evidencia tanto la invalidez de dicha teoría como su total divorcio de la realidad. Pues bien, partiendo de los elementos esenciales de su planteamiento podremos comprender mejor el origen del desempleo. Empezaremos por recordar las causas de las crisis económicas, pues bajo éstas la desocupación adquiere caracteres realmente graves.

Hemos visto que la base en que descansa toda la teoría clásica acerca de la imposibilidad de la sobreproducción general y, por tanto, de las crisis, radica en la idea en parte justa, pero a la vez supersimplificada y extraña a la esencia misma del régimen de producción capitalista, de que el cambio no es más que una sucesión de transacciones en que unos productos sirven para adquirir otros, un proceso en el que el consumo no puede exceder ni ser inferior a la producción pues es ésta la que lo determina, y en el que en otras palabras, en consecuencia, la oferta y la demanda están siempre en equilibrio o al menos tal es su condición normal.

Marx rechaza esta “fraseología apologética”, a la que califica de “chácharas pueriles, buenas par un Say, pero indignas de un Ricardo,”⁵⁸ fundamentalmente porque: 1)

⁵⁸ Véase: C. Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, México, 1944, tomo II, pp. 509 y 494.

bajo el capitalismo no se intercambian productos sino mercancías, 2) el cambio no se realiza directamente sino a través de compraventas en que interviene el dinero, 3) la función que éste desempeña no es simplemente la de un medio de circulación, 4) las compras y ventas no son simultáneas o siquiera, necesariamente, inmediatas, 5) la supuesta identidad entre productores y consumidores no existe, y 6) si bien hay una estrecha relación entre la producción y el consumo y cierta dependencia de éste respecto a aquella, hay también una contradicción entre ambas.

Acaso valga la pena aclarar brevemente lo anterior. En una sociedad en la que se intercambian directamente unos productos por otros no hay, en efecto, crisis de sobreproducción, pero como recuerda Marx tampoco hay capitalismo. La producción capitalista convierte no sólo los productos del esfuerzo humano sino este mismo en mercancías, y se orienta no a satisfacer necesidades sino a aumentar la plusvalía. La mercancía arrastra una contradicción interna que le es inherente entre el valor de cambio y el de uso.⁵⁹ Y al desdoblarse el cambio en compras y ventas separadas entre sí unas de otras en el tiempo y el espacio, en las que interviene el dinero como medio de pago y como condición, por tanto, de la realización, surge la posibilidad de la crisis. Lo que no quiere decir que la mera posibilidad, o en otros términos "...la forma abstracta de la crisis, representa la causa de ésta."⁶⁰

⁵⁹ "Por este camino es como se descartan discursivamente las crisis: olvidando o negando las premisas primordiales de la producción capitalista, la existencia del producto como mercancía, el desdoblamiento de éste en mercancía y dinero, las fases de la separación en el cambio de las mercancías que de aquél se deriva y, finalmente, la relación entre el dinero o la mercancía y el trabajo asalariado." *Ibid.*, p. 493 y 494.

⁶⁰ "...cuando decimos que la forma simple de la metamorfosis encierra la posibilidad de la crisis, decimos simplemente que esta forma lleva implícita, a su vez, la posibilidad de que las dos fases

De lo anterior resulta que, en un momento dado, puede sin duda producirse una situación en que la oferta exceda a la demanda tratándose de un artículo aislado y también sectorial y aun globalmente como un fenómeno de sobreproducción general, sobre todo si se tiene presente que la producción capitalista, por su naturaleza misma de producción destinada a la obtención de plusvalía impide que los propios productores, o sea los trabajadores, dispongan de medios para consumir lo que producen,⁶¹ no sólo por lo que hace a los bienes de producción sino incluso a una alta proporción de los bienes de consumo, que en su mayor parte se destinan también a la clase alta y a los estratos intermedios, fundamentalmente burgueses y pequeñoburgueses.

La sobreproducción no significa, desde luego, que el capitalismo tienda a desbordar las necesidades de la sociedad. "Lejos de ello, ... dentro del régimen de producción capitalista, la producción es, en este sentido, inferior y no superior a lo que debiera ser. Lo que sirve de límite a la producción no son, ni mucho menos, las necesidades del productor, sino la ganancia del capitalista."⁶²

que se complementan entre sí sustancialmente se desgarran y se disocian." "...En la producción de mercancías la transformación del producto en dinero, la venta, es condición *sine qua non*... Tan pronto como fracasa la venta aparece la crisis." *Ibidem*, pp. 496 497 y 503.

⁶¹ "...allí donde la producción se haya desarrollada en forma capitalista excluye ya a la mayoría de los productores, a los propios obreros, como posibles consumidores, como posibles compradores de medios de producción. Por eso no hay nada más ridículo que hablar de la identidad de productores y consumidores..." *Ibidem*, p. 508.

⁶² *Ibidem*, p. 517. "La moderna sobreproducción tiene como base el desarrollo incondicional de las fuerzas productivas y, por tanto, la producción en masa, basada por una parte en el hecho de reducir a la masa de productores a los medios indispensables de subsistencia y, por otra parte, en la barrera que traza la ganancia del capitalista." *Ibidem*, pp. 518 y 524.

Y lo que esencialmente importa a éste es cómo explotar “la mayor cantidad posible de trabajo con una cantidad dada de capital...”, y no cuanto sea lo que, a lo postre, consuman los trabajadores de lo que han producido.

En resumen podría decirse que en la determinación de las crisis se entrelazan dos contradicciones fundamentales del capitalismo y el efecto que ejercen sobre la tasa de ganancia: por una parte la existente entre la producción y el consumo, y por la otra la que se da entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y específicamente entre el carácter social de la producción y el carácter privado del régimen de propiedad, que como es sabido tiende a agudizarse grandemente a medida que el sistema recorre la fase monopolista. Ambas contradicciones derivan, a su vez, de que, siendo la obtención de plusvalía el móvil central del sistema, éste supone una producción basada en la explotación del trabajo, que en todas sus fases, además, se desenvuelve anárquicamente.

Podría pensarse que si bien la sobreproducción conduce y en cierto modo se expresa en el desempleo, las crisis son rupturas violentas y mecanismos de ajuste de carácter coyuntural que no representan las condiciones “normales” del sistema. Lo cierto es que son parte esencial de la normalidad y la “estabilidad” capitalistas pues la producción y reproducción se realizan, bajo este régimen, cíclicamente, y en ellas el desempleo suele adoptar caracteres realmente dramáticos, lo que no significa que sólo aparezca en fases depresivas o en los momentos más desfavorables. Pero aunque las crisis tienen la virtud para el sistema de mitigar y aun resolver de momento sus contradicciones —al margen de que, en otro sentido, también las exhiben violentamente manteniendo un volumen de desempleo que propicie el aumento de la tasa de ganancia—, esto no significa que sean ellas las que, en un sentido más profundo y general, provoquen el desempleo.⁶³

⁶³ “Un efecto principal de las crisis es el de volver a crear, o

Si algo hay característico del capitalismo ello es la acumulación de capital, proceso que como se sabe consiste tanto en el incremento como en una creciente concentración y centralización de la producción y del capital. Dicha acumulación supone, naturalmente, un excedente de trabajo y de producción, aunque esto no basta por sí solo. "Para acumular, es forzoso convertir en capital una parte del trabajo excedente."⁶⁴ una parte de los medios de producción y de vida que no se requieran para el consumo o para la reposición del capital en operación. Y una vez que la plusvalía se ha convertido parcialmente en capital, la acumulación sólo es posible si se incorporan al proceso productivo masas crecientes de trabajadores. La proporción en que la plusvalía se convierta en capital y el ritmo, por tanto, de la acumulación y el desarrollo pueden variar grandemente de una situación a otra. Pero el capital siempre descansa en la plusvalía y ésta es siempre trabajo no retribuido, del que el capitalista se apropia gratuitamente.⁶⁵ Por otra parte, "la suma que el capitalista puede acumular es tanto mayor cuanto mayor sea la que haya acumulado antes."⁶⁶

A medida que la productividad del trabajo aumenta se intensifica la acumulación, crece el acervo de bienes de producción y se altera la composición técnica y orgánica del capital. En efecto, primero cambia la relación entre el trabajo ya convertido en medios de producción y el trabajo vivo o corriente, o sea la composición técnica, y después, a consecuencia de ello, la relación entre el capital constante

aumentar, este 'ejército industrial de reserva' que, a su vez, reducirá el precio de la fuerza de trabajo." M. Dobb, *Economía Política y Capitalismo...*, p. 123.

⁶⁴ C. Marx, *El Capital*, tomo I, Vol. II, p. 656.

⁶⁵ "En la producción capitalista, el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo tiene como finalidad *acortar* la parte de la jornada durante la que el obrero trabaja *para sí mismo*, para de este modo *alargar* la otra parte de la jornada, durante la cual tiene que trabajar gratis para el capitalista." *Ibid.*, tomo I, Vol. I, pp. 356-57.

⁶⁶ *El Capital*, Tomo I, Vol. II, p. 659.

y el variable, esto es, lo que llama Marx composición orgánica.⁶⁷

El crecimiento del capital constante no sólo expresa una creciente productividad del trabajo y un cambio significativo en la composición del capital: también entraña un avance en el proceso capitalista que altera el funcionamiento de la ley del valor en cuanto a que el cambio, más que de acuerdo con los valores correspondientes de las mercancías se realizará en adelante con base en los precios de producción, o sea considerando la ganancia media del capital.

A más acumulación de capital y mayor desarrollo del capitalismo corresponde, lógicamente, una creciente demanda de trabajo que sería imposible satisfacer si la oferta no aumentara con la debida oportunidad y a un ritmo satisfactorio. El sistema se encarga, a este respecto, en cada etapa de su desarrollo, de que la población y la fuerza de trabajo crezcan adecuadamente; y lo que a primera vista podría parecer un fenómeno puramente demográfico desvinculado del proceso productivo, resulta, en realidad, una ley del desarrollo capitalista.⁶⁸

El aumento de la demanda de trabajo, si bien trae consigo un aumento absoluto del capital variable debido a la

⁶⁷ "A una determinada cantidad de medios de producción —señala Marx— corresponde un determinado número de obreros y, por tanto, a una cantidad de trabajo ya materializado en los medios de producción corresponde una determinada cantidad de trabajo vivo." "...Este factor —añade enseguida— es la composición técnica del capital y constituye la verdadera base de su composición orgánica." Y en la página siguiente dice: "la composición de valor del capital, en cuanto se halla determinada por su composición técnica y es un reflejo de ésta, es lo que nosotros llamamos la composición *orgánica* del capital." *El Capital*, tomo III, Vol. I, pp. 190 y 191.

⁶⁸ "...al producir la acumulación del capital, la población obrera produce también, en proporciones cada vez mayores, *los medios para su propio exceso relativo*. Esta una *ley de población* peculiar del régimen de producción capitalista, pues en realidad todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias..." C. Marx, *El Capital*, Tomo I, Vol. II, pp. 712-13.

cada vez más alta composición técnica y orgánica del capital, se expresa, al mismo tiempo, en un descenso relativo de aquél respecto al capital constante, que en el fondo obedece a que a medida que se acentúa el carácter social del trabajo aumenta su productividad y por tanto la posibilidad de movilizar una masa creciente de capital por hombre ocupado.⁶⁹

En realidad afloran en tal proceso diversas contradicciones. Al elevar la composición del capital, el capitalista trata de valorizarlo al máximo, es decir, de obtener más plusvalía; pero al aumentar el capital constante y a la postre el capital total, tiende a descender la tasa de ganancia. Para contrarrestar esta tendencia se recurre a nuevos medios que incrementen la plusvalía y ello agudiza el descenso relativo del capital variable y, por tanto, el aumento de una población obrera sobrante.⁷⁰ El sistema asegura, en otras palabras, que a través de lo que Marx denomina el “ejército industrial de reserva”, la demanda de mano de obra no exceda ciertos límites que eleven los salarios más allá de un nivel aceptable para el capitalista y que, desde luego, no ponga en peligro al régimen de producción. Pero lo que a nuestro juicio es esencial es entender que el origen de ese ejército, o sea del desempleo —cualesquiera que sean la magnitud y las formas que adopte—, no es la inactividad o ciertas situaciones excepcionalmente graves ni tampoco el que no haya mercado, sino la dinámica central del pro-

⁶⁹ “...es una ley de la producción capitalista el que, conforme va desarrollándose, decrezca en términos relativos el capital variable con respecto al constante y, por consiguiente, en proporción a todo el capital puesto en movimiento.” *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 266.

⁷⁰ “...la aplicación de maquinaria para la producción de plusvalía —escribe Marx— adolece de una *contradicción inmanente*, puesto que de los dos factores de la plusvalía que supone un *capital de magnitud dada*, uno de ellos, la cuota de plusvalía, sólo *aumenta* a fuerza de disminuir el otro, el número de obreros.” *El Capital*... Tomo I, Vol. I, p. 449.

ceso de acumulación y la forma peculiar y profundamente contradictoria en que el mercado se desenvuelve bajo el capitalismo.

La producción capitalista supone, como hemos dicho, la acumulación. Ésta, a su vez, entraña la concentración y concretamente la expansión y modernización de los medios de producción.

Y en este aumento de los medios de producción va implícito el crecimiento de la población obrera, la creación de una población cortada a medida del capital excedente y que incluso rebasa siempre, en general, sus necesidades, es decir, las de una superpoblación obrera.

A medida que se desarrolla el proceso de producción y acumulación, *tiene necesariamente* que aumentar, pues, la masa de trabajo sobrante apropiable y apropiado y, por consiguiente, la masa absoluta de la ganancia apropiada por el capital de la sociedad.⁷¹

El factor que en el fondo determina el desempleo es la creciente capacidad de los trabajadores para operar los medios de producción, la cada vez mayor productividad del trabajo y la imposibilidad, en un régimen de explotación, de que esa capacidad se emplee racionalmente. Al respecto una medida simple pero ilustrativa de la forma en que el problema del desempleo se agrava al acumularse el capital, se obtiene al comprobar que a medida que se produce el descenso relativo del capital variable, aumenta grandemente el capital que se requiere incluso para mantener el nivel de empleo y, con mayor razón, para incrementarlo. Lo que explica que —contra lo que suele decirse a menudo de manera simplista— “cuanto más se desarrolla en un país el régimen capitalista de producción, más

⁷¹ C. Marx, *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 273.

acusado se presenta en él el fenómeno de la superpoblación relativa.”⁷²

¿Y qué relación tiene este fenómeno, en particular, con el mercado? En principio, así como el desempleo resulta esencialmente de la forma contradictoria en que se desenvuelve la acumulación de capital también expresa las contradicciones que, concretamente, condicionan el desarrollo del mercado capitalista. Es decir, de ningún modo podría considerarse ni causa ni efecto de una supuesta insuficiencia del mercado y, menos aún, de la exigua capacidad de consumo de los trabajadores. Para comprender mejor esta cuestión quizá sea útil recordar muy brevemente un aspecto fundamental de la teoría marxista de la reproducción y del mercado.

A partir de Adam Smith, la economía clásica sólo vio en la composición del producto social y por tanto en los precios de las mercancías tres elementos que, por su naturaleza, se distribuían como ingreso, a saber: el salario, el beneficio y la renta; en la terminología de Marx: el capital variable y la plusvalía. En realidad se confundía el producto *bruto* con el *neto* y se suponía, erróneamente, que la parte de la plusvalía destinada a la acumulación se invertía totalmente en fuerza de trabajo, o sea en capital variable.⁷³ Al objetar la forma injustificada en que el análisis

⁷² *Ibid.*, p. 293.

⁷³ “No cabe mayor error —escribe Marx— que el que Ricardo y todos sus sucesores toman de A. Smith al decir que ‘la parte de la renta capitalizada es consumida por obreros productivos.’ Según esto, toda la plusvalía convertida en capital pasaría a ser capital variable, capital constante y capital variable.” *El Capital*, tomo I, Vol. II, p. 666. Y en otro pasaje, añade: “La idea de que el producto sobrante, por ser simplemente un producto del trabajo nuevo añadido durante el año, sólo puede convertirse en capital variable... responde a la concepción falsa de que, por ser el producto mero resultado o simple materialización del trabajo, su valor se reduce exclusivamente a rentas —salario y renta del suelo—, falsa concepción sostenida por A. Smith y Ricardo.” *Historia crítica...*, tomo II, p. 482.

clásico omitía el capital constante y subrayar la enorme importancia de éste en el proceso de acumulación, Marx hizo una contribución teórica de primer orden tanto para explicar correctamente el proceso de reproducción como para entender el fenómeno de la realización y el funcionamiento del mercado. En efecto si, como antes recordamos, la creciente productividad social del trabajo tiende a elevar la composición técnica y orgánica del capital, esto implica que a medida que se desenvuelve el capitalismo aumenta la importancia relativa del capital constante, y por consiguiente el peso que el sector de bienes de producción ejerce tanto en la oferta como en la demanda globales.

Ello no significa, naturalmente, que como algunos economistas lo han pensado —Tugan Baranovsky por ejemplo—, el aumento de la demanda de bienes de producción compense, por fuerza, la reducción relativa y aun absoluta del consumo de las masas, ni que el sector que produce tales bienes —operando sin relación alguna con el mercado de bienes de consumo— se vuelva un mecanismo capaz por sí solo de librar al sistema de sus contradicciones y de mantenerlo en proceso de crecimiento equilibrado. Por el contrario, entre uno y otro hay una interdependencia socio-económica y técnica que no puede romperse arbitrariamente.⁷⁴ Lo más que podría decirse es que “el crecimiento del mercado interior para el capitalismo es —como señala Lenin— hasta cierto grado ‘independiente’ del crecimiento del consumo personal, verificándose más por cuenta del consumo productivo.” Pero como también el propio autor se apresura a aclarar: “. . .sería erróneo comprender esa ‘independencia’ en el sentido de que el consumo productivo se halla desligado por completo del personal. . .”⁷⁵ Habida

⁷⁴ Véase, al respecto, la interesante crítica de Bujarin contenida en su ensayo *Imperialism and the Accumulation of Capital*. Nueva York, 1972, pp. 203-221.

⁷⁵ V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Obras Completas, Tomo III, p. 49,

cuenta de esa relación indisoluble, lo fundamental es comprender que la acumulación de capital no sólo juega un papel decisivo en el proceso de reproducción sino también en la realización, y que precisamente debido a la interdependencia de la producción y el consumo, "...mientras más alta es la composición orgánica del capital y la productividad social del trabajo, mayor es la cantidad de bienes de consumo que se ofrecen en el mercado."⁷⁶

Todo lo cual nos permite afirmar que, lejos de que la población obrera sobrante obedezca a la imposibilidad de que crezca el mercado, en rigor es más bien la consecuencia de la forma antagónica en que este se expande en una economía capitalista.⁷⁷

Y el hecho de que, en un momento dado, la ausencia de demanda a ciertos niveles de precios desenlace en una crisis y obligue a un reajuste más o menos violento que permita contrarrestar un descenso de la tasa de ganancia, no invalida el análisis anterior. Antes bien, lo confirma y comprueba que cualquiera que sea el ritmo a que crezca el mercado y en particular la capacidad de consumo de las masas, siempre, y sobre todo bajo el capitalismo monopolista, tenderá a crecer más de prisa la capacidad de producción. Lo que demuestra que lo que importa al capitalista y al capitalismo no es el consumo y menos aun la satisfacción de las necesidades sociales, sino el obtener la mayor

⁷⁶ N. Bujarin, *Imperialism...*, p. 209.

⁷⁷ En las palabras de Marx: "No constituye ninguna contradicción el que esta sobreproducción de capital vaya acompañada de una superpoblación relativa más o menos grande. Los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aumentan la masa de los productos-mercancías, que (permítaseme subrayarlo) *extienden los mercados*, que aceleran la acumulación de capital tanto en cuanto a la masa como en cuanto al valor, y que hacen bajar la cuota de ganancia, han creado y crean constantemente una superpoblación relativa, una superpoblación de obreros que el capital sobrante no emplea...", porque no le conviene. *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 314.

ganancia posible a partir de la explotación de los trabajadores.⁷⁸ O sea que no se trata de que no haya mercado ni de que —a la manera sugerida por Rosa Luxemburgo— la realización se vuelva imposible. Lo que ocurre es que el propio proceso de acumulación agudiza las contradicciones del sistema: impulsa y simultáneamente restringe la producción; amplía grandemente el consumo y a la vez lo limita a consecuencia de la explotación de que hace víctima a los trabajadores, lo que altera las relaciones entre la producción y el consumo y ahonda las contradicciones entre una y otro.

*“Ejército industrial de reserva”
y “marginalidad”*

Pero, ¿no estaremos incurriendo en el error de identificar de manera simplista el fenómeno de la superpoblación relativa que toma cuerpo en el “ejército industrial de reserva” con el desempleo y la población “marginal” que caracteriza el mercado de trabajo de los países subdesarrollados, y por tanto, aplicando mecánicamente el análisis de Marx? Hasta aquí, en realidad, nuestro propósito fue recordar las principales explicaciones teóricas de que ha sido objeto el desempleo a partir de los clásicos, convencidos de que si prescindimos de la necesidad de ubicar tal fenómeno adecuadamente será difícil evaluar cualquier política de empleo e imposible atacar las verdaderas causas y resolver eficazmente el problema de la desocupación. Para saber, sin embargo, si el análisis de Marx puede o no servir a nuestros

⁷⁸ “El verdadero límite de la producción capitalista es *el mismo capital...*” C. Marx. *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 308. “Pero la contradicción inherente a este régimen de producción —añade el propio autor— consiste precisamente en su tendencia a desarrollar de un modo absoluto las *fuerzas* productivas, tendencia que choca constantemente con las *condiciones* específicas de producción dentro de las que se mueve y tiene necesariamente que moverse el capital.” *Ibid.*, p. 316.

fines se requiere tener claridad sobre los fenómenos por él estudiados y, acaso sobre todo, acerca de las formas concretas que adopta el desempleo bajo el capitalismo del subdesarrollo.

En años recientes varios investigadores latinoamericanos han expresado que el desempleo que hoy padece Latinoamérica es algo bien distinto y cuya función difiere de la del ejército de reserva de que habla Marx. Carlos Lessa, por ejemplo, advierte:

“los marginalizados no cumplen en nuestras experiencias la función del ejército industrial de reserva. La tesis clásica siempre fue suponer que los marginalizados pueden suministrar una oferta excedente de trabajo que funcionaría para mantener, a nivel de subsistencia, la remuneración de la fuerza de trabajo...”

“En nuestras experiencias, los marginalizados no han cumplido esta función. Es innegable que la sobreoferta de trabajo ejerce alguna presión sobre la formación de los salarios, pero la tesis del ejército industrial de reserva supone un comportamiento cíclico por el cual las economías desarrolladas en un momento dado absorberían toda la mano de obra y con eso los salarios empezarían a subir...”

“En segundo lugar, los salarios reales de los trabajadores... en nuestros países han crecido... lo que hace suponer que fue traspasado algún grado de productividad para el sector obrero... Por consiguiente, no funciona como ejército industrial de reserva, lo que crea, desde el punto de vista teórico, problemas diabólicos...”⁷⁹

No podríamos, en este breve ensayo, examinar en forma prolija cada una de tales cuestiones. Pero al menos de-

⁷⁹ “Marginalidad y proceso de marginalización”, en *Hacia una crítica de las interpretaciones del desarrollo latinoamericano* (con Tomás Vasconi), *ob. cit.*, pp. 151 y 152.

biéramos tratar de aclarar brevemente dos o tres aspectos fundamentales de las mismas, a fin de poder enfrentarnos, con una base más sólida, al problema del desempleo.

Dejemos de lado por un momento la llamada población marginal y limitemos nuestra observación al “ejército industrial”. La primera duda que suscita la opinión anterior es que, si bien es cierto que la presencia de tal ejército influye decisivamente en los niveles de salarios, Marx nunca habló de que éstos debieran permanecer o congelarse al nivel de “subsistencia”. Incluso criticaba severamente tal posición y admitía en forma expresa que los salarios *reales* podrían subir, aunque nunca más allá de ciertos límites insuperables para el capitalismo.⁸⁰ En segundo lugar, es cierto también que la superpoblación relativa “supone un comportamiento cíclico”; pero esto no significa que el ciclo deba desenvolverse exactamente del mismo modo de un país a otro o de una etapa histórica a la siguiente. El módulo del ciclo se ha alterado sensiblemente, por ejemplo después de la crisis de 1929, lo que sin embargo no ha librado al proceso de acumulación capitalista de su carácter cíclico. Con todo, acaso lo más grave sea sugerir que Marx pensara que, dado tal carácter, las economías desarrolladas podrían absorber en un momento dado “toda la fuerza de trabajo”, con la consiguiente elevación de salarios. A este respecto sólo reiteraré —pues creo que ello ha quedado bien claro en varios pasajes transcritos en páginas previas— que, por el contrario, Marx consideraba que el fenómeno de la población sobrante es permanente e incluso creciente bajo el capitalismo.

Por todo lo anterior no parece una objeción válida afirmar que los salarios reales sí han subido en nuestros países

⁸⁰ “...el aumento del salario sólo supone, en el mejor de los casos, la reducción cuantitativa del trabajo no retribuido que viene obligado a entregar el obrero. Pero esta reducción no puede jamás rebasar ni alcanzar siquiera, el límite a partir del cual supondría una amenaza para el sistema...” C. Marx, *El Capital*, Tomo I, Vol. II, p. 698.

y que, por tanto, al menos una parte de la productividad ha sido “traspasada” al sector obrero. Se confunde aquí, a nuestro juicio, el problema del empobrecimiento relativo con el empobrecimiento absoluto, se insinúa de nuevo que según Marx no debieran subir los salarios y aun se soslaya el hecho indudablemente grave de que en vastos sectores del proletariado latinoamericano incluso ha habido, en años recientes, descensos significativos en los salarios reales.

Aníbal Quijano, por su parte, considera que “la ‘función salarial’ del ‘ejército industrial de reserva’ sigue aún en pie para (la) mano de obra sobrante...”, “...pero sólo para los más bajos niveles tecnológicos y financieros del aparato de producción y de actividad económica general...”⁸¹ “En cambio, la función de ‘reserva’ que el ‘ejército industrial’... cumplía en el capitalismo, no puede ser más desempeñada en absoluto por la nueva mano de obra sobrante, pues mientras aquel estaba en ‘reserva’ para ser incorporado al proceso productivo apenas fuera necesario para el incremento de la capacidad productiva del sistema, la mano de obra hoy sobrante no tiene ya ninguna posibilidad de ser de nuevo incorporada a la producción, pues el aumento de la productividad y la producción del sistema tienden a residir ahora en medios enteramente técnicos. Ya no es, pues, reserva, sino simplemente sobrante.” Lo que le hace concluir que se trata de dos “fenómenos de naturaleza y, por tanto, de significación histórica diferente, por lo que, “...en esta perspectiva, la mano de obra sobrante puede bien ser caracterizada como ‘mano de obra marginalizada,’ que fundamentalmente resulta de la revolución tecnológica.”⁸²

⁸¹ *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*, Texto en mimeógrafo publicado por el Centro de Investigaciones Socioeconómicas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile. Santiago, 1970, pp. 16 y 17.

⁸² *Ibid.*, pp. 16 y 17. En otro estudio, el propio autor expresa, en una opinión menos tajante, lo que sigue: “Todo parece indicar que, no obstante guardar con éste [se refiere al ejército industrial]

Parece incuestionable, en efecto, que lo que Quijano denomina "función salarial" del ejército de reserva sigue en pie, es decir, que los salarios dependen, en general, en gran parte de las proporciones cambiantes en que se combina el número de trabajadores empleados y desocupados; pero en cambio no parece que tal función sólo se cumpla respecto a "los más bajos niveles tecnológicos y financieros..." Si bien es probable que estos sean directamente los más afectados, también lo son las escalas medias y aun altas de salarios. Y el que la repercusión sea a menudo indirecta no la vuelve, necesariamente, menos importante ni impide que, en múltiples actividades, se limiten los salarios y aun

muchas similitudes y cumplir todavía muchas de sus funciones, la actual población excedente como mano de obra no puede ser considerada más solamente como otro 'ejército industrial de reserva'" *El marco estructural condicionante de participación social en América Latina*, publicado en mimeógrafo por la Asociación de Becarios del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. México, (sin fecha), p. 24.

"El descenso relativo del capital variable se manifiesta... como un crecimiento absoluto constante de la población obrera, más rápido que el del capital variable o el de los medios de ocupación que este suministra. Pero este crecimiento no es constante sino relativo: la acumulación capitalista produce constantemente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital, es decir, una población obrera remanente o sobrante". C. Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. II, p. 711.

Y en otro pasaje, el propio autor hace notar que incluso de llegar a presentarse una "superproducción absoluta de capital", o sea una situación en que un incremento del capital no produzca ninguna ganancia adicional con motivo de un alza de los salarios, tendría que quedar total o parcialmente ociosa una parte del capital y aun destruirse éste en mayor o menor medida." Pero, al mismo tiempo "...La paralización de la producción dejará ociosa a una parte de la clase obrera y, con ello, la parte que trabaja se verá colocada en condiciones en que no tendrá más remedio que acceder a una baja de salarios..." *Ibid.* Tomo III, Vol. I, pp. 309-13. O sea que cualquiera que sea la fase del ciclo y vaya éste en ascenso o en descenso, la sobrepoblación relativa está presente para garantizar al capitalista las mejores tasas posibles de ganancia.

se sustituya a muchos trabajadores por otros de menor eficiencia o cuya fuerza de trabajo, simplemente, cueste menos.

En cuanto a que el “ejército industrial” deje de ser una reserva y se convierta en una mera población sobrante o “marginalizada”, creemos que este no es el modo más correcto de planear el problema. Primero, porque es indudable que tanto el ejército tradicional como los cada vez mayores contingentes de desocupados que arrastran nuestros países son una “reserva” en el sentido marxista, esto es, una masa de trabajadores más o menos ociosos y en general depauperados, susceptibles de ser explotados y que siempre están a disposición del capital, lo que no equivale a que éste deba o siquiera pueda emplearlos a niveles cada vez más altos en respuesta a la creciente productividad del sistema. Y segundo, porque junto a ese sentido, el estar *en reserva* significa que si bien su volumen oscila de acuerdo con las fluctuaciones del ciclo económico, en una proporción cada vez mayor va quedando como un verdadero ejército de desocupados.⁸³

Otra duda que nos suscita el análisis de Quijano se relaciona con su afirmación de que el fenómeno de la sobrepoblación relativa, característico del capitalismo, en la actualidad está fundamentalmente “regido por la revolución tecnológica.” Sin dudar de la importancia de este fenómeno, el factor que a nuestro juicio ejerce mayor influencia

⁸³ Acaso contribuya a aclarar nuestro punto de vista la siguiente observación de Marx: “...la formación de *una superpoblación relativa o la desmovilización de obreros* avanza todavía con mayor rapidez que la transformación técnica del proceso de producción. A medida que ganan en volumen y en eficacia de rendimiento, *los medios de producción* van dejando un margen cada vez menor como medios de ocupación de obreros; y esta proporción decreciente todavía tiende a modificarse en el sentido de que, conforme crece la fuerza productiva del trabajo, el capital hace crecer *su oferta de trabajo* más rápidamente que su demanda de obreros.” *El Capital*, Tomo I, Vol. II, pp. 717-18.

en la determinación de la población sobrante sigue siendo socioeconómico, por lo que es en el marco de esta problemática y concretamente de la acumulación de capital en la fase monopolista, donde, cualesquiera que sean su magnitud y sus características, debiera inscribirse el avance técnico. Si esta apreciación es correcta —lo que por cierto no implica menospreciar el impacto de la “revolución tecnológica”—, querría decir que en la etapa histórica del imperialismo la contradicción existente entre la creciente productividad del trabajo y la también cada vez mayor concentración de la riqueza y en general de los frutos de ese esfuerzo en manos de una poderosa oligarquía internacional, que priva a quienes trabajan de la posibilidad de consumir la mayor parte de lo que producen, se expresa como nunca antes en una composición técnica y orgánica del capital que vuelve definitivamente imposible utilizar la mano de obra disponible, aun recurriendo a toda clase de gastos improductivos, formas sistemáticas de desperdicio y aun procesos masivos de destrucción física de recursos materiales y de seres humanos.

Lo que no implica, desde luego, que en nuestro concepto el “ejército industrial de reserva” sea idéntico al desempleo crónico de la mano de obra que sufren los países subdesarrollados. Quijano tiene razón cuando recuerda que “...la tendencia del modo de producción capitalista de producir una ‘sobrepoblación relativa’ en la organización de las relaciones de trabajo, se procesa de modo distinto en contextos históricos diferentes.”⁸⁴ Esto es lo que debiéramos tener presente en nuestro análisis.

Marx nunca intentó —y de haberlo hecho no habría sido marxista— elaborar una teoría general a la que, en sus propias palabras, se hallen “sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren...”⁸⁵ Se limitó en realidad, y

⁸⁴ *Ibid.*, p. 17.

⁸⁵ Véase: *El Capital*, Apéndice al Tomo I, Vol. III, pp. 930-31.

sin duda ello contribuyó a que su aportación científica fuera más relevante, a examinar los aspectos fundamentales del desarrollo capitalista europeo y en particular la forma que el fenómeno adoptó en Inglaterra, país al que consideraba el “ejemplo” o “modelo clásico”. Este solo hecho volvería muy difícil y aun imposible —a menos que hiciéramos de la obra de Marx un recetario infalible, de aplicación mecanicista y dogmática—, tratar los problemas que hoy aquejan al capitalismo latinoamericano como si cada uno de ellos hubiera de corresponder, aun en sus modalidades y rasgos menos importantes, a los fenómenos estudiados por el autor de *El Capital*. Pero a la vez, si el marxismo tiene realmente valor científico y el sistema bajo el cual se agudiza y aun configura plenamente el subdesarrollo es el capitalismo, debiera entonces servirnos para entender la razón de ser y la dinámica de problemas tan graves como el desempleo y otros que, lejos de ser accidentales, obedecen a las contradicciones básicas de tal sistema.

Dicho esto resulta quizá más fácil llevar adelante nuestro examen. Al ilustrar el comportamiento de la ley general de la acumulación capitalista, Marx aclara que, por diversas razones que él mismo explica, se refiere expresamente a Inglaterra, país al que como dijimos toma como “ejemplo clásico”. Unas páginas antes, al enunciar dicha ley subraya que, “. . . como todas las demás, es modificada en su aplicación por una serie de circunstancias . . .”, y al abrir el apartado correspondiente incluso empieza por afirmar que “la superpoblación relativa existe bajo los matices más diversos.” Con base en todo ello podríamos partir del supuesto de que la superpoblación relativa que conocemos en nuestros países adopta en principio, naturalmente, caracteres distintos a aquellos que tomaron cuerpo en Inglaterra o en otros países europeos hace más de un siglo, lo que no significa que el marco conceptual de Marx no sea sumamente útil para nuestro análisis. En rigor, por lo que hace específicamente a las formas generales que según él

reviste la superpoblación relativa —admitiendo, desde luego, que las proporciones de cada una de ellas y los rasgos concretos de las mismas son distintos— parecería que todas las señaladas en *El Capital* siguen presentes. Esto es: la superpoblación flotante, la latente y la intermitente, y aun las diversas capas que Marx ubica en “la órbita del pauperismo” y lo que llama las “huestes trashumantes” o “infantería ligera del capital”.

El problema, por tanto, parece ser otro: ni podemos identificar sin fundamento dos hechos que se dan en condiciones históricas distintas ni debemos limitarnos a señalar, descriptivamente, sus diferencias. El capitalismo clásico es inseparable de la etapa y de las condiciones específicas en que surge y se desenvuelve en países como Inglaterra, del mismo modo que el capitalismo del subdesarrollo no podría, arbitraria y caprichosamente, emplearse como una categoría que uno pretendiera utilizar para comprender las principales contradicciones del proceso capitalista, digamos en Francia o Alemania. Hacemos hincapié en esta cuestión porque nos ayuda a comprender que el problema de fondo consiste en que si la superpoblación relativa, o si se prefiere el desempleo abierto y encubierto resulta del proceso mismo de acumulación, lo que importa entonces es entender que no siendo —incluso no pudiendo ser idénticos la acumulación y en un plano más general el patrón de desarrollo característico del capitalismo clásico y el que se conforma bajo el capitalismo del subdesarrollo—, sería imposible que el “ejército industrial de reserva” y lo que suele llamarse “la mano de obra marginalizada” fueran exactamente lo mismo.⁸⁶

⁸⁶ En un interesante ensayo, el sociólogo José Nun distingue, a su vez, el alcance de la “superpoblación relativa”, en general, y del “ejército industrial de reserva”, como condición para poder apreciar adecuadamente y aun no confundir las causas con las consecuencias de la población excedente. “... ambas cuestiones —dice— deben diferenciarse: al indagar esos procesos específicos, se obtienen las características propias de la ‘superpoblación relativa’ de este

Rebasaría el marco del presente ensayo y además nos obligaría a repetir tediosamente cuestiones ya planteadas en el texto que aparece como capítulo tercero de este volumen, examinar las causas históricas que explican que la acumulación de capital y por tanto el proceso todo de formación del mercado interno en una economía subdesarrollada se desenvuelvan de manera muy diferente a aquella en que lo hacen en el llamado "modelo clásico". El mero hecho de que la dependencia se torne propiamente estructural en la fase monopolista y el que el nacimiento del imperialismo imponga un nuevo patrón de división internacional del trabajo en que los países metropolitanos se reservan para sí los procesos productivos más complejos e importantes, frustra la posibilidad de que, en países como los nuestros, el capitalismo asegure la continuidad del largo proceso que, a partir del artesanado y a través de la manufactura, culmina en otros casos en el desarrollo de una

modo de producción; el concepto de 'ejército industrial de reserva' corresponde, en cambio, al examen de sus efectos, de las relaciones de esa superpoblación con la estructura global. Puesto en términos más simples: en esta perspectiva no toda superpoblación constituye necesariamente un ejército industrial de reserva, categoría que implica una relación funcional de ese excedente con el sistema en su conjunto".

Y en otro pasaje, afirma:

"Llamaré 'masa marginal' a esa parte afuncional o disfuncional de la superpoblación relativa. Por lo tanto, este concepto —lo mismo que el de ejército industrial de reserva— se sitúa a nivel de las relaciones que se establecen entre la producción sobrante y el sector productivo hegemónico. La estrategia implica una doble referencia al sistema que, por un lado, genera este excedente y, por el otro, no precisa de él para seguir funcionando." "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, 1969. (pp. 8 y 30, versión en mimeógrafo).

Ya hemos dicho que, en nuestro concepto, el sistema sí precisa de ese excedente; es decir, concretamente de la llamada "masa marginal", que en América Latina asegura condiciones de explotación del trabajo increíblemente favorables para los capitalistas, en general.

moderna y gran industria propia, del tipo de aquella en que descansa el capitalismo independiente.

Y aun podría añadirse que los procesos que bajo el capitalismo clásico tienden a producirse con rapidez inusitada, a menudo hasta febril y en apariencia casi automáticamente y en forma más o menos estable y racional, bajo el capitalismo del subdesarrollo tienen lugar de manera sinuosa, profundamente inestable y desigual, a menudo condicionados por obstáculos infranqueables y sin que puedan jamás librarse de las deformaciones estructurales en que se expresa el subdesarrollo. A ello obedece que, bajo esta nueva variante histórica del capitalismo, el desempleo alcance niveles nunca antes conocidos y a que incluso su apariencia no sea ya la de un ejército de reserva a disposición del capitalista, sino la de una masa informe de trabajadores vencidos y en plena desbandada, desgarrados por la miseria, dispersos y trashumantes, muchos de ellos ganados por la frustración y la desesperanza y que, cualquiera que sea el ritmo con que el proceso capitalista se desenvuelva, queden total o parcialmente desocupados.

Tan sólo por lo que hace a la acumulación de capital y a los factores que, en el marco de ésta, más parecen influir sobre el fenómeno de la población sobrante o desempleada, podrían mencionarse los hechos siguientes, en los que se advierten marcadas diferencias y aun rupturas profundas respecto al funcionamiento del modelo clásico:

- 1) El aumento mucho más rápido de la población, sobre todo entre las masas rurales y urbanas, en parte a consecuencia de las mejores condiciones de salud que el capitalismo hace posible a partir de ciertas etapas de su desarrollo, y en parte, a la vez, del estímulo al crecimiento demográfico que genera el bajo nivel cultural y la miseria;
- 2) La creciente movilidad de la fuerza de trabajo y la más fácil manera en que, en un movimiento

obrero y campesino débil y desorganizado sindical y políticamente, minado además por el enemigo y en el que éste nunca deja de emplear la represión y la violencia, la masa de trabajadores desocupados influye para mantener un régimen de bajos salarios;

- 3) A consecuencia, principalmente, de lo señalado en los dos puntos previos, la oferta de mano de obra tiende, en mucho mayor medida que en las condiciones clásicas a superar a la demanda y a arrastrar, por lo tanto, una masa de trabajadores desocupados;
- 4) La tasa de inversión, y sobre todo la formación neta de capital siempre es insuficiente para movilizar los recursos productivos y en particular para emplear, a niveles más o menos satisfactorios, la mano de obra disponible. Con frecuencia acusa, además, una marcada inestabilidad y su composición descubre un alto peso de las inversiones poco o nada productivas, lo que del lado de la ocupación se expresa, entre otras maneras, en la llamada hipertrofia del sector terciario y en general en una alta relación: trabajadores improductivos (desocupados total o parcialmente y empleados en actividades no productivas) y trabajadores ocupados en actividades propiamente productivas;
- 5) La insuficiencia y la defectuosa composición de la inversión real —cuyo nivel tiende a ser muy inferior al del excedente potencial— obedece, a su vez, fundamentalmente al hecho de que una parte sustancial de dicho excedente se pierde en las relaciones comerciales, financieras, técnicas y propiamente de producción establecidas con el capital extranjero, y a que la parte que queda dentro del país tampoco se convierte en capital en la proporción que, en otras condiciones, sería posible;

- 6) La inversión extranjera y la compleja y cada vez mayor dependencia respecto al capital monopolista internacional no sólo implica el drenaje constante del excedente, y la consiguiente merma del potencial de inversión: también trae consigo una mayor vulnerabilidad económica, una industrialización dependiente que en realidad no puede rebasar el marco, y a menudo ni siquiera alcanzar los estadios superiores de la sustitución de importaciones; un alto grado de monopolio; elevadísimas tasas de ganancia en las grandes empresas, con el impacto inevitable en el proceso de formación de los precios y en la distribución del ingreso; creciente dependencia tecnológica y un patrón de opciones técnicas costoso, inadecuado y que por sí solo entraña un serio obstáculo para emplear los recursos disponibles con una mínima racionalidad.⁸⁷
- 7) En cuanto a la parte del excedente que se retiene en el país subdesarrollado, sabido es que una alta proporción del mismo queda ociosa, se desperdicia y aun dilapida criminalmente debido a los patrones de gasto de la clase en el poder; pero también a consecuencia del comportamiento de los estratos medios e incluso del "dinámico" papel que en tales economías juegan la burocracia, la corrupción, el sostenimiento de costosas fuerzas armadas y policíacas que esencialmente cumplen funciones re-

⁸⁷ Armando Córdova señala que todo hace pensar que, en los próximos años, incluso se incremente el empleo de técnicas de alta intensidad de capital en nuestros países "...por el alto grado de dependencia respecto a la tecnología de aquellas sociedades que caracteriza a la industrialización latinoamericana y, lo que es igualmente importante, por la creciente penetración del capital extranjero en su forma más avanzada y más ahorradora de mano de obra, la de las grandes corporaciones multinacionales." "Empleo, desempleo, marginalidad", en *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*. México, 1973, p. 88.

presivas, la especulación y un sin fin de negocios más o menos ilegales en los que se expresan las más variadas formas de parasitismo.

Y aunque el Estado, en particular, suele contrarrestar con éxito situaciones que de dejarse a su suerte crearían problemas aún más graves, el hecho es que también el poder público y su aparato empresarial cada vez mayor, influye en la agudización de múltiples contradicciones, es decir, en la explotación directa de trabajo asalariado, en el fortalecimiento de los monopolios nacionales y extranjeros, en la aceleración de la inflación, en el endeudamiento y el déficit creciente de la balanza de pagos, en la acentuación de la dependencia y en la diseminación de numerosas actividades más o menos improductivas, pero que contribuyen a mantener altas tasas de ganancia para la burguesía. Y todo ello no es extraño ni sorprendente salvo para quienes, convencidos de que el mercado no es ya capaz de asignar en forma medianamente racional los recursos disponibles, creen o al menos pretenden hacer creer que en tal virtud, sólo el Estado puede asegurar el mejor empleo de los mismos. Lo que nunca aclaran es cómo el estado capitalista, funcionando esencialmente en el seno del mercado capitalista, habrá de lograr lo que éste no puede conseguir.

- 8) A todo lo cual habría que agregar que al margen de los hechos ya señalados que impiden que el excedente crezca más de prisa y se utilice mejor, las relaciones de producción características del capitalismo del subdesarrollo determinan que el proceso de acumulación y de formación del mercado interno, lejos de estimularse y apoyarse mutuamente —a la manera en que, con todas sus graves contradicciones lo hicieron en las condiciones clási-

cas— exhiben lagunas, desproporciones, desajustes, rupturas y nuevos antagonismos, que en última instancia determinan que la parte de la plusvalía que se destina a la acumulación sea menor, el ritmo a que se convierte en capital sea más lento, el peso de las actividades productivas y concretamente de la industria en el proceso económico sea muy inferior, el patrón de relaciones internacionales contribuya decisivamente no a ampliar sino a reducir y a desviar el excedente y, a consecuencia de todo ello, las deformaciones en la estructura técnico-económica se multipliquen y, tanto a corto como a largo plazo la demanda de mano de obra siempre se mueva a un nivel muy inferior al de la oferta.

En cuanto a los caracteres específicos del desempleo y la medida en que el concepto de “marginalidad” es o no el más adecuado para hacer referencia a tal fenómeno, me limitaré a recordar que, en años recientes, ha empezado a tomar cuerpo una tendencia que pone en duda la utilidad de la noción de marginalidad, lo que parece razonable en atención a que bajo ella suelen incluirse situaciones muy diversas, y acaso sobre todo a que algunos de los rasgos que con frecuencia se consideran más representativos de los marginales se antojan muy endebles, especialmente en aquellas explicaciones que los presentan como no integrados ni necesarios al sistema.

Ante la imposibilidad de ocuparnos aquí de este tema sólo invitaré al lector a reflexionar sobre dos o tres aspectos del mismo. Quizás la primera falla que a menudo se advierte en algunos de los estudios sobre la población marginal consiste en que se la supone una especie de entidad cerrada y aun una “estructura económica” diferente, que al parecer se caracteriza porque quienes la componen carecen de toda perspectiva de empleo o sólo tienen acceso a

actividades económica y socialmente irrelevantes y de baja o ninguna productividad. Si bien es cierto —y en ello hemos insistido a lo largo de este ensayo— que el desempleo y el subempleo son inevitables y constituyen un rasgo fundamental del proceso de acumulación de capital y en particular de la forma en que éste se desenvuelve en una economía subdesarrollada, sería un error no advertir que la mano de obra “marginalizada” tiene a menudo mucho mayor movilidad de la que se le supone: se desplaza con rapidez de unas zonas y actividades a otras y a niveles de ocupación de cierta importancia económica y más alto rango social, y a la vez es constantemente realimentada por nuevas oleadas de trabajadores procedentes del campo o que después de trabajar temporalmente en alguna actividad rural o urbana, vuelven a su condición de desocupados o subocupados.

Otra opinión que suscita múltiples dudas es aquella que sugiere como uno de los principales rasgos de la “marginalización”, que ésta no es realmente parte integrante del sistema ni participa en los beneficios que de él derivan o en sus mecanismos y centros de decisión. Si la línea divisoria que separa a los “marginales” de los “integrados” hubiera de trazarse a partir de la medida en que disfruten o no de tales beneficios o del grado en que participen o no en los órganos de decisión económica y política, en países como los nuestros, en los que el poder económico está fuertemente concentrado entre unos cuantos centenares de capitalistas nacionales y extranjeros y en donde la ausencia de una genuina democracia impide el acceso de casi todos los ciudadanos a los órganos de acción y decisión política, la casi totalidad de la población tendría que considerarse prácticamente marginalizada.

También parece cuestionable asociar unilateralmente el desempleo a la dependencia, y sobre todo a un tipo de dependencia fundamentalmente externa, o atribuirlo esencialmente a la industrialización sustitutiva de importacio-

nes, en vez de relacionarlo, de manera más amplia y profunda al proceso de acumulación de capital y de formación del mercado interno —en particular al funcionamiento del mercado de trabajo—, y sus contradicciones principales en una economía subdesarrollada. El no situar adecuadamente el desempleo contribuye a que ciertos autores piensen, erróneamente, que se trata de una cuestión no esencial para el sistema y de la que éste podría librarse sin grandes dificultades, simplemente poniendo en marcha una política de desarrollo más eficaz.⁸⁸

El problema, hemos visto, es mucho más complejo, y la perspectiva inmediata y aun mediata en Latinoamérica, una en la que no será fácil liquidar o siquiera reducir sustancialmente el desempleo. A este respecto parecen coincidir los investigadores más serios, pues mientras los funcionarios públicos y los empresarios privados anuncian, a menudo con visible entusiasmo, que estamos en el camino de lograr incluso niveles cercanos al pleno empleo, aquellos no ocultan sus reservas y aun pronostican, a nuestro parecer con razón, que el desempleo abierto y encubierto seguirá presente y aun tenderá a agravarse en los próximos años.⁸⁹

⁸⁸ Como bien dice Feder, “una fuerza de trabajo marginal es aquella que conforme al sistema socioeconómico y político prevaleciente no es requerida por éste para su funcionamiento, supervivencia y crecimiento.” Pero lo cierto —añade el propio autor— es que “...para decirlo crudamente, el desempleo y la pobreza son actualmente necesarios para que la economía latinoamericana funcione dentro de la estructura socioeconómica y política presente...” *Ob. cit.*, pp. 29 y 42.

⁸⁹ “Por las características con que se prolonga el actual sistema de dominación social en el capitalismo dependiente y subdesarrollado de América Latina, es justificado sostener —escribe Aníbal Quijano— que sus actuales tendencias son irreversibles mientras la naturaleza del sistema continúe en vigencia, y que debe esperarse un mayor desarrollo todavía de los mecanismos de marginalización.” *Redefinición de la dependencia...*, p. 114. En un comentario similar, el economista Armando Córdova, afirma: “Nuestra conclusión en este aspecto es obvia: no puede menos que preverse una intensi-

La perspectiva mexicana

Y, ¿qué posibilidades hay de que, aun de desenvolverse las cosas en esa dirección, la política de empleo de cuyas principales características nos ocupamos ya, sea capaz de atacar eficazmente al menos en México el problema de la desocupación. Sin el ánimo de intentar, en estas líneas finales, una evaluación crítica detallada y rigurosa, y sin dejar de reconocer que en algunos aspectos secundarios puede ayudar a mitigar, sobre todo a corto plazo, el desempleo, considero que tal política —que por lo demás no difiere sensiblemente de la que otros países latinoamerica-

ficación de la desocupación abierta y encubierta...” “Las anteriores conclusiones —agrega— permiten considerar también a la marginalidad como una consecuencia necesaria del funcionamiento del sistema.” *Ob. cit.*, p. 88. Y refiriéndose concretamente a la situación del campo, Ernest Feder señala que “Bajo las condiciones existentes la presencia de una mano de obra barata y obediente es un prerequisite necesario para mantener la estructura agraria —el complejo latifundio —minifundio en expansión—, y la mano de obra es barata y dócil cuando la oferta de trabajadores rurales excede a la demanda y los trabajadores están desorganizados. Cualquiera que, dentro de las presentes condiciones, sean la tasa y el tipo de crecimiento agrícola y la migración rural-urbana, puede darse por hecho que habrá un exceso de mano de obra rural...” *Ob. cit.*, p. 43.

Osvaldo Sunkel, por su parte, después de señalar que “si bien un ingreso adecuado y estable no es condición suficiente para la superación de la marginalidad... [sí] constituye... la más amplia y urgente de las condiciones necesarias de superación o al menos atenuación del proceso de marginalización en América Latina...”, observa que si el sector moderno “no sólo se expande relativamente más rápido que el primitivo, sino que lo reemplaza o sustituye, la modernización tecnológica significaría, por una parte, una *creación* de nuevos empleos, y por la otra, la *supresión* de ocupaciones existentes.” En tal caso, dada la más baja ocupación por unidad de producto en el “nivel moderno”, “...es concebible que un *aumento* de la tasa de inversión pueda incluso inducir una mayor *desocupación y subocupación*, y por ende, mayor marginalidad.” *Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina*, Santiago de Chile, 1972, p. 20 y 32-33.

nos están poniendo en ejecución— adolece de serias y aun insalvables limitaciones que, desde ahora podría anticiparse, comprometerán sus resultados.

La primera y acaso más grave de esas fallas consiste en que, independientemente del modesto alcance práctico de las principales medidas en que se expresa, la política mexicana de empleo descansa en una base teórica particularmente frágil —en el fondo casi exclusivamente neoclásico-keynesiana— y por ende formalista y ultraconservadora, que como hemos visto en las páginas anteriores deja de lado y aun ignora totalmente las causas fundamentales del desempleo. En efecto, ahora nos será más fácil comprender que éste es fruto de contradicciones profundas inherentes al capitalismo y que se agudizan bajo el capitalismo del subdesarrollo, y no simplemente efecto de la falta de educación, el rápido crecimiento demográfico, la abundancia de mano de obra, el costo relativo de los factores de producción, la escasez de capital, la insuficiencia del mercado o el hecho de que las máquinas modernas desplacen, implacable e inexorablemente la mano de obra, como suele decirse en las explicaciones tecnocráticas más burdas.⁹⁰ Tampoco se trata, en realidad, de que la causa eficiente del problema esté en los escollos cada vez mayores con que tropieza el proceso de sustitución de importaciones, en el decaimiento del desarrollo agrícola, el creciente endeuda-

⁹⁰ Marx alude a la “gracia de la economía apologética” y al fetichismo en que ésta cae al ocuparse de las máquinas, recordando que “Los antagonismos y las contradicciones inseparables del empleo capitalista de la maquinaria no brotan de la maquinaria misma, sino de su empleo capitalista.” “El economista burgués... no concibe otro aprovechamiento de la maquinaria que el capitalista...” “...Es, enteramente, el razonamiento de aquel famoso degollador Bill Sikes: ‘Señores del Jurado: Es cierto que ha sido degollado un viajante de comercio. Pero este hecho no es culpa mía sino del cuchillo. ¿Es que vamos a suprimir el uso del cuchillo, porque a veces ocasione alguno que otro trastorno?... La supresión del cuchillo precipitaría a la humanidad en la sima de la más negra barbarie.’” *El Capital*, Tomo I, Vol. I, pp. 486 y 487.

miento externo, la insuficiencia de los recursos fiscales, la excesiva protección arancelaria o lo que, en conjunto, algunos designan como “desarrollismo”, sin percatarse de que lo que subyace a éste es nada menos que el desarrollo capitalista y el curso que tal proceso toma en respuesta a leyes históricas que no por ignorarlas dejan de estar, tercamente, en acción. Pero en vez de insistir sobre tales cuestiones nos limitaremos aquí a plantear ciertas dudas sobre los objetivos generales y los medios de acción a partir de los cuales la burguesía mexicana y sus ideólogos pretenden atacar el problema del desempleo.

¿Qué importancia tiene la decisión de lograr que el producto interno bruto crezca 8% al año y no 6% ó 7%. Si esta meta se alcanza, el proceso de desarrollo se activará significativamente y el país dispondrá de mayores recursos y más amplias posibilidades para hacer frente a ciertos problemas.

Aparte, sin embargo, de que no es fácil mantener esa tasa de crecimiento a través de un período más o menos largo, no hay nada que autorice a pensar que, de conseguirse, ello bastará para que México pueda absorber sin dificultades el incremento de la fuerza de trabajo. Incluso lo más probable es que el ritmo de desarrollo siga siendo inestable y, sobre todo, que aun si se alcanza una alta tasa de crecimiento del ingreso, el panorama del mercado de trabajo no cambie grandemente. ¿Habremos ya olvidado que hace apenas unos años se repetía en los círculos oficiales latinoamericanos que, de sostenerse una tasa de crecimiento del 5% al año —o como lo planteaba la Alianza para el Progreso, al menos un aumento de 2.5% anual del producto por habitante—, ello aseguraría un desarrollo rápido, estable y autosostenido? Incapaz de comprender la verdadera magnitud de los problemas del subdesarrollo y su insoslayable responsabilidad en el agravamiento de los mismos, la burguesía latinoamericana y los técnicos de los organismos internacionales, expertos en trazos estratégicos en

el papel, parecerían haberse limitado, en el fondo con no mayor precisión que la que caracteriza las estimaciones “a ojo de buen cubero”, a fijar caprichosamente las tasas de incremento del ingreso que serían necesarias para resolver nuestros problemas.

Pero lo que comprueba que por tal camino no se va muy lejos es que, en los últimos quince años, las tasas “necesarias” fueron primero de 5%, después de 6%, más tarde del 7% y ahora del 8%. Y probablemente en dos o tres años, al ver que el problema del desempleo se agrava de nuevo —haciendo caso omiso de la experiencia brasileña del último trienio en donde las altas tasas de crecimiento no bastaron para acabar con la desocupación—, se nos diga que sólo el 9% asegurará la solución definitiva del problema.⁹¹ Ni pensar en lo que ocurriría si, como es de esperarse dada la inestabilidad de la economía latinoamericana, en vez de elevarse gradual y uniformemente la tasa de crecimiento del ingreso lo hace en forma errática y aun desciende bruscamente ante el peso de factores internos e internacionales desfavorables, como ocurrió, por ejemplo, en 1971.

Y ¿qué decir de la posibilidad de que si la producción industrial crece a razón de 10% al año y la agricultura se expande a casi el 5%, se absorba el excedente de mano de obra? Al margen de la dificultad, aquí también, de que tales tasas se mantengan estable y firmemente, lo cierto es que

⁹¹ El absorber el desempleo a través de una industrialización rápida y altamente intensiva en capital —escribía hace unos años Rosenstein —Rodin—, “...implica altos ahorros e inversiones y una alta tasa de crecimiento económico: 5.5% y 6.5% para la economía en su conjunto y alrededor del 9% al 10% anual en el sector industrial.” Y aun así, añadía, “Tomará por lo menos cinco a diez años alcanzar la ocupación plena...” “The Alliance for Progress and peaceful revolution”, *Latin American Radicalism*, Nueva York, 1969, p. 58. Estamos ya en los segundos cinco años, y aunque las tasas de crecimiento han sido en algunos países bastante más altas que las previstas por el autor antes mencionado, ninguno de ellos tiene a la vista el pleno empleo.

aun en el caso de lograrse sería erróneo suponer que el desempleo deba, necesariamente, disminuir, no digamos desaparecer. Probablemente incluso tienda a aumentar, tanto porque las industrias de más rápido crecimiento suelen emplear menos mano de obra por unidad de producto y a menudo, también, de capital, como porque desplazan y aun eliminan industrias competidoras pequeñas y medianas que comparativamente tienen mayor significación como fuentes de trabajo, y por otra parte, porque la intensificación del desarrollo capitalista de la agricultura, en vez de resolver el problema del desempleo lo agrava sensiblemente, como lo demuestra la experiencia latinoamericana de los últimos veinte a treinta años.⁹²

El segundo elemento de la estrategia oficial que suscita serias dudas es el que se refiere a la formación de capital. Como antes hemos visto, lo que se postula es que si el producto ha de crecer a razón de 8% al año, la inversión bruta no deberá ser inferior a un 24% del mismo, coeficiente que a su vez se alcanzará a partir del incremento de la inversión pública. La primera falla que aquí se observa es, de nuevo, de carácter teórico. Tal posición sugiere que si la tasa de inversión crece sostenida y establemente aumentarán del mismo modo la producción y el empleo, sin que ocurran fluctuaciones indeseables. En el fondo —a la manera keynesiana— se sugiere que el comportamiento cíclico del siste-

⁹² Ernest Feder tiene razón al señalar que el principal factor determinante de la creciente inequidad en el reparto del ingreso y la riqueza en el sector agrícola, y por tanto del desempleo y la pobreza es la "modernización", entendida como "una política de fomento agrícola que no cambia la estructura agraria." *Ob. Cit.*, p. 12. Según él, la "modernización" incluye principalmente el uso mejor y más intensivo de la tierra, la introducción de semillas mejoradas y de nuevas variedades de ganado, el uso creciente de fertilizantes, una administración más adecuada y un más estricto control del trabajo, el empleo de equipos y técnicas que ahorran mano de obra, el crédito, el otorgamiento de subsidios y exenciones fiscales, el impulso a la investigación y a la asistencia técnica y el mejoramiento de los sistemas de mercadeo.

ma obedece a las variaciones del nivel de inversión, y no a la inversa, es decir, que tales variaciones resultan de las contradicciones y el carácter inevitablemente anárquico de la producción capitalista.

Sorprende asimismo la forma tan burda y simplista como se relaciona la inversión con el producto, a través de un "multiplicador" elemental del ingreso y el empleo, que por una parte no considera el impacto de los cambios en la composición y la proyección de la inversión, y por la otra no toma en cuenta las relaciones y por tanto las contradicciones entre la producción y el consumo, o sólo introduce este último a través de sencillas y armoniosas relaciones aritméticas o, cuando bien, de un "acelerador" tan mecánico como el multiplicador, que supuestamente determina que la inversión y el consumo se complementen y refuercen entre sí. En rigor se cae en un cuantitativismo superficial y pseudo-científico que pretende convertir en cantidades precisas y en relaciones exactas, fenómenos y relaciones sociales complejas.⁹³ Pero en lo que no se repara es en que para lograr el juego armonioso de relaciones numéricas en que con frecuencia se expresan al análisis y la política económica burgueses, antes hay que prescindir de la realidad y de las leyes históricas que la determinan. En efecto, cuando se postula que para lograr el pleno empleo será necesario alcanzar una tasa determinada de inversión, nada se nos dice acerca del origen de ésta o la forma en que haya de financiarse; nada se aclara sobre si importa que tal inversión sea o no monopolística, pública o privada, nacional o extranjera, pro-

⁹³ Lo cierto es que "...no hay 'relaciones exactas' entre la inversión y el ingreso o entre la producción y el consumo. Aunque tal relación podría ser estadísticamente determinada con cierto grado de precisión para una inversión de capital dada en un período *precedente*, tal relación se vuelve *imprecisa* cada vez que se invierte *nuevo* capital, debido a que la nueva inversión generalmente realiza sobre una base de producción también nueva y más alta. *Theories of Regulated Capitalism*, editado por I. G. Blyumin. Moscú, sin fecha de publicación, p. 30.

ductiva o improductiva, ni tampoco se toman en cuenta los cambios previsibles en la composición técnica y orgánica del capital y, por tanto, en la demanda de mano de obra de diversos grados de calificación.

Desde otra perspectiva no deja de ser revelador que el incremento de la inversión descansa exclusivamente en un mayor gasto público, o sea que tras reiterarse a cada momento la necesidad de reducir el consumo superfluo, del que fundamentalmente son responsables los ricos, se deje a éstos seguir dilapidando buena parte de la riqueza y el ingreso nacionales y ni siquiera se les reclame una tasa de ahorro sustancialmente más alta que la actual. De hecho lo que tal política exhibe es el propósito de elevar el ahorro público a partir de ingresos fiscales crecientes y de créditos internos que, más que afectar el consumo de la oligarquía y la alta burguesía, reduzcan la capacidad de compra de los estratos medios y aun de ciertas capas de trabajadores, a fin de no provocar presiones inflacionarias excesivas ni un endeudamiento con el exterior que vaya más allá de ciertos límites que la propia burguesía considera peligrosos.

Pero aquí también las palabras se apartan de los hechos y la política de empleo toma en la práctica rumbos diferentes de los que anuncian el gobierno y el PRI. El lector recordará que, conforme al ya muy amplio y elástico concepto de *estabilidad* de los técnicos oficiales, para que la política que examinamos cumpla su cometido es menester que los precios no registren fuertes fluctuaciones, es decir, que aun en el caso de que éstas se produzcan, el alza no exceda de 6% al año. Lo cierto, sin embargo, es que, según los más altos funcionarios, hasta agosto de 1973 habían subido 11% y al término del año, 20%; pero 20% —debemos recordar— según los conservadores y bien amaestrados índices oficiales, lo que hace pensar que la tasa de inflación debe haber sido, en realidad, sustancialmente más alta, acaso del 25%, 30% o incluso más elevada. Todo lo cual significa que no sólo no está presente la tan deseada estabilidad sino que

al acentuarse la inflación, si bien se concentra más y más el ingreso en poder de una minoría de capitalistas nacionales y extranjeros —lo que desde luego no deja de satisfacer a éstos—, el crecimiento del mercado se vuelve más anárquico, se deprime el poder de compra real de las grandes masas y aun se vienen por tierra muchas de las previsiones, y por tanto de las condiciones en que se sustenta la política oficial de empleo. En efecto, si en vez de subir los precios 4% ó 5%, lo hacen 20% ó 25%, las tasas de crecimiento que antes se proyectaba alcanzar —digamos de 15% a 20%, a precios corrientes— resultan ahora del todo insuficientes en términos reales, y las que al nuevo nivel de precios serían necesarias para impulsar el proceso económico se vuelven, simplemente, inalcanzables. Lo que tarde o temprano trae consigo que la inflación —que por lo demás es indudable y aun creciente bajo el capitalismo del subdesarrollo— conduzca a un estado de cosas en que el rápido ritmo de crecimiento de la producción coincide con un no menos rápido aumento del desempleo, a la vez que con crecientes desequilibrios internos y externos que en particular afectan a la balanza de pagos y ponen constantemente en peligro el tipo de cambio del peso.

Es tan importante el papel que juega la inflación en el proceso de acumulación de capital y desarrollo del mercado interno que, aun cuando a menudo se supone —o al menos sugiere demagógicamente— que la política económica burguesa cumple una función redistributiva del ingreso en favor de las grandes masas, lo cierto es que, salvo concesiones más o menos modestas y aun mezquinas que suelen hacerse aquí y allá, sobre todo cuando las cosas llegan a extremos políticamente peligrosos, la “justicia” que se atribuye a ciertas medidas antiinflacionarias nunca compensa en la práctica a la injusticia que acompaña y caracteriza a la inflación. Podría decirse que, independientemente del nivel que, en un momento dado, alcance la plusvalía absoluta y relativa, la inflación entraña una forma de superexplotación del traba-

jo o sea un vehículo mediante el cual, a través del alza de precios, se sustrae a los salarios —de suyo siempre inferiores a la productividad del trabajo— una parte sustancial que, a la postre, se convierte en gran medida en ingreso adicional de la clase dominante y en general de los sectores privilegiados. De donde resulta que el empobrecimiento relativo de los trabajadores, inherente al capitalismo, se traduce incluso en formas de empobrecimiento absoluto, pues a la brecha cada vez mayor entre la productividad y los salarios reales, característica de una creciente tasa de explotación, se agregan fuertes presiones inflacionarias que con frecuencia implican descensos significativos en el salario real y, por tanto, un nivel de precios de la fuerza de trabajo inferior a su valor.

No podríamos examinar aquí el posible alcance de cada una de las medidas con base en las cuales espera el gobierno conseguir un alto nivel de ocupación. Me limitaré a señalar que parece ponerse demasiado énfasis en el aporte del capital extranjero a través del turismo, la creciente exportación de manufacturas por los consorcios internacionales, la instalación de nuevas empresas maquiladoras extranjeras, la afluencia de nuevas inversiones privadas y los préstamos del exterior para avanzar en el proceso de sustitución de importaciones, todo lo cual, por cierto, exhibe sin duda la dependencia de la economía y de la política económica mexicana, y da cuenta de que, no contemplándose siquiera la posibilidad de una transformación socioeconómica interna más o menos profunda ni cambios significativos en la estructura de las relaciones internacionales, se vuelve muy importante, aunque a la postre ello contribuya a agudizar la dependencia, asegurar un abastecimiento de divisas que fundamentalmente permita financiar el alto grado de importación de la inversión pública y privada, así como sostener los patrones de gasto —dentro y fuera del país— de una burguesía en rápido crecimiento y a la que no distingue, precisamente, la frugalidad.

Al margen de lo anterior hay un aspecto de la estrategia oficial que reclama por lo menos una breve consideración. Me refiero a la insistencia con que se sugiere emplear técnicas que hagan posible absorber más mano de obra, como condición para lograr un nivel de empleo satisfactorio. Ya vimos en páginas previas la forma en que se expresa tal recomendación, así como la base teórica en que descansa. Básicamente, se supone que en un país subdesarrollado el capital es escaso y la mano de obra abundante, a consecuencia de lo cual ésta tiende a ser barata y aquél, caro. Pero si en vez de que el mercado establezca los precios, digamos lógicos o naturales de los factores de la producción, la política económica, artificial e innecesariamente abarata el capital, los empresarios tenderán a emplear técnicas de alta intensidad de capital que agraven el desempleo y entrañen una irracional y antieconómica asignación de los recursos.

Como muchos otros planteos neoclásicos igualmente discutibles, el anterior tiene, sin duda, cierta lógica elemental, así como una apariencia de racionalidad que lo vuelve muy sugerente. Si los países pobres carecen de capital pero cuentan con amplias disponibilidades de mano de obra ¿qué mejor estrategia, en efecto, que utilizar ésta intensivamente para angostar la brecha que los separa de las naciones industriales? ¿Quién puede oponerse a que un país haga descansar su progreso precisamente en lo que tiene y no en aquello de lo que carece? Igualmente inobjetable se antojan en principio las demás formulaciones que condicionan la estrategia neoclásica, es decir: que la mayor eficiencia depende de que los recursos se asignen conforme a su disponibilidad relativa, que las técnicas de alta intensidad de capital sirven a los países ricos mas no a los subdesarrollados; que la utilización creciente de dichas técnicas agrava el problema del desempleo y que éste sólo puede corregirse a través de una política que maximice las posibilidades de ocupación, etc.

A medida que se penetra en el análisis de cada una de

tales cuestiones las cosas se ven de otra manera. En primer lugar, la idea de que las técnicas o métodos de producción *se eligen* libremente en los países subdesarrollados y según mejor convenga en atención a sus disponibilidades de recursos, es sólo un eufemismo; es el modo liberal y formalista de plantear el problema. Los países, como tales, no entran siquiera en juego; quienes han de operar unas u otras técnicas tampoco son consultados antes de optarse por alguna, y ni los más altos funcionarios públicos discuten en la práctica, en la mayor parte de los de los casos, acerca de los métodos que deban emplearse. Generalmente las opciones están implícitamente establecidas y el decidir qué producir, supone hacerlo de determinada manera que se ha impuesto como la más fácil, más viable o más lucrativa.

En segundo lugar resulta muy discutible que las técnicas de alta productividad, que generalmente son también de alta densidad de capital, sólo sean recomendables para los países ya industrializados, que padecen una fuerte escasez de mano de obra. Por una parte, en tales países hay también un gran número de desempleados incluso en los momentos de mayor actividad, y por la otra, sobre todo, quienes así piensan olvidan que los países subdesarrollados jamás podrán librarse del atraso si no elevan sustancialmente sus niveles de productividad. Y aunque esto puede en parte lograrse mediante esfuerzos organizativos que se traduzcan en mayor eficiencia, en lo fundamental depende del avance técnico y concretamente de la medida en que tal avance se incorpore a mejores y más complejos equipos y máquinas, no a mecanismos sencillos o métodos "intermedios" que, como algunos sugieren a menudo, resulten los más adecuados para los países de escaso desarrollo.

En otras palabras: el aumento de la productividad, que en las naciones atrasadas es especialmente importante y aun inaplazable, depende del aumento de la dotación de capital por hombre ocupado, y esto, a su vez, tanto del ritmo de incremento del ingreso como de la medida en que tal

incremento se convierta en inversión productiva. Sin una mayor capitalización es muy difícil que un país atrasado pueda reforzar su economía, abatir sus costos y afirmar su posición competitiva en el mercado internacional, y más difícil aún que, en tales condiciones, logre hacer crecer sus exportaciones y pueda con ellas financiar sus necesidades de capital, necesidades que son muy grandes precisamente porque el rezago de las industrias clave: energéticas, petroquímica, química, mecánica, electrónica, etc. —todas las cuales reclaman cuantiosos capitales— es muy grande.

Las técnicas ligeras, a las que en el análisis neoclásico se atribuyen tantas ventajas, suelen ser incluso contraproducentes, pues además de que no estimulan un rápido desarrollo de las actividades fundamentales, sino más bien un crecimiento lento, gradual, vegetativo, que en la práctica equivale en buena medida a permanecer en el atraso, no son tan ahorradoras de capital como se supone; antes bien son a menudo intensivas en tal sentido, en cuanto que suponen una alta relación capital-producto. Incluso para poder sobrevivir ante la severa competencia que impone el monopolio, numerosas empresas tienen que optar por técnicas modernas costosas, que les permitan ampliar la escala y obtener mayor producción por hombre.⁹⁴

Y ¿qué decir de la posibilidad de encarecer el capital, en la que con frecuencia se insiste como eficaz antídoto a la distorsión que sufren los precios de los factores? La verdad es que esta solución "... puede no sólo fracasar... sino llegar incluso a tener el efecto opuesto: puede dar como resultado una desviación del capital de los sectores competitivos a ... los monopolícos y una *intensificación* de su uso en es-

⁹⁴ "¿Qué política se debe preconizar —pregunta Samir Amin— para un país subdesarrollado agobiado por un desempleo estructural importante, es decir donde el capital constituye el factor limitativo del crecimiento mientras el trabajo está disponible en cantidades ilimitadas? Las técnicas más ligeras —responde—... deben por supuesto ser eliminadas." *El Capitalismo periférico*. México, 1974, p. 49.

tos destinos...”,⁹⁵ pues el capital no es caro para los monopolios, que a través de su influencia sobre los precios se aseguran tasas de ganancia especialmente favorables. Y menos aún podría sugerirse, como fórmula viable y eficaz, un mayor abaratamiento de los salarios, que como es sabido se mueven a niveles mucho más bajos que los correspondientes a los países industrializados.

El uso creciente del capital, que convencionalmente se atribuye a que su costo relativo es inferior al de la mano de obra, parece más bien obedecer a lo contrario: es decir, a que incluso el trabajo calificado de quienes operan los equipos más modernos es muy barato en razón de su productividad. O sea que no se trata de que el empresario quiera prescindir de mano de obra por ser ésta supuestamente cara, sino de emplear equipos cuya operación resulta aún más ventajosa que en los países de origen, precisamente porque su costo de manejo (salarios y pagos de servicios) es menor, ya que a los niveles de productividad existentes una pequeña planta de modestos obreros puede absorber plenamente un cuantioso capital.

En resumen, la estrategia conforme a la cual los países subdesarrollados debieran descansar en el creciente empleo de la mano de obra y en la economía de su escaso capital, adolece de muchas otras fallas y plantea múltiples problemas del tipo de los siguientes: se trata de un enfoque estático que no toma en cuenta que el desarrollo es un proceso dinámico; atribuye demasiada importancia a la relación capital-producto y al criterio de productividad marginal, sin reparar en que ni una ni el otro es una guía suficientemente adecuada para el desarrollo autosostenido; deriva en la práctica en una dispersión de las inversiones, en vez de concentrar los mayores esfuerzos en áreas estratégicas; sacrifica objetivos centrales a largo plazo por ventajas efi-

⁹⁵ Meir Merhav, *Dependencia tecnológica, monopolio y crecimiento*, Buenos Aires, 1972, p. 84.

meras más o menos inmediatas y se traduce en un patrón de desarrollo gradual, análogo al que de manera espontánea y en otras condiciones históricas se impuso en el marco del modelo capitalista clásico.⁹⁶

Por eso tiene razón la señora Robinson cuando sugiere que la única estrategia inaceptable para un país subdesarrollado es aquella que centre su atención en el uso de ciertas técnicas tan sólo porque eleven el nivel de empleo.⁹⁷

La convicción de que tal estrategia no es capaz de superar el subdesarrollo, al menos en un plazo razonable, y de que para elevar el nivel de vida y aun de empleo es preciso aumentar la producción y acelerar el desarrollo a largo plazo, ha hecho pensar en que, a la manera en que en mayor o menor medida lo han logrado los países socialistas, lo mejor sería combinar aquellas técnicas que aumenten la productividad y el excedente con aquellas que eleven el nivel de ocupación. Pero si bien es cierto que esta combinación es en la práctica deseable y aun necesaria, también lo es que resulta mucho más difícil de lo que parece a primera vista, pues lo que los chinos han llamado "caminar con las dos piernas" implica una planificación y una racionalización de la inversión que si bien es viable en una economía socialista, en rigor no está al alcance de los países subdesarrollados, cuyo capitalismo cojo y deforme los obliga a caminar con un solo pie y aun a renquear penosamente.

Cualquiera que sea el camino que tomen tales países lo

⁹⁶ Sobre los problemas que plantea la selección tecnológica, véase el resumen del autor de este ensayo contenido en el capítulo XV de sus *Apuntes de Teoría y Técnica de la Planificación Económica*. México, Escuela Nacional de Economía, 1964, pp. 189-198.

⁹⁷ "...ninguna técnica debiera escogerse solamente porque promueve la ocupación. De lo que se trata no es de lograr la cifra total más alta de empleo estadístico sino de incrementar la producción. (Es engañoso plantear el problema en términos de técnicas absorbadoras de mano de obra. La ventaja de las artesanías radica en que pueden ser ahorradoras de capital y no en que utilicen mano de obra.") J. Robinson, *Economic Philosophy*. Londres, 1962, p. 122.

cierto es, por otra parte, que con independencia de los métodos de producción que más se empleen, sólo si logran mantener durante lapsos de tiempo prolongados altas tasas de acumulación y concretamente de inversión neta, así como otra composición y otra proyección de las inversiones, les será posible aspirar a vencer el subdesarrollo. Pero aquí también surgen problemas y contradicciones que no parece dable resolver.

En general, en los países atrasados se aprecia una tendencia de aumento de la productividad del trabajo, acaso sobre todo en las industrias productoras de bienes de producción. Aunque con ritmos desiguales y aun casos de grave descenso de los salarios, la creciente productividad del trabajo se traduce en elevaciones del salario real y, por consiguiente, del poder de compra de los trabajadores. Pero como las condiciones del mercado de trabajo son especialmente favorables para los empresarios, son éstos quienes retienen la mayor parte de los incrementos de productividad y por tanto de la demanda. En efecto, el uso creciente de técnicas costosas que reclaman muy poca mano de obra cuyo costo es, además, bien bajo, contribuye a que el ingreso se concentre en favor del capital y, de preferencia, de los grandes consorcios monopolistas, que habitualmente ejercen una influencia decisiva en la industria.

El alto grado de monopolio y de concentración del ingreso que acompaña a la industrialización sustitutiva característica de los países subdesarrollados, concretamente de América Latina, contribuye, vía oferta y demanda —contra lo que tradicionalmente han supuesto los economistas burgueses— a frenar el proceso de acumulación y por tanto la demanda de mano de obra.⁹⁸ O en otras palabras, a diferencia de lo ocurrido en el modelo clásico, en que gran parte

⁹⁸ En un interesante artículo, Héctor Silva Michelena destaca algunos de los problemas y contradicciones característicos de las diversas etapas propias de la industrialización sustitutiva de importaciones. "Estructura y funcionamiento de una Economía Subdesarro-

de la plusvalía se reinvierte, la acumulación de capital queda a la zaga de los incrementos de productividad del trabajo, debido a la incapacidad estructural del sistema para convertir su ahorro en inversión. Como en los países industriales, en los subdesarrollados está también presente lo que Galbraith ha llamado "paradoja del ahorro", y no hay manera de que, ni siquiera en los momentos de auge cíclico, se absorba plenamente el potencial de crecimiento y aumente rápidamente el empleo. Como bien dice Salama, "la tasa de crecimiento de la acumulación de capital es insuficiente para compensar el efecto negativo del salto tecnológico sobre el volumen del empleo."⁹⁹

La concentración del ingreso en manos de una clase cada vez más parasitaria y a la que esencialmente interesa conservar sus privilegios, no entraña un obstáculo insuperable a la expansión del mercado. Pero el hecho de que el capital crezca más lentamente que la productividad del trabajo no sólo vuelve más desigual el desarrollo: multiplica además las deformaciones estructurales, acentúa la hipertrofia del sector terciario, ahonda la disparidad entre la capacidad de producción y la demanda, sobre todo de bienes de consumo corriente, y a la postre no logra que el incremento de las compras de quienes obtienen los más altos ingresos compense la explotación de que es víctima la mayoría de los trabajadores. Todo ello se traduce, en última instancia, en un estado de cosas en que crónicamente se desperdicia la mano de obra y en general todos los recursos disponibles.

De donde puede concluirse que la solución eficaz del problema del desempleo no es sólo o siquiera fundamentalmente un problema de selección de técnicas de producción, sino más bien de elección de un orden social diferente del capitalismo. Mientras un puñado de capitalistas nacionales y extranjeros concentren una enorme riqueza que son incapa-

llada Madura", *Problemas del Desarrollo*, No. 15. México, 1973. pp. 81-102.

⁹⁹ P. Salama, *Ob. cit.*, p. 125.

ces de invertir productivamente, habrá explotación y por tanto desempleo y miseria en vastas capas del pueblo. Mientras haya una burguesía nacional y extranjera que dilapide el potencial de crecimiento e impida racionalizar el proceso de acumulación de capital y los patrones de consumo; mientras haya un estado burgués que no se atreva a “competir” con los capitalistas e incluso se vuelva otro gran empresario que, actuando a menudo como juez y parte, estimule la concentración de capital y el reforzamiento de la oligarquía sin contribuir decisivamente a elevar la productividad del sistema, será imposible sostener coeficientes de inversión suficientemente altos y que no incidan casi en su totalidad sobre las masas, así como reorientar la reproducción y el desarrollo en una dirección diferente, que permita resolver los problemas más graves y satisfacer las necesidades básicas del grueso de la población. Por ello, aunque podríamos aquí —y acaso no dejara de tener cierto interés— señalar los requisitos esenciales que una política eficaz de empleo debiera cumplir, y aun los rasgos más importantes de una estrategia alternativa de desarrollo, incluso las más modestas condiciones que ambas suponen rebasan las posibilidades y el marco histórico de un capitalismo deforme y dependiente como el que padecemos, así se pretenda, demagógicamente, que en el caso de México se trata de un capitalismo “nacionalista”, distinto al de otros países latinoamericanos, y capaz de abrir el cauce de un desarrollo independiente.

La perspectiva que en realidad tenemos por delante es en esencia la misma que la de años pasados: más desarrollismo, más crecimiento desigual e inarmónico, más y más graves deformaciones estructurales, mayores y más profundos desequilibrios internos e internacionales, mayor endeudamiento con el exterior, expansión cíclica de un mercado interno que mientras más crezca menos podrá acercar el consumo de las masas a su capacidad productiva, agudización de la dependencia y subutilización no sólo de los “recursos abundantes” como la fuerza de trabajo sino también de los

“más escasos”, como el capital. En una palabra, lo que parece estar en la agenda del capitalismo mexicano es más desarrollo capitalista, o, lo que es fundamentalmente lo mismo en la etapa histórica en que vivimos: más subdesarrollo, mayor subordinación al capital monopolista y cada vez mayor alejamiento respecto a los países más avanzados, tanto capitalistas como, desde luego, socialistas.

La desocupación sólo empezará a desaparecer cuando nuestros pueblos empiecen a recorrer, como lo comprueba la experiencia cubana, el camino que va del subdesarrollo al socialismo.

Se terminó de imprimir este libro el día
12 de febrero de 1974 en los talleres
de Editorial Libros de México, S. A.,
Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F.
Su tiro consta de 3 000 ejemplares.

Nº 2984

DIALECTICA DE LA ECONOMIA MEXICANA,
por Alonso Aguilar M., 239 pp. 4a. Edición.
\$ 36.00

**PLANIFICACION ECONOMICA A LA MEXI-
CANA,** por Arturo Guillén, 144 pp. \$ 30.00

EL SOCIALISMO: UNICA SALIDA, por Paul
A. Barán. 356 pp. \$ 64.

**DESARROLLO Y REVOLUCION CULTURAL
EN CHINA,** por E. L. Wheelwright y Bruce
McFarlane. Prólogo de Joan Robinson.
263 pp. \$ 48.00

**EL CAPITALISMO MODERNO Y OTROS
ENSAYOS,** por Paul M. Sweezy. 166 pp.
\$ 38.00

**CATEGORIAS Y LEYES FUNDAMENTALES
DEL CAPITALISMO,** por Samir Amin.
160 pp. \$ 36.00

EL CAPITALISMO PERIFERICO, por Samir
Amin. \$ 55.00